

El Antihéroe

Vida de Carlos de Alvear (1789-1852), prócer argentino olvidado

Santiago Chelala

TESI DOCTORAL UPF / 2017

DIRECTOR DE LA TESIS

Dr. Josep María Delgado

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES



A mis amados hijos, Benjamín y Juana, luz de mis días

Agradecimientos

Si hubiera una aristocracia en la Argentina, Emilio Ocampo de seguro formaría parte de ella. Su árbol genealógico trepa en forma directa hasta Carlos de Alvear por el lado de su familia paterna y hasta Juan Manuel de Rosas por el lado materno. Sin embargo, también es un trabajador incansable, excelente buceador de archivos, generoso con su tiempo y su trabajo, y sin lugar a duda, es la persona que más sabe sobre Carlos de Alvear en la Argentina, y probablemente también una de la que más conoce sobre ese tumultuoso y confuso primer período de nuestra independencia. Sin esa generosidad esta tesis no hubiera sido posible. Mi primer y más grande agradecimiento es para Emilio Ocampo.

El Dr. Josep María Delgado, director de esta tesis doctoral, confió desde el primer día en un proyecto que apenas había germinado, se interesó por el tema y me brindó la libertad necesaria para encarar el trabajo con mis propios tiempos.

Los profesores Juan Carlos Garavaglia y Jorge Carrión fueron solidarios con sus consejos. Mi hermana Jazmín y mi cuñado Xavier resultaron inmejorables anfitriones durante el tiempo que viví en Barcelona. Y como siempre me acompañaron las sabias palabras de Jorge Lebas y Julio H. G. Olivera: sin ellas nada de esto hubiera sucedido.

Mis padres, Juan Antonio Chelala y Rita Grabowiecki, sufrieron mis ausencias y viajes a España en momentos donde la salud los debilitaba y, lejos de retenerme con ellos cuando más lo necesitaban, me animaron a seguir adelante.

Mi esposa, Natalia Rodríguez Ávila, leyó los primeros borradores del texto y me acompañó en varias travesías y búsquedas de archivos, en ocasiones con más resignación que entusiasmo, y tomó bajo su exclusivo cargo tareas domésticas que debieron ser compartidas.

Durante los cuatro años que duró la investigación que aquí presento nacieron mis dos hijos. No fueron pocas las madrugadas de lectura o escritura después de acostarlos, ni los días en que estuve demasiado ocupado o cansado para jugar con ellos. Es por esta razón que esta tesis está especialmente dedicada a Benjamín y Juana, con el deseo de que conozcan un poco más de sus raíces y la ilusión de que en su vida busquen siempre la verdad.

Resumen

La presente tesis conforma la primera biografía completa de Carlos de Alvear, uno de los líderes de las luchas por la independencia de la naciente Argentina. Como objetivo secundario se analiza la manera en que aparece la figura de Alvear en la historiografía nacional. También se analizan las consecuencias actuales de una interpretación de la historia argentina que tiene a José de San Martín como único padre de la patria y condena a sus opositores circunstanciales al olvido y al más duro juicio por parte de la historia oficial. No se trata entonces de una mera biografía, sino que en forma simultánea esta investigación se pregunta por qué no ha habido hasta ahora ninguna biografía completa de un hombre que realizó aportes trascendentales a la Nación desde las más altas responsabilidades, civiles y militares. Concluimos que este descuido es potenciado por un uso político de la historia, en cuyo sostén argumental se encuentra la idea maniquea de hombres extraordinarios que defienden al pueblo y se enfrentan con enemigos malvados, cuya caricatura se forma de acusaciones de pertenencia a una elite extranjerizante, inescrupulosa y contraria al interés nacional.

Abstract

This thesis is the first complete biography of Carlos de Alvear, one of the leaders of the struggles for the independence of Argentina. A secondary objective is to analyze the way that Alvear appears in national historiography. It also analyzes the current consequences of an interpretation of Argentine history that has José de San Martín as the only father of the country and condemns his circumstantial opponents to oblivion and the hardest judgment on the part of official history. Then, it is not a mere biography. This research asks why there has been no complete biography of a man who has made transcendental contributions to the Nation from the highest civil and military responsibilities. We conclude that this neglect is boosted by a political use of history and by the idea of extraordinary men who defend the people and combat evil enemies accused of belonging to an unscrupulous elite who is against the nation.

Prólogo

No se debe permitir que nos cambien el pasado.

Ricardo Piglia, *Respiración artificial*.

Escribo este prólogo el 9 de julio de 2016, mientras en mi país se festeja el bicentenario de la independencia. He observado al menos cinco documentales en televisión al respecto y leído los principales diarios de circulación nacional. En ninguno de los relatos de supuestos historiadores y especialistas siquiera se nombra a Carlos María de Alvear.

Al mismo tiempo, existe una enorme coincidencia en la mención de los nombres que forjaron la nueva patria: San Martín, Belgrano, Pueyrredón, Güemes. Y antes que ellos Moreno, Castelli, Monteagudo. Hay quienes hacen mención a personajes menos conocidos para el saber popular, como Hipólito Bouchard o Juana Azurduy. Nada escucho ni leo sobre Alvear.

Tengo entonces la impresión mientras escribo este prólogo que la tesis que aquí presento adquiere más vigencia que nunca. ¿Por qué ninguna alusión a quién sentó las bases de la independencia liderando la insurrección de octubre de 1812, la Asamblea de 1813, expulsado a los realistas de Montevideo en 1814 y dirigiendo los destinos de la Nación como Director Supremo hasta 1815?

Alvear fue sin lugar a duda una de las personas más importantes e influyentes entre el período que va de la Revolución de Mayo de 1810 a la declaración de la independencia en 1816. Es por esta razón que, en tiempos del bicentenario, creo también que cobra pleno sentido el subtítulo de la tesis: El prócer olvidado.

En el plano más personal, esta tesis contradice casi veinte años de mi formación académica anterior. Contradice a muchos de mis mentores, a decenas de libros que leí y con los que me formé. Rectifica mis propios planes trazados cuando hice las valijas y fui a estudiar a

Barcelona. Niega también mis creencias previas sobre muchos temas, y la de muchos de mis compatriotas y amigos.

Aun así, me dispuse a escribirla. Y lo hice porque es la única explicación lógica que encontré entre un pasado silenciado y un presente con cuotas de irracionalidad. Entre una historia infantil y una realidad teñida de fantasías y relatos. Solo habré cumplido mi objetivo si permite trazar al término de su lectura algunos puentes entre ambas dimensiones.

En diferentes ámbitos de mi trayectoria profesional me ha tocado ver el esnobismo aplicado a la política y el carpetazo: cuando se saca uno o dos antecedentes fuera de contexto de una persona para descalificarla por completo. Es un método más viejo que la escarapela (en este caso, literalmente).

Existe una visión bastante compartida de la historia argentina. La que aún hoy sostiene que Rivadavia fue un traidor a la patria porque pidió un préstamo a Inglaterra. La que se enorgullece hasta inflar el pecho de la pobreza en la que murió Belgrano. Esta visión, sin embargo, se encuentra con una paradoja a la hora de juzgar otro tipo de endeudamiento o defender el enriquecimiento de líderes en la modernidad.

Siempre rechacé las etiquetas, pero si me apuran prefiero considerarme una persona de izquierda. ¿Qué quiere decir eso en el siglo XXI? No lo sé con certeza. Puedo decir que me enorgullezco de mis lecturas de Tomas Moro, Marx y sus continuadores de donde tomé quizás una de las máximas que intento aplicar en mi vida cotidiana: no considerar a las personas como objetos de uso. Las personas no son mercancías. Esta obviedad es cada vez menos frecuente en un mundo donde las puertas que se abren y el trato que nos otorgan los demás dependen cada vez con menos excepciones de nuestra tarjeta de presentación. Donde todo luce efímero y lo único que parece importar son los éxitos materiales, humanismo es una etiqueta que me incomoda menos.

Liberal sí me molesta. Liberal como sinónimo acotado de neoliberal, porque los males que sufrió mi país en las últimas décadas pueden atribuirse en alguna medida a las políticas neoliberales y su cosmovisión del mundo, en particular a la idea subyacente de que el fin justifica los medios. Por ese motivo no son muchos los que se atreven a gritar a viva voz su liberalismo. Y sobran aquellos que acusan de liberal a cualquiera y bajo cualquier circunstancia con el solo objeto de desprestigiarlo.

Hecha esta aclaración, del todo innecesaria si no fuera escrita en una Argentina partida, soy consciente de que esta tesis puede ser leída como una tesis liberal. Por su tema, por sus críticas, por algunas de sus conclusiones. En realidad, solo es liberal si se hace una lectura en diagonal, si se extraen pedazos al voleo, si se la hojea con esnobismo.

En este prólogo quisiera pedirle a usted, querido lector, que por favor no lo haga.

Sumario

Agradecimientos.....	v
Resumen.....	vii
Prólogo.....	ix
1. POR QUÉ UNA BIOGRAFÍA DE ALVEAR.....	1
1.1 El relato de la historia.....	1
1.2 Marco teórico.....	7
1.3 Objetivos e hipótesis de investigación.....	20
1.4 Estado de la cuestión.....	22
1.5 Metodología y fuentes de la investigación.....	31
1.6 Estructura de la tesis.....	32
2. INFANCIA Y JUVENTUD: 1789-1812.....	35
2.1 Sociedad colonial en el Río de la Plata.....	35
2.2 Los orígenes de Alvear.....	47
2.3 La Tragedia de la Mercedes.....	50
2.4 La llegada a España.....	54
2.5 La personalidad de Alvear.....	68
3. REVOLUCIÓN Y LLEGADA AL PODER: 1812-1815.....	75
3.1 El escenario internacional.....	75
3.2 La logia Lautaro en Buenos Aires.....	78
3.3 La Asamblea de 1813.....	90
3.4 Conquista de Montevideo.....	95
3.5 Director Supremo.....	104
4. EXILIO Y REGRESO: 1815-1822.....	111
4.1 Las vicisitudes del Poder.....	111
4.2 Carta a Strangford.....	119
4.3 Exilio en Río de Janeiro y Montevideo.....	134
4.4 La alianza con Carrera y la anarquía de 1820.....	140
4.5. Alvear y San Martín.....	152

5. MONROE, BOLÍVAR Y LA GUERRA CON BRASIL: 1822-1828.....	163
5.1. Primera misión diplomática: Inglaterra y Estados Unidos	163
5.2 Entrevista con Bolívar	167
5.3. La campaña al Brasil.....	173
5.4. La batalla de Ituzaingó	178
5.5 Independencia de Uruguay y renuncia de Rivadavia	188
6. LA ERA DE ROSAS: 1828-1852.....	193
6.1 Embajador plenipotenciario.....	193
6.2 Bloqueo francés	198
6.3 Las raíces de la antipatía hacia Estados Unidos	211
6.4 La cuestión de las Islas Malvinas	218
6.5 La agenda para su país: inmigración y exportación	222
6.6 Testamento político.....	226
7. CONCLUSIONES.....	235
7.1 La Argentina después de Alvear.....	235
7.2 Reflexiones finales	239
BIBLIOGRAFÍA.....	245

Índice de ilustraciones

Figura 1. Foja de servicios de Carlos de Alvear en Buenos Aires.....	50
Figura 2. Imagen conmemorativa de la batalla del Cabo de Santa María	52
Figura 3. Negativa del Conde de Miranda al pedido de ascenso de Alvear.....	59
Figura 4. Aviso al Inquisidor Bernardo de Prado sobre las actividades de Alvear.....	62
Figura 5. Carta de 1815 anónima hallada en el archivo de Nicolás de Vedia.....	109
Figura 6. Carta otorgada por Manuel García a Strangford firmada por Alvear.....	130
Figura 7. Extracto del oficio original del Cabildo fechado el 5 de marzo de 1820	149
Figura 8. Carta de Olañeta a Rivadavia con críticas a Alvear	170
Figura 9. Carta de Carlos Alvear a Domingo Oro. Febrero de 1826	172
Figura 10. Distribución de fuerzas militares previa a la batalla de Ituzaingó.....	180

Índice de tablas

Tabla 1. Características de las principales corrientes históricas.....	9
Tabla 2. Batallas en las que participó el regimiento de carabineros reales.....	56
Tabla 3. Cronología de la guerra con el Brasil	180
Tabla 4. Cronología de los movimientos de Alvear después de la batalla de Ituzaingó.....	184

1. POR QUÉ UNA BIOGRAFÍA DE ALVEAR

Equivocar los hechos del pasado es equivocar los puntos de dirección. No se sabe a dónde se va cuando no se sabe de dónde se viene.

Juan B. Alberdi, *Escritos Póstumos*

1.1 El relato de la historia

La historia argentina, como cualquier otra historia nacional, tiene diferentes lecturas. Esas lecturas poder ser utilizadas con fines políticos muy claros: para justificar acciones del presente sobre la base de hechos heroicos o sacrificios del pasado.

Cuando se usa con fines políticos, el relato histórico puede acumular falacias, falsas creencias, mitos y engaños que sirven intereses políticos determinados.

Este cruce de intereses se encuentra en las raíces de la historiografía argentina. Uno de sus fundadores, Bartolomé Mitre, fue además militar, periodista, político y ex presidente de la Nación, y como tal tuvo enemigos que buscaba derrotar con la pluma o con la espada.

Esta tesis buscar derribar una creencia bastante repetida en textos históricos desde Mitre a la actualidad: la que asigna a Carlos de Alvear un rol secundario en la fundación de la patria, relacionándolo con la palabra traidor, u omitiendo su obra cívica, militar y diplomática casi por completo, en una verdadera injusticia.

Al mismo tiempo, nos detendremos en otras creencias comunes para ponerlas en tela de juicio. Una de ellas es la creencia de que los unitarios querían doblegar la voluntad de los pueblos del interior, socavar la independencia de las provincias y someterlas a Buenos

Aires. Al estudiar con esta biografía de Alvear los sucesos que le han tocado vivir, veremos que en realidad ocurrió algo muy distinto. Muchos unitarios querían unificar el país, mientras que muchos federales querían países distintos. Subrayamos muchos porque cualquier tipo de generalización en estos casos equivale a una sobre simplificación engañosa.

Esto significa que la afirmación anterior tampoco puede generalizarse. Había unitarios interesados solo en monopolizar los ingresos provenientes de la Aduana porteña. Y había federales que, como Güemes, tenían un sentido más republicano. Pero es indudable que caudillos federales como Gervasio Artigas crearon la Liga de los Pueblos Libres y promovieron la independencia de la Banda Oriental y Corrientes, que Bernabé Aráoz declaró la República del Tucumán y Francisco Ramírez fundó la República de Entre Ríos. Todos caudillos federales, que lejos de sostener la idea de una república soberana común con provincias autónomas, disputaban territorio y poder con los políticos de Buenos Aires y también entre ellos, y llevaban sus ansías al extremo de considerarse soberanos autónomos de sus propias provincias.

Lejos estaban los federales de tener una visión en común. De hecho, fueron los caudillos federales Estanislao López y el propio Ramírez quienes expulsaron a Artigas a su exilio definitivo en Paraguay.

La idea de provincias soberanas caló muy hondo en la historiografía argentina. Tal es así que aún en la actualidad muchas provincias conservan ese rasgo colonial, con constituciones que permiten las reelecciones indefinidas de las autoridades, y familias enteras que se han enquistado en el poder de territorios más grandes que muchos países europeos desde hace décadas. Y todo bajo falsas banderas de federalismo.

Lo que ocurre en realidad, es que en el relato infantil los caudillos representan los valores populares, al pueblo humilde del interior, la resistencia heroica frente a la ambición de dominación de Buenos Aires. Cuando en la práctica ocurrió algo distinto, los caudillos se opusieron a las formas de gobierno de Buenos Aires porque querían más poder y autonomía, cuando no crear sus propias naciones.

En el interior, una arraigada cultura colonial se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. Y los grandes estancieros federales no tenían una visión de clases muy distinta a la de los señores feudales, ni trataban mejor a sus subordinados que los nobles europeos trataban a sus vasallos.

Tampoco es cierto que todos los crímenes contra “el pueblo” hayan sido cometidos por “los malditos unitarios”. Aún hoy hay quienes adjudican a Bernardo Rivadavia el germen de la deuda pública como si hubiera sido culpable de la crisis de deuda que doblegó al país en 2001. O que culpa exclusivamente al gobierno liberal de Julio A. Roca por la matanza de los indios en la Patagonia cuando en realidad fueron federales, como Juan Manuel de Rosas, Facundo Quiroga y José Félix Aldao quienes iniciaron la campaña al desierto contra el indio de 1833. Pecado que sólo se atribuye a Roca por su signo político.¹

En la misma línea se acusa de anglófilo y extranjerizante a Alvear, pero poco se dice de la afición de Rosas por Inglaterra analizada en detalle por Burnet Merlin (1974), o de la relación del caudillo Quiroga con la banca inglesa, y su asociación con Baring Brothers y Robertson para crear la Famatina Mining Company, ya que según Quiroga Buenos Aires no tenía ningún derecho ni autoridad para explotar las riquezas de sus provincias (Terragno, 2009, p. 394).

Los unitarios más celebres no eran porteños: Domingo F. Sarmiento había nacido en San Juan y Juan B. Alberdi en Tucumán. Ambos siguieron los pasos de Alvear, oriundo de las Misiones. También de San Juan fue Francisco de Laprida, presidente del Congreso que declaró la independencia el 9 de julio de 1816. Laprida fue antepasado del escritor Jorge Luis Borges, a quien este dedicó su célebre “Poema conjetural”, que comienza de la siguiente manera:

Zumban las balas en la tarde última.
Hay viento y hay cenizas en el viento,
se dispersan el día y la batalla
deforme, y la victoria es de los otros.
Vencen los bárbaros, los gauchos vencen.
Yo, que estudié las leyes y los cánones,
yo, Francisco Narciso de Laprida,
cuya voz declaró la independencia
de estas crueles provincias, derrotado,
de sangre y de sudor manchado el rostro,
sin esperanza ni temor, perdido,
huyo hacia el Sur por arrabales últimos.

¹ Sobre el tema puede verse Barba (1997).

Los federales que matan al unitario Laprida eran para Borges, como para Alvear y para Sarmiento, los bárbaros. Por supuesto, Borges fue antiperonista y por esa razón se lo ha criticado calificándolo muchas veces de elitista (también gorila, el término peyorativo que usan los peronistas para sus críticos).

Lo mismo ocurre con Alvear. La revisión de su biografía es sumamente relevante en la actualidad puesto que en gran parte de la sociedad argentina de la última década operó una lógica de amigo-enemigo que simplifica las cosas de la siguiente manera: si no estás con nosotros, que representamos el pueblo, estás en contra nuestra. Estás con los otros. ¿Quiénes son los otros? Borges, Sarmiento, Alvear. Los unitarios. La aristocracia, la oligarquía, los vendepatria, los traidores.

A lo largo de esta tesis se verá la imposibilidad de adecuar la realidad histórica a esta burda versión de un relato en blanco y negro, aunque útil para un discurso político de coyuntura y efecto electoral.² También, por exactamente las mismas razones, muy útil para la venta de libros de ficción disfrazados de investigación histórica.

¿Cuáles son las objeciones que se hacen a la trayectoria de Alvear para haberlo prácticamente borrado de los relatos históricos, nombrándolo solo para darle el mote de traidor? Aquí un breve resumen a modo de adelanto:

1. Alvear era un atolondrado sin capacidad militar.
2. Intentó traicionar la revolución, primero ofreciendo a la naciente Argentina bajo la tutela de Inglaterra, y luego a Simón Bolívar.
3. Por su culpa se pierde Uruguay.
4. Envidiaba a San Martín y conspiró con matarlo.
5. Actuaba en beneficio propio, como fiel representante de la aristocracia y los intereses de Buenos Aires (pecado unitario)

A lo largo de esta tesis, la primera biografía de Carlos de Alvear jamás escrita, refutaremos cada una de esas afirmaciones, que tanto mitristas como revisionistas han compartido por décadas.

² Ninguna treta más sencilla y rendidora tiene un discurso político que encontrar un tercero sobre quien cargar las culpas de las desgracias de las mayorías. Así ha funcionado siempre y en todos lados. Desde Hitler a Trump (salvando las evidentes diferencias).

Nos enfrentamos a una tarea mayúscula, en especial porque aún hoy hay muchas lagunas en la vida de Alvear que hacen difícil una reconstrucción completa. Documentos históricos de importancia aún se encuentran en Argentina en manos de descendientes privados, y no están disponibles para historiadores. Mientras que gran parte del archivo privado de Alvear se quemó en el momento en que estaba escribiendo sus memorias y se perdió en un incendio de Nueva York.

Nuestra tarea fue la de reconstruir, y como toda reconstrucción resulta imperfecta. Las memorias de los contemporáneos de Alvear utilizadas en esta tesis son solo una ayuda parcial, debido al subjetivo abordaje de los hechos que vivieron.

El problema se agudiza con representantes de partidos políticos o de cualquier otro grupo social cuando intentan convencer a la población de que su propio interés es el interés de la patria. Efectivamente, puede haber puntos de unión. ¿Pero cómo juzgar si las verdaderas intenciones están vinculadas al provecho propio o al bien común?

Más allá de las limitaciones de cualquier biografía, esta tesis dejará en claro que Carlos de Alvear fue uno de los protagonistas centrales en los conflictos que dejaron una marca indeleble en la primera mitad del siglo XIX, y que su olvido o denostación completa es, al menos, un error historiográfico.

¿Por qué escribir en el siglo XXI una biografía de Alvear? Emilio Ocampo publicó a comienzos de este siglo dos libros sobre Alvear que echaban por tierra lo que normalmente consideraba de este prócer la historiografía tradicional, un libro sobre su rol en la batalla contra el Imperio de Brasil y otro libro sobre su papel como diplomático en el gobierno de Rosas. Al ser consultado sobre el origen de su interés, Ocampo lo resume así:

Yo tenía un tío que se llamaba Carlos de Alvear, por supuesto también descendiente del General Carlos de Alvear, a quien yo quería mucho pero había escrito un libro que no me convenció. Ese libro era una defensa de Alvear y se llamaba *A propósito de las memorias del general Iriarte*. Como los argumentos no me convencieron inicié la tarea de investigar para hacer mi propia refutación.³

Así cuenta Ocampo su motivación inicial por el tema, un llamado de la sangre y del corazón. Quizás sea por esa razón que el Dr. Miguel Ángel de Marco, presidente de la

³ Entrevista del autor con Emilio Ocampo en Buenos Aires, 15 de febrero de 2016.

Academia Nacional de la Historia en Argentina, haya opinado que sus textos tienen un “marcado tono de alegato” (Ocampo, 2003, contratapa de la primera edición).

Nuestra motivación es claramente diferente. En nuestra tarea la sangre no tiene nada que ver. Llegamos, sin embargo, a conclusiones muy similares a las de Ocampo, por lo que las críticas de invalidar sus investigaciones por sus antecedentes familiares caen de suyo. La motivación es, en realidad, siempre subjetiva, algo que no ocurre necesariamente con el método.

La pregunta que nos hacemos es muy simple. ¿Por qué es importante Alvear hoy? La respuesta es también bastante sencilla: la Argentina atravesó por una década donde el relato político se nutrió del relato histórico como hace tiempo no ocurría. Al mismo tiempo, el fanatismo se apropió de muchas personas que estuvieron dispuestas, o al menos así lo manifestaba públicamente, “a dar la vida” por sus líderes políticos, creyéndolos salvadores de la patria, como si de alguna manera estuvieran siguiendo la sagrada misión iniciada por José de San Martín, continuada por Domingo Perón, y que consistía en devolverle al pueblo lo que es suyo, algo que “los traidores”, como Alvear, quisieron arrebatarle.

Nuestra creencia es que en esa lógica de misión sagrada todo vale y si el fin justifica los medios, la extrema izquierda y la extrema derecha se confunden en la irracionalidad. Es nuestra intención que esta tesis contribuya a echar por tierra esa visión de la historia argentina que tanto daño ha causado.

Pocas sensaciones tan estimulantes hay en la vida como sumergirse en un archivo histórico. Cuando los responsables de esos archivos, guardianes del pasado, le brindan a uno guantes de látex y le hacen firmar una serie larga de papeles que lo responsabilizan de cualquier deterioro que pudiera ocurrir a esos invaluable originales. Es como si uno fuera transportado al pasado. Cartas y documentos manuscritos hace más de doscientos años funcionan como verdaderas máquinas del tiempo, derrumban las barreras espaciales y nos transportan a otra dimensión, casi como por arte de magia.

Como si fuera un médico cirujano, con la mayor delicadeza posible, uno comienza a hojear los vestigios del pasado, con la esperanza de enmendar la Historia utilizando la verdad como bandera y la palabra como vehículo.

Esta investigación nos ha llevado desde los archivos de la masonería en Bruselas o el National Archive de Washington, hasta la biblioteca del General Mitre en Buenos Aires. O

desde el Archivo Militar de Segovia hasta los archivos nacionales de Chile, Uruguay y Argentina.

La suerte no siempre nos ha favorecido con hallazgos deslumbrantes, pero nunca hemos tenido la sensación de que las horas de archivo sean horas perdidas. Hasta el momento en que escribimos este texto, no conocemos ningún historiador argentino que haya visitado los Archivos de Bruselas, lo que nos ha permitido refutar la hipótesis de Emilio Corbiere, historiador masón, sobre la relación entre las logias de masones en Europa y en América durante el período de las luchas por la independencia. Los archivos del Museo Mitre fueron en particular relevantes, en especial el fondo Correspondencia de Hombres Públicos Argentinos (COHPA), donde encontramos documentos inéditos que muestran el apoyo político mayoritario que tenía Alvear al asumir como Director Supremo y el cambio de actitud del Cabildo de Buenos Aires con respecto a Artigas. El Archivo Militar de Segovia nos permitió asociar la frustración de la promoción no concedida en 1809 a Alvear en el ejército español con su posterior decisión de regresar al Río de la Plata.

En el camino he encontrado muchos estudiantes y trabajadores de la historia, que día a día, con paciencia de hormiga, buscan echar luz sobre algún rincón desconocido de la vida de nuestras naciones. Esta tesis está también dedicada a todos los estudiantes, aficionados y amantes en general de la Historia. Para que sigan disfrutando de esa sensación única de estar mano a mano con el pasado y sobre todo para que continúen desconfiando de historias novelescas y relatos fáciles que ofrecen explicaciones superficiales.

Mientras la llama por el interés de nuestro pasado permanezca encendida, el futuro se presentará más promisorio.

1.2 Marco teórico

En un libro de reciente aparición, *La Argentina partida*, el historiador alemán Michel Goebel analiza las coincidencias y diferencias de lo que cree son las dos principales corrientes históricas argentinas, el liberalismo (mitrismo) y el nacionalismo o revisionismo histórico. Según cuenta, ambas tienen en común el objeto de encontrar héroes que sean funcionales

al tipo de patria que se busca crear, aunque no estén de acuerdo en qué debería ser esa patria.

Sobre el liberalismo y el revisionismo, Goebel asegura: “metodológicamente, su interés reside en encontrar héroes para erigir estatuas con las que el pueblo se identifique y las emule.⁴ Ambas tradiciones son ejemplos de un patriotismo metodológico. La idea común es que la historia sirve para hacer patria” (Curia, 20 de marzo de 2015).

Si bien esta caracterización resulta interesante, no tiene en cuenta la verdadera corriente liberal, menos continuada en el tiempo, que fue la iniciada por Juan Bautista Alberdi en sus críticas precisamente a Mitre. La dualidad puede ser interesante para simplificar el análisis, pero muchas veces existe un tercero en discordia.

El marco teórico de esta tesis es precisamente el iniciado por Juan Bautista Alberdi. Es decir, esta tesis tiene un espíritu alberdiano. Generalmente se reconoce a Alberdi el aporte de su libro *Bases y Puntos de partida para la organización de la República Argentina*, de 1852, que sirvió para edificar los pilares institucionales de la República. No obstante, la obra histórica de Alberdi fue menos ponderada.

Alberdi fue un acérrimo rival de Bartolomé Mitre, quien lideró el relato oficial de la historia argentina, y se opuso firmemente a la publicación de la obra de Alberdi. Sus diferencias políticas fueron marcadas y profundas. Por ejemplo, la oposición a la guerra de la Triple Alianza que llevó a cabo Mitre junto a Brasil y Uruguay contra el Paraguay, dio lugar al libro *El crimen de la guerra* de Alberdi en 1870. Con el tiempo, la consumación del Mitre historiador tapó al Alberdi historiador.

Curiosamente, los historiadores revisionistas que rescatan el valor de Alberdi en temas como la oposición a la guerra con el Paraguay o el espíritu republicano de la Constitución, nada dicen sobre su visión de Alvear y San Martín. Recortan así a gusto algunos hechos armando un collage a medida del legado alberdiano.

⁴ La misma creencia persiste hoy en día. En un seminario sobre Raúl Prebisch, quizás el economista argentino que logró mayor fama mundial, al exponerle en privado algunas contradicciones de su obra a uno de los oradores del evento, este me respondió que “podría estar en lo cierto, pero los jóvenes necesitan ejemplos, guías, ideales a los que aspirar”. Vemos entonces que se trata de una idea común que se extiende a otros ámbitos, no solo la historiografía. Como si el valor de verdad pudiera quedar subordinado ante un valor más alto, o ser sacrificado en el objetivo de crear héroes de bronce.

El mitrismo, si bien era liberal en sus aspectos económicos, tiene justamente la característica que lo emparenta con el revisionismo y que Goebel critica, el objetivo de hacer patria con la historia. A eso llama “patriotismo metodológico”.

Nuestro análisis parte de estas ideas, pero diferenciamos tres corrientes primarias. El nacionalismo mitrista, el revisionismo y el liberalismo clásico, que en la Argentina toma impulso a partir de la obra de Juan Bautista Alberdi. El siguiente cuadro actúa como resumen de las diferentes corrientes:⁵

Tabla 1. Características de las principales corrientes históricas

	Mitrismo	Revisionismo	Alberdismo
Razón de la historia	Crear una identidad nacional	Rescatar en las luchas de ayer valores que merecen ser preservados y desarrollados en el futuro ⁶	Buscar la verdad en los hechos históricos
Cosmovisión	Nacionalista-conservadora	Nacionalismo-partidario	Liberal-crítica
Héroes	San Martín, Belgrano.	Moreno, Belgrano, San Martín, Güemes, caudillos, Artigas, Dorrego, Rosas, Perón, Kirchner	No hay. Sí ejemplos de acciones y decisiones relevantes
Villanos	Alvear, Artigas	Alvear, Rivadavia, Mitre, Lavalle, unitarios, Sarmiento	Quienes usan la historia con fines propios; Mitre
Visión sobre	Iniciador	El mitrismo es una	Tanto mitrismo

⁵ Otros autores intentan resumir o realizar tipologías de las escuelas históricas argentinas, con alguna variante de esta división. Por ejemplo, De Gandía (1952) sostiene también que hay tres escuelas, la tradicional (mitrista), la rosista antiliberal y el revisionismo.

⁶ Galasso (2004, p. 3).

la corriente adversa		historia falsa que impuso la clase dominante, que ocultó los verdaderos motores de la historia, los ideales de izquierda de los próceres correctos.	como revisionismo utilizan la historia para construir una falsa identidad nacional.
Algunos referents	Bartolomé Mitre, Alfredo Grosso, M.F. Mantilla, Ricardo Levene, Miguel Angel De Marco, Instituto Sanmartiniano, José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi, Chiaramonte	Carlos Ibarguren, Ernesto Saldías, Ricardo Rojas, Norberto Galasso, Pacho O'Donnell, Felipe Pigna, José María Rosa, Ernesto Palacio, Julio Irazusta, Scalabrini Ortiz, Arturo Jaureche.	Alberdi, Vicente Fidel López (rival de Mitre), José Ingenieros, Emilio Ocampo, Michel Goebel
Objetivo de la investigación histórica	Crear sentimiento de pertenencia nacional. Resaltar la excepcionalidad argentina, la herencia europea y la tradición republicana.	Demostrar que una oligarquía nacional aliada a los extranjeros intentó siempre explotar al pueblo. Hubo hombres/mujeres excepcionales que lo defendieron	Explicar los hechos, en particular los desgraciados, para prevenirlos en el futuro.

Fuente: elaboración propia en base a Goebel (2014) y Ocampo (2016).

Una idea fundamental es compartida por mitristas y revisionistas: la Argentina tiene un padre fundador, José de San Martín. Se alimenta así el mito de los éxitos personales, del superhombre, que satisface la necesidad infantil de tener modelos de este tipo. Ya Alberdi (1897) había reconocido este fenómeno como propio de una etapa de inmadurez de la Nación.

En Estados Unidos la historia se escribió de otra forma. No resaltando exclusivamente la figura de un padre fundador sino que la liturgia inicial hizo hincapié en “los” padres fundadores, donde solo uno de ellos era militar, George Washington, y el resto fueron los que idearon el sistema republicano y forjaron las instituciones que diferenciarían al nuevo mundo de las monarquías europeas.

La diferencia es sustancial porque el culto al superhombre es la antesala del culto a la personalidad, tan vigente en la Argentina moderna como en muchas otras épocas la historia nacional, funcional a países monárquicos como la mayoría de las naciones europeas en el siglo XIX.

La reciente creación del Instituto Dorrego en la Argentina de los últimos años oficializó la interpretación revisionista de la historia, a partir de un relato político donde los hechos del presente tenían justificación precisamente en ese relato histórico.

El filósofo español Ortega y Gasset (1983), al analizar la sociedad argentina, encontró que consideraba un destino de grandeza como predestinado: “Nace el individuo con una fe ciega en el destino glorioso de su pueblo” (p. 642). Para que ese destino se cumpla, basta con contener a los poderes económicos, a la oligarquía extranjerizante, a la derecha liberal. Entonces, el pueblo, guiado por el líder de turno, encontrará el camino a la tierra prometida. Ya sea San Martín (de quien no fuimos dignos, enviándolo al ostracismo), Perón o Kirchner.

Se trata de un viejo debate de la intelectualidad argentina, íntimamente relacionado con el peronismo, y que probablemente no pueda tener una resolución definitiva, puesto que hay caminos propios del sentimiento que trascienden la razón.

Ya lo dijo el afamado escritor Ernesto Sábato:

Se oye decir en este país, especialmente en los sectores llamados democráticos, que es malo que exista un conductor, como si eso fuera cosa de pueblos atrasados o de multitudes bárbaras o fanáticas. Nunca ha habido, por otra parte, Historia sin líderes. La Historia la hacen los seres humanos, y naturalmente los grandes hombres. No alcanzo a comprender por qué Winston Churchill, por el solo hecho de ser inglés, haya de ser un líder aceptable y no han de serlo otros que no gozan de una nacionalidad tan privilegiada. (Albrieu *et al.*, 1969)

Coincidimos en este punto con Sábato. Nada de malo vemos en reconocer logros individuales, sin importar la nacionalidad del autor, cuando estos logros hayan sido reales. Sin exageraciones, sin pulidos previos a una canonización en bronce. Y sin que se hagan a costa del olvido o la demonización de otros individuos.

Según Ocampo (2015), la vanidad argentina tiene origen en las victorias militares conseguidas por los porteños, en especial por haber vencido al ejército inglés durante las invasiones de 1806 y 1807, a los españoles en Montevideo, a los franceses en Obligado. Pero mucha agua corrió bajo el puente después de esas victorias, y aventurar una respuesta es quizás tan difícil como hacer historia contra fáctica. ¿Hubiera sido diferente el argentino sin esas victorias? Más probable es que ese sentimiento de superioridad esté relacionado con procesos históricos que hicieron posible un desarrollo local anterior y diferenciado de los propios vecinos regionales.

Ocampo (2015, p. 291) señala que los populismos recurrentes en Argentina tuvieron su origen y lograron legitimidad gracias a esta versión “maniquea de la historia”. Y asegura que “la consecuencia fue que en vez de resolver los problemas que obstaculizaban el desarrollo del país, la sociedad culpaba a otro de estos problemas. Es decir, no solo impidió encontrar soluciones a estos problemas, sino que también abortó el proceso de aprendizaje colectivo”. Efectivamente, Ocampo trazó un paralelismo sustantivo entre la interpretación del pasado y los hechos recientes, partiendo de la premisa del Premio Nobel Douglas North: “el aprendizaje colectivo es esencial para que una sociedad adopte un marco institucional favorable al crecimiento económico” (North, 1993, citado en Ocampo, 2015).

Ya en sus críticas contemporáneas al mitrismo, Alberdi sostenía que la historia podía escribirse como leyenda popular, a la que llamó historia forjada por la vanidad, o historia vanidosa, que no era más que una mitología política con base histórica. En esta versión, los grandes hombres son los motores de los hechos históricos. Así fue como Mitre escribió las vidas de Belgrano y San Martín tras haber leído el Culto a los Héroes del historiador inglés Thomas Carlyle. Mitre construyó héroes de bronce y buscó forjar las estatuas que servirían de pilares para la Nación. ¿Es esto criticable? ¿Se podría haber construido una Nación sin una narrativa común, sin un relato conformado a partir de héroes y villanos? Como señala Ocampo, después de la batalla de Caseros el país necesitaba una figura que no participara de ninguno de los dos bandos, que aglutine a ganadores y perdedores por igual y les brinde un sentido de pertenencia. Esa figura fue San Martín.

San Martín, llamado “Padre de la Patria”, contrasta con los siete padres fundadores en Estados Unidos. Muchos historiadores modernos continúan esta tradición. Por ejemplo, Halperín Donghi señala:

La historiografía tradicional en Hispanoamérica, que antes que explicar la victoria revolucionaria prefiere la tarea infinita de cantar la grandeza de semidivinos héroes fundadores, no se equivoca del todo: la figura de los organizadores de la victoria es, en efecto, una de las claves para entender esa victoria misma. (1969, p. 107)

Los tempranos intentos de Alberdi por minimizar el culto a la personalidad resultaron en vano. Alberdi (1897) ya advertía que con el culto a la personalidad se estaba tergiversando los hechos históricos y alimentando relatos falaces sobre las verdaderas causas de los acontecimientos:

No dar a los grandes principios, a los soberanos intereses, a las causas generales y naturales de progreso que gobiernan y rigen el mundo hacia lo mejor el papel natural que la ceguedad de un paganismo estrecho les quita para darlo a ciertos hombres, es erigir a los hombres el rango de causas y de principios, es desconocer y perder de vista las bases incontrastables en que descansa el progreso humano.⁷ (p. 242)

Según Alberdi, la independencia de América no se debió tanto a San Martín, Bolívar y Sucre sino a fenómenos globales, vinculados a las luchas napoleónicas y el desgobierno en España. Dice Alberdi (1897):

Equivocar los hechos del pasado es equivocar los puntos de dirección. No se sabe a dónde se va cuando no se sabe de dónde se viene. Atribuyendo a nuestros guerreros la independencia que nos han dado los acontecimientos de Europa y del mundo desconocemos los verdaderos sostenes y garantías de nuestra independencia.

Puede verse aquí otro reflejo temprano de la Argentina partida de la que nos habla Goebel. Mitre dice que debemos la independencia a nuestros guerreros. En su crítica, Alberdi sostiene que fueron los acontecimientos de Europa los verdaderos artífices de la

⁷ Cuánta actualidad en las palabras de Alberdi, en especial en una Argentina kirchnerista donde muchos jóvenes estaban dispuestos a “dar la vida por Cristina”.

independencia argentina y no los factores de personalidades de excepción como señala Mitre.

La posición de esta tesis es que fueron ambos, en su justa medida, y en una interdependencia. También sostenemos que el olvido y el injusto juicio que sufrió (y sufre) Alvear por la historiografía de manual, es consecuencia de este relato de historia vanidosa propio de la edad infantil de la Nación, cuyas reminiscencias pueden verse hasta la actualidad.

La diferencia es sustancial puesto que hombres extraordinarios pueden dar lugar a un país extraordinario, que tiene un futuro de grandeza asegurada, como tantas veces hemos creído los argentinos. Desde una geografía privilegiada hasta la voluntad divina (resumida en la popular frase “Dios es argentino”),⁸ pocas ideas le han hecho tanto daño a la Argentina como esa soberbia infundada.

¿De dónde viene esa creencia? Ocampo (2015) sostiene que la vanidad se forja en las victorias militares. De hecho, hubo muy pocos militares que derrotaron en forma definitiva a los ingleses. Además de los estadounidenses que lo lograron en la guerra de la independencia, Jaques de Liniers (o Santiago de Liniers, como se lo conoce en Argentina) figura entre quienes obligaron a los ingleses a capitular. Liniers era de origen francés, pero comandó las tropas porteñas que resistieron la invasión inglesa. Más tarde sería fusilado por Mariano Moreno.

Juan B. Alberdi llama a este episodio “victoria vanidosa”, al igual que la victoria de los ingleses sobre Napoleón. En realidad, la razón de la victoria nada tiene que ver con un tipo superior de hombre, sino con el hecho de que Buenos Aires no es un puerto de aguas profundas, y los barcos ingleses debieron desembarcar a varias millas de la ciudad, en Ensenada, para luego acercarse a Buenos Aires por tierra. Es decir, no se puede tomar Buenos Aires con una flota naval quebrando la resistencia con cañonazos, como ocurre en Montevideo. Un ejército que debe primero desembarcar y luego marchar es más fácil de sorprender y atacar desde posiciones más altas.

Cuando ocurren hechos históricos de relevancia, rara vez se deben a un solo factor. Sino que diversos factores confluyen y van sumando fuerzas que terminan por producir el viraje

⁸ Infinidad de alegorías sobre esta frase se hicieron públicas en los medios de comunicación tras la designación del excardenal de Buenos Aires, Jorge Bergoglio, como Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. En la esfera del deporte, el gol de Diego Maradona a los ingleses con “la mano de Dios”, es otro de estos ejemplos propios de la cultura popular.

histórico. No debemos tomar hechos trascendentales siempre como si se fueran fruto de un único factor, en una lógica binaria del blanco o negro. Desencuentros y rivalidades personales pueden influir en una decisión de gobierno tanto como un resultado electoral o una guerra en el extranjero. Una trayectoria histórica puede ser torcida por hechos de una ontología muy diferente.

Esta tesis es sobre uno de esos factores humanos. Sobre la vida de un hombre que contribuyó a torcer la historia y que injustamente fue primero demonizado y luego olvidado.

Basta recordar el juicio que de él hacen hombres vinculados al revisionismo, como Scalabrini Ortiz y Rosa. Scalabrini Ortiz (1957) instala la versión de que la Banda Oriental se perdió por el vínculo corrupto de los gobernantes de turno con Inglaterra. Dice el autor: “El soborno no queda testificado en documentos. Un dirigente puede hacer creer que actúa en deducción de doctrinas cuando entrega una concesión al extranjero, pero no hallará doctrina ni teoría en que asirse para justificar las amputaciones del territorio nacional” (p. 117). En ese texto, Scalabrini Ortiz se propone narrar los “hechos que terminan segregando la provincia argentina sentada en la Banda Oriental del Río de la Plata”.

Prosigue Scalabrini Ortiz identificando al enemigo interno con el enemigo foráneo: “El general Alvear, ministro de guerra argentino, ha comenzado recién sus operaciones cuando ya Canning, ha designado, según se dice, de ambas partes, un mediador, Lord Ponsomby”, que tiene a cargo la delicada misión de “crear un Estado independiente”, pero que parezca no una imposición de Inglaterra sino un acuerdo de partes. Y concluye que “así ha obrado siempre Inglaterra dentro de nuestro país y en todas las actividades: lo que no corrompe lo destruye.”

Este vínculo a favor de los intereses externos de la elite gobernante es retomado por el revisionismo. Otro ejemplo: Rosa (2012), uno de los fundadores del revisionismo, quien con subtítulos provocativos, como “Rivadavia y la voluntad de coloniaje”, enfatiza esta supuesta relación de sumisión con el extranjero. Rosa es un exponente fiel del relato histórico que primó los discursos oficiales en la Argentina de los últimos años. Dice por ejemplo que “la lucha por la liberación se hace entre un pueblo nacionalista y una minoría extranjerizada”. Y va más allá, dice que este conflicto no es un conflicto entre ricos y pobres (o de lo contrario no podría haber gobernantes ricos que supuestamente defiendan

intereses populares). “Hay algo más. Es una guerra entre dos maneras de sentir la patria, y por eso será tan cruenta y moverá rencores implacables. La patria es un culto y quienes no lo comparten son tenidos por herejes dignos de la hoguera. La guerra adquiere las características de una guerra religiosa. Se odia lo que no se comprende y los extranjerizados odian la patria de los nacionalistas como estos la de aquellos”. Y el extranjerizante odia al pueblo, porque odia el impotente, “y entonces, cuando odia es porque la oligarquía se sabe débil, y está cercana la hora de la liberación nacional”.

Rosa es sumamente crítico de Rivadavia, y solo un poco más benévolo con Alvear. Sobre su corto período al frente del gobierno aseguró:

El joven Director tomaba la responsabilidad del poder a los 25 años, que no pueden calificarse de pocos en tiempos en que los 54 de Posadas eran avanzados, pero no eran sus años mozos ni la impetuosidad de su carácter los que produjeron las dificultades que tuvo en su escaso gobierno de tres meses. No hubo falta de madurez ni ligereza en algunas de las medidas, que hoy podemos calificar como gravísimas, tomadas por Alvear en los meses de ese verano de 1815. Su dictadura no fue el despotismo exclusivo de un militar ambicioso y sin mayores escrúpulos, sino, y sobre todo, el predominio de un grupo calificado de hombres serenos que tomaban asiento en los sillones del Consejo de Estado o alrededor de la mesa de la Comisión Permanente. Nada hizo el Supremo sin escuchar la voz de ambos cuerpos, y aquella otra de la cual poco conocemos de efectivo susurrada desde las tenidas secretísimas de la Logia. Los errores de Alvear fueron errores de muchos. Y no eran jóvenes ambiciosos quienes aconsejaron las más trascendentales medidas de su gobierno: la grave falta no estuvo en la impetuosidad o en la ligereza, sino en la falta de fe en los destinos de la revolución y el desconocimiento absoluto de la realidad interna y externa que tenían estos hombres, por otra parte los más cultos de la sociedad Argentina. (2012)

Nótese sin embargo, el uso de la palabra dictadura para describir el gobierno, un tema relevante al que volveremos más adelante. Sobre las medidas gravísimas se refiere particularmente a la manera de afrontar el conflicto con Artigas.

El revisionismo histórico, desde Rosas en adelante, ha sido en general muy crítico de Alvear. Pero el desprestigio de Alvear comienza muy temprano, en escritos publicados por

sus contemporáneos. Así lo describió Lucio V. Mansilla, escritor e hijo de uno de los militares que pelearon junto a San Martín, Juan Manuel de Rosas, y el propio Alvear:

Las mediocridades son discutibles, y discutidas. Los grandes hombres son calumniados. Los contemporáneos los persiguen, y la envidia es el metro elástico con que la pasión los mide. Pero mueren, y la justicia reivindica sus derechos para restablecer la verdad. La historia no es muchas veces más que el mea culpa de la posteridad en nombre de los que yacen olvidados. El general don Carlos María de Alvear fue un paladín. Tenía todo lo que hace fácil en un sentido, difícil en otro, la áspera senda del porvenir: la cuna, la belleza, la elocuencia, el valor. Su cabeza era una fragua; su corazón, una tempestad. En cualquier tiempo en que hubiera nacido se habría impuesto por el talento... Es uno de los hombres de quien he oído hablar peor; pero yo no juzgo por lo que oigo. La pasión poco me sugiere... No conozco grandes hombres sin vicios –excepto rarísimas excepciones. Los pequeños no tienen sino defectos. Y empleo las palabras grandes hombres a la manera de Emerson, como sinónimo de hombres representativos. Alvear está en ese caso. Él fue, en un momento dado, –y en grado heroico y eminente,– de su tiempo. Y quien fue de su tiempo, sin pagarle tributo?... Ah! Ser a la vez un grande hombre y un hombre, qué prodigio! Acabo de leer que San Agustín lo realizó. Pero San Agustín fue ese prodigio porque fue un santo, y Alvear sólo fue un soldado heroico. (Mansilla, 1889, t. v, p. 206)

La demonización en el imaginario popular no empieza, no obstante, hasta la obra de Mitre. No es de extrañar, puesto ya en su proclama de 1866, Felipe Varela, llamaba a los argentinos a las armas contra “el usurpador Mitre, gobernador de Buenos Aires”. Y lo hacía recordando la memoria de Carlos de Alvear y las batallas de Justo José de Urquiza.

Cuando se escribe de Alvear, aparece de forma ineludible la figura de San Martín. En este sentido vale la pena recordar los escritos de Alberdi, que tendremos como marco de nuestro trabajo. Sobre San Martín, Alberdi (1897) señala algo que otros historiadores, incluso defensores de San Martín como el propio Terragno retoman, y es que no fue San Martín el autor intelectual del plan para cruzar las Andes y liberar a Chile.

A Chile le habrían sobrado igualmente [Libertadores], y, sin San Martín, repito no habría tardado en ser libre por los Carrera. Esos sí que eran el genio de acción liberal y patriótica! Figuras llenas de originalidad, ornato poético, pintoresco y melancólico de la historia

americana, los Carreras recibirán el rango que les toca en los recuerdos simpáticos de la historia agradecida el día que la verdadera historia reemplace a los cuentos forjados por las pasiones palpitantes todavía en los descendientes de la generación pasada.. La idea de atravesar los Andes para atacar en Lima el centro del poder español ni siquiera es de San Martín. La propuso primero al gobierno argentino D. J. Miguel Carrera de Chile el 8 de mayo de 1815. San Martín, consultado, la desaprobó... Después lo hizo él mismo.

En mismo Alberdi (1897) no solo le resta mérito en el plano intelectual al famoso cruce de los Andes, sino incluso en la parte práctica. Se diferencia entonces de otros autores que desestiman (nuevamente Terragno entre ellos) la importancia del origen del plan, para ensalzar la proeza de la organización y la práctica:

San Martín atravesaba los Andes en 1817 para ir a Chile cuando los portugueses reducían a escombros la provincia de Misiones, en que estaba el techo que lo había visto nacer. Por no confesar que los portugueses ocupaban tranquilos el suelo argentino, Buenos Aires prefería olvidar que la Banda Oriental era provincia argentina. (...) ¿Dónde está entonces el genio de San Martín? ¿En que pasó cañones a través de los Andes? ¿Por eso sería otro Aníbal? Comparaciones pueriles. Desde la conquista, los españoles tenían dominados los Andes como a carneros. Hacía cerca de tres siglos que Pedro de Valdivia atravesó esas cordilleras para conquistar a Chile y que Hurtado de Mendoza las repasó en sentido contrario para fundar a Cuyo. San Martín? Vino a América y tomó el servicio de su causa el año 12, dos años después de iniciada la revolución en 1810. Si no fue él que inició la revolución tampoco le tocó acabarla, pues fueron Bolívar y Sucre. No pretendo apocar el mérito de San Martín, sino dejarle su verdadera talla, y dar a las causas reales que libertaron la América la parte que la falsa historia les arrebató para darla a hombres que no necesitan de esa usurpación para ser dignos de gratitud y de respeto por sus buenos servicios. (Alberdi, 1897, t. V, p. 180)

La primera parte de este texto es fundamental, pues entraña una de las razones principales por las que San Martín y Alvear se separan, relacionada con las diferentes creencias sobre el curso que debía seguir la revolución. San Martín quería atacar el corazón realista en América, Lima. Mientras que Alvear prefería asegurar la zona del océano Atlántico y Buenos Aires, por eso invade Montevideo y se suma luego a la batalla con el imperio de Brasil.

Tanto Alberdi en sus argumentos originales como Ocampo sostienen que Alvear estaba en lo cierto y San Martín equivocado. Que lo mejor hubiera sido resguardar el territorio nacional primero antes de liberar países ajenos. Sobre Chile, Alberdi dice que no iba a tardar mucho en ser libre gracias a la labor de los Carrera si San Martín no se metía. Y

sobre Perú, sostiene que nunca fue liberado por San Martín, puesto que la oposición realista sólo se alejó de Lima, y fue necesaria la intervención posterior de Bolívar.

Nótese que a pesar de este juicio severo, Alberdi continuó manteniendo relación con la familia de San Martín después de su visita al Libertador en Francia. En carta con fecha del 15 de marzo de 1848, Mariano Balcarce, yerno de San Martín, le escribe a Alberdi quien por ese entonces estaba exiliado en Chile: “La suerte ha querido que sea testigo de sucesos grandiosos e inesperados, que nos tienen a todos como quien ve visiones, en menos de tres días ha desaparecido la monarquía de julio y se ha instalado sobre sus ruinas la República Francesa” (Biblioteca Nacional, 1999, p. 89).

San Martín era reacio a los cambios que estaba sufriendo Francia. En una carta a un antiguo compañero de armas destaca que el país estaba atravesando una crisis debido a “las máximas de odio infiltradas por los demagogos a la clase trabajadora contra los que poseen”, una sentencia que difícilmente puede ser aprobada por los revisionistas y nacionalistas, que hacen precisamente eso en su discurso de buenos y malos, de elites pudientes, que como Alvear atentaría en sus actos contra el pueblo. Según San Martín, “la revolución de febrero en Francia ha demostrado, muy claramente, pues una minoría imperceptible y despreciada por sus máximas subversivas de todo orden, ha impuesto por su audacia a treinta y cuatro millones de habitantes la situación crítica en que se halla este país”. (INSM, 1953, t. XV, p. 107).

Que Alberdi mantenga una relación con la familia de San Martín de suficiente amistad y confianza como para que su yerno lo mantenga al día de los sucesos de Francia, muestra que la posición de Alberdi, lejos de estar guiada por sentimientos personales, era producto del análisis de la historia reciente del país, y de la vida de los protagonistas que él mismo conoció.

Sin embargo, nuestra posición aquí es distinta a la de Alberdi. Creemos que a priori las dos estrategias, tanto marchar hacia el Alto Perú como embarcarse hacia el Callao, tenían su lógica. Y que era simplemente una cuestión de método. ¿Hacerse fuerte primero en casa? ¿O salir a la conquista del continente para garantizar que el enemigo no pueda reagruparse? No creemos a priori que una alternativa sea muy superior a la otra. Era una cuestión de opinión sobre la que ambos líderes simplemente no se pusieron de acuerdo.

Esta tesis está basada en el hecho de que este desacuerdo no debió ser razón necesaria ni suficiente para demonizar a Alvear ni todo su aporte posterior a la causa de la revolución.

1.3 Objetivos e hipótesis de investigación

El objetivo principal de esta investigación será el de trazar un perfil completo del prócer olvidado, líder de la logia Lautaro y de las luchas por la independencia. Esperamos así contribuir a la comprensión de episodios menos conocidos de la emancipación, estudiada a veces desde procesos políticos o económicos más impersonales.

Se analizará la importancia en la vida de Alvear de la tragedia de la Mercedes, su estancia en Inglaterra, su actuación militar en España, su regreso al Río de la Plata y su posterior actuación política, siempre en relación a su obra como estadista y militar.

Como objetivo secundario se analizará las formas en que aparece la figura de Alvear en la historiografía nacional para descubrir aciertos y errores a la hora de juzgar su obra. También como objetivo secundario se examinarán las consecuencias actuales de una deformación de la historia argentina que tiene a José de San Martín como único padre de la patria, y condena a sus opositores circunstanciales al más triste olvido y al más duro juicio (prejuicio) por parte de la historia oficial.

La hipótesis principal que guía esta investigación es que la vida y obra de Alvear no ha sido analizada aún en su verdadera dimensión por la historiografía nacional, y que esta carencia no refleja sino la parcialidad en la que caen muchos historiadores a la hora de juzgar el desempeño de los padres fundadores, reduciendo casi la totalidad del mérito de la independencia a la figura de San Martín, único padre de la patria.

El mote de traidor que le dio Bartolomé Mitre a Alvear y la enemistad con José de San Martín parecerían borrar de raíz cualquier mérito que pudiera encontrarse en la vida pública de Alvear. De allí que solo se hayan escrito fragmentos sobre su accionar, sin que medie una visión de conjunto que ponga de manifiesto las contradicciones propias de la política nacional de la época, destacando aciertos y errores con la misma vara, como sí ocurrió con otros próceres de la independencia.

Creemos también que los procesos personales pueden tener influencia en los acontecimientos históricos, incluso en ocasiones tanto o más que los fenómenos socioeconómicos.

Es difícil entender como los hijos de toda una generación de españoles se lanzaron en armas incluso contra sus propios padres sin conocer a fondo las historias personales. La historia de la familia Alvear representa un ejemplo único e incluso paradigmático de esta trama personal y familiar que culminara por tener un fuerte impacto en la historia de las colonias españolas.

Otras de las hipótesis que atraviesa esta investigación podría resumirse, parafraseando a Hannah Arendt, como de la existencia de una forma de banalidad pero del bien en lugar del mal. Esta banalidad tiene lugar cuando se busca ensalzar aspectos valiosos de una determinada trayectoria en un individuo descuidando las contradicciones propias de los seres humanos. Arendt tuvo la honestidad de ver en el nazi Adolf Eichmann a un hombre común, no al monstruo que esperaba la sociedad de su época. Las consecuencias eran aún más terribles, puesto que implicaba que cualquiera podría convertirse, ante determinadas circunstancias, en un genocida, un reflejo que causó espanto en diversos actores sociales.

Lo que aquí llamamos banalidad del bien opera en forma simétrica como un mecanismo inverso. No nos lleva a convertir en hombres comunes a monstruos o genocidas, sino a convertir hombres comunes en supuestos semidioses de nuestra historia nacional.

El caso tan de modo y más evidente es el de Juan Manuel de Rosas. El revisionismo histórico ha puesto énfasis en la defensa de Rosas de la soberanía nacional y en la batalla de la Vuelta de Obligado de 1845, descuidando las características dictatoriales de su gobierno, como la mazorca y la persecución de enemigos políticos.⁹

Es probable que aún hoy haya políticos que consideren que cualquier medio es necesario para hacer lo que consideran es mejor para el bien común (que, al mismo tiempo, casi siempre coincide con lo que es mejor para ellos mismos). Así es como decisiones cuestionables en el ámbito de la política, que en ocasiones incluso pueden rozar la maldad,

⁹ En realidad, el comandante que vence a las fuerzas anglo francesas es Lucio Mansilla, antiguo subordinado de Alvear en la batalla de Ituzaingó, casado con una hermana de Rosas, y quien probablemente haya intercedido para que el Restaurador de las leyes ofrezca a Alvear un exilio decoroso como embajador en los Estados Unidos.

decisiones sanguinarias o actos de crueldad, se superponen con actitudes normales en otros ámbitos personales o públicos.

Hannah Arendt enseñó, derrumbando los preconceptos de la época, que el mal absoluto no existe, que Eichmann no era más que un pobre hombre, lejos del diablo rojo con tridente que la comunidad judía de su época esperaba.

Es quizás la hora de aceptar además que, como la otra cara de la misma moneda, el bien también puede ser banal. Y que acciones de efervescencia nacionalista, de defensa popular o de generosidad extrema pueden tener un contrapeso en la misma persona con actitudes egoístas, corruptas y crueles. Simplemente porque así de complejos somos los seres humanos.

En la Argentina del siglo XXI, esta idea está lejos de ser trivial. Aún hay quienes siguen a líderes políticos viendo solo aspectos parciales de su comportamiento en lo que no es otra cosa sino el primer peldaño del fanatismo. Quienes valoran la militancia política como una actividad revolucionaria prefieren en ocasiones hacer la vista gorda frente a inconductas de sus líderes en pos de un supuesto fin superior. Afortunadamente, siempre habrá historiadores para recordarnos que ese tipo de ardor patriótico generalmente tiene segundas lecturas.

1.4 Estado de la cuestión

No existe hasta el momento una biografía completa de Carlos María de Alvear. Quizás controvertido como ningún otro prócer de la independencia argentina. Las razones de esta falta deben buscarse, no tanto en la escasez de fuentes que puedan dar testimonio de su vida, sus logros políticos y militares y su pensamiento, sino en una interpretación parcial de sus actos que ha llevado a los historiadores a resaltar alguna parte de su labor política o militar sin tener debidamente en cuenta el conjunto.

Libros que tienen a Carlos de Alvear, su vida y actuación política y militar, como protagonistas principales son apenas seis, todo ellos parciales, en cuanto abordan una parte determinada de su vida o de su obra:

- 1) Una biografía incompleta escrita por Gregorio Rodríguez en 1909, titulada *Historia de Alvear*, que llega recién hasta los sucesos de 1820. Rodríguez pone énfasis en los

eventos que rodearon la Asamblea de 1813 y la actuación de Alvear en ella, al igual que su enfrentamiento con Gervasio Artigas.

- 2) La nota bibliográfica de Thomas Davies, *Carlos de Alvear, Man of Revolution* de 1955, que analiza la misión diplomática de Alvear en Washington.
- 3) Un texto escrito por un descendiente homónimo, Carlos de Alvear, con una defensa parcial sobre las críticas que realiza Tomas Iriarte en sus memorias, y que se publicó bajo el título de *El general Alvear, a propósito de las memorias del general Iriarte*, en 1986.
- 4) Un compilado de artículos, en ocasión del segundo centenario de su nacimiento, coordinado por Alberto Dodero en 1990.
- 5) *Alvear en la Guerra con el Imperio del Brasil*, cuyo autor es Emilio Ocampo y fue publicado en 2003.
- 6) *De la doctrina Monroe al destino manifiesto: Alvear en Estados Unidos 1835-1852*. Publicado en 2009 por Editorial Claridad, también de Emilio Ocampo.

Eso es todo. Seis libros, todos ellos parciales, para quien fue uno de los artífices principales de los sucesos ocurridos en el período turbulento de 1812 a 1815, entre otros momentos de protagonismo histórico. Puede agregarse apenas el libro *Los Alvear*, de Pedro Fernández Lalanne escrito en 1980, que es en realidad sobre toda la familia Alvear, y no centrado exclusivamente en Carlos. Y también, de Gregorio Rodríguez, la *Contribución Histórica y Documental*, que tampoco está centrada en la vida de Alvear aunque recoge cartas y testimonios vinculados a él, pero sin ningún tipo de análisis, y fue publicado de 1921. Ocho libros, siendo generosos, sobre uno de los principales próceres de la independencia argentina.

La necesidad de contar con un cuerpo sistemático que sintetice la actuación de este prócer, y por lo tanto la justificación de este trabajo, cae de maduro. Al mismo tiempo, resulta también interesante preguntarse por qué no ha habido más libros sobre Alvear.

Durante mucho tiempo Alvear fue amigo de San Martín, quizás su único amigo, en especial en el momento en que juntos arriban a Buenos Aires en 1812. Rápidamente se unieron a los rebeldes de la ciudad, tomaron el gobierno derrocando al Primer Triunvirato, y en

pocos meses se hicieron del poder político y militar. Luego se separaron. Y no hay hasta ahora una hipótesis compartida sobre por qué estos dos amigos toman caminos opuestos y se inicia un largo período de enemistad. En esta tesis aventuraremos algunas respuestas.

Pero más allá de esta rotura, lo cierto es que San Martín liberó Chile y Perú derrotando al ejército realista (español), pero Alvear no se quedó tan atrás: conquistó la Banda Oriental (Uruguay) y derrotó al imperio de Brasil. Si fue menos que San Martín, ¿fue tanto menos que amerita cientos sino miles de libros escritos sobre el Santo de la Espada, y apenas ocho sobre Alvear? ¿Acaso esta pregunta no resulta por sí misma tanto o más interesante que la construcción de la biografía ausente?

Podría decirse que la figura de Alvear fue víctima de una especie de individualismo metodológico en los hechos históricos, en cuanto fue juzgada en reiteradas ocasiones exclusivamente por una serie individual de sucesos puntuales, en lugar de observar su vida y obra de modo holista, donde el todo es más que la sumatoria de las partes y representa ontológicamente algo muy distinto.

Son varios los motivos que confluyen y las hipótesis que se pueden trazar para explicar la falta de un estudio completo y acabado sobre la obra de Alvear y su tiempo. En primer término, se cuenta con el antecedente de Mitre, padre de la historiografía oficial argentina, quien en su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, calificó a Carlos de Alvear como “el Alcibíades moderno, hermoso, inclinado al Fausto y a la ostentación, fogoso en la tribuna, chispeante en el banquete, bravo si era necesario en el campo de batalla y devorado por la fiebre de la ambición” (Mitre, 1887a, p. 273).

En segundo lugar, está el hecho indudable de que la historiografía moderna, siguiendo la tradición y lejos de cualquier revisionismo real de los hechos, le ha dado a Alvear el fulminante mote de traidor a la patria. Así lo expone Felipe Pigna, el divulgador de historia argentina contemporáneo de mayor popularidad. Al breve gobierno de Alvear lo denomina “dictadura”, un vocablo que tiene una potente carga emotiva para los argentinos pero que el autor no usa para otros gobiernos o directorios de características similares desde lo formal, como el de Juan Martín de Pueyrredon (Pigna, 2004, p. 379).

Pigna también resalta la carta de Alvear al embajador inglés en Río de Janeiro, donde Alvear afirma la intención de las Provincias Unidas del Río de la Plata de “pertenecer a

Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso” (Pigna, 2005, p. 32).¹⁰

He aquí el máximo pecado. No solo se traiciona los ideales de independencia, sino que se ofrece servidumbre a quien históricamente resultó ser, al menos para gran parte de la sociedad, el máximo rival de la Argentina: Gran Bretaña. Esta enemistad tuvo su máxima expresión tras la guerra de las Islas Malvinas de 1982, pero las raíces antibritánicas en la Argentina datan de tiempo atrás. Una lectura simplista de la historia considera que Inglaterra, aliada a elites locales anglófilas, que tuvieron en la familia Alvear sendos exponentes, han explotado los recursos naturales sin la correspondiente justa retribución al pueblo, verdadero propietario de esas riquezas, y ocasionado hambre, pobreza y deterioro del tejido social. Por ese motivo la traición de Alvear es doble. No solo deja de lado la causa revolucionaria sino que se ofrece de manera servil a los ingleses. Quizás se hubiera ocasionado menos odio hacia su figura si la misma carta hubiera sido enviada a un diplomático francés o ruso. O incluso al propio Bolívar, como efectivamente Alvear se conducirá en la entrevista que tuvo con El Libertador en el Alto Perú en 1825.

Además, una visión de la fundación de la patria que resalta principalmente la figura de José de San Martín como el padre fundador sitúa a Alvear entre los enemigos del prócer máximo, y por lo tanto la juzga como una figura repudiable. Efectivamente, la relación tumultuosa entre San Martín y Alvear será uno de los ejes que transitará nuestra biografía. Poco importa que en algunos puntos el pensamiento de Alvear y San Martín hayan sido coincidentes, por ejemplo en la idea de que las Provincias Unidas del Río de la Plata no tenían la suficiente madurez para autogobernarse por completo. Por años San Martín bregó para instalar en la región una monarquía que tenga su origen en una casa real europea, alternativa que los partidarios de Alvear fueron abandonando.

En la misma línea, otro de los mayores divulgadores modernos de la historia argentina, Pacho O'Donnell, no ahorra insultos al referirse a Alvear al tiempo que las alabanzas a San Martín superan cualquier exageración:

El espíritu del Libertador se inflama patrióticamente poco tiempo después de su regreso a la tierra que había abandonado a los siete años de edad y ello hace que, inevitablemente, entre en grave y perdurable conflicto con Carlos de Alvear, uno de

¹⁰ Volveremos en detalle sobre esta carta más adelante en esta tesis.

sus más tenaces detractores, anglófilo impenitente, que logra desplazarlo de la conducción de la sociedad secreta... Su enconado enemigo, Alvear, que disfrutaba desparramando el infundio de que don José era hijo ilegítimo de su padre, don Diego, en un desliz con una indígena misionera, llevó su inclinación por Inglaterra hasta el extremo, algunos años más tarde y ya director supremo. (O'Donnell, 2000)

¿El conflicto entre San Martín y Alvear se debe a que el primero tenía un espíritu inflamado de patriotismo y el segundo no? ¿Cuál es la prueba histórica que permite sostener semejante afirmación? Varios de documentos muestran que Alvear era el líder de la Logia y por lo tanto no “desplaza” a San Martín como sugiere O'Donnell. Sobre que Alvear “disfrutaba desparramando el infundio” sobre la paternidad de San Martín, no hay prueba alguna de que esto haya sido así, pero las palabras escogidas por O'Donnell muestran una animosidad evidente. Un artículo cuyo objeto es ensalzar la figura de San Martín busca como contrapeso a su enemigo circunstancial. Se intenta rebajar a uno para encumbrar al otro, un mecanismo que utilizarán muchos otros autores. Por ejemplo Terragno (2009, p. 72) recuerda que cuando cayó el breve gobierno de Alvear, San Martín que entonces se encontraba en Cuyo, ordenó celebrar una misa de acción de gracias por “el fin de la tiranía”.

En su biografía de San Martín, García Hamilton (2000) destaca la opinión negativa del padre de la Patria sobre el carácter de su rival, al punto tal que “estaba harto de la soberbia de Carlos, quien con sólo 25 años acababa de ser nombrado general, mientras que él con 36, su experiencia y su responsabilidad seguía como coronel”, y luego agrega que “le resultaba intolerable la idea de tener que sobrellevar en el propio sitio la soberbia de Alvear en sus días de triunfo y la cohorte de adulones que lo rodeaba” (p. 16).

La literatura histórica moderna toma a Alvear por una especie de monigote en el estereotipo de niño rico y petulante. Fernández Díaz (2008, p. 127) señala que Alvear “daba por hecho cuestiones que aún estaban en discusión, partía de premisas falsas y edificaba sobre esos terrenos resbaladizos castillos monumentales. Ponía el carro delante del caballo y se manejaba con la impunidad de los ricos”.

La agencia de noticias oficial Télam (2016) fue explícita en ocasión del cumplimiento del bicentenario al asegurar que “el grupo progresista -sucesores de los revolucionarios de Mayo de 1810- estaba encabezado por José de San Martín, Manuel Belgrano, Martín Miguel de Güemes, José Gervasio Artigas, quienes empujaron para que se declarara la

independencia, versus Bernardino Rivadavia, Carlos María de Alvear, que se oponían al independentismo”.

En resumen, se han atribuido a Alvear los peores calificativos: traidor, por su carta a Lord Strangford; cobarde, por su actuación militar en la Banda Oriental y en Brasil; dictador, por las características de su gobierno en 1815; ambicioso y soberbio, por su estrategia para llegar tan joven a las máximas responsabilidades de gobierno; y hasta asesino, por su supuesto intento de frustrado de matar a San Martín en la época donde ambos fueron rivales.

Es evidente que, si San Martín es el máximo héroe de la patria, Alvear es su imagen distorsionada, es su opuesto, su antítesis. Es el antihéroe.

Creemos, sin embargo, que el juicio histórico de los actos individuales no puede hacerse fuera de contexto. Quienes tienen una perspectiva paradójicamente ahistórica de los hechos históricos prefieren obviar otros antecedentes de Alvear, en particular su actuación militar, su desempeño diplomático o su tardía adhesión al régimen de Rosas.

Según nuestra opinión, en términos académicos muchos autores cometen lo que se conoce como la falacia del espantapájaros, famosa por haberla usado Karl Popper contra Karl Marx en su libro *La miseria del historicismo*. Lo que hace Popper es fabricar un falso Marx, un espantapájaros que apenas usa su ropaje, y así le resulta muy fácil criticarlo. La misma falacia se comete en reiteradas ocasiones con Carlos de Alvear. Se presenta una versión acotada o distorsionada de su vida, y así la crítica aparece a borbotones.

Un boom reciente de *bestsellers* de la historia argentina se enfocó en cuestiones de difusión de manera liviana y superficial. Se predica en estos textos un relato novelesco de los acontecimientos, con unos personajes muy buenos y otros malos, muy malos. Como en una paleta de blancos y negros, se usa la figura de Alvear para contraponerlo con los supuestos héroes inmaculados de la patria, en especial con José de San Martín, siguiendo así el camino iniciado por Mitre pero continuado por otros, como Juan Domingo Perón y los Kirchner, que tenían autores revisionistas entre sus más fervientes adherentes.

Otras enemistades manifiestas en la historia argentina corrieron con mayor suerte para los protagonistas. Entre estos casos pueden citarse a Domingo Sarmiento y Juan Manuel de Rosas, contemporáneos y acérrimos opositores. Sin embargo, ambos han logrado

permanecer con cierto valor en la historiografía oficial. Más próximos a la actualidad, ocurrió algo similar con Arturo Illia y Arturo Frondizi, dos ex presidentes de la Nación, miembros del Partido Radical, que también fueron duros adversarios, pero donde los historiadores no se vieron obligados a escoger entre uno u otro, sino que a posteriori ambas figuras cobran un peso relativo. En aquellos sucesos donde fueron decisivos para el destino de la Nación, son valorados por sus aciertos y criticados por sus errores con ecuanimidad. La figura de Alvear no corrió la misma suerte.

Es nuestro parecer que una parte de la comunidad académica histórica argentina sufre de cierto esnobismo, entendido el término en la concepción de Alain de Botton. Es decir, ven solo una parte de algo e inmediatamente lo generalizan o proyectan para que cuadre con sus propios prejuicios o ideas. De una pequeña porción de algo complejo y contradictorio intentan sacar conclusiones que reafirmen generalizaciones previas.

Es cierto que muchos aspectos de su vida política de Alvear resultan contradictorios. Pero en la Argentina del siglo XXI, y en muchos otros países ocurre lo mismo, es casi habitual que un dirigente cambie de idea o de partido político. Ya casi nadie se asombra. Pero estas contradicciones humanas, el oportunismo propio de muchos políticos, los cambios a favor de una postura u otra, resultan inexplicables si se pretende contar la historia como el resultado lineal de un conflicto entre buenos y malos, entre patriotas y traidores, entre nacionalistas y extranjerizantes. Para la visión tradicional de Alvear, también presente en Luna (1968), estas idas y vueltas resultan imperdonables.

Los últimos artículos y libros escritos sobre Carlos de Alvear toman apenas una parte de su vida. Al tener su trayectoria elementos contradictorios, parecería que fuera muy difícil analizarla en conjunto y que este ha sido un impedimento hasta ahora para llevar adelante una biografía organizada, y no textos interesados en resaltar algún aspecto en particular de su vida.

Este es el caso de Ocampo (2003), que destaca exclusivamente los aspectos militares de Alvear y en particular su desempeño en la guerra con el imperio del Brasil. Sobre la manera en que el prócer fue tratado por la historiografía clásica, Ocampo afirma que existe una “mala costumbre de nuestros historiadores de restar méritos a Alvear para ensalzar la figura de San Martín. La condena se hace sin el más mínimo rigor de investigación, por lo cual cualquier interesado en el tema debe empezar de cero. La verdad sobre la actuación de

Alvear se encuentra escondida tras un campo minado de mitos, mentiras, rumores, chismes y distorsiones deliberadas plantadas por sus enemigos” (2003, p. 582).

También Ocampo (2009) analiza una parte de su actuación diplomática, vinculada al rol de Alvear como embajador de Argentina ante los Estados Unidos, y su descripción de los cambios que se producían tras la guerra contra México y la expansión del territorio estadounidense hacia el Pacífico.

En un texto previo, este autor ya advertía que “no existe ni siquiera una biografía completa sobre Alvear, lo cual es incomprensible dado el importante papel que jugó durante las primeras cuatro décadas de vida de nuestro país” (Ocampo, 2004, p. 62).

¿Se justifica una biografía sobre Alvear? ¿Es necesaria? Creemos que la respuesta a estos interrogantes es en ambos casos indudablemente afirmativa. A continuación detallamos solo algunos puntos que sostienen la afirmación:

1. Antecedentes familiares: La familia Alvear fue de suma importancia para la historia argentina y española. El padre de Carlos, Diego de Alvear, fue un héroe de las luchas españoles en las guerras napoleónicas. Mientras que los hijos de Carlos tuvieron participación activa en la vida política del país, ocupando cargos de diputados, intendentes y ministros. Uno de sus nietos, Marcelo T. de Alvear llegó a ocupar la presidencia de la Nación en 1922.
2. Las luchas por la Independencia: Carlos de Alvear organiza en España la llegada de militares para armar y profesionalizar el ejército que se sumará a las luchas por la independencia. En 1812 regresa al Río de la Plata acompañado por José de San Martín y otros patriotas, liderando el grupo revolucionario conocido como Logia Lautaro.
3. La Asamblea de 1813: Alvear lideró la Asamblea General Constituyente que sentó las bases para la declaración de la independencia tres años más tardes. Entre otras decisiones, la Asamblea bajo su mando desertó la libertad de vientres, por la cual los hijos de esclavos nacían libres, poniendo así una fecha de caducidad a la esclavitud.
4. Director Supremo: Por un período breve, en 1815 Carlos de Alvear fue Director Supremo, es decir, máxima autoridad política y militar del vasto territorio que antes formaba el Virreinato del Río de la Plata.

5. Acción militar: Como general en Jefe del Ejército patrio triunfó en dos batallas clave del proceso político de organización del territorio nacional, como fueron las batallas de Montevideo y de Ituzaingó.
6. Actuación diplomática: Como diplomático fue el primer embajador plenipotenciario de la Argentina ante los Estados Unidos. Su actuación representa un antecedente fundamental en la historia de las relaciones externas del país.

Solo con recordar estos antecedentes esperamos mostrar que la figura de Carlos de Alvear merece una biografía que intente al menos en la medida permitida por los métodos históricos ser lo más objetiva posible, resaltando aciertos y errores, describiendo el contexto de cada decisión trascendental, sin los prejuicios que puedan derivarse de la lectura de hechos aislados.

Es curioso que, respecto a su nieto, el Presidente Marcelo T. de Alvear, una biografía reciente se expresa en esta misma dirección. Losada (2016) destaca que lejos de ser la figura traidora al ideal yrigoyenista que se le atribuye generalmente (traición que, como la sangre azul, para muchos sería hereditaria), Marcelo de Alvear fue un hábil político, que en su juventud fue secretario privado del encumbrado Leandro N. Alem y una de las figuras que en su momento supo mediar entre personalistas y antipersonalistas (antiyrigoyenistas), una oposición que por cierto le trascendía.

Es muy sencillo mostrar que a pesar de la importancia de Alvear no hay siquiera un solo libro que aborde su vida de forma completa, situación que puede comprobarse fácilmente abordando el catálogo de la Biblioteca Nacional en la Argentina, en la British Library o en cualquier biblioteca de primer nivel. Simplemente no hay una biografía de Alvear hasta ahora.

Precisamente, a esta tarea nos encomendamos en esta tesis. Nos encontraremos por supuesto con las limitaciones evidentes de la investigación, en particular con el hecho de que muchos de los papeles personales y la correspondencia de Alvear se han perdido en el paso del tiempo. Pero tenemos la seguridad de que las fuentes disponibles nos permitirán arribar a buen puerto.

En nuestro propósito hemos recurrido a numerosas fuentes primarias. También a innumerables fuentes secundarias de personas que lo conocieron, como las memorias del

General Iriarte, del General Paz y de Gervasio Posadas.¹¹ Las memorias suelen ser buenas fuentes en relación a la importancia de que tenían en cada momento del tiempo, pero los testimonios suelen ser parciales, en extremo generoso con amigos y críticos con opositores.

De cualquier manera, siempre es bueno considerar la información de primera mano. El historiador Vicente Fidel López, en *Historia de la República Argentina*, recoge testimonios de contemporáneos de Alvear, como su propio padre, Vicente López y Planes.

La compilación de textos personales en tres tomos hecha por Gregorio Rodríguez (*Contribución histórica y documental*) fue también de inestimable valor.

El actual estado de la cuestión nos lleva a una pregunta fundamental, que incluso podría ser objeto de otra investigación ya que trasciende los límites de este trabajo, pero que vale la pena esbozar brevemente: ¿por qué no se escribió hasta ahora una biografía de Alvear?

Las consecuencias no son menores. El libro con recopilación de artículos que formó parte del homenaje a Alvear en el segundo centenario de su nacimiento lo describe a la perfección: “con información equivocada o tendenciosa, a veces, de uno o más autores, se ha escrito sobre Alvear. Y otros van repitiendo las inexactitudes creyendo que son verdades, porque no profundizaron los temas. Y de esta manera lo falso se transforma en cierto a fuerza de reiterarse. No es fácil revertir ahora lo que durante muchos años se ha venido afirmando como exacto, y no lo es” (Doderó, 1990).

1.5 Metodología y fuentes de la investigación

En el último tiempo se ha vuelto usual que las tesis de doctorado estén escritas del modo más objetivo posible, evitando excesos de adjetivación o interpretación. Esta tendencia tiene origen en la tecnificación de la ciencia. Así, parece que los textos hayan sido escritos por un algo, un ente científico objetivo, imparcial, que cubre con su manto obras de calidad aceptable por la comunidad científica dejando con su huella la impronta de la aprobación.

¹¹ Estas memorias están repletas de juicios de valor y subjetividad a flor de piel. Por ejemplo, en sus Memorias, el General Tomás Iriarte reconoce que “detesta” a Alvear (1951, t. III, p. 97).

Frente a esta tecnificación, creemos que la subjetividad necesaria en cada investigación científica puede (y debe) estar manifiesta, siempre y cuando esta manifestación no reste rigor científico al método utilizado, siempre que no se descuiden las fuentes, siempre que no se caiga en excesos injustificados.

Hay quienes piensan que toda biografía es en definitiva una ficción, pues no podemos saber las intenciones ni los intereses finales que movían tal o cuál acción de un personaje histórico. Además, la subjetividad del investigador está presente desde la elección misma del tema. Sin embargo, el seguimiento de métodos historiográficos nos permite en la medida de lo posible acotar esta subjetividad.

Nos hemos propuesto considerar de primera mano la mayor cantidad de documentación disponible sobre la vida de Alvear, e intentar unir los cabos sueltos a partir de hipótesis realistas, que consideren el contexto externo, la política local y los personajes que lo rodearon.

Para esto hemos tomado documentación de los Archivos Nacionales de Inglaterra (National Archives), del Archivo del Departamento de Estado (Estados Unidos), del Archivo Familiar de los Alvear en Montilla (España), de la biblioteca y Museo Mitre en Buenos Aires, del Archivo de la Nación Argentina, del Instituto Sanmartiniano, del Archivo Moscú de la Universidad Libre de Bruselas, del Archivo General de la Nación en Uruguay, del Archivo Nacional de Chile y del Archivo personal de Emilio Ocampo.

Con esta tesis, la tarea aún está lejos de estar finalizada. Aún quedan interrogantes y fuentes primarias y secundarias que revisar. Creemos, no obstante, que los resultados alcanzados hasta ahora forman un cuerpo compacto de conocimiento que nos permiten reavivar el fuego de la hipótesis alberdiana sobre la injusticia del juicio histórico de Mitre y sus continuadores sobre Alvear, al tiempo que explicamos las consecuencias más recientes del culto a la personalidad que se inicia con José de San Martín.

1.6 Estructura de la tesis

La estructura de esta tesis sigue el orden cronológico usual de una biografía. La parte I estará destinada a analizar la infancia y juventud de Alvear, poniendo énfasis en la tragedia

familiar, en la relación con su padre y en intentar comprender los motivos que lo llevaron a regresar a América para liderar una revolución.

La parte II será la más breve en tanto al período de vida que recorre. Tomaremos aquí los primeros años de su regreso al Río de la Plata, entre 1812 y 1815, donde analizaremos la formación de la Logia Lautaro, su rol en el cambio de gobierno, la Asamblea de 1813 y el ascenso de Alvear hasta ocupar la máxima autoridad política, siendo nombrado Director Supremo.

La parte III abordará los años de exilio entre 1815 y 1822, su alianza con Carrera, los intentos por volver y el origen de sus diferencias con San Martín.

En la parte IV trataremos el período de su vida que va desde 1823 a 1828, donde se destaca el encuentro con Bolívar para intentar sumarlo a la ofensiva con el Imperio de Brasil, y la posterior guerra en territorio brasilero, con la consecuente pérdida de la Banda Oriental.

La parte V comprenderá los años entre 1828 y 1852, el período caracterizado por el protagonismo de Juan Manuel Rosas, momento en que Alvear se radica en Estados Unidos para asumir labores diplomáticas. Analizaremos aquí su relación con Rosas y sus envíos diplomáticos para comprender cuál era su visión de los principales acontecimientos mundiales a la vez que señalamos sus puntos de vista sobre el futuro de la Argentina.

Como también es costumbre, la última parte estará dedicada a las conclusiones que se desprenden de la investigación y a las extensiones de futuras líneas de trabajo que surgen a partir de esta tesis.

2. INFANCIA Y JUVENTUD: 1789-1812

Carlos María de Alvear era un hombre dotado de cualidades brillantes y conducido por audacias geniales y por la ambición de conquistar el renombre y la gloria.

Adolfo Saldías, *La Evolución Republicana durante la Revolución Argentina.*

2.1 Sociedad colonial en el Río de la Plata

Esta primera parte se inicia con una revisión del contexto, local e internacional, en el que Alvear realizó su obra cívica y militar. Creemos que resulta fundamental este análisis de contexto por dos motivos fundamentales. En primer lugar, para comprender las circunstancias de los hechos. En segundo lugar, para identificar los profundos cambios que se vivieron en el territorio en ese período, y en parte, como veremos debido a la actuación de Alvear.

Durante toda su infancia, Alvear forma parte de la sociedad colonial en lo que es actualmente el territorio argentino y de la vida en comunidad de un orden que rigió desde 1580, cuando Juan de Garay fundó por segunda ocasión la ciudad de Buenos Aires y los comienzos del siglo XIX cuando se producen cambios estructurales, político, económicos e institucionales a raíz de las luchas por la independencia. Es decir que el sistema socioeconómico tenía 200 años de antigüedad cuando nace Alvear.

El incentivo principal de los conquistadores de América fue obtener metales preciosos. Los reyes de Castilla organizaron políticamente sus colonias, las Indias, para explotar las minas y traer a Europa la mayor cantidad de oro y plata que fuera posible. Es por este motivo que el oeste del continente fue durante siglos el núcleo de actividad principal del imperio español, en particular las zonas mineras de Lima y el Alto Perú.

El resto del continente fue sujeto a una organización política que aseguraba el mantenimiento del intercambio de metálico. Los puertos orientados al océano atlántico servían como centros de comercialización de productos en una actividad donde la Península tenía el monopolio. Desde el siglo XVI a comienzos del siglo XIX, los dominios del imperio español en América se vieron casi inalterados, tanto en la América continental como en las islas del Caribe (Oslak, 1982).

Además del metálico, objeto principal de la conquista, los españoles se beneficiaron con el comercio de esclavos y el reparto de tierras, logrando al mismo tiempo nuevos mercados para la venta de sus productos. Surgió así una nueva organización económica, que tras la conquista tenía al indio como principal mano de obra productiva. La encomienda fue la institución elegida para formalizar la organización de esa fuerza de trabajo, una institución según la cual el Rey otorgaba a un encomendero una cantidad determinada de indios para que los eduque en la fe cristiana y pagaba un tributo en forma de impuesto a la Corona. Fue esta institución, pilar del sistema económico, la que fue abolida por las Asamblea Constituyente de 1813 que contaba con al liderazgo de Alvear.

A la actividad minera se fueron sumando otras oportunidades de hacer fortuna, la trata de esclavos, el comercio, las artesanías, la actividad agrícola, las vaquerías.¹² En los lugares donde no había actividad minera, la unidad productiva pasó a ser la estancia. El aumento de la población abrió las puertas a nuevas necesidades de profesionales, médicos, abogados, notarios y, por supuesto, soldados. Los centros urbanos fueron dando lugar a otras pequeñas ciudades, con frecuencia alrededor de un puerto, floreciendo así ciudades como Montevideo y Buenos Aires (Rapoport y Seoane, 2007).

Una de las primeras industrias que surgió en la región fue el saladero, que proveía de carne salada para esclavos, llamada tasajo, a los centros esclavistas en Brasil. La actividad comenzó a desarrollarse hacia 1790. Recién años más tarde, con la revolución de mayo cobraron impulsos las graserías, la producción y venta de grasa animal para ser exportada a Europa donde era utilizada como combustible para maquinaria y competía con el sebo que llegaba de Rusia.¹³

El mercantilismo va dejando lugar la economía capitalista de la primera globalización. Las burguesías toman control del Estado y las revoluciones se suceden unas a otras en diversas

¹² Vaquería eran las actividades vinculadas a la producción y venta de artículos derivados de las vacas, como la leche o las artesanías de cuero vacuno.

¹³ Delgado Ribas (1981) estudia el proceso de inserción de las colonias españolas al mercado mundial.

latitudes y continentes. Los acontecimientos del Río de la Plata a comienzos del siglo XIX no son otra cosa sino la expresión de nuevos vientos de cambios que recorrían el mundo (Cortés Conde, 2003).

La otra institución central de la primera etapa del imperio colonial en América fue la mita, el trabajo obligatorio que los indígenas debían prestar en las minas y emprendimientos vinculados. De hecho, la dureza del trabajo minero y la reducción de la expectativa de vida indígena como consecuencia de la mita fue generando los primeros episodios y focos de rebelión en contra de los conquistadores, aplacados por la fuerza del ejército o por los tribunales de la Inquisición.

Una Inquisición que perseguía a herejes a sangre y fuego. Entre sus enemigos se encontraban los masones, grupo del que Alvear formaría parte desde una edad muy temprana.

Esta sociedad colonial en la que Alvear pasa su infancia tenía rasgos que la emparentan con el feudalismo europeo, incluso en la etapa en que aquel régimen entra en franca decadencia en el viejo continente.¹⁴

A comienzos del siglo XVII las vacas comienzan a escasear incluso en las regiones más propicias para la reproducción del ganado, como La Pampa húmeda, y se forman milicias en las estancias, o milicias estancieras, para asegurar las fronteras de las regiones donde aún habitaban nativos libres. El primer rasgo feudal se relaciona con este fenómeno. Al igual que el señor feudal, el patrón de la estancia era el superior militar, y quienes trabajaban en la estancia no podían negarse en formar parte de las milicias estancieras bajo pena de prisión. Esto era debido a que existían leyes de trabajo obligatorio, conchabo, en servicio doméstico, campesinado o milicia (Azcué Amegüino, 1988). Rehusarse a aceptar los deseos del patrón estanciero podía costar la vida, ya que los más rebeldes eran enviados a patrullar la frontera en los lugares más inhóspitos con un gran riesgo de ser víctimas de un ataque indio.¹⁵

Al igual que la encomienda, el peonato establecía obligaciones impuestas por la fuerza y amparadas por la ley. A mediados del siglo XVIII surgen así los primeros gauchos en los

¹⁴ Una de las críticas más aguda a este sistema como manifestación del atraso en el desarrollo fue escrita por Sarmiento (1845).

¹⁵ Entre las tribus de la región estaban los tehuelches, los onas, los mapuches, los guaraníes, entre otras.

territorios de la actual Argentina, Uruguay, Bolivia, Chile, Paraguay y Brasil. Se los acusa de vagos por negarse a trabajar para un patrón de estancia. Como la vagancia estaba penada por ley, al poco tiempo se convirtieron en personajes marginados, que habitaban en zonas fuera del alcance de las autoridades, y de los cuáles surgió luego la literatura gauchesca que encontrará su máxima expresión en el libro *Martín Fierro*, escrito por José Hernández en 1872.¹⁶

La segunda característica que pueda asociarse al feudalismo europeo era la gran extensión de tierra que poseían los estancieros, a diferencia de Norteamérica o Australia, los primeros colonos, la mayoría expedicionarios, recibieron una importante porción de tierra en propiedad. Las nuevas tierras conquistadas al indio se subastaban públicamente, pero la escasa población y la pobre competencia hacían que las nuevas tierras disponibles quedaran en manos de un reducido número de familias, dando lugar así origen a una nueva clase social, la oligarquía terrateniente. La enorme cantidad de tierras disponibles conspiraba contra la productividad: grandes zonas despobladas no eran siquiera puestas a producir.

Este factor es de particular importancia para comprender hechos posteriores, como los enfrentamientos entre federales y unitarios. No es posible entender el origen de las luchas entre Buenos Aires y el Interior si no se considera que había grandes terratenientes, caudillos provinciales entre ellos, que tenían intereses en común con los hacendados bonaerenses (Álvarez, 1985).

Un tercer rasgo feudal está vinculado al régimen monetario. Durante los siglos XVII y XVIII no había respaldo en oro de la corona de los principales medios de pago utilizados en las estancias del virreinato del Río de la Plata. El comercio se hacía con monedas de vellón, una aleación de oro y cobre que llevaba como sello el escudo de las familias que las emitía y ponía en circulación. Los pagos al peonato eran solo en apariencia dinerarios. El salario, como base de una economía capitalista, no existía como tal, ya que la retribución al trabajo eran estas monedas de vellón que no cumplían todas las funciones del dinero: no eran reserva de valor, ya que la continua emisión y la ausencia de controles deterioraban su poder adquisitivo. Además, la circulación era reducida ya que casi con exclusividad se podía utilizar para pagar víveres en la pulpería o almacén de la estancia (Azcuay Ameghino, 1988).

Había, por lo tanto, vínculos directos entre estancieros y peones, como había entre señores y vasallos, o entre amo y esclavo. Cada persona conocía de quien dependía su vida, una

¹⁶ Una interesante investigación reciente sobre la sociedad de la época es la realizada por Franklin y Garavaglia (2009).

característica propia de los sistemas feudales. La vida en la campaña era muy dura y las posibilidades de ascenso social eran prácticamente nulas, como en la Europa medieval. Y así lo habían sido por doscientos años.

Las reformas políticas de los borbones produjeron cambios significativos en la economía de la ciudad. En 1776 se creó el virreinato del Río de la Plata, en 1777 se promulgó el Auto de Libre Internación que permitió el comercio entre las distintas provincias del Virreinato, y en 1778 se sancionó el Reglamento de Libre Comercio, que hizo posible comerciar sin pagar impuestos entre los territorios de la colonia siempre que se mantenga la preferencia por los productos españoles (Rapoport, 1988).

En 1782 se instala un régimen de organización territorial basado en intendencias. El virreinato del Río de la Plata era considerado un territorio menor en relación a los virreinos del Perú y de Nueva España, que eran ricos en oro y plata, y desde donde se podían exportar metales preciosos a la metrópoli. El mapa territorial de América del Sur se completaba con los virreinos de Nueva Granada y las capitanías generales de Puerto Rico, Cuba, Florida, Guatemala, Caracas y Chile. A su vez, a partir de 1782, el virreinato del Río de la Plata se dividió en ocho intendencias, La Paz, Potosí, Charcas y Cochabamba, en el Alto Perú, y Paraguay, Salta, Córdoba y Buenos Aires. La Banda Oriental, en tanto, recibió el carácter de gobernación militar (Rock, 1988).

Con la nueva estructura jurídica e institucional, la población de Buenos Aires creció a pasos agigantados. En 1726 había solo 2.538 habitantes, en 1778 ya eran 12.925 pobladores y en 1797 alcanzaba la cifra de 32.168 personas. Las reformas muestran que el tesoro de las minas americanas no eran la única fuente de riquezas, sino que la economía mercantil iba ganando cada vez mayor terreno.

Cacao, tabaco, azúcar, cueros, son algunos de los productos que cada vez con mayor intensidad comienzan a partir hacia la metrópoli desde Hispanoamérica. Sin embargo, el despertar industrial de España no resultó lo suficientemente vigoroso para cubrir las necesidades de las Indias españolas. Comienza a florecer así en puertos como Veracruz o Buenos Aires el contrabando de productos industriales provenientes de otras naciones, como Inglaterra, Francia o los Países Bajos.¹⁷

¹⁷ Rapoport y Seoane (2007) amplían estos conceptos en una historia de la Ciudad de Buenos Aires.

En el plano social, el paso del tiempo dio lugar a una casta de mestizos criollos, una especie de clase media entre los indígenas y una minoría negra, y los blancos españoles. La convivencia fue creando tensiones entre los diferentes grupos. A modo de ejemplo, los criollos no podían ocupar cargos públicos de relevancia si no demostraban la pureza de su sangre española. Rebeliones indígenas tienen lugar en distintos puntos del continente, siendo la de Tupac Amaru la más famosa. La marginación de los mestizos, cada vez mayores en número, generó un descontento también en alza y fue un ingrediente clave en el caldo de la revolución (Di Meglio, 2001).

Los hijos de españoles comenzaron a sentir que eran tratados como si fueran menos que sus propios padres, solo por el hecho de haber nacido en el nuevo mundo. Alvear fue uno de esos criollos que tomaría las armas para avanzar contra la patria de su padre. Se trata de un caso de particular relevancia, puesto que mientras Carlos de Alvear abrazaba y lideraba la revolución contra los realistas, su padre Diego de Alvear comenzaba a ganar peso en la resistencia española que se oponía desde el sur a la invasión francesa. El hijo del héroe de la resistencia española se convertiría en uno de los máximos exponentes de la revolución en las colonias.

En la esfera política, el poder y el monopolio de las responsabilidades administrativas, económicas y de defensa se concentraban, en el sistema vigente hasta 1810, en la figura del virrey, que a su vez delegaba en gobernadores y corregidores la administración de otros distritos de la región. Junto a los puertos de Buenos Aires y Montevideo, emergen así otras regiones que se integran al sistema económico según el potencial que les otorgan sus condiciones y recursos naturales (Goldman, 1998).

Además de volcarse al contrabando, del que hasta los propios peninsulares instalados en el virreinato participaban en ocasiones quebrando las mismas normas que debían vigilar, los criollos comenzaron a demanda mayor libertad de comercio (Giberti, 1986). Se autorizaron ventas puntuales de mercancías locales a Brasil, en especial de tasajo, y compras a otras potencias de esclavos, café y tabaco.

Una serie de episodios fueron fundamentales para que el sistema colonial comience a desmoronarse. En 1776 la revolución en los Estados Unidos unió a la colonia junto a Francia y España en contra de Inglaterra. En 1789 estalló la revolución francesa y con ello una serie de conflictos bélicos en toda Europa. Los ingleses bloquean el puerto de Cádiz y destruyen parte de la flota española. El monopolio impuesto por la monarquía borbónica,

por el cual las colonias solo podían comerciar entre sí o con la metrópoli, comienza a desmoronarse cuando existen problemas de aprovisionamiento de mercancías y escasez en las colonias debido a los conflictos bélicos europeos (Hora, 2010).

Tras la batalla de Trafalgar, donde la armada española sufrió una dura derrota, la situación empeoró. Los ingleses intentaron aprovechar la derrota española e invadieron Buenos Aires en 1806, lo que se conoce como la primera invasión inglesa. En realidad, hubo intentos ingleses de ocupar las colonias españolas al menos desde 1762, cuando los británicos iniciaron una ofensiva sobre Cuba. Buenos Aires tenía un doble atractivo como objetivo militar y geopolítico. Por un lado, se conectaba con relativa facilidad a las colonias inglesas más alejadas del imperio en el continente africano. Pero además representaba una alternativa de aprovisionamiento para las expediciones que buscaban unir el océano Atlántico con el Pacífico a través del estrecho de Magallanes (Díaz Alejandro, 1984).

La expedición comandada por Home Riggs Popham y William Carr Beresford desde el Cabo de Buena Esperanza no contó en un primer lugar con el beneplácito de la corona, que sin embargo apoyó la aventura cuando recibió los primeros informes de resultados. Los criollos habían recibido a los invasores con cierta algarabía y demostrado cooperación. No hubo una oposición militar y el virrey Sobremonte huyó con el tesoro de la ciudad hacia Córdoba. Las principales autoridades civiles y eclesiásticas juraron fidelidad a las nuevas autoridades en junio de 1806, lideradas por el nuevo gobernador inglés de Buenos Aires, Beresford. La parte del tesoro capturado es llevado a Londres y hasta los funcionarios españoles juran fidelidad a la flota británica mientras los clérigos predicaban a favor de los invasores en las iglesias (Gallo, 2004).

Sin embargo, no todos los criollos se contentaron con el nuevo orden, y a las pocas semanas surgió un foco de rebelión liderado por Santiago de Liniers, Martín de Álzaga y Juan Martín de Pueyrredón. El liderazgo de Álzaga y sus argumentos eran evidentes, además de ser el alcalde en el Cabildo de la ciudad, era un comerciante español que tenía intereses en mantener el monopolio con la península.

La reconquista de la Ciudad se organizó desde Montevideo. Aprovechando que los refuerzos británicos no llegaban, las milicias locales lograron la rendición de Beresford tras duros combates en las calles que dejaron un centenar de muertos. La invasión ocasionó una crisis de autoridad porque los ciudadanos criticaron la actitud del virrey Sobremonte. En

tanto que los rumores de que finalmente llegarían los refuerzos pedidos por Beresford crecieron y se organizó militarmente a la población en regimientos, como el de Patricios, los Húsares, y otros. La segunda invasión inglesa estuvo liderada por el teniente general John Whitelocke, pero también fue derrotada y debió capitular.¹⁸

Gracias a las invasiones inglesas de 1806 y 1807 Buenos Aires se militariza, en especial con criollos, que eran más pobres y se enlistaban con mayor facilidad en el ejército. Tras la victoria, Buenos Aires obtiene prestigio internacional por vencer al poderoso ejército inglés.

Una Junta conformada por los principales militares y ciudadanos decidió entonces deponer el virrey y encarcelarlo, al mismo tiempo que, siguiendo las leyes vigentes de acefalía, nombró en su lugar al militar de mayor rango de forma interina, es decir a Santiago de Liniers. Se trataba de un hecho sin precedentes, puesto que el poder del virrey emanaba de la decisión del mismo Rey de España, que era la voluntad de Dios. La herida institucional que allí cobró forma y se materializó se fue ampliando hasta poner en jaque a toda la organización virreinal. En julio de 1807 se hicieron los festejos por la victoria definitiva y la población envalentonada por la euforia del combate comenzó a formularse nuevos interrogantes.

Se produjo así un punto de quiebre en la vida institucional de la región como consecuencia de reacciones improvisadas ante fenómenos externos. Las invasiones inglesas fueron determinantes para cuestionar la autoridad española y para militarizar a la población local. La estructura colonial, con su estricto orden de castas, fue movida en sus cimientos y otro sistema emerge de la organización militar, donde las milicias urbanas y sus líderes cobraron un rol fundamental (Carvelari, 2007). Es también el origen del caudillismo en las provincias, y de la fractura política entre los propios criollos en partidos que luego tomarían el nombre de unitarios y federales.

Para ese momento clave de la historia argentina, el joven Alvear ya había dejado el Río de la Plata. Como veremos, se embarca en 1804 rumbo a España, aunque el destino le jugará una mala pasada terminando el viaje en Inglaterra. Alvear no vivió entonces el cisma que representó en la sociedad colonial las invasiones inglesas, sino que se alejó del virreinato en una época de paz institucional que llevaba ya doscientos años.

¹⁸ Un estudio completo de las invasiones y la reconquista puede verse en Gallo (2004).

A partir de entonces se comenzaron a esparcir ideas que hasta ese momento tenían poca visibilidad y aceptación. En este proceso, los lazos de algunos criollos con independentistas fueron fundamentales. En especial los lazos entre Saturnino Rodríguez Peña y Francisco de Miranda, el venezolano Precursor de los movimientos independentistas.¹⁹

Un nuevo capítulo para estos revolucionarios se abrió en tras las invasiones napoleónicas a España, proceso que sí evidenció Alvear desde las mismas trincheras. La captura del Rey de España y la imposición de José Bonaparte como nuevo monarca en la metrópoli volvió a agitar las aguas, esta vez de forma definitiva.

Con la anuencia del rey Carlos IV, Napoleón envía sus tropas a Portugal a través de España. El objetivo era restarle capacidad marítima a Inglaterra controlando la salida al Atlántico. Pero cuando Napoleón conquista Lisboa y la corte portuguesa se refugia en Río de Janeiro, los criollos comienzan a sospechar que los portugueses, aliados a Inglaterra, iniciarían una conquista de las tierras españolas al sur en reprimenda de la supuesto alianza franco-española. Nuevamente la población comienza a organizarse y a militarizarse, aunque los acontecimientos terminan siendo distintos de lo previsto.

Carlos IV muy debilitado por los conflictos familiares y la cada vez mayor influencia de su ministro Godoy, abdica al trono a favor de su hijo Fernando tras un motín de la nobleza en Aranjuez. Napoleón cita a la familia real en la ciudad de Bayona para dirimir los conflictos y logra forzar la abdicación también de Fernando en su favor. A su vez, Napoleón cede el trono español a su hermano José Bonaparte (Valdeon et al, 2006).

Mientras algunas ciudades españolas aceptan las nuevas autoridades, otras ciudades se oponen e inician una rebelión que tendrá epicentro en el sur de la península. Los rebeldes encontraran apoyo de Gran Bretaña, antiguo rival de los españoles, pero que a toda costa necesitaba frenar el avance del nuevo imperio francés.²⁰

Es en este momento de la historia donde el apellido Alvear comenzará a cobrar relevancia. El padre de Carlos, Diego de Alvear, se convierte en un héroe de esta resistencia. Esta situación, no repetida en ninguno de los otros próceres de la independencia, obliga a

¹⁹ Miranda viajó a los Estados Unidos en plena revolución, y más tarde se unió a las fuerzas revolucionarias francesas. Por su actuación en la batalla de Balmy de 1792, Napoleón incluyó su nombre entre los honrados en el Arco de Triunfo de París.

²⁰ Delgado Ribas (2006) analiza el proceso de desintegración del imperio español entre 1797 y 1837.

redoblar los esfuerzos por comprender los motivos que llevarían a su hijo a abandonar una carrera prominente en la Península para regresar al Río de la Plata.

Tras la invasión de las tropas napoleónicas, la Junta de Sevilla tomó el liderazgo del reino que proclamaba la continuidad borbónica con Fernando VII y aglutinó representantes de diversas juntas del reino. En 1810 Napoleón invade Andalucía y la Junta de gobierno se traslada de Sevilla a Cádiz, pasando a tener apenas cinco miembros. En las colonias los cabildantes comenzaron a preguntarse si no era esa forma de gobierno, las Juntas, la respuesta necesaria a la acefalia monárquica (Levene, 1928).

Comenzaron a iniciarse procesos de propuestas para armar juntas que diluya el poder del virrey entre otros ciudadanos, aunque siempre jurando fidelidad a la Junta andaluza. Intentos de este tipo se registraron entre 1808 y 1809 en Montevideo, México, Caracas y Buenos Aires, entre otras ciudades. Los criollos también se preguntaron si merecían también tener un lugar en aquellas juntas españolas que gobernaban en nombre de un rey ausente y dirimían sus destinos. Recién en 1809 se inició el proceso para elegir los diputados de América que se integrarían a la Junta en España, pero la demora en los procesos para elegirlos y la velocidad del avance napoleónico evitaron la integración de los representantes (Guerra, 1997).

La infanta Carlota, hermana de Fernando VII, estaba casada con el rey de Portugal y reinaba desde Brasil. Desde allí reclamaba que se la nombre como regente de las colonias en América por sus lazos sanguíneos con el rey cautivo. Los promotores de esta idea conforman en Buenos Aires un grupo al que se conocerá con el nombre de carlotistas. Entre ellos figuran próceres de la talla de Manuel Belgrano o Juan José Paso. Saavedra, más cercano a Liniers, quería mantenerse fiel a la monarquía de los borbones, que reinaba en Francia.²¹

En realidad, no había acuerdo alguno entre los criollos sobre el rumbo que debía tomar incipiente revolución. Las diferencias acentuaron la violencia en los años siguientes cuando estallaron los conflictos entre americanos y españoles primero, luego entre las provincias y Buenos Aires, más tarde en partidos políticos, unitarios y federales, y luego entre los mismos federales.

²¹ Una historia completa del proyecto carlotista puede verse en Rela (2006), publicado por la Universidad de Montevideo.

Una revolución no es un hecho aislado, sino que muchos episodios se pueden tomar como antecedentes. Tampoco se trató de una revolución engendrada por unos pocos individuos extraordinarios, sino que diferentes eventos y la dinámica de los acontecimientos fue evidenciando el agotamiento del modelo de organización colonial que rigió un vasto territorio, alejando geográficamente de una metrópolis en crisis. Para 1809 era muy difícil creer que España lograría desembarazarse del dominio napoleónico. Por el contrario, Napoleón parecía invencible y en vías a dominar la mayor parte de la Europa continental.

Entre esta diversidad de factores, los intereses económicos acostumbran a tener un rol preponderante, y la Revolución de Mayo no será la excepción. Un grupo de comerciantes criollos que se beneficiaba del comercio que habían tejido con puertos fuera del imperio español bregaban por la autonomía comercial, que les permitiera sortear el monopolio español a menor riesgo y costo del que lo hacían en la ilegalidad. Además, la escases de productos provenientes de una España en crisis invitaba a buscar nuevos socios comerciales.

En realidad, fue el propio virrey, el último que gobernó desde Buenos Aires, Baltasar Hidalgo de Cisneros en decretar el libre comercio con Gran Bretaña. Esta fue la única forma que encontró para salvar a las colonias del deterioro de la actividad cuando tras la caída de España no llegaban barcos de comercio con la Metrópoli. Pero el comercio libre restaba a su vez ganancias para aquellos que vivían del contrabando, logrando vender la mercadería que conseguían de Brasil o de barcos mercantes a precios exorbitantes (Socolow, 1991). Cuando los contrabandistas presionaron a Cisneros, este anuló su propio decreto generando entonces las quejas de los comerciantes ingleses, en ese entonces ya aliada de España contra Napoleón.

Halperín Donghi (1969) interpreta que los revolucionarios de Mayo no se consideraban rebeldes, sino “herederos legítimos de un poder caído” (p. 90). En un breve período de tiempo las Juntas de Gobierno reemplazan a los gobernantes que representaban a la metrópoli en desgracia y que habían sido designados por el Poder español. El 19 de abril en Caracas, el 25 de mayo en Buenos Aires, el 20 de julio en Bogotá, el 18 de septiembre en Santiago de Chile. Así, las elites criollas en las capitales toman “su venganza por las demasiadas postergaciones que han sufrido”, y aunque “no apoyan cambios profundos en las bases reales del poder político”, al mismo tiempo “no parecen advertir hasta que punto su propia acción ha comenzado a destruir el orden colonial”.

El caso chileno es particularmente importante en nuestro trabajo. Tras la rebelión del 18 de septiembre y un breve gobierno de José Carrera, Francisco de la Lastra y Bernardo O'Higgins firman el Tratado de Lircay con los españoles, donde se reafirmaba la lealtad a Fernando VII, y se condenaba a los Carrera. Más tarde, el virrey del Perú José Abascal desconocería los términos del tratado, sellado bajo la mediación de Inglaterra, y enviaría una nueva expedición a Santiago. Carrera lograría hacerse del poder nuevamente en 1814, deponiendo a De la Lastra, pero sería derrotado finalmente por los realistas junto con O'Higgins, su aliado transitorio, en octubre de 1814 en la batalla de Rancagua.

Decimos que es importante porque lo acontecido en Chile refleja también los intereses de los distintos partidos nacionales. Por un lado, estaban aquellos vinculados a los intereses ingleses, que querían sacar partido de la crisis que atravesaba el sistema de monopolio español del comercio y así ampliar sus mercados. Y por el otro lado, estaba el partido vinculado a Estados Unidos y por lo tanto más cercano a Francia.

El primer grupo, más cercano a una Inglaterra en guerra con Francia y Estados Unidos, era más propenso a coronar reyes descendientes de casas europeas en América: uno español en México, un descendiente francés en Buenos Aires (puerto de menor valía) y uno inglés en Chile (puerto clave por su posibilidad de comercio en el Pacífico). El segundo grupo, del que formaban parte Alvear y Carrera, como veremos más adelante, era más proclive a una república de carácter similar a los Estados Unidos.

Es curioso que esta dualidad haya sido resuelta diferente en la historia chilena. Carrera no es visto como un traidor a pesar de haberse opuesto a O'Higgins y de querer derrocarlo con ayuda de Estados Unidos y Francia. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué en Chile Carrera es un prócer de la independencia y en Argentina Alvear es un traidor a la patria, cuando pelearon juntos durante años, con los mismos objetivos, uno para Chile y el otro para Argentina? Una respuesta plausible es que en Chile no hubo un Mitre. No hubo forma de ocultar los méritos y el aporte a la revolución y a la independencia de Carrera, más allá de las internas con O'Higgins. Esta pugna no era más que el reflejo de los intereses y de las fuerzas en pugna en el mundo que representaba cada uno.²²

O'Higgins y San Martín estarán en el pro inglés, y Carrera y Alvear en el grupo pro Estados Unidos/ Francia. Y tal era el desencuentro entre ambos grupos de patriotas sobre cuál era el modelo a seguir, y de dónde debía provenir el apoyo para derrotar a los realistas, que una

²² Esta es una de las tesis expuesta por Ocampo (2007), investigación que mereció un premio de la Premio de la International Napoleonic Society.

de las primeras acciones de O'Higgins en 1818 tras recuperar el control de Chile es asesinar a Manuel Rodríguez, mano de derecha de Carrera (asesinado por la espalda de un tiro cuando se dirigía a la prisión). Los hermanos Carrera no recibieron una suerte muy distinta. En tanto que Alvear sería desterrado, sus bienes confiscados y su mujer y sus hijos mantenidos como rehenes del nuevo gobierno para desestimar cualquier intento de rebeldía (Uzal, 1975).

Más adelante en la tesis volveremos sobre el tema del distanciamiento de Alvear y San Martín, bajo la hipótesis de que no fueron factores éticos los que produjeron la ruptura, entre un Alvear traidor y un San Martín de bronce, sino que se debieron a diferentes posturas políticas, evidenciadas entre otros aspectos por los diferentes aliados internacionales que apoyaron a uno y el otro, siendo Inglaterra el soporte de San Martín, y Estados Unidos a través de Carrera el de Alvear.

2.2 Los orígenes de Alvear

Carlos de Alvear nació el 25 de octubre de 1789, año de la revolución francesa. El bautismo de Carlos se produjo el 4 de noviembre de 1789 en el pueblo de Santo Ángel de la Guarda, que integraba las Misiones Jesuíticas. Su nombre completo de bautismo fue Carlos Antonio Josef Gabino del Ángel de la Guarda, según consta en la pila bautismal.

Sin embargo, desde su regreso a Buenos Aires, en 1812, Carlos comenzó a firmar documentos y a hacerse llamar Carlos María. Así aparece en las actas de la Asamblea de 1813 y en documentos posteriores firmados durante el Directorio de su pariente, Gervasio Posadas (Comogli, 2013).

Es al menos digno de llamar la atención que Alvear decidiera cambiar su nombre a poco de abandonar España e iniciar la revolución en Buenos Aires. El cambio de nombre, pasado por alto por muchos historiadores o mencionado al pasar, puede tener una relación estricta con los motivos que llevaron a esos jóvenes revolucionarios a combatir al país de sus padres.

En el caso de Carlos este hecho es más notorio que en ningún otro prócer de la historia argentina. Diego de Alvear era ya una persona reconocida en España, militar de renombre, que se había puesto al frente de las luchas por la independencia española frente a las invasiones napoleónicas. De hecho, ya en 1810, antes de que Carlos vuelva a Buenos Aires y antes de que haya decidido el cambio de su nombre de pila, Diego de Alvear es nombrado gobernador de la Isla del León, en la actualidad San Fernando y, como adelantamos en el apartado anterior, Diego mantuvo una activa participación en la defensa de Cádiz durante las invasiones napoleónicas.

El nuevo nombre también pudo representar para Carlos la confirmación de un cambio que se había iniciado en 1812 cuando dejó España para materializar la empresa que hasta entonces no era más que una quimera.

La pregunta que cabe hacerse sería sobre el motivo de la elección de María, el nombre de su madre. La mutación de soldado español a revolucionario criollo coincide con la adopción del nombre de su madre. ¿Casualidad? ¿Dos hechos sin conexión alguna? ¿Un simple recuerdo u homenaje? Es posible. Pero las transformaciones de este tipo pueden también tener un significado más profundo.

Tras la tragedia de la Mercedes, de la que hablaremos más adelante y donde Carlos perdió a su madre y a sus hermanos, su padre formó una nueva familia, dejando a Carlos al margen de su nueva situación matrimonial. ¿Culpaba Carlos en su intimidad a la armada española por la tragedia de la Mercedes que le arrebató a toda su familia? Habiendo vivido en Inglaterra después de la catástrofe de 1804, ciertamente no tenía vínculos personales con figuras públicas inglesas, como sí fue el caso de San Martín o Rosas.

¿O atribuía Carlos en su fuero íntimo a su padre, futuro héroe de la corona española, la responsabilidad por lo ocurrido? Cualquier respuesta no podría pasar del plano de la pura conjetura puesto que los papeles íntimos y la autobiografía que Alvear estaba escribiendo sobre el final de sus días se perdieron en un incendio en Nueva York.

Pero resulta interesante preguntarse sobre los motivos que tuvieron estos jóvenes de origen español, algunos criollos, pero formados en España, que habiendo combatido y habiendo sido instruidos para defender los colores de una bandera, deciden en su juventud temprana combatirla. Lo más probable es que la respuesta a esta pregunta deba mezclar en algunos casos razones particulares, íntimas, familiares, con motivos históricos materiales y fenómenos de época.

Lo cierto es que cuando Carlos se suma a la revolución incipiente en el Río de la Plata, cambia su nombre incluyendo el de su madre, la mujer que murió a manos de los ingleses pero en una fragata española en una tragedia que ni su padre, un héroe militar español, ni la armada española, pudieron evitar. Con el cambio de nombre se formalizó el cambio de lealtad patriótica, del imperio a la colonia, en pleno proceso separatista (Rodríguez, 1909).

El padre de Carlos, Diego de Alvear, se había casado con María Josefa Balbastro, quien lo acompañó los 18 años que estuvo en el Virreinato del Río de la Plata. Juntos tuvieron ocho hijos. Entre la correspondencia de época, se conservaron las cartas que María Josefa escribió a su padre durante los años que pasó en las misiones. Colmada de carencias, la joven madre de Carlos escribía a su padre, un comerciante de Buenos Aires:

Como su merced es rico y yo pobre con seis hijos podrá sufrir mejor que yo su importe, y siendo para mi madre dichas joyas, son cosas de gusto. En la que su merced me dice tengo mucha hambre de plata, debo decirle que a mi marido cuesta mucho trabajo ganarla y respecto a que me hallo con seis hijos para darles alguna buena carrera, es preciso conservarlo y es por esto que la necesidad me hace reflexionar a buscar industrias para ganarla (Rodríguez, 1909, p. 52).

De las misiones donde cumplió el rol de cartógrafo, Diego se trasladó a Montevideo para cumplir funciones administrativas y de seguridad en la intendencia, y más tarde a Buenos Aires. Allí Carlos se inició en la carrera de armas, con apenas 12 años de edad, ingresando como cadete en el regimiento Infantería y luego en el de Dragones. Su foja de servicios que atestigua en julio de 1804, poco antes de su partida a España, dos años de experiencia puede verse en el Museo Mítre.

A diferencia de San Martín, Alvear no solo tuvo experiencia militar previa en Buenos Aires, sino que vivió toda su infancia y el comienzo de su juventud en el Río de la Plata. San Martín marcha con su familia a España en 1783, con apenas cinco años de edad. La sociedad a la que regresa en 1812 era radicalmente diferente de la que había conocido cuando niño, tras los cambios que se habían producido. Para Alvear, también se habían producido cambios, pero solo habían pasado ocho años.

Figura 1. Foja de servicios de Carlos de Alvear en Buenos Aires

Cadete D^o Carlos Alvear

su edad *Catorce años*, su País *Buenos Aires* su calidad *Noble*, su sueldo *Roburta*, sus servicios y circunstancias los que expresa

Tiempo que empezó a servir los empleos.				Tiempo que ha servido, y quanto en cada empleo.			
EMPLEOS.	Días	Mezes	Años	EMPLEOS.	Años	Mezes	Días
<i>Cadete, en el Regim^{to} de Infant^a de Buén. Aiz.</i>	<i>16</i>	<i>1</i>	<i>Mayo 1802</i>	<i>Cad^{te} en el Regim^{to} de Buén. Aiz.</i>	<i>2</i>	<i>2</i>	<i>5</i>
<i>Idem en este de Dragones</i>	<i>16</i>	<i>7</i>	<i>Jul. 1802</i>	<i>Idem en este de Drag.</i>	<i>2</i>	<i>2</i>	<i>5</i>
<i>Total hasta el 20 de Julio de 1804</i>					<i>2</i>	<i>2</i>	<i>5</i>

REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO.

En el de Infanteria de Buenos Aires, dos meses, y lo restante en este de Dragones.

Fuente: Archivo Alvear del Museo Mitre, Buenos Aires.

No existe una explicación única de cómo anida el sentimiento patriótico en una persona. Pero es probable que los años en Buenos Aires no hayan pasado desapercibidos en este sentido para Carlos de Alvear. Su temprana actuación militar, que no se detiene desde sus inicios a los 12 años, también permite sembrar dudas sobre los argumentos de aquellos que le critican, como veremos más adelante, su falta de experiencia en la materia.

2.3 La Tragedia de la Mercedes

La historia de Carlos de Alvear está íntimamente ligada desde lo personal con el proceso revolucionario del continente. La Tragedia de la Mercedes, donde murió su familia completa con la única excepción de su padre, fue el puntapié inicial para que la revolución de las colonias españolas de un giro impensado hasta el momento. Esa tragedia fue la antesala de la batalla de Trafalgar, que aisló a las colonias del Atlántico Sur de la Metrópolis, y que permitió tuvieran lugar las dos invasiones inglesas que sufrió Buenos Aires en 1806 y 1807, antecedentes a su vez indispensables en la historia de la revolución de mayo de 1810.

Cuatro fragatas, Nuestra Señora de las Mercedes, Medea, Clara y Fama, parten del puerto de Montevideo el 9 de agosto de 1804, cuando Carlos aún no había cumplido los quince años de edad. Se necesitaban dos meses solo para cruzar el océano si el cólera, el clima o los piratas no anticipaban el final de la travesía. El viaje era arduo y prolongado, y los barcos de comercio tenían pocos camarotes para pasajeros civiles con lo que el viaje resultaba extremadamente caro. Cuando una familia entera se marchaba, gente que apenas la conocía se congregaba para despedirla con una emoción parecida a la de una boda o un bautismo (Di Meglio, 2012).

La fortuna acumulada por Diego de Alvear durante años en América se cargó en la fragata Nuestra Señora de las Mercedes junto a metales preciosos obtenidos de Perú y Potosí que irían a parar a las arcas del reino. María viajó en la Mercedes junto a sus hijos Manuela, Zacarías, María, Juliana, Ildefonso, Francisco Solano y Francisco de Borja. ¿Por qué Carlos no viajó junto a ellos? Su madre le pidió que acompañara a su padre, Diego, quien debía reemplazar a José Bustamante y Guerra al frente de la Medea.

Tras varias semanas de un viaje sin sobresaltos ocurrió la tragedia. Cerca del Cabo de Santa María, cuatro fragatas británicas cerraron el paso hacia las costas españolas. Los ingleses emitieron señales para realizar un abordaje en inspección y para que las fragatas españolas arriasen su gallardete.

El jefe de la flota española, mandó tomar posiciones para el combate pero el caos se adueñó de la escuadra española. La resistencia duró solo pocas horas. Todo terminó cuando un estruendo ensordecedor obligó a los españoles a girar la cabeza hacia donde estaba la Mercedes y vieron que el barco se doblaba en dos como si estuviera hecho de papel. El poder de fuego de la Amphion, la nave insignia inglesa, había hecho pedazos la santabárbara y un certero cañonazo hizo explotar la pólvora que cargaba (Rodríguez, 1909).

Carlos vio lo ocurrido desde la ventanilla del depósito de alimentos en la Medea. En el barco que se hundía estaban su madre y a sus hermanos, que fueron arrastrados al fondo del océano ante su completa impotencia.

Figura 2. Imagen conmemorativa de la batalla del Cabo de Santa María



Fuente: Original del National Archives de Inglaterra. Abajo la leyenda dice “Capture and destruction of four Spanish Frigates, October 5, 1804”. Archivo personal de Emilio Ocampo.

Casi doscientas personas perecieron en el mar. Entre los muertos estaban María Josefa Balbastro de Alvear y siete de sus hijos. De la familia, sólo Carlos y Diego salvaron sus vidas de la tragedia.

Tras el hundimiento de la Mercedes, Bustamante no tardó en levantar la bandera blanca de rendición. Los tres buques sobrevivientes y los pasajeros fueron escoltados hacia el puerto de Gosport sobre el Canal de la Mancha.

Una vez en Inglaterra, Diego de Alvear aceptó una indemnización de doce mil libras por la muerte de su familia que pagó el gobierno británico y permaneció en Londres dos años antes de regresar a España. Allí tuvo que reinventarse a sí mismo y volver a empezar.²³

En una mañana de misa, Diego conoció a Louise Rebecca Ward, de sólo diecinueve años de edad y proveniente de una rica familia de empresarios textiles. Los cincuenta y seis años

²³ Sobre la tragedia de la Mercedes hay muchos relatos, todos coincidentes. Uno de los más completos es justamente la memoria de Tomás Iriarte (1951), que formaba parte de la expedición.

que arrastraba Diego no fueron obstáculo para que Louise se convirtiera en su segunda esposa, empezara a formar una nueva familia y muy probablemente dejara a Carlos con esa sensación extraña de “no pertenecer”. Carlos, con 16 años y en plena adolescencia, era en aspecto juvenil y en experiencia de vida más cercano a Luise que su padre.

En la fragata Clara viajaba un niño que de adulto sería uno de los secretarios privados de Alvear, Tomás de Iriarte. La colaboración entre Alvear e Iriarte devino en enemistad, y las memorias que dejó Iriarte compuestas por juicios de valor negativo sobre su exjefe fueron tomadas por historiadores críticos de Alvear como hechos sin discusión. A pesar de eso, las memorias de Iriarte continúan siendo una fuente útil para entender algunos episodios de la vida de Alvear siempre que se tenga en cuenta la subjetividad de origen.

En sus memorias, Iriarte detalla que de la Amphion salieron balas rojas, que antes de dispararse se introducían en hornos para salir calientes y hacer más daño. Esa modalidad estaba prohibida por el derecho de la Guerra en Europa, pero Inglaterra hizo en este suceso caso omiso o tratados previos que prohibían los disparos de este tipo.

También en sus memorias, Sabina de Alvear, hija de Diego en su segundo matrimonio, asegura que la sociedad inglesa recibió a los prisioneros de la flota española con benevolencia, simpatía y consideración (1891).

Este episodio es clave para entender algunas de los sucesos que vinieron después. Carlos tenía catorce años cuando su madre y hermanos murieron. Es una edad donde los sucesos quedan marcados, se es lo bastante grande para olvidar y lo bastante joven para que las disrupciones calen hondo.

Con este antecedente, no es difícil conjeturar que, en la Europa de 1814 donde el conflicto entre Francia e Inglaterra ocupaba un lugar predominante, Alvear tomaría partido por el primero más que por el segundo. La hipótesis más probable sugiere que no sería Inglaterra, la nación que había asesinado a su madre y hermanos, quien atraería su favoritismo, más allá de que a lo largo de su vida política sería acusado por sus enemigos de anglófilo.

Se trata por supuesto de una hipótesis que irá recolectando argumentos a favor a lo largo de la tesis. La empatía del tándem Carrera-Alvear por Estados Unidos y Francia, en contrapartida de la estrecha relación de O'Higgins-San Martín con Inglaterra tiene en el

episodio de la tragedia de la Mercedes un primer capítulo, donde pudo originarse el recelo de Alvear por los ingleses.

Aquí yace en definitiva una de las razones de la importancia de las biografías. Sirven para identificar cuándo episodios de la vida personal pueden incidir en posturas políticas concretas, y de esta forma sobre procesos políticos y sobre el curso mismo de la historia.

2.4 La llegada a España

La paz de Amiens (1802-1803) incluía un tratado para la devolución de prisioneros de guerra, y los españoles, una vez en Inglaterra, quedaron libres al poco tiempo.

Cuando Napoleón organizó su ofensiva hacia el este con la mira puesta en Rusia, Inglaterra intensificó las relaciones con los españoles, de repente convertidos en aliados. Esto permitió a Diego, ya su nueva esposa inglesa, regresar a España para sumarse a la causa revolucionaria, ahora de interés común para España e Inglaterra. Con el paso del tiempo, Diego de Alvear se convirtió en una pieza clave de las luchas por la independencia de España llegando a ocupar el cargo de gobernador de la Isla de León.

La Junta de Cádiz otorgó a Diego el cargo de capitán, y al poco tiempo el de Comandante²⁴. En tanto que Carlos fue nombrado alférez del regimiento de Carabineros Reales participando de varias batallas, como Talavera, Yébenes, Ciudad Real y Victoria.

Diego escribió: “En todos los combates Carlos se ha portado con gran valor y mucha generosidad, de suerte que se halla muy acreditado y querido, no solo en su cuerpo, sino también en todo el ejército” (Becú y Torre Revello, 1941, pp. XLII-XLIII).²⁵

Los ojos de los padres pueden exagerar en ocasiones los logros de los hijos. Y no parece aquí Diego alguien a quien no le importaran los destinos de Carlos, sino por el contrario, un padre preocupado que seguía de cerca los progresos de sus hijos, ocupándose tanto de aspectos formales como afectivos. ¿Por qué Carlos traicionaría la confianza de su padre

²⁴ Tanto los nombramientos de Diego como los antecedentes de Carlos se encuentran disponibles en el Archivo General Militar de Segovia, sección 1, legajo A-963.

²⁵ Diego de Alvear a José María Cabrer, 31 de diciembre de 1805.

enlistándose para viajar al Río de la Plata y sumarse al ejército rebelde? Nuevamente entramos aquí en el terreno de las conjeturas. No siempre el interés paternal es correspondido por los hijos. O quizás Carlos no quería vivir a la sombra de su famoso padre. O no quería aliarse con Inglaterra, país que asesinó a su madre. O quizás una mezcla de todos estos factores y algún otro que desconocemos puesto que nada hay más difícil que encontrar la motivación real de las acciones individuales.

Una de las caricaturas que hacen los críticos de Alvear es la de un niño rico, con más astucia que valentía, con más vínculos políticos que experiencia. Estas críticas tienen, no obstante, alguna base documental histórica, en particular memorias de hombres que fueron críticos o enemigos ocasionales de Alvear, como José María Paz y Tomás Iriarte. ¿Tenía Alvear experiencia militar? ¿Hizo su carrera militar en base al mérito o a partir de sus contactos familiares, tanto en España como en América?

Abordar esta cuestión implica reconocer que Alvear comenzó su actividad militar a muy temprana edad. La crítica tiene como trasfondo la idea de una meritocracia que otorga solo grandes responsabilidades a quienes lo merece, un sistema que los críticos de Alvear dan por sentado, y advierten que Alvear solo pudo sortearlo a base de picardía.

No creemos, no obstante, que tal meritocracia haya existido en el siglo XIX, como tampoco existe ahora. Los rangos obtenidos por las personas son consecuencia de innumerables factores, donde el mérito es uno de ellos. También pesan de distinta manera la suerte, la oportunidad, la historia personal, cualidades profesionales y humanas, etc. Creer en la meritocracia estricta significa no solo pensar que solo aquellos con mérito apropiado alcanzan la cima, sino que el fondo también es alcanzado por aquellos sin mérito alguno. Que están arriba de la pirámide social solo aquellos que deben estarlo, mientras que, por asimetría del mismo tipo de pensamiento, están abajo quienes no tienen mérito alguno. Se trata entonces de un idea más conservadora y defensora del status quo de lo que aparenta a simple vista.

Esta visión de meritocracia desde la que se critica a Alvear no contempla que no siempre llegan al grado de General los mejores para el mando, como tampoco son los peores soldados quienes transitan una carrera militar sin mayores glorias.

A pesar de este problema que de suyo trae la crítica a través del supuesto pecado de la falta de mérito, vale la pena enumerar en este punto algunos antecedentes valiosos. Además de

su ingreso temprano en la infantería de Buenos Aires, ya en España, Alvear se sumó al cuerpo de los carabineros reales. Un cuerpo de elite que tuvo influencia en distintas batallas. Lamentablemente, la foja de servicios de Alvear en España se ha perdido, por lo que no es posible distinguir su rol o evaluación en cada una de las batallas de los carabineros reales. Si es posible echar por tierra las críticas o prejuicios que apuntan a su falta de capacidad militar por tratarse de “un niño bien”.

En esa época, muchos de los hijos de personas influyentes debían ganarse su propio respeto en el campo de batalla, tradiciones que en alguna medida se mantienen hasta hoy, por ejemplo, en Inglaterra donde los príncipes cumplen con la tradición de contar en su haber personal alguna experiencia de milicia.

El siguiente cuadro muestra un resumen de las batallas donde participó Alvear, y la fuente documental que certifica su participación. Es posible así ir reconstruyendo ad hoc una foja de servicios militar de Alvear.

Tabla 2. Batallas en las que participó el regimiento de carabineros reales

Batalla	Región	Fecha	General en jefe Español	Alvear
Zornoza	Cerca de Bilbao	30 de octubre de 1808	Blake	Probable
Valmaseda	Oeste de Bilbao	5 de noviembre	Blake	Probable
Tudela	Sobre el Ebro	23 de noviembre	Castaños	Probable
Tarancon	Sureste de Madrid	25 de diciembre	Duque del Infantado/Venegas	Si
Uclés	Sureste de Madrid	13 de enero 1809	Duque del Infantado/Venegas	Si
Consuegra	La Mancha, Sur de Madrid	22 de febrero	Alburquerque	Si

Yébenes	La Mancha, Sur de Madrid	23 de marzo	Cartaojal	Si
Ciudad Real	La Mancha, Sur de Madrid	27 de marzo	Cartaojal	Si

Fuente: Elaboración propia en base a Ocampo (2003).

La experiencia de Alvear en combate junto a las fuerzas españolas tuvo entre los años de 1808 y 1810 un solo enemigo: Francia. Alvear participó de diversos combates contra las fuerzas de la invasión napoleónica donde evidentemente no logró embeberse del nacionalismo español que emanaba de sus tropas. Más probable es que en su rebeldía y juventud, sumada a su experiencia de vida en Inglaterra, haya fortalecido su visión crítica del absolutismo español.

Gómez Ruiz y Alonso Juanola (2000) cuentan pormenores de algunas de esas batallas, y de la participación de Alvear en ellas. A modo de ejemplo, el combate de *Tarancón*, en el que el escuadrón de Alvear tuvo que sostener el embate de 800 jinetes franceses mientras llegaba el resto de la caballería. Poco después en la batalla de Uclés, un pueblo completamente saqueado por los franceses donde los militares españoles apostados en el sitio debieron escaparse, entre ellos Alvear y el teniente del regimiento de *Voluntarios de Madrid*, José Miguel Carrera. Las vidas de Alvear y Carrera se volverían a unir en el Río de la Plata años más tarde.

En febrero de 1809 Alvear participó de la batalla de *Consuegra* donde el ejército francés se vio obligado a replegarse. Más tarde, Fernando VII creó la “*Cruz de Distinción de las acciones de Mora y Consuegra*” para premiar a las tropas que participaron en ambos combates, pero entonces Alvear ya era considerado un traidor para la corona española.

En marzo se produjo el combate de *Yébenes*, donde según su propio relato se adelantó con una partida de Carabineros y persiguió a los enemigos asiéndoles varios prisioneros y echó con sus propias manos al comandante principal, apresado dieciséis caballos. Ocampo (2003) cuenta que un oficial polaco al servicio del ejército francés, Kajetan Wojciechowski, recordaría años más tarde como en la madrugada de aquel día, su regimiento de lanceros

fue atacado por sorpresa por los Carabineros Reales, quienes según Wojciechowski (1845), eran “bravos muchachos” y “buenos jinetes”:

La niebla recién se levantaba y de repente vimos numerosa caballería enemiga apoyada por dos piezas de artillería ligera... Nuestros oficiales ordenaron la retirada. El enemigo sableó y mató a uno de nuestros oficiales y varios lanceros, pero no pudo romper nuestra retaguardia. Al retirarnos vimos como nuestros vagones y bagajes venían hacia nosotros a gran velocidad y detrás de ellos el famoso regimiento español de Carabineros Reales cargando con sus espadas desenvainadas.

A fines de abril de 1809, Alvear solicitó que se le confiriera el cargo de teniente graduado. Es interesante observar que para esa fecha, poco antes de la ruptura de Alvear con su familia, su ejército y su patria, aún mantenía una relación cercana con su padre, a quien visitaría en persona.²⁶ Don Diego de Alvear escribía a su amigo José María Cabrer, el 30 de abril de 1809, la existencia del encuentro entre ambos.

De Carlos mi hijo, sólo diré a Ud. que se ha hecho un bizarro mozo y un guapo soldado; se halla de teniente efectivo de caballería agregado a los *Carabineros Reales*, en cuyo cuerpo ha servido en toda la guerra, habiéndose hallado en todos los combates, malos y buenos. En todos se ha portado con gran valentía y mucha generosidad; de suerte que se halla muy acreditado y querido, no sólo en su cuerpo, sino también en todo el ejército. Ahora lo he tenido tres días en casa de paso de la Mancha a Extremadura; iba con el Duque de Alburquerque, jefe de Caballería y de un gran refuerzo que se enviaba al Señor Cuesta. (citado en Ocampo, 2003)

Luego de esa reunión, no se conoce el destino que tomó Alvear y si efectivamente se sumó a las fuerzas de Cuesta. Sí es sabido que en mayo recibió malas noticias sobre su pedido de promoción a teniente graduado. El conde de Miranda decidió que el ascenso se tendría presente “más adelante”.

²⁶ La solicitud de ascenso presentada por Carlos de Alvear en 1809 se encuentra en el Archivo General Militar de Segovia, sección 1, legajo A-963, folio 7.

Figura 3. Negativa del Conde de Miranda al pedido de ascenso de Alvear

Señor
Sevilla 3 de Mayo de 1809.
Dijo como quise en este caso que fuese
en su mérito, lo concedo en atención a las
razones que se alegan en V. M. y en su
conveniente.

Consejo
El Conde de Miranda

Fue defendida presente su
adelante

Resuelto en Ses.ª a 3 de Mayo
de 1809.

En Carlos Alvear, M. Joven
de Caballería a gregario de la
Compañía de Carabineros de
exiles, con el de todo respeto
que tiene el honor de servir
a S. M. y haber sido a medio
de oficial abienlore capado
en toda la campaña de Ebro
y en las acciones de guerra con
valer, condecora, y en la de
Yébenes, en la cual se de-
lanta con una granidad de cara.
vamos y por mérito a las ex-
migas a los nobles barros pri-
vacioneros a cada con sus propi-
as meritos al comandante
primicias de la profecía y
aprendido de nobles caballos
con ellos, abienlore a usa-
do en las acciones de la
doreal y retirada de
la marcha siempre

Fuente: Archivo Militar de Segovia, sección 1, legajo A-963, folio 7.

La negativa de Miranda le causó un gran disgusto a Alvear. Según su hermana, al enterarse de la noticia “se sintió tan ofendido y desairado” que se arrancó su casaca y la tiró (Alvear y Ward, 1891, p. 350). ¿Fue este uno de los motivos de la posterior revuelta de Alvear contra el régimen español? Difícilmente el vuelco de Alvear contra España tenga una única causa, pero esta frustración es digna de ser considerada.

Sabina de Alvear y Ward (1891) asegura que Diego de Alvear menciona que Carlos se distinguió “muy particularmente en Talavera, Yébenes y Ciudad Real”, pero la fecha de Talavera (28 de julio) coincide con el casamiento de Alvear, el 26 de julio de 1809 con Carmen Sáenz de Quintanilla, en Cádiz. Según Ocampo (2003), existe la posibilidad de que Alvear se haya casado en ausencia y por poder, algo común en la época, ya que Cádiz está a casi 400 kilómetros de Talavera y le hubiera tomado a Alvear por lo menos ocho días recorrer esa distancia.

A lo largo de los años, y de un matrimonio donde la distancia y los reencuentros eran la dinámica usual, Carlos y Carmen tuvieron diez hijos, María Carlota, Emilio Marcelo (quien acompañaría a Carlos a Estados Unidos como su secretario privado durante el régimen de Rosas), Camilo Urbelino, Carlos, Torcuato Antonio, Joaquina del Carmen, Virginia Mercedes, Diego, Juan Nepomuceno y León Gabino. Fue Torcuato Antonio quien tendría una destacada carrera política hasta ser el primer intendente de Buenos Aires en 1883, y que también sería padre del futuro presidente Marcelo T. de Alvear.

Durante los primeros meses de su matrimonio con Carmen, Carlos permaneció en Cádiz, donde junto a su padre, que ya entonces preparaba las defensas de la ciudad frente a un posible ataque de los franceses. El mariscal Víctor sitió la ciudad por dos años sin mayores resultados gracias al auxilio naval que brindaba Inglaterra. Diego actuaba como uno de los nexos militares entre el apoyo inglés y la resistencia española.²⁷

Es en Cádiz por esta época que Alvear comienza a construir su propio futuro alejado del brazo paterno. Decide en este momento a conspirar contra España a favor de las colonias españolas en América, atacando al mismo ejército del que formaba parte. ¿No puede considerarse esta también una traición? ¿No podría ser juzgado con esa misma vara San Martín y la mayoría de los revolucionarios criollos? ¿Cómo se forja el sentimiento de pertenencia y nacionalidad? ¿Cuánto influye la educación, las vivencias posteriores, el mandato familiar, la rebeldía juvenil, la frustración profesional del ascenso denegado? ¿Pensaban que España caería ante el dominio francés y buscaban en América, no solo una alternativa de vida, sino salvar también sus propios pellejos?

A fin de 1809 los ejércitos napoleónicos habían triunfado en casi toda Europa, desde Austria al norte de España. Solo Inglaterra y la rebelión española al sur se oponían a un dominio completo. España tal como se la conocía hasta ese momento, gobernada por los borbones, parecía pertenecer al pasado. Nuevamente, en estos aspectos solo es posible trazar conjeturas. Pero se trata de conjeturas sobre interrogantes esenciales para el destino de América y también de España, que verá acortado fuertemente sus dominios por hijos pródigos a los que en algunas ocasiones abrió las puertas y en otras dio su espalda.

Siguiendo el método de los masones americanos impulsado por Miranda en Londres, Alvear funda en Cádiz la logia de los “Caballeros Racionales”, que agrupaba a los criollos

²⁷ Domínguez (2014) escribió una novela histórica reciente basada en la vida de Diego de Alvear, donde apenas si figura su hijo Carlos como un personaje secundario que en determinado momento simplemente desaparece de la trama central del relato.

que apoyaban la independencia de las colonias y pretendían viajar a América para ocupar allí puestos de relevancia, que en muchos casos se les habían negado en España.²⁸ En esa logia se iniciaron varios revolucionarios americanos. Al igual que Miranda en Londres, Alvear se convirtió en Cádiz en referente de quienes pensaban viajar a las colonias. El historiador masón Emilio Corbiere señala que San Martín fue iniciado masón en la Logia Integridad de Cádiz, afiliándose a la Lógica Caballeros Racionales N°3 de esa misma ciudad. “Allí recibió el tercer grado de la masonería simbólica, o sea el de Maestro Masón, el 6 de mayo de 1808” (Corbiere, 1998, p. 193).

Corbiere señala que San Martín y Alvear fundaron en Londres la Logia Caballeros Racionales N°7, que en Buenos Aires, cuando se une el jefe de la masonería local, Julián B. Álvarez, toma el nombre de Logia Lautaro, a la que pertenecieron Chilavert, Zapiola, Holberg, y otros, “siendo Alvear el primer gran maestro”. La logia toma el nombre en homenaje al héroe araucano que se opuso a la dominación extranjera.

La filiación masónica de la sociedad es confirmada por Zapiola a Mitre, quien le envía una serie de preguntas y un veterano Zapiola responde por escrito (Corbiere, 1998)²⁹. Es interesante que Mitre hace doce preguntas, de las cuáles Zapiola responde nueve. Una de las preguntas que hizo Mitre y quedó sin respuesta es: “¿Por qué se pelearon Alvear y San Martín?”. ¿Cuál sería la razón de Mitre de hacer esta pregunta si ya sabía la razón? ¿Si la respuesta era evidente, tratándose San Martín de un perfecto patriota y Alvear de un perfecto traidor? ¿No estaba convencido de esta explicación simple y extrema o quería reafirmar en base a testimonios sus presunciones?

Ocampo (2003) cuenta que en 1817 el mexicano Fray Servando Teresa de Mier fue apresado por las autoridades españolas cuando acompañaba a la expedición del general Xavier Mina y en el proceso inquisitorial que se le siguió a Mier, “confesó como fue iniciado por Alvear en la logia de los Caballeros Racionales”.³⁰ La traición a España se gestó en Cádiz, donde Alvear comenzó por su cuenta a intercambiar prisioneros franceses en manos de españoles por americanos capturados por el ejército francés que podrían sumarse a su causa. La masonería, como institución secreta, era la única capaz de darle cierta

²⁸ La versión de esta logia en Buenos Aires cobrará el nombre de Logia *Lautaro*.

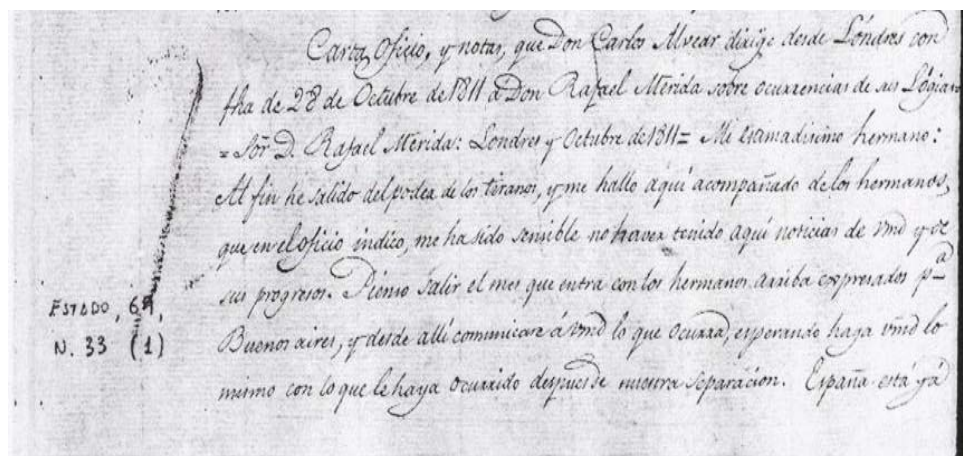
²⁹ Original en el Museo Mitre.

³⁰ Sobre el tema véase también Hernández y Dávalos (1882).

seguridad a los revolucionarios acerca de que su labor se mantendría en un círculo acotado y lejos de los oficiales realistas o la inquisición.

Oponerse a España era oponerse a la monarquía y a Dios mismo. La hermandad suplía ese vacío porque el riesgo era alto, la inquisición si bien comenzaba a perder influencia, estaba en pleno funcionamiento. El siguiente documento muestra partes informativos que se enviaba al inquisidor general del accionar de los rebeldes, en este caso del propio Alvear. Afortunadamente para él, la misiva se conoció con posterioridad de su salida de España.

Figura 4. Aviso al Inquisidor Bernardo de Prado sobre las actividades de Alvear



Fuente: Archivo General de Indias, Estado, 69, N.33.1.2

Hernández y Dávalos (1882, p. 818 y ss.) ofrece una copia del proceso inquisitorial que sufrió el Fray Servando Teresa de Mier. En su declaración durante el proceso, sostuvo lo siguiente:

Los españoles de diferentes provincias formasen en Cádiz sociedades para socorrerse mutuamente y deliberar sobre la suerte de sus provincias. Naturalmente estaba saltando una de americanos, que estaban allí mismo perseguidos porque protestaban altamente en las Cortes mismas, que si España sucumbía a Napoleón, las Américas eran libres para disponer de sí. Especialmente después que el Consulado de México para impedir que tuviesen los americanos igualdad de representación envió contra ellos el informe más sangriento, y con ciento sesenta mil duros que se enviaron para ganar votos y asalariar un diarista, según las cartas con que de México se avisó a los Diputados de Cortes, y el confesante vio leer en

dichas Cortes, aunque ignora los autores de las cartas. Las cosas se agriaron en demasía. Cancelada que era el diarista pagado ganó la policía, y bastaba un informe suyo de oídas para llevar a los americanos a la cárcel sin ser oídos como al Presbítero Lallave, Don Ventura Obregón y el Cacique Ixtolinque, que allí murió; con esto Don Carlos Alvear americano de Buenos Aires casado con una señorita andaluza, Teniente de Carabineros Reales que se había portado muy bien en la guerra, fundó en su casa una sociedad de americanos, diciendo que para ello había recibido papeles de Santa Fe, a fin de averiguar qué americano se había portado bien en favor de España, para recibirlos en América, sino, no. Dirá el confesante cómo él fue enganchado para la Sociedad a mediados de septiembre, de ochocientos once por un español, natural de Vizcaya, comerciante en la Nueva Granada, porque la Sociedad era también de europeos, de cuyo nombre no se acuerda, el cual le dijo: las cosas de América y España están muy malas, es necesario irnos de aquí, porque esto se va a entregar a Napoleón, hay una sociedad donde está la flor de los americanos, y tenemos un barco para irnos, pero para ser recibidos en América, se exige aquí una purificación, y ésta se hace en la Sociedad.

Es necesario recordar aquí que la masonería que practicaban los americanos rebeldes tenía su origen en las logias de Estados Unidos. Fue en Filadelfia y Nueva York donde Miranda se inició en los rituales y el pensamiento masónico, filosofía que trasladó a Inglaterra y fue embebida por la red de americanos rebeldes que fue formando a su alrededor. Tanto Alvear como Carrera mantendrán a lo largo de su vida política posterior esta “conexión estadounidense” de sus planes políticos y militares. El relato del Fray en las sucesivas declaraciones para salvar su pellejo de la Inquisición prosiguió contando detalles de su iniciación:

Usted no haga caso de si le dicen que se deje sangrar, es fórmula, y ha de dispensar usted si al entrar le vendan los ojos, porque los socios no quieren ser conocidos hasta que usted sea recibido. Dicho esto lo llevó a una puerta, y dio cuatro golpes, oyó de dentro una voz que decía a la puerta han llamado con un golpe racional, otro dijo vea quien es. Entre abierta la puerta y preguntado a la guía, respondió el de la puerta, es D. N. de T. que trae un pretendiente -quién es el pretendiente- don Servando de Mier -qué estado- Presbítero -de qué tierra es de Monterrey, en América -cúbranle los ojos y que entre-. Entonces le preguntó uno -Qué pretende

usted señor? Entrar en esta Sociedad -qué objeto le han dicho que tiene esta Sociedad? El de mirar por el bien de la América y de los americanos. – Puntualmente, pero para esto es necesario que usted prometa bajo de su palabra de honor someterse a las leyes de esta Sociedad.. Una vez que el señor se ha ofrecido de voluntad a esta prueba, se puede omitir toda otra -descúbralo-. Entonces vio a don Carlos Alvear sentado y delante una mesa, teniendo a sus lados sentados dos otros y por los lados otros en número de tres de cada lado. Poniéndose entonces Alvear en pie y teniendo en la mano una espada le dijo: Señor: esta Sociedad se llama de Caballeros Racionales, porque nada es más racional que mirar por su patria y sus paisanos. Esta espada se la debía de dar a usted por insignia para defender la patria, pero como usted es sacerdote, la defenderá en la manera que le es permitido. La segunda obligación es socorrer a sus paisanos, especialmente a los socios con sus bienes, como estos con los suyos lo harán con usted. La tercera obligación por las circunstancias en que nos hallamos, y en que se nos podría levantar, que esta era una conspiración, es guardar secreto sobre lo que pase en la Sociedad. Dicho esto mandó al maestro de ceremonias que me hiciera dar los tres pasos, que dio tres de cada lado; y volviéndome a la mesa, me dijo Alvear: estos pasos significan que cuantos dé usted a favor de la América del norte, dará a favor de la América del sur, y al revés. Las señales para conocerse son éstas; pondrá usted la mano en la frente y luego la bajará a la barba. Si alguno correspondiere, se pondrá junto a él y entre ambos deletrearán la palabra unión, acabada se abrazarán, diciendo: unión y beneficencia. Si usted necesitare socorro en lance de guerra, etc., levantará los tres dedos de la mano diciendo: A mi los de Lautaro. Dicho esto me abrazó diciendo unión y beneficencia y lo mismo hicieron los demás. Con esto me senté y un abogado tuerto que estaba a la derecha de Alvear llamado Gracida, natural de Santa Fe, echó una arenga diciendo: Que de estas sociedades habían en las capitales de la América del sur, instituidas por lo crítico de las circunstancias, y que ésta de Cádiz estaba subalternada a la de Santa Fe, como una purificación que exigía, según arriba queda dicho. Concluida la arenga se levantaron todos y se tomó un refresco sin ceremonia alguna de sociedad.

Sobre el carácter masón de las sociedades secretas, el Fray durante su proceso confirmaría la filiación masónica de Alvear, aunque según decía no todos los miembros pertenecían a la francmasonería.

Esta Sociedad no era, ni contra la religión ni contra el Rey, como se lo respondió Alvear, cuando el confesante le puso la condición para obedecer sus leyes, de no ser contra la religión y la moral. Los más eran militares y se fueron a pelear en los ejércitos de S.M. quedando extinguida la Sociedad a principios de septiembre de 1811, por lo dicho, y porque Don Carlos Alvear se fue para Londres con designio de irse para Buenos Aires. Tampoco era de Masones la Sociedad; aunque puede ser que, como Alvear era masón imitase algunas fórmulas y tal vez pensase en amalgamarse con ellos, pero encontró resistencia, pues una noche propuso, que si algún socio quisiese entrar a masón para saber lo que trataban en ellas contra América, se le podía permitir. La Sociedad le respondió que cada uno lo viese en su conciencia. Habiéndole tocado al confesante arengar tres veces a los nuevos por ausencia del orador, les advirtió expresamente que no será una Sociedad de Masones, sino de patriotismo y beneficencia y reconviniéndole Alvear a la oreja porqué insistía tanto en que no eran Masones, pues debía advertir, que éstos perseguían a los que no eran de su Sociedad, respondió, que insistía, porque en realidad no lo era, y porque él no quería serlo, pues además de tenerlo prohibido Su Santidad, su razón le convencía: o la cosa era mala y debía prohibirse, o si era buena para qué era el secreto bajo tan execrables juramentos. Si Alvear tuvo esa intención, mudó después enteramente de plan, porque el declarante vio carta suya a la Sociedad que creía existente en Londres fecha en Buenos Aires en ochocientos doce para que recibiese aun tal don José Pinto, natural de Chile, porque aunque era Masón, no era Caballero Racional, y en fin los francmasones están quietos y pacíficos en Buenos Aires y Alvear con todos sus Caballeros Racionales fue desterrado en mil ochocientos diez y seis del mismo Buenos Aires.

La inquisición quiso saber más sobre Alvear, líder de la logia, y realizó preguntas específicas que el reo respondió con bastante precisión:

Partiendo Alvear de Cádiz, el día primero de octubre de ochocientos once (para Londres, instaló allí en su casa con seis americanos que llevaba de cuyos) nombres sólo se acuerda del de San Martín natural de Buenos Aires, edecán del General Coupigny, a fin de recibir en ella a los americanos de las legaciones de Caracas y Buenos Aires. Supo el confesante que, estando Alvear en Londres, envió en los pliegos de Oficio del Diputado de Caracas una carta para la Sociedad de Santa Fe,

que él suponía haberse ya instalado por sus dos emisarios. Estos pliegos cayeron en poder del Ministro español [Luis de] Onís el cual delató al Gobierno de España la tal Sociedad como de francmasones. Alvear se fue para Buenos Aires a principios de enero de ochocientos doce, y los socios que quedaron en Londres no quisieron más juntarse, diciendo que no era menester Sociedad para socorrer a los americanos, y que esas sociedades secretas eran sospechosas, y solo propias para producir un tirano. En efecto lo produjeron en Alvear, que por medio de la Sociedad en Buenos Aires derribó al Gobierno, aunque de insurgentes, y se apoderó de él continuándolo como insurgente y este gobierno envió de propósito por el confesante ofreciendo las pagas de sus deudas, si las tenía, y no reparar en gasto alguno para conducirlo, como consta de carta que le escribió uno del Gobierno llamado don José Alvarez Jonte en ochocientos doce, y el confesante respondió que él no iba donde había semejantes sociedades de Caballeros Racionales.

El testimonio del fray que hemos transcripto es sumamente rico puesto que describe en detalle el funcionamiento de la logia, sus objetivos, sus prácticas masónicas, y el carácter de Alvear como líder del grupo revolucionario.

En 1811, poco antes de partir definitivamente al Río de la Plata donde lo esperaba su familia materna, Alvear exigió a su padre la parte que le correspondía de su herencia y renunció al mayorazgo. El 14 de septiembre de 1811, sellaron el acuerdo por el cual Carlos recibió dinero “por vía de anticipación a cuenta y parte de pago de la legítima paterna” que le podía corresponder. El hecho de que se haya hecho a través de un acta notarial, y de que no se conozca desde esa fecha correspondencia entre Diego y Carlos puede indicar la frialdad, formalidad e incluso la ruptura que se produjo entre ambos por la decisión de Carlos.³¹ Es probable que Diego hubiera esperado de su hijo mayor otro tipo de apoyo en relación a la difícil tarea de defensa de su patria que le tocaba en suerte realizar al sur de España. Como también es posible que Carlos haya decidido hacía tiempo abrirse un camino lejos de su madrastra y hermanastros, y del ejército que le negaba el ascenso que añoraba.

En ese entonces, Carlos tenía solo 22 años de edad y sufría la segunda gran pérdida de su vida. La Tragedia de la Mercedes le quitó a su madre y a sus hermanos cuando era apenas un niño. Por decisión propia, renunció a su padre, a su nueva familia (¿alguna vez la habrá

³¹ Véanse extractos del acta en Rodríguez (1909, t. 1, p. 64).

sentido suya?) y a su patria, España, por la que había combatido en varias batallas, pero a la que veía sucumbir ante el poderío francés.

Al poco tiempo, Alvear y varios miembros de la logia se embarcaron hacia Londres desde donde ultimarían los planes para arribar a las colonias. Junto a otros exiliados fundaron en Londres la logia N°7, que contó entre sus miembros a los venezolanos Andrés Bello y Luiz López Méndez y los porteños Tomas Guido y Manuel Moreno, este último hermano de Mariano Moreno que había muerto en altamar durante su viaje a la capital británica.

Es conocido que a fines de 1811, el grupo liderado por Alvear se embarcó hacia Buenos Aires en la fragata *George Canning*. “Las actividades secretas de la logia y la identidad de algunos de sus miembros fueron descubiertas por las autoridades españolas al interceptar una carta de Alvear a uno de sus “hermanos” en Caracas.³²

A su llegada a Buenos Aires, Alvear se convirtió en líder de la revolución. Poseía tres activos invalorable: experiencia militar en España, tradición familiar criolla, por parte materna, y española, del lado paterno, y una fortuna para la magra situación económica que vivía Buenos Aires tras la revolución de mayo de 1810.

Rápidamente, Alvear competiría por liderar el movimiento revolucionario con otras personalidades fuertes de la época, como Bernardino Rivadavia y Juan Martín de Pueyrredón, alcanzando la máxima posición política hacia 1815, apenas tres años después de su llegada al Río de la Plata, cuando es nombrado Director Supremo de las Provincias Unidas del Sur.

Durante ese período habrá alcanzado méritos militares como pocos revolucionarios de este período pueden mostrar, en especial durante el sitio a Montevideo, la ofensiva que brinda seguridad a una Buenos Aires vulnerable tras la revuelta de 1810. La experiencia de enfrentar al ejército francés en Bubierca, Tarancón, Consuegra o Yébenes, sumado a las victorias obtenidas en el Río de la Plata primero, y en Brasil después, echan por tierra la caricatura de niño rico, fanfarrón y militarmente inútil que sus rivales intentaron adosarle y que muchos historiadores contemporáneos adoptaron repitiendo argumentos sesgados y tendenciosos de la época.

³² Sobre el tema, véanse Ocampo(2003, p. 80) y la carta de Carlos de Alvear a Rafael Mérida, fechada el 28 de octubre de 1811, disponible en el Archivo General de Indias, Estado, 69, N.º 33.

2.5 La personalidad de Alvear

Detengámonos un momento en la personalidad de Alvear. Sin lugar a duda, Carlos es uno de los revolucionarios que más arriesga entre sus colegas en la partida a América: en España tenía una posición de privilegio y era heredero de la considerable fortuna de su padre. No se conoce, tras su ida a América, ninguna correspondencia que haya tenido con Diego de Alvear, ni siquiera cuando estaba exiliado y lo había perdido todo. No escribe a su padre para pedir dinero, le escribe a San Martín. No eran pocos los oficiales de la época que cuando la suerte política les era adversa prestaban servicios al mejor postor. Sin embargo, Alvear nunca regresó a España.

¿Cómo era Alvear visto por sus contemporáneos? Diversas personas que trataron con él coincidieron en caracterizar su personalidad como ambiciosa y altanera. Las críticas de San Martín, luego de Mitre y sus seguidores apuntan a un carácter intempestivo, que vinculan no solo con su juventud sino con cierta inexperiencia en conflictos militares y sus orígenes de cuna dorada.

Cuando Alvear fue comandante en Jefe del Ejército de la campaña del Brasil, no gozó de la confianza plena de todos sus oficiales sino que debió afrontar descontentos internos de aquellos oficiales de mayor experiencia que no veían con buenos ojos su liderazgo. En sus Memorias, el 3 de febrero el coronel Brandsen (1910) describió cómo Alvear se sentía desilusionado al enterarse de estas intrigas que esparcían sus subalternos.

Dos de sus mayores críticos fueron Paz y Lavalle. Este último era más intrépido y había logrado formar un grupo importante de fieles seguidores que le daban autonomía y poder. Quizás para apaciguar los ánimos y con miras a buscar una reconciliación, Alvear promueve a ambos al rango de General en los campos de batalla de Ituzaingó. Sin embargo, tras su renuncia en junio de 1827, el Gobierno de Buenos Aires decide nombrar en su lugar al General Lavalleja. De origen oriental, Lavalleja fue paradójicamente uno de los hombres que más problemas causó a Alvear durante la campaña, desobedeciéndolo en varias oportunidades.

Sin embargo, dos de los críticos de Alvear, Iriarte y Mitre, realzan sus aptitudes militares. Por ejemplo, Mitre señala: “Como general, tenía cualidades de mando y poseía sobre el arte de la guerra ideas más completas que los demás generales de su tiempo, con la excepción de San Martín” (1887a, p. 153).

Por otro lado, cuando José de San Martín crea los Granaderos a Caballo designa a Alvear como su brazo derecho. El 12 de noviembre de 1812, San Martín elevó una nota al gobierno pidiendo el ascenso de Alvear a teniente coronel. “Hallándose vacante en el regimiento de granaderos a caballo de mi cargo el empleo de teniente coronel por elevación de otro cuerpo a regimiento y siendo preciso proveerlo en persona de capacidad, cordura y aptitud para mandar, propongo a V. Ex. en virtud de las facultades que me tiene concedidas a D. Carlos Alvear, sargento mayor de otro regimiento” (INSM, 1953, t. VII, p. 107).

En sus memorias, Tomás de Iriarte afirma que Alvear tuvo ascensos injustificados, saltando de alférez a sargento mayor y “luego a coronel sin ser ascendido a teniente coronel” (1951, t. 3, p. 478; véase también Ocampo, 2003). Pero como señala Ocampo (2003), Iriarte, y quienes repitieron más adelante ese mismo argumento no tuvieron en cuenta las Ordenanzas de 1783, que establecían que los tenientes y alférezes de la brigada de *Carabineros Reales* “fuesen reputados en lo sucesivo como capitanes y tenientes vivos y efectivos de caballería” (Gómez Ruiz y Alonso Juanola, 2000, t. 3, p. 317).

José Ingenieros, a quién sería difícil acusar de burgués o conservador, en su clásico *Evolución de las Ideas Argentinas*, hace una semblanza del joven Alvear donde lo equipara a Moreno. Dice:

¿Por qué no diremos de una vez que durante el período de la Asamblea General Constituyente fue Alvear el gestor más conspicuo del proceso revolucionario? Siguiendo la obra de Moreno, y ampliando la de Rivadavia, compartió con Monteagudo la honra de mirar el presente como un embrión imperfecto del porvenir y no como un pasado que convenía remedar. No contemplemos, naturalmente, sus ulteriores glorias militares –grandes, sin duda, en la breve epopeya argentina–, ni sus insistentes yerros políticos, frutos siempre de una sinrazonada ambición personal; a pesar de sus lunares y de sus sombras, Alvear conservará en la historia los quilates definitivos que adquirió por su acción política en el año de la memorable Asamblea Revolucionaria, dignos de los laureles de Ituzaingo.

Encarnaba la rebelión contra la sociedad y las costumbres de la aldea colonial. Además de sus ideas, hacía temible el ejemplo de su conducta, independiente en grado tal que muchos la tildaban de fanfarronería. Sin tener vicios grandes, afectaba

un desenfado hiriente para cuanto representara las viejas rutinas. Inteligente y novelero, resultaba un muchachón estrepitoso; con ser lo bastante botarate para mortificar a los santurrones y pazguatos, afectábalo mucho más para epater al burgués pelucón, desafiando con ello la pública malsindad. Le perdía, sin embargo, la ambición, recargada en sus manifestaciones por la vanidad juvenil; no era muy diestro par disimularla. Sabía que era el tipo más europeo de la ciudad y lo proclamaba a todas horas, agregando que estaba en sus manos regenerar a la aldea española y civilizarla. Talento tenía; siendo esto notorio, la envidia no descansó un momento en roer sus talones. Y más que todo, ¡un muchacho! ¡26 años! Argüían los viejos ingenuos que se habían pasado medio siglo tramitando inextinguibles expedientes para vender cuatro cueros o comprar un damajuana de vino... Y como su apuesta gallardía lo expusiera naturalmente a hembrear, los que peinaban canas vengábanse repitiendo que tenía más de lechuguino que de estadista.

Alvear desoía estos zumbidos y jugaba con la suerte, ensordeciendo las calles con las fragorosas cabalgatas de su escolta montada a la europea, todo lo suyo, palabras, hechos y actitudes, le apartaba de las gentes de cuño antiguo y le ponía ostensiblemente, en el camino de la dictadura, sin más apoyo que el radicalismo demagógico y sus cómplices de la Logia. Su conducta produjo un acercamiento de hecho entre los reaccionarios saavedristas y los liberales tibios del tiempo triunviral. Se comenzó a minar el más sólido cimiento de su autoridad, el ejército, sin que Alvear entrara en sospechas.

Cuando se vio cubierto de laureles por la rendición de Montevideo, valiéndole tanto o más la maña que la fuerza, pensó redondear su gloria lanzándose sobre Lima con el ejército del Norte, que mandaba Rondeau; este se sublevó con sus tropas, encabezando a los oficiales Martín Rodríguez, del grupo saavedrista. Los pelucones del Cabildo y los conservadores del Interior se alzaron. Artigas se puso en movimiento contra él. Cuando intentó batir a este, desistiendo de ir al Norte, su propio amigo y protegido Álvarez Thomas lo traicionó, confabulándose con los conspiradores. (Ingenieros, 1918)

Otros autores describen el mismo tipo de personalidad que Ingenieros. Testigos externos como Joel Roberts Poinsett, agente norteamericano en el Río de la Plata, se expresó en

iguales términos sobre Alvear.³³ Mientras que el historiador Vicente Fidel López asegura lo siguiente:

San Martín y Alvear diferían, no sólo por los rasgos de carácter político y militar, sino también por los de la fisonomía, y por los hábitos. Alvear había heredado la belleza proverbial de los Balbastros. Con sus ojos chispeantes y el gesto imperioso pero galano, parecía iluminado con una gracia llena de amenidad. La boca firme, la frente elevada, la cabeza erguida; la mirada clara y franca como la de un héroe griego; la tez rosada, tan pulida y limpia como la de una dama, formaba un todo maravillosamente realizado por el negrísimo pelo y las cejas bien marcadas. Sus modales eran abiertos, confiados, atrevidos á veces, pero envueltos siempre en una elegancia exquisita, algo teatrales quizás si no fuera la naturalidad con que respondían á todos los demás accidentes de su persona. San Martín respondía á un tipo enteramente diverso. Sin hacer nada por brillar, imponía respeto, no sólo porque se dejaba ver en él la posesión tranquila de sus grandes cualidades militares, sino por la austeridad de la vida y de las costumbres intachables que le daban el sello de un soldado serio y correcto. El general en jefe del ejército de la capital parecía empeñado en mostrarse digno del puesto que ocupaba. La iniciativa audaz, que era el rasgo más acentuado de su genio militar, la concepción rápida y luminosa de la primera faz de las cosas, la energía impulsiva y deslumbrante con que sabía hacer sentir su voluntad y dar forma práctica en el momento á sus más arduos propósitos, la sagacidad de sus combinaciones repentinas, ser vidas casi siempre, aunque con mesura y precauciones, por una astucia poco escrupulosa y atrevida; la violencia imperial de sus actos y de sus frases, que debía ser á la vez el secreto de su prestigiosa elevación y también el de su caída, lo hacían el hombre del momento para los que le rodeaban con una entusiasta adhesión; y aun los que se separaban de su influjo chocados por la desgraciada intemperancia de sus actos, le habían cedido el terreno dominados ú ofuscados más bien por los relámpagos de su talento. Seis meses le bastaron al coronel Alvear para hacer brotar como por encanto una escuadra; para poner la mano sobre el más glorioso de los marinos sudamericanos;

³³ Existen varios textos que retratan las peripecias del agente norteamericano Poinsett en el Río de la Plata. Sobre el tema puede verse Stillé (1888) y Gallardo (1984). En tanto que su correspondencia puede verse en el National Archives de College Park, Maryland, Estados Unidos, donde se encuentran los archivos del Departamento de Estado.

para crear, enseñar, ejercitar, hacer maniobrar y poner en marcha un nuevo ejército de siete batallones, con un regimiento numeroso de artillería y con dos gruesos escuadrones de granaderos á caballo, recientemente remontados. (1885, t. IV, p. 185)

Una animosidad manifiesta de muchos historiadores contra Alvear tiene entre sus orígenes los escritos de Mitre. Los revisionistas, si bien cuestionaron varias de las afirmaciones de Mitre, en particular en relación a Rosas, nunca pusieron en discusión su juicio sobre Alvear. Según Mitre (1876):

San Martín y Alvear, auxiliados por la habilidad de Monteagudo, fueron por mucho tiempo los árbitros de la logia; pero esta buena inteligencia no podía ser de larga duración. Los amigos se convirtieron muy luego en dos irreconciliables enemigos. Diversas causas produjeron este rompimiento. La petulancia juvenil de Alvear, no podía sobrellevar con paciencia el ademán imperioso, la palabra incisiva y la voluntad de fierro de San Martín, convencido de su superioridad militar y que apenas notaba los pueriles celos de su competidor. Alvear, con calidades más brillantes, aunque menos sólidas que las de San Martín, podía sobreponerse á su antiguo amigo en las oscuras intrigas de la logia ó en el favor pasajero de una ciudad impresionable como la Atenas de la antigüedad. Esto tal vez le hizo creerse superior, al que desde entonces pudo considerar como su rival. Era el Alcibiades moderno, hermoso, inclinado al fausto y á la ostentación, fogoso en la tribuna, chispeante en el banquete, bravo si era necesario en el campo de batalla y devorado por la fiebre de la ambición; en presencia del Annibal americano, tan astuto, tan reservado y tan lleno de fe en el poder de su espada como aquel héroe de la antigüedad cuya más notable hazaña debía imitar. Alvear tenía inspiraciones súbitas que deslumbraban como un relámpago. San Martín era el vaso opaco de la escritura, que guardaba la claridad en lo interior de su alma. Estos dos hombres eran los candidatos para Generales, designados por la logia de Lautaro.

Además de Alvear y San Martín, Mitre menciona a Monteagudo, quien la historia revisada considera referente del espíritu jacobino y continuador de Moreno y Castelli, los patriotas que proponían las reformas más extremas en los albores de la Revolución de Mayo.³⁴

³⁴ Resulta interesante que las figuras de Mariano Moreno y, especialmente, la de Bernardo de Monteagudo sean altamente consideradas por los historiadores nacionalistas, que pretenden en sus textos describir acciones heroicas de los defensores de la patria frente a cualquier tipo de oposición externa e interna. Ante este supuesto objetivo supremo, como los viejos próceres del siglo XIX, no ahorran métodos ni recursos. Sin

Alberdi (1897), como hemos visto, se mofa de la comparación que hace Mitre entre San Martín y Aníbal.

Después de denostarlo, Mitre (1876) equilibra la balanza con un elogio inesperado: dice que Alvear tenía destellos de genialidad:

Conocemos ya á Alvear como político de intrigas y aventuras, y hemos asistido á su merecida caída, castigo de una ambición sensual y estéril, desnuda de principios en el gobierno del Estado. Empero, como general tenía calidades de mando y poseía sobre el arte de la guerra ideas más completas que los demás generales de su tiempo (con excepción de San Martín). Por su petulancia juvenil, su indisputable coraje, su carácter emprendedor y sus chispazos de inteligencia que imitaban á veces los relámpagos del genio, era el más indicado para romper con la vieja rutina que realistas y patriotas habían practicado en aquel teatro de la guerra, y habría lanzado las operaciones por otros caminos, si no muy seguros, al menos más brillantes y gloriosos.

En uno de los pocos textos de su autoría que se conservan, Alvear (1813), el general Alvear intentó poner en papel los conocimientos de tácticas militares obtenidos durante su experiencia en España, de modo de ganarse así el respeto de otros oficiales. Pero animosidades personales e interpretaciones sesgadas de sus contemporáneos le jugarían una mala pasada, siendo hoy la visión dominante de su recuerdo la iniciada con las críticas de Mitre y sustentada en las memorias de Iriarte.

Y no será fácil cambiar esta visión. Como reza el refrán, es más fácil desintegrar un átomo que superar un prejuicio. Pero por más difícil que resulte, bien vale la pena intentarlo.

embargo, el mismo Monteagudo parece haberse arrepentido del ejercicio de cualquier tipo de violencia con base ideológica. En su Memoria, escrita en 1823 mientras se encontraba en Quito, se arrepiente de su fanatismo pasado, al que consideró una “fiebre mental que casi todos hemos padecido, y desgraciado el que con tiempo no se cura de ella”.

3. REVOLUCIÓN Y LLEGADA AL PODER: 1812-1815

¿Por qué no diremos de una vez que durante el período de la Asamblea General Constituyente fue Alvear el gestor más conspicuo del proceso revolucionario? Siguiendo la obra de Moreno, y ampliando la de Rivadavia, compartió con Monteagudo la honra de mirar el presente como un embrión imperfecto del porvenir y no como un pasado que convenía remedar.

José Ingenieros, *Evolución de las Ideas Argentinas*.

3.1 El escenario internacional

La vida política en el Río de la Plata de Carlos de Alvear es, por cuestiones obvias, la más documentada y también sobre la que más se ha escrito. La *Historia de Alvear* de Gregorio Rodríguez, casado con una de las descendientes de Alvear, abarca principalmente ese período. Reuniendo documentación original de Marcelo T. de Alvear y otros familiares, Rodríguez realiza una semblanza que tiene como objeto la reivindicación.

Pero antes de desentrañar los aciertos y errores de Alvear en su período más activo de la vida política argentina, vale la pena analizar el contexto mundial en la época, para comprender mejor cuáles eran las ideas en juego y las piezas de un tablero geopolítico global en el cuál las colonias españolas eran solo un fragmento menor.

El inicio del siglo XIX estará signado por el enfrentamiento entre Francia e Inglaterra y particularmente por la guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra, que se desarrollaría precisamente entre 1812 y 1815. Tras los años de frialdad que siguieron al acuerdo de París de 1783 por el que Inglaterra reconoce la independencia de las trece colonias estadounidenses, en 1812 Estados Unidos invade colonias británicas ubicadas en Canadá (llamada entonces Norteamérica británica). Las razones de esta invasión son varias y van

desde el apoyo británico a los nativos para evitar que Estados Unidos se expanda al sur a las restricciones al comercio impuestas por Inglaterra (Chiaramonte, 1997).

Ocampo (2016) sostiene que los patriotas criollos, una vez que tienen el poder al alcance, se dividen. El eje compuesto por José de San Martín y Bernardo O'Higgins se alinea con Inglaterra, donde San Martín había establecido conexiones tanto en su época de soldado en España como en su posterior viaje a Londres, antes de regresar al Río de la Plata. En cambio, el eje de Carrera-Alvear se alinea con Estados Unidos, donde Carrera recurre en varias ocasiones en busca de ayuda para su causa.

El hecho de que el comodoro David Porter, comandante de la fragata estadounidense Essex, que capturó y hundió varios barcos de guerra británicos, haya sido amigo personal de Carrera y actuado a su servicio en Chile muestra del acercamiento del dúo Carrera-Alvear con Estados Unidos.

Esta hipótesis tiene sustento principalmente en alguna correspondencia de San Martín con agentes ingleses, y en especial la carta de William Bowles, jefe de la estación naval británica en Buenos Aires, a su jefe en el Almirantazgo, John Croker, el 9 de abril de 1817.³⁵

Todos los diferentes partidos que anteriormente existían aquí, y la mayoría de los cuales han gobernado a su vez, pueden en este momento ser reducido a dos. El primero consiste en aquellos que tienen por objeto un acuerdo con la madre patria bajo la mediación y la garantía de Gran Bretaña, y el segundo, de los que todavía aspiran a la independencia absoluta. El Director de toda la maquinaria política en este momento es Don Carlos Alvear, el funcionario recién nombrado general en jefe de las fuerzas en esta ciudad, es sin duda la persona con mayor influencia, civil así como centros entre militares en la actualidad... soy consciente de que muchos comentarios desfavorables de su carácter se han hecho al gobierno de su Majestad, en particular de su ser sospechoso de ser un favorecedor de una conexión entre este país y Francia. San Martín es extremadamente amigable con el Inglés y tiene una aversión sincera de los franceses. Sus sentimientos sobre el tema de la pacificación son aún más fuertes que los otros. Él es mayor y más estable y tiene menos ambición, así como menos tiempo para la intriga política. Inmediatamente antes de partir hacia Perú solicitó una conversación privada conmigo. Me informó que aperturas se hicieron realidad a Francia (desde Estados Unidos) hace

³⁵ Original en el British National Archives, ADM 1/23, citada también por Galasso (2000, p. 237).

aproximadamente cuatro meses por algunas personas aquí y me sugirió tener el máximo de vigilancia por parte de los cruceros británicos para interceptar cualquier agente o suministros que pueden ser enviadas desde ese país [Estados Unidos]. Me advirtió de la manera más reservada de intrigas de personas de aquí y me aseguró que si alguna revolución contra los ingleses tiene lugar aquí, él podría regresar de Perú y oponerse a ella y que tenía suficiente influencia entre las tropas aquí para defender su posición por él. [San Martín y Alvear] son los únicos dos hombres que poseen y peso real o influencia aquí... La guerra en esta parte de América del Sur está al borde de la una conclusión y parece que es buen momento para hacernos amigos de ambos partidos, en particular de los criollos. Si los españoles tienen éxito por la fuerza aquí mucho más lesiones y aflicción habrá para nosotros.

Galasso (2000) defiende la posición sanmartiniana y sostiene que en realidad San Martín necesitaba ayuda de Inglaterra para concretar sus planes. Nunca esta benevolencia se aplica a Alvear respecto a las cartas anglófilas que lo hicieron merecedor de críticas devastadoras.

Ocampo también sostiene lo siguiente:

En realidad, los verdaderos revolucionarios, si por revolución se entiende la conformación de un sistema republicano de gobierno, eran Carrera y Alvear, aristócratas alocados que querían el cambio. Mientras que San Martín, mayor que Alvear, tenía un talante más conservador vinculado a la monarquía europea.³⁶

El otro jugador clave del tablero internacional es Francia. El imperialismo británico pretende ganar las colonias españolas para incrementar su comercio (intención que dio lugar a las invasiones inglesas a Buenos Aires de 1806 y 1807) y Napoleón pretende evitarlo para debilitar a Inglaterra. Por ese motivo ya en 1809 dice que estaría dispuesto a ayudar a la independencia de las colonias españolas siempre que no se alinean con Inglaterra.³⁷

La tesis más radical sobre la anglofilia de San Martín es la expresa en Sejean (1997), quien se entristece de “que tantos argentinos que ofrendaron sus vidas por el país hayan elegido como padre de la patria a un hombre cuyo mérito fue haber cumplido con extrema eficacia el plan emancipador británico, dejándonos como legado una división política torpe que

³⁶ Palabras de Ocampo, tomadas de la entrevista mantenida con el autor el 25 de enero de 2016.

³⁷ La correspondencia de Napoleón sobre América del Sur puede verse en Ocampo (2007).

servió únicamente para separar pueblos hermanos”, para concluir que, gracias a San Martín, “los ingleses obtuvieron todo lo que se habían propuesto, dividieron y luego reinaron”.

3.2 La logia Lautaro en Buenos Aires

La logia Lautaro que conformaron Alvear y San Martín a su llegada a Buenos Aires en 1812 dio el impulso necesario al movimiento iniciado dos años antes. La revolución de Mayo de 1810 que depuso al virrey fue un fenómeno estrictamente porteño, ya que no fue sino más adelante que se sumaron algunos movimientos del interior.³⁸ Quizás allí radique una de las diferencias sustanciales entre las dos principales fechas patrias de la Argentina: mientras los sucesos de mayo de 1810 fueron de carácter exclusivamente porteños, los acontecimientos de julio de 1816 que culminaron en la declaración de la independencia tuvieron por el contrario la participación de representantes de las distintas provincias tomando un carácter federal.

Con la revolución de mayo la actividad económica mermó por la militarización de la población y porque Buenos Aires centró sus energías y recursos financieros en aprovisionar un ejército y enviarlo a las otras provincias del Virreinato para que la reconozcan como heredera del poder español. A esta tarea se encomendó Manuel Belgrano hasta la llegada de San Martín. Pero no será hasta enero de 1814 cuando se produzca el encuentro entre ambos, en la famosa posta de Yatasto, donde un abatido Belgrano cede el mando de los restos del ejército del Norte a su nuevo conductor.

Tanto en la revolución de Mayo como la insurrección de 1812 o la declaración de la independencia de 1816, las logias masónicas jugaron un rol fundamental. Aunque el rol de las sociedades secretas y de la masonería en la Independencia de América es un capítulo que contiene históricas controvertidas. Estas controversias tomaron mayor relieve durante los años donde no hubo una separación estricta entre religión y Estado, el catolicismo, en su enfrentamiento con la masonería, intentó restarle relevancia a los antecedentes masones de los padres fundadores de la patria.

Este tironeo tuvo su epicentro en José de San Martín, máximo prócer de la independencia Argentina. Centenares de obras se escribieron para demostrar la pertenencia de San Martín

³⁸ De Angelis (1837) recopila las actas vinculadas a la revolución.

a la masonería, como otro tanto que buscó deslindarlo de ella. Sin embargo, la cuestión es más complicada de lo que aparenta. No solo por la dificultad de acceder a archivos y documentos masónicos cuando los hubiera, sino por el grado personal e individual de compromiso con determinado grupo y por la dinámica que este mismo puede presentar a lo largo del tiempo.³⁹

Efectivamente, la pertenencia a un determinado grupo, incluso a la masonería y aunque se haga a través de algún tipo de “pacto de sangre”, nunca es uniforme con el paso del tiempo. Puede variar el compromiso, como así también las características principales de los miembros. Un ejemplo de estos posibles cambios lo da el propio Simón Bolívar, cuya afiliación masónica temprana está hoy fuera de discusión. Poco antes de su muerte, escribe al General Santander: “Usted tiene la culpa, porque no los ha sabido tratar por las majaderías de masones, y por los ataques a sus principios por parte de algunos de los amigos de Usted mismo. Conmigo siempre están bien, porque los lisonjeo, y los sujeto en los límites que me parecen justos. Maldito sean los masones y los tales filósofos charlatanes. Por los filósofos, masones y cuervos, no he de ir a Colombia” (Archivo del Libertador, Documento 972).⁴⁰

La discusión no es puramente histórica e ideológica sino también epistemológica. Quienes realzan el rol de las sociedades secretas tienen en ese argumento la explicación fundamental para considerar que las revoluciones, o las ideas que las engendran, como el caso de la noción de independencia, no pueden aparecer de golpe. Al contrario, debían forjarse antes, en universidades y logias secretas. Enrique de Gandía responde a estos interrogantes en su libro *La revisión de la historia argentina*. Para el autor, la historia puede perfectamente dar saltos discontinuos. “Son las bombas, los hechos inesperados, las catástrofes, las que hacen la historia” (1952, p. 214). Y agrega: “Lo más fácil es imaginar que alguien pensaba en una revolución o en la independencia. Es lo más fácil, pero es lo más errado”).

De Gandía (1952) desestima el rol de las logias en el proceso revolucionario y sostiene:

Los defensores de la escuela tradicional de las conspiraciones aceptan todo lo que puede parecerse a antecedentes. No es extraño que atribuyan a Miranda, también, la

³⁹ Solo para esta investigación se realizaron investigaciones en los archivos de las principales logias de Buenos Aires, Bruselas, Nueva York, Montevideo y Washington.

⁴⁰ Documento 972 del original O.C.B. Carta del Libertador Simón Bolívar al General Francisco de Paula Santander, fechada en Potosí el 21 de octubre de 1825.

fundación de una serie de logias sobre las cuales nada o muy poco se sabe. Y que, por consiguiente, inventen, sin darse cuenta, la existencia de partidos políticos y los hagan pelear entre sí.

Los blancos y negros puros, buenos y malos, masones y católicos, etc. son difíciles de encontrar en los procesos históricos. Más comunes son las escalas de grises compuestos por hechos y personas muchas veces contradictorias porque en ellos convergen múltiples intereses, cosmovisiones, historias personales, que también tienen su dinámica y son cambiantes en el tiempo. Y Alvear no fue la excepción.

Los defensores de una historia binaria pocas veces cuentan que los ejércitos de los españoles en América estaban formados también por criollos e indios, mientras que los ejércitos de los revolucionarios tenían en sus filas a españoles nativos. Por eso De Gandía sostiene que “la existencia de los partidos patriota y español es un mito. Los españoles eran patriotas y los patriotas eran españoles” (p. 214).

El partido español como tal no podía existir porque españoles eran todos los nacidos tanto en la Península como en América. En Buenos Aires, la división no era por el lugar de nacimiento, sino por intereses políticos. Los dos principales líderes eran Álzaga y Liniers. Quienes seguían al primero, pretendían mayor autonomía para Buenos Aires y la defensa del sistema de las Juntas de Gobierno, y se sublevan a la autoridad en 1809, en un conocido episodio de la historia argentina, la asonada de Álzaga. Mientras que a Liniers lo secundaban quienes pretendían mantener sus empleos, ascender en la milicia y conservar puestos burocráticos. “Nadie se preocupaba por el lugar donde había nacido”, afirma De Gandía (1952).

Tampoco existe una rivalidad estricta entre monopolistas y librecambistas. Por ejemplo, Álzaga, a quien se suele ubicar entre los monopolistas, tenía intereses en ciudades europeas no españolas, como Hamburgo. Los comerciantes de Buenos Aires eran todos librecambistas porque compraban en distintos destinos. Los que era monopolistas eran los comerciantes de Cádiz, que pretendían el cautiverio de los mercados en América. Pero la división no existía entre los porteños ya que por vía legal o por contrabando, todos preferían la libertad de comercio.

Tales tipos de confusiones aparecen con frecuencia cuando se menciona a la Logia Lautaro sobre la que existe una enorme cantidad de literatura, así como de su papel en los años de la revolución. Las pruebas históricas, sin embargo, son mucho menos. Es por eso que hasta

el día de hoy se debate sobre su carácter masónico, sobre quiénes eran sus miembros, sobre su conformación, e incluso sobre la incidencia real en los principales sucesos políticos a partir de 1810.⁴¹

Las fuentes principales se remontan al testimonio del General Zapiola, a los escritos de Mitre, y ciertas cartas de José de San Martín, que lejos de ser conclusivas, pueden dar lugar a la interpretación (Corbière, 1998). Ocurre que por la fuerte tradición católica en la historia Argentina y la necesidad de contar con padres fundadores de la patria que sean dignos del bronce, se buscó, en una primera etapa (en una primera mitad del siglo XX), restarle importancia al posible carácter masón de los grupos revolucionarios, e identificarlos exclusivamente con un alto sentido patriótico y nacional. En una segunda etapa cobraron fuerza las tesis revisionistas que incluían conspiraciones, buenos y malos, y la necesidad de algunos historiadores de buscar fama a partir del supuesto descubrimiento de novedades. La fantasía corrió libremente y se trazaron fábulas y novelas con lenguaje pseudocientífico.

No nos interesa aquí entrar en la polémica sobre el carácter masónico o no de la logia Lautaro, sino indagar en el uso de este grupo para los objetivos políticos y militares que buscaba Carlos de Alvear, sin duda el primer líder de los revolucionarios que llegaron al Río de la Plata en 1812. Más allá de su carácter real y su incidencia, resulta innegable que sus miembros no estuvieron siempre de acuerdo. Poco sentido tiene entonces hablar de grupo o logia como si se tratara de un todo unificado.

A pesar de estas salvedades, dos hechos fundamentales que se desprenden de nuestra investigación nos impulsan a dudar sobre el carácter masónico tradicional que en ocasiones se atribuye a la Logia Lautaro.

El primero apunta a la investigación que realizamos en el templo de la masonería en Buenos Aires, el más antiguo del país. Durante el transcurso de esta investigación el Gran Maestre de la francmasonería argentina, Ángel Clavero, especificó que los archivos de la masonería argentina, abiertos solo para masones, cuenta con registros a partir de 1852. No hay nada antes de eso. Ningún documento que demuestre el carácter de las reuniones o la identidad de sus miembros.

⁴¹ Para ver los detalles de esta polémica, véanse la obra de Leopoldo Ornstein; *La Independencia de América y las sociedades secretas*, de Enrique De Gandía; y la crítica “Final de una polémica sobre San Martín”, también de De Gandía, en la revista *Todo es Historia*, 29.

Sin embargo, Emilio Corbiere, un historiador argentino masón que tuvo acceso a esos archivos, publicó una serie de inexactitudes que nos fue posible refutar en esta investigación. Corbiere sostiene que los archivos de la masonería belga permiten demostrar la afiliación masónica de José de San Martín. Basa su afirmación en una serie de notas periodísticas pero nunca visitó esos archivos. ¿Cuál es la relevancia de los archivos masónicos belgas? Muy sencillo, si ningún archivo en la masonería argentina permite sostener la afiliación masónica de la Logia Lautaro, qué mejor que documentos de masones en el extranjero que prueben este vínculo. Aquí aparecen los archivos masones belgas, que fueron rescatados de las manos de la KGB tras la caída del muro de Berlín. Sucede que los nazis se llevaron esos archivos durante la invasión a Bélgica y tras el triunfo de los aliados fueron a parar a Moscú. Por esa razón no fueron estudiados por historiadores ocupados en América Latina hasta comienzos del siglo XXI, cuando regresaron a Bélgica y se ordenaron en la Universidad Libre de Bruselas.

Según Corbière (2001), esta información, estudiada por el historiador belga Philippe Raxhon, muestra de manera “precisa y documentada el carácter masónico del general San Martín” (p. 33). No obstante, hemos visitado los archivos en Bélgica e intercambiado correspondencia con el Dr. Raxhon. Tanto nuestra investigación como las declaraciones del académico belga nos permiten arribar a la misma conclusión: no existe ninguna referencia al general San Martín en los llamados Archivos de Moscú de la masonería belga, como así tampoco a la afiliación masónica de la Logia Lautaro. En realidad, el archivo se compone de un compendio de correspondencia entre logias belgas y de otras partes del mundo, incluyendo América Latina, donde se informa sobre la creación de nuevas logias, lugares y fechas de reuniones. Casi en ninguna ocasión (ninguna hasta mediados del siglo XIX) se dejó por escrito cuáles eran los motivos de esas reuniones. En lo que hace a las logias en Argentina, ni siquiera existen pruebas contundentes sobre quiénes eran sus miembros en los primeros años del siglo XIX.⁴²

La información que presenta Corbiere resulta en este punto inexacta. Es una disputa por ver quién ha influenciado más a los próceres de la patria, masones y católicos, parecen intentar forzar la realidad histórica. A modo de ejemplo, se escribió que San Martín no era masón sino un ferviente católico practicante porque en su campaña lo acompañaba una imagen de la virgen del Luján (Rottjer, 1983, p. 58).

⁴² Agradezco en esta oportunidad la asistencia de Nicoletta Cassano, archivera y bibliotecaria de los Archivos de Moscú en Bruselas, que me brindó inestimable asistencia en la búsqueda de documentación original y sobre la correspondencia entre las logias.

Hemos tenido oportunidad de observar una medalla grabada por los masones belgas en honor de San Martín. Se encuentra custodiada en la Colección de Medallas de la Biblioteca Real de Bélgica en Bruselas y fue grabada por la logia “La Parfaite Amitié” de Bruselas en 1825. La medalla contiene de un lado la figura del General San Martín, que ya para entonces era una personalidad destacada por su participación en la guerra de la Independencia de América, y la inscripción “Au General San Martín”. Pero como no se la otorga el tratamiento de hermano y la masonería no solo homenajea a sus miembros, la medalla tampoco resulta una prueba concluyente.

La afiliación masónica de San Martín fue mucho más debatida que la de Alvear puesto que su ejemplo es disputado por diferentes corrientes ideológicas en Argentina, católicos y masones. La afiliación de Alvear tiene menos polémica. Según el diccionario de masones argentinos, Carlos de Alvear fue iniciado masón en España, siendo miembro de la Logia de Caballeros Racionales Número 3 de la ciudad de Cádiz. Asegura que en Londres conoció a Francisco de Miranda y que en 1811 fundó la logia Caballeros Racionales Número 7, que también funcionó en Cádiz y desde la cual reclutó a patriotas americanos. En 1812 fundó y presidió la Logia Lautaro. Esta logia organizó el movimiento de 1812 (el cambio en el Triunvirato que gobernaba hasta entonces) e “imprimió un nuevo derrotero a la revolución” (Lappas, 2000, p. 102).

¿Era la Logia Lautaro de carácter masón como sostiene el autor del diccionario de la masonería argentina, Alcibíades Lappas (miembro activo de la masonería)? ¿Tenían todos sus miembros el mismo compromiso con ciertos principios masónicos? ¿O los unía otro tipo de intereses, político y militares, y la masonería les otorgaba solo un modo de operar y conexiones internacionales?

El historiador Aníbal Rottjer tiene una interpretación en línea con la de Enrique De Gandía mencionada con anterioridad. Sostiene que es conocida y certificada la afiliación masónica de Francisco de Miranda, Precursor de la Independencia de América. En 1798, Miranda sugirió al ministro inglés William Pitt la conveniencia de invadir América y restar poderío español en las colonias. Desde Londres, Miranda reclutó jóvenes entusiastas a través de la llamada Gran Reunión Americana, que contó luego con distintas filiales en Europa. De estas filiales o de sus actividades aledañas participaron varios de los hombres clave de la revolución en el continente, como Carlos de Alvear, O’Higgins, los hermanos Carrera, Tomás Guido, los venezolanos Andrés Bello y Antonio Sucre, y muchos otros.

Saldías (1919) identifica en Miranda el inicio de la masonería en América:

El general Miranda fue el primero que sirvió de cadena de unión entre varios americanos, que viajaban por Europa, iniciando en las logias de París entre otros á Zapiola, Pueyrredón, Chilavert (José Vicente), Balbastro. Estos fundaron en seguida de las invasiones inglesas las que funcionaron en Buenos Aires con el título de Logia de Lautaro y de Caballeros de América, para iniciar á los patriotas en la nueva luz, ó sea en la Independencia. Belgrano fundó otra en Tucumán, Godoy Cruz otra en Mendoza. La de Buenos Aires se apresuró á iniciar en sus misterios á San Martín y á Alvear, tan luego como éstos llegaron á Buenos Aires, aunque el último poco tiempo permaneció en ella. Según un manuscrito de la época, formaban parte de la Logia Lautaro de Buenos Aires, además de los nombrados, Manuel Belgrano, Juan M. Pueyrredón, Ignacio Alvarez Thomas, Juan José Passo, Santiago Rivadavia, Manuel de Sarratea, Bernardino Rivadavia, Pedro Andrés García, Martín Rodríguez, Vicente López, Ambrosio Lezica, Justo Núñez, Manuel Antonio Castro, Pedro Celestino Vidal, Severo Malavia, Vicente Anastacio Echeverría, Antonio Alvarez Fonte, Manuel de Irigoyen, Manuel G. Pinto, Juan Larrea, Gervasio Antonio de Posadas, Marcos Balcarce, Juan Pedro Aguirre, Juan Ramón Balcarce.

Lejos estaban estas logias de tener una única orientación o mando, y de responder a la misma instrucción con obediencia militar. En su conclusión sobre las logias de americanos, Rottjer (1983) sostiene:

Tales sociedades secretas de los patriotas residentes en Europa o de paso por España no eran masónicas sino únicamente político-profanas. El acta de fundación de su matriz londinense las define como un reclutamiento de hombres hábiles para la campaña libertadora de América. Desde 1806 a 1856 no hubo logias masónicas propiamente dichas en la Argentina; pero sí hubo masones aislados, que al infiltrarse en las sociedades secretas de los patriotas ganaron adeptos entre sus miembros, logrando formar grupos políticos de argentina con mentalidad filo masónica, conscientes los menos e inconscientes los más. Su jefe había sido Julián Álvarez... Todas las sociedades secretas que se fundaron en la Argentina antes de 1856 fueron de índole político social y ninguna de ellas fue estrictamente masónica. (p. 256)

Rottjer (1983) tiene una visión peculiar de los sucesos de Mayo y del propio Alvear, al que acusa de “oportunista y ambicioso”, y de formar parte de una línea liberal extranjerizante y racionalista, cuyo resultado puede verse en los edictos de la Asamblea de 1813. Es curioso que el término racionalista aparezca aquí de forma peyorativa. Según sostiene:

El pueblo por medio de sus caudillos en defensa de los principios populares, nacionales y cristianos en la línea argentinizante y tradicionalista de Saavedra, San Martín, Belgrano y Artigas, en contra de las reformas planificadas de 1813, realizadas en 1822, sancionadas en forma aparentemente inocua en 1853 y 1860, concretadas luego con las leyes anticristianas de 1884 y 1888, con respecto a la escuela y a la familia, y sostenidas aún hoy en día, en flagrante contradicción con la proclama revolucionaria del general Eduardo Lonardi, genuino intérprete del sentimiento nacional del tradicionalismo criollo.⁴³ En 1888 se asestará un golpe mortal a la familia, la institución madre de la humanidad, desterrando a Dios de los hogares; así como cuatro años antes se lo había desterrado de las escuelas. (p. 271)

Vemos entonces que la interpretación histórica que resta importancia a la masonería viene acompañada de un catolicismo extrema y contrario a la masonería.

En relación estrictamente con la logia Lautaro, su nombre proviene del cacique mapuche que en el siglo XVI se opuso a las primeras avanzadas de la conquista española en territorio chileno. Lautaro y sus indios saquearon la ciudad de Concepción y dieron muerte al gobernador Pedro de Valdivia. Pese a la férrea resistencia a la conquista, Lautaro fue capturado y muerto en 1557 por los españoles.⁴⁴ De allí que Lautaro se haya convertido con el paso del tiempo como un símbolo de resistencia frente al poder español, símbolo que fue adoptado por los revolucionarios. Nuevamente, su referencia es estrictamente política.

Carlos de Alvear fue uno de los fundadores y primer Gran Maestro de la Logia Lautaro. La fundación tuvo lugar en agosto de 1812, a cinco meses de su llegada a Buenos Aires. Pero no existen pruebas de que esta logia dependiera de ninguna extranjera, ni de Londres ni de Cádiz. Los mítines tenían lugar en la actual calle Balcarce del centro porteño, frente al paredón del convento de Santo Domingo (Rottjer, 1983, p. 265).

⁴³ Lonardi fue quien encabezó el golpe de Estado de 1955 que derrocó a Juan Domingo Perón.

⁴⁴ En el siglo XX, el escritor chileno Pablo Neruda dedicó a la memoria de Lautaro el poema “Educar al cacique”.

Según el propio Bartolomé Mitre, que tuvo oportunidad de conversar sobre Lautaro con Zapiola, la logia no era masónica, ni se derivaba de la masonería. Solo utilizaba palabras, toques y señales, o ciertas prácticas rituales de corte masónico a los simples efectos materiales de orden interno, pero “su objeto era más elevado”. También Sarmiento, cuya afiliación masónica fue comprobada, sostuvo que la logia Lautaro no era masónica como generalmente se ha creído (Rottjer, 1983, p. 265).

En la misma línea se pronuncia el masón argentino Martín Lazcano (1927, t. I, p. 196), para quien las sociedades secretas antes de 1856 no fueron masónicas sino político-revolucionarias y de carácter meramente profano aunque emplearon una modalidad interna masónica y algunos de sus miembros habían sido iniciados en la masonería.⁴⁵

A esto se suma que en Buenos Aires, la Logia Lautaro como tal funcionó muy poco tiempo, apenas un año. Con la partida de San Martín hacia el norte para reemplazar a Manuel Belgrano al mando del ejército, la Logia Lautaro se fue transformando de a poco en un grupo de exclusivos seguidores de Alvear, y que después fue conocido simplemente como el partido alvearista. Este grupo llevaría a Carlos de Alvear a la jefatura máxima del naciente Estado en 1815. San Martín, en cambio, estaba decidido a dejar en manos de Alvear esta logia precursora y abandonar el “terreno político en el que solo por accidente había entrado” (Rottjer, 1983, p. 267).

Que el carácter revolucionario era más fuerte que la impronta masónica anticatólica lo demuestra el hecho de que varios sacerdotes, como Castro Barros, Chorroarín, Valentín Gómez o Amenábar, entre otros, hayan adherido a la causa lautarina.

Otras logias denominadas lautarinas, porque tenían su origen en la primera, se formaron en Santiago de Chile, Mendoza y Lima. Una excepción a este liderazgo revolucionario aconteció en México, donde las protestas indias jugaron un rol importante en la revolución. No ocurrió lo mismo en otras latitudes de América.

Lejos de haber unidad entre las logias, hubo fuertes enemistades, y la violencia cayó de unas sobre las otras. Las rivalidades tenían como fundamento principal las disidencias sobre los destinos políticos que debían adoptar los Estados nacientes, como también rivalidades personales y luchas de poder entre distintas facciones políticas. Las rivalidades entre José Carrera y Bernardo O’Higgins y entre San Martín y Alvear refuerzan este argumento: el

⁴⁵ Lo mismo sostiene Ricardo Rojas en la más famosa biografía de San Martín, *El Santo de la Espada*.

carácter político de las discordancias prevalecía por sobre otros fundamentos de hermandad propios de la masonería.

Mitre (1942) asegura que con el paso del tiempo la Logia Lautaro se convirtió en consejo secreto de Gobierno, y hasta en el mismo gobierno:

La famosa Logia de Lautaro, que como institución revolucionaria produjo bienes y males, tuvo su origen en Europa, como lo hemos explicado en otro libro [*Historia de Belgrano*] bajo la inspiración del célebre Miranda, y fue introducida en Buenos Aires en 1812 por San Martín y Alvear. En los primeros momentos, dio á la revolución un nuevo impulso y la gobernó en el sentido de los intereses generales; pero convertida en instrumento de la ambición personal de Alvear y alejado de ella San Martín, degeneró en camarilla y se disolvió de hecho en 1815 con la caída del primero. En 1816, á tiempo que se hallaba San Martín organizando el ejército de los Andes, estableció en Mendoza una sucursal de ella, usando de la facultad que su Constitución daba á todo miembro de la Logia Matriz cuando fuesen nombrados generales de ejército ó gobernadores de provincia. Con este triple título organizó el General de los Andes y Gobernador de Cuyo la Logia de Mendoza, en la cual ingresaron los principales jefes del ejército y los emigrados chilenos partidarios de O'Higgins, con este á su cabeza. Simultáneamente, al ocupar Pueyrredon la Dirección Suprema, reorganizó la Logia Matriz en Buenos Aires, de acuerdo con San Martín, dándole la forma de un Consejo secreto de Gobierno, que sin embargo de dejar bastante amplitud de acción al Jefe del Estado, lo subordinaba á sus deliberaciones, gobernando así al Gobierno.

Lanata (2008) señala documentos encontrados que muestran la relación entre las logias de Londres y las de América:

El corsario particular San Narciso tuvo la fortuna de interceptar a últimos del mes de diciembre próximo pasado, la correspondencia que un bergantín procedente de Londres, conducía para varios individuos de la provincia insurgente de Caracas, y entre los papeles importantes que ella contiene, se halla uno, que persuadido de que su conocimiento puede ser seguramente en las actuales circunstancias de algún interés a V. E. acompaño en copia a fin de que V. E. haga de él, el uso que estime

conveniente. Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Coro, 18 de enero de 1812. Excmo. Sr. Fernando Miyares [rúbrica].

Un documento de importancia histórica y sus notas anexas fue escrito por Carlos de Alvear a Rafael Mérida, fechado el 28 de octubre de 1811 en Londres. Allí queda claro la filiación masónica del propio Alvear y de otros integrantes del movimiento independentista. Es oportuno citar la carta completa dada su importancia en el debate sobre la masonería de la Lautaro:

Mi estimadísimo hermano:

Al fin he salido del poder de los tiranos, y me hallo aquí acompañado de los hermanos que en el oficio indico, me ha sido sensible no haber tenido aquí noticias de V. Md. y de sus progresos. Pienso salir el mes que entra con los hermanos arriba expresados para Buenos Aires, y desde allí comunicaré a V. Md. lo que ocurra esperando haga v. Md. lo mismo con lo que le haya ocurrido después de nuestra separación. España está ya dando las últimas boqueadas: todo sigue en el mismo desorden en que v. Md. lo dejó. Aquí he establecido una Logia para servir de comunicación con Cádiz, Filadelfia y esa, como también para que encuentren abrigo los hermanos que escapen de Cádiz. Nuestro Román de la Luz ha salido del Castillo y tiene la ciudad por cárcel, y lo estoy esperando de un momento a otro. Murgiondo y Valvín debían salir pronto. Rada se enmendó enteramente, y es uno de los hermanos más celosos y activos. Armenteros ha estado muy tibio al parecer por temor del gobierno. Por la relación verá V. Md. lo ocurrido con Larrea y López Conde. Si V. Md. no puede desde esa comunicarme lo que ocurra directamente a Buenos Aires, puede hacerlo por la vía de Londres, remitiéndoselo al Hermano López Méndez, Diputado de esa capital, que creo probablemente quedará de Presidente de esta Sociedad. Dará V. Md. mil expresiones de mi parte, y de la de Zapiola a los hermanos Caycedo y Toledo, no pillar a este le ha sido muy sensible al déspota gobierno español; a los quince días de haber vuestras mercedes salido, lo echaron menos, e inmediatamente dieron orden de registrar escrupulosamente los buques que fuesen a salir; ya las avanzadas de la isla y ejércitos, que si lo pillaban muerto o vivo serían premiados, pues era muy perjudicial su ida porque podía dar noticias de todo. El hermano Roch ha tenido la desgracia de perder su bergantín cerca de San Lucar, pérdida que todos hemos sentido, por ser un hermano, y 'más de la actividad, celo y demás prendas que V. Md. sabe caracterizan a dicho Roche. Sabe V. Md. cuanto lo estimo, y así será excusado decirle, vea que puede serle útil su afecto hermano que su mano besa. Carlos Alvear. C. .A. .V. .P. . PD. No puedo mandar el número 3 por falta de tiempo pues piden inmediatamente las cartas.

Número 1. Lista de los hermanos que se han recibido en la Logia número 3 después de la partida del hermano Mérida.

Naturales de la Habana
Antonio del Valle
José Sotolongo
Idem, del Reino de México
Miguel Santa María
Vicente Acuña
Joaquín Lacarrea Ortiz
Idem, de la Habana
José Herrera
Andrés Arango
Vicente Quesada
Idem, de Guatemala
Juan Vatres
Idem, de Santa Fe
José María Vergara

Número 4.⁴⁶ Lista de los hermanos admitidos en la Sociedad de Caballeros Racionales número 7

Manuel Moreno	Natural de Buenos Aires
Andrés Bello ⁴⁷	Idem, de Caracas
Luis López Méndez	Idem, de Caracas
Marqués del Apartado	Idem, de México

El oficio de Alvear termina con una breve descripción de la nueva logia Número 7 creada con la llegada a Londres:

Al Venerable Presidente de la Logia Número 4.

Habiendo llegado a esta ciudad con los hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villaurrutia y Chilavert, hemos fundado por orden de la Logia número 3 una con el número 7 y hemos recibido a los hermanos que acompaño en la lista que va con el número 4. Queda de Presidente de la Logia número 3 el hermano Ramón Eduardo Anchoris. Todo lo cual os lo comunico a fin de que lo hagáis presente a esa muy respetable Logia encargándoos nos deis cuenta asimismo de todo lo que os haya

⁴⁶ Como menciona Alvear en su misiva, el oficio Número 3 no puede ser enviado. En tanto el Número 2 resume unos pocos nombres bajo el título de “Lista de los americanos que por constitución no pueden ser admitidos en ninguna Sociedad de Caballeros Racionales, a causa de haber rehusado entrar en la Número 3 por temor de los déspotas españoles”.

⁴⁷ Andrés Bello (1781-1865), además de su importancia en las letras, participó en la lucha por la independencia, en 1810 se anexó al movimiento militar y desempeñó el cargo de Comisario de Guerra; en ese mismo año fue a Londres donde fungió como Secretario de la Comisión de Caracas.

ocurrido en Filadelfia y en esa capital. Londres, 28 de octubre de 1811. Carlos Alvear. C. .A. .V. .P. .

Queda claro gracias a este documento la relación entre la masonería y las logias nacidas en diversas partes de América y Europa con el fin de contribuir a la independencia de las colonias españolas.

Hasta 1814, después de la liberación de Fernando VII, España no puede enviar sus tropas a América para disciplinar a las colonias sublevadas. Una vez organizada las expediciones solo tendrán éxito en Venezuela y Nueva Granada.

En 1812, cuando Carlos de Alvear junto a José de San Martín y los otros revolucionarios se embarcan al Río de la Plata y una vez en Buenos Aires los logistas planean y ejecutan el golpe revolucionario que derroca al Primer Triunvirato y lo reemplaza por un Segundo Triunvirato que concentrará el poder que ostentaban las milicias urbanas, un poder que fue trasladado al ejército revolucionario al mando de Alvear y San Martín.⁴⁸

No eran, como en ocasiones se pretende hacer creer, estos revolucionarios representantes de los sectores populares exclusivamente. Muchos pertenecían a familias acaudaladas. Tal era el caso de José Carrera, Carlos de Alvear y Simón Bolívar. Pero también varios de los caudillos provinciales eran propietarios de campos y grandes terratenientes como José Artigas, Facundo Quiroga, Juan Manuel de Rosas y Martín Miguel de Güemes. Incluso José de San Martín, quien igualmente a sus 34 años cuando regresa al Río de la Plata, había alcanzado en España un rango respetable y un salario digno.

3.3 La Asamblea de 1813

La Asamblea de 1813 fue un hito para el continente, pues fue la primera decisión formal de abandonar la esclavitud. Esto aconteció antes que en otros países con instituciones más desarrollados. En Estados Unidos, la industria del algodón y la forma de vida sureña se resistía a las reformas impulsadas por el norte capitalista y burgués. No fue hasta el final de la guerra de secesión, en 1865, que se abolió la esclavitud en el país del norte.

⁴⁸ Garavaglia (2003) realiza una minuciosa investigación sobre las milicias, su importancia y su financiamiento, durante la primera mitad del siglo XIX.

A poco de su llegada a Buenos Aires, Alvear fue uno de los principales impulsores de la Asamblea General Constituyente de 1813, que se reunió en Buenos Aires. Alvear fue asimismo designado diputado por la provincia de Corrientes, aunque había nacido en la Ciudad de Santo Ángel Guardián de las Misiones Orientales, que formaba parte del Virreinato del Río de la Plata pero que más adelante, y también actualmente, pasó a formar parte de territorio brasileño. San Martín, por otro lado, sí era oriundo de la provincia de Corrientes porque había nacido en Yapeyú (actual Argentina), pero San Martín no formó parte de la Asamblea de 1813 por estar ya destinado al mando del Ejército del Norte.

Los demás diputados de las provincias Unidas del Río de la Plata designaron a Alvear presidente de la Asamblea General Constituyente, cargo al que accedía con apenas veintitrés años de edad.

El segundo Triunvirato, el 24 de octubre de 1812, decretó la cantidad de diputados que le correspondería a cada provincia, destacando que Buenos Aires “tendrá cuatro Diputados por su mayor población e importancia política”, mientras que “las demás Capitales de Provincia nombrarán dos y uno cada ciudad de su dependencia”.

Se hicieron elecciones en cada distrito y los diputados resultantes fueron los siguientes:

Por Buenos Aires: Hipólito Vieytes, Valentín Gómez, Vicente López y Planes y José Julián Pérez.

Por Salta: Pedro Agrelo y José Moldes;

Por Córdoba: Juan Larrea y Gervasio Posadas.

Por Corrientes: Carlos de Alvear

Por San Juan: Tomás Antonio Valle;

Por Mendoza: Bernardo Monteagudo;

Por Santiago del Estero: Mariano Perdríel;

Por Catamarca: José Fermín Sarmiento;

Por La Rioja: José Ugarteche;

Por Tucumán: Nicolás Laguna y Juan Ramón Balcarce;

Por San Luis: Agustín José Donado;

Por Jujuy: Pedro Vidal;

Por Entre Ríos: Ramón Eduardo Anchoris

Por Santa Fe: José Amenábar

Por Luján: Francisco Javier Argerich.

Por Chuquisaca: José Mariano Serrano y Ángel Mariano Toro

Por Potosí: Simón Diez de Ramila y Gregorio Ferreira

Por Mizque: Pedro Ignacio de Rivera

Por Montevideo: Pedro Fabián Pérez y Pedro Feliciano Cavia

Por Maldonado: Dámaso Gómez Fonseca

Buenos Aires frenó la designación de los diputados de la banda oriental que respondían a Artigas, dando comienzo así a la tensión entre la ciudad portuaria y el caudillo oriental. Los diputados de Buenos Aires pretendían sancionar una Constitución unitaria y centralista mientras que eran conocidos los planes de Artigas hacia una estructura federal dando autonomía a cada una de las provincias.⁴⁹

Hubo en estudio varios proyectos para sancionar una Constitución, la mayoría de carácter unitario. Ninguno se llegó a aprobar por desacuerdo entre los diputados. Sin embargo, la Asamblea General tomó otras decisiones trascendentes. Una de ellas fue establecer un gobierno sustentado en la voluntad popular, que ya no gobernaba en nombre del rey de España, como había ocurrido con la Junta de Gobierno de 1810 y los triunviratos que les siguieron.

Con la iniciativa de Alvear, líder del movimiento, la Asamblea de 1813 proclamó la teoría de la representación política, declaró el principio de la soberanía del pueblo, resolvió la libertad de las provincias rioplatenses, aprobó el uso de varios símbolos patrios, estableció el Escudo Nacional Argentino, encargó la composición del Himno Nacional Argentino, autorizó el uso de la escarapela argentina, abolió el uso del escudo de Armas de España, mandó a acuñar la primera moneda nacional en oro y plata, suprimió el uso de la efigie del rey de España sustituyéndola por el escudo nacional, declaró fiesta cívica al 25 de Mayo, dictó la libertad de vientres de las esclavas, puso fin al tráfico de esclavos, eliminó los mayorazgos, suprimió los títulos de nobleza, derogó el servicio personal de los indios: la encomienda, la mita y el yanaconazgo, libró a los indios de la obligación de pagar el tributo, abolió la Inquisición, determinó que la religión católica era el culto oficial del Estado, declaró la libertad de cultos, estableció el patronato, aprobó un estatuto reglamentario, que reemplazó al poder ejecutivo colegiado, el Triunvirato, por uno unipersonal, el Directorio, promulgó el Reglamento de Justicia, creando las Cámaras de Apelaciones, suprimió la práctica de la tortura y quemó los elementos de tortura en las plazas públicas, declaró una

⁴⁹ Sobre los planes de Artigas y los inicios de las guerras civiles puede verse Halperín Donghi (1972) y Reyes Abadie (1986).

amnistía para los expatriados por causas políticas, proclamó la libertad de imprenta que había sancionado Mariano Moreno, ordenó realizar un censo nacional y otorgó franquicias para el comercio, entre otras decisiones.

Fueron sin duda las reformas institucionales, políticas y económicas más importantes que se habían dado desde la revolución de mayo, y todo eso bajo el liderazgo de Carlos de Alvear.

A pesar de ellos, hay quienes critican la Asamblea por no haber declarado la independencia, demorando una decisión que ocurriría tres años más tarde, y por instaurar un régimen dictatorial (el Directorio), que no era más que el antecedente del régimen presidencialista utilizado en las repúblicas modernas.

Al abolir la esclavitud, la Asamblea recibió las protestas airadas de Brasil, el principal mercado de esclavos de la región. Los comerciantes rioplatenses y brasileños dedicados al comercio de esclavos sostuvieron que al conocerse la noticia los esclavos de Brasil se fugarían al Río de la Plata, dando lugar a revueltas, violencia y muertes.

Vicente Fidel López, en *Historia de la República Argentina*, destaca que los esclavos formaban parte del patrimonio doméstico de sus amos, y que la libertad implicaría tener que indemnizarlos por la pérdida, una situación que no podían contemplar las alicaídas arcas públicas.

Por estos motivos se decidió solo abolir la esclavitud para futuras generaciones, es decir dictaminar la libertad de vientres. De ahora en adelante, los hijos de esclavos nacerían libres si nacían en el territorio de las Provincias Unidas después del 31 de enero de 1813. La esclavitud se aboliría recién en forma definitiva con la sanción de la Constitución Argentina de 1853, en las provincias interiores, y en 1861 en la provincia de Buenos Aires (Hora, 2010). Aunque siendo Director Supremo en 1815, Alvear dictaminó la libertad de los esclavos pertenecientes a españoles europeos para ser incluidos al ejército patriota ante la amenaza de la ofensiva del general Morillo. Es decir que se los liberaba con un fin específico, sumarse al ejército patriota.

La Constitución de 1853, en su artículo 15, decretó que “en la Nación Argentina no hay esclavos; los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitución”. Fueron necesarios cuarenta años desde la Asamblea de 1813 para terminar con el proceso,

que de cualquier forma concluyó antes que en otros países. Para esa época quedaban pocos esclavos porque no podía haber ninguno menor a 40 años, y la esperanza de vida era muy inferior a la actual, sobre en todo para los esclavos.

Pero ya el texto de 1813 decía que “la naturaleza nunca ha formado esclavos, sino hombres”, y fue la “educación la que dividió la tierra en opresores y oprimidos”. Un texto de avanzada actualidad.

Con sus decisiones, la Asamblea de 1813 planta la semilla del régimen republicano en las Provincias Unidas del río de la Plata.

Alvear renuncia a su cargo de diputado y presidente de la Asamblea el 4 de junio de 1813 para volver “al servicio activo de teniente coronel y reforzar el sitio de Montevideo”, según consta en las actas de la Asamblea (Comogli, 2013).

Habiéndose cumplido 200 años de la Asamblea, Ocampo (31 de enero de 2013) hace un recuento de algunos hechos relevantes y recuerda que la sesión inaugural se produjo el 31 de enero de 1813, apenas pocos meses después de la revuelta de octubre que había derrocado al Primer Triunvirato. “Esta asamblea fue la institucionalización de la revolución iniciada el 25 de mayo de 1810. Su artífice fue la Sociedad de los Caballeros Racionales, una sociedad secreta de patriotas que operaba en casi toda la América española y que en Buenos Aires luego se transformó en la Logia Lautaro. No es casual que el primer presidente de la Asamblea fuera Carlos de Alvear, que era entonces el líder de los Caballeros Racionales”, sostiene Ocampo. En tanto establece la conexión francesa de la revolución rioplatense:

El credo de esta sociedad secreta estaba claramente inspirado en los principios de la Revolución Francesa. El mismo nombre de la sociedad lo denota. Lo racional, inspirado en el iluminismo de Rousseau y Voltaire, era entonces lo opuesto a la religión, que sostenía las pretensiones de los monarcas que reinaban en el viejo continente. Recordemos que en 1793 la Convención Nacional proclamó la Diosa de la Razón. Esta conexión francesa también está reflejada en el escudo nacional que adoptó la Asamblea de 1813. Este escudo, con el gorro frigio, las manos unidas y la pica libertaria, está claramente inspirado (sino copiado) de un escudo utilizado por los jacobinos franceses.

La posición respecto a la religión no es secundaria, sino que servirá de slogan para aquellos que más tarde se opongan a las reformas surgidas en la Asamblea. A modo de ejemplo,

Facundo Quiroga, el llamado Tigre de los Llanos, enarbolaba con sus montoneras banderas negras con el lema “religión o muerte”(Goldman y Salvatore, 1998).⁵⁰

Tras la Asamblea, Alvear marchó al sitio de Montevideo. Según Saldías (1919) después de la victoria política que significó la Asamblea, Alvear cometió “el error imperdonable de no contemporizar con los influyentes de la Logia. Esto acabó por desprestigiar a Alvear en concepto de sus mismos amigos”.

3.4 Conquista de Montevideo

El prestigioso historiador militar, Félix Best (1961) explica que en 1814 la prioridad de Buenos Aires no estaba en el Alto Perú, sino en Montevideo. La estrategia no era, en otras palabras, de ataque sino de defensa. Se creía que una expedición española podría llegar al Río de la Plata y para evitar su desembarco era fundamental tomar el puerto vecino a Buenos Aires en Montevideo.

Una serie de noticias pusieron en jaque la expedición que hasta 1814 comandaba el general José Rondeau, con el fin de sitiar Montevideo: comenzaron a llegar tropas españolas al puerto del Plata, llegaban las noticias de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, crecía la discordia entre patriotas chilenos (O'Higgins y Carrera) y José Artigas retiraba a sus 2000 hombres del sitio por discrepancias con las autoridades porteñas.

Tras la Asamblea de 1813 Alvear renuncia a su cargo de diputado por Corrientes para reforzar el ejército que sitiaba Montevideo. Creía que era vital tomar esa plaza para asegurar Buenos Aires de nuevos ataques.

Después de presentar su renuncia, Alvear se une a Larrea, ministro de Hacienda, para formar una armada para enfrenar el poderío español en el agua, y fortalecer el ejército de un Rondeau debilitado por la sublevación de Artigas.

San Martín creía que había que tomar primero Perú, y le escribió a Alvear diciéndole que estaba en desacuerdo con la creación de la escuadra naval, y que lo veía como un pretexto

⁵⁰ Sobre la personalidad de Quiroga puede verse Lafforgue (1999).

para no reforzar su ejército en el norte, donde creía debían concentrarse los esfuerzos de Buenos Aires.

La iniciativa siguió adelante y se designó a Guillermo Brown, futuro héroe de la independencia argentina, como comandante en Jefe de la flota patriota. La designación de Brown fue hecha por Alvear.⁵¹ Guillermo Brown nació en Irlanda y había llegado al Río de la Plata como capitán de un barco mercante en 1811, oponiéndose al bloqueo comercial de los españoles.

En mayo de 1814, Posadas decide nombrar a Alvear al frente del Ejército de reserva de la Capital y enviarlo a Colonia, para reemplazar a Rondeau. Según Best (1961), “Alvear con 1500 hombres marchaba al sitio para imponer allí su poderosa autoridad, sin duda más hábil, enérgica y ejecutiva que la de Rondeau, inclusive contra Artigas”.

El gobernador realista, Vigodet, comenzó a negociar su capitulación con Alvear pero demoraba la rendición con la esperanza de que arriben tropas españolas. Fue entonces cuando Alvear no esperó la respuesta a las negociaciones de capitulación de Vigodet, y a pesar de estar en tregua llevó sus tropas a la plaza de Montevideo apoderándose de todo el arsenal español el 23 de junio; haciendo prisioneros a 7000 hombres, y tomando 500 cañones, 9000 fusiles, y 99 embarcaciones. Alvear envió a todos los jefes militares en el bergantín Hércules a la prisión de Buenos Aires.

Cuando Alvear fue acusado de violar las reglas de capitulación, se defendió diciendo que Vigodet solo usaba trucos para ganar tiempo cuando la batalla ya estaba perdida.

Una acusación de nepotismo se hace a Alvear en el sitio de Montevideo. Se dice que su tío Posadas lo nombró a cargo del Ejército para que se lleve una gloria que en realidad le pertenecía a Rondeau (Mitre, 1878). En la actualidad, quienes destacan este nepotismo, generalmente autores de la corriente revisionista, más que usual en el siglo XIX, rara vez se manifiestan contra las características de nepotismos de la administración pública contemporánea.

En realidad, Posadas no era tío de Alvear sino primo de su madre, una relación algo más alejada y común entre los patriotas de la época. Basta mencionar el caso de Manuel y Mariano Moreno, o de Belgrano que era primo de estos, etc. Nadie los acusa a ellos de

⁵¹ El nieto de Alvear, el presidente Marcelo T. de Alvear, designa al General Mosconi al frente de la empresa estatal de petróleo YPF. Tanto Brown como Mosconi son emblemas del nacionalismo militar, mientras que sus jefes y promotores, Alvear y su nieto, son tildados de traidores y oligarcas.

nepotismo. Los hermanos Nicolás y Saturnino Rodríguez Peña, una población de Buenos Aires que era escasísima donde había españoles, esclavos y poca gente dedicada a los asuntos públicos. El nepotismo era casi inevitable, todos atenuantes que no pueden utilizarse en el siglo XXI.⁵²

El reemplazo de Rondeau tuvo como finalidad reemplazar a su vez a San Martín, que había pedido licencia por su estado de salud. Como Rondeau era el reemplazante natural de San Martín en el norte. Alvear tomó la posta en Montevideo.

Otros generales estuvieron de acuerdo con esta estrategia: sin asegurar Montevideo era muy difícil pensar en librar la batalla en el norte hasta el Alto Perú (Ocampo, 2003).

Fue la falta de víveres que sufrió Montevideo sitiada por tierra y mar lo que finalmente culminó con la rendición de la ciudad sin mayor derramamiento de sangre. Alvear, como promotor de la armada y defensor de la estrategia de capturar Montevideo antes de avanzar definitivamente en el norte, era un firme candidato a liderar la última etapa de la excursión tras la partida de Rondeau al Norte.

Rondeau había estado casi dos años sitiando Montevideo sin lograr traspasar sus murallas, y antes de la llegada de Alvear había tenido la sublevación de Artigas que junto a sus hombres se había marchado dejando desguarnecido el costado izquierdo del muro. Llegó incluso Rondeau a pedir refuerzos bajo la posibilidad de levantar el sitio si sus tropas quedaban en medio de las fuerzas de Artigas y Vigodet (Rodríguez, 1909).

Existe incluso correspondencia sobre el intercambio mantenido por agentes de Artigas y de Vigodet para juntos derrocar al ejército de Alvear (Reyes Abadie, 1986).

Sobre Rondeau, el general Paz sostiene que “era un perfecto caballero, adornado de virtudes y prendas estimables como hombre privado pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias difíciles” (1892, t. 1, p. 224). Lo mismo sostiene Mitre en su *Historia de San Martín*, para quien Paz no pudo sostener la disciplina lograda por Belgrano en el Ejército del Norte. En tanto que Pérez Amuchástegui (1976)

⁵² Ocorre, en realidad, que el revisionismo intenta deslegitimar cualquier poder que no sea de su agrado: el nepotismo, si es visto como antipopular, es sinónimo de aristocracia y oligarquía. El mismo nepotismo, si proviene de gobiernos populares, nada tiene de malo. El mismo pecado cuando es cometido por gobiernos en teoría populares, como el de Perón o el de Kirchner, no merece ni una línea de reproche. Como si por un lado hubiera un grupo de traidores de sangre azul dispuesto a explotar al pueblo y por el otro, los salvadores, cuyos pequeños deslices nada son en comparación con el bienestar general que brindan al pueblo. La versión en blanco o negro de la historia está plagada de estas contradicciones y doble discursos.

sostiene que para desacreditar a Alvear se ha tomado el camino más fácil de imaginar intrigas inexistentes.⁵³

Alvear conquista Montevideo pero no gana esa batalla en el campo, sino en las oficinas de Buenos Aires, cuando junto con Larrea deciden crear una improvisada armada local y nombrar al frente a Guillermo Brown. Fue Brown quien ganó las glorias militares por haber vencido en marzo de 1814 a la flota realista apostada en Martín García, entre Buenos Aires y Montevideo y bloquear así el puerto.

Esta ciudad, a diferencia de Buenos Aires, podía ser atacada desde el Río dado que su puerto es de aguas profundas. La victoria de Brown fue el jaque mate que Vigodet no pudo ignorar y la antesala a su capitulación. Buenos Aires, no obstante, no era un puerto de aguas profundas, por lo que grandes barcos debían desembarcar en la Ensenada, muy en las afueras. Esta fue una de las claves de la victoria contra los ingleses durante las invasiones, la inutilidad de los barcos de guerra como amenaza real por estar la ciudad al margen del alcance de los cañones.

Mitre (1878), con su habitual animosidad contra Alvear, dijo que la victoria de los patriotas fue robada a Rondeau a Alvear:

Alvear libre de la competencia de San Martín y dueño de la mayoría de la logia, aprovechó su ausencia para desenvolver sus proyectos ambiciosos. Fué en esta época que se acordó en los consejos secretos centralizar el poder ejecutivo en una sola persona, nombrando un Director supremo para ejercerlo. Este elevado puesto halagaba la prematura e inexperta ambición de Alvear; pero sin bastante prestigio aún, sin un partido que lo apoyara fuera de la logia, sin títulos para mandar a los demás, hizo que los legistas, que eran al mismo tiempo los Diputados que debían efectuar la elección, se fijasen en su tío D. Gervasio Posadas, preparándose así el camino del poder para más tarde. En seguida, tomó el mando de general en jefe de las fuerzas de la capital; y el ejército sitiador de Montevideo, a cuyo frente tuvo la gloria de rendir el último baluarte de la dominación española en el Río de la Plata,

⁵³ El relato político actual copia los vicios del relato histórico, el esnobismo, la fragmentación o uso fragmentario de la historia para justificar hechos presentes, la proliferación de hipótesis conspirativas sin sustento real, una épica de supuesta defensa de los intereses generales contra el egoísmo individual. Patria o muerte. Patria o buitres. Patria o colonia. Todo o nada. Expresiones de este tipo son exaltadas, como la famosa frase de San Martín, seamos libres que lo demás no importa nada. Libertad, que ni la muerte importa. Hay un fin superior, algo que trasciende el propio ser, y al mismo tiempo lo anula. La vida por Perón; soldados de Cristina o de Él. Así en mayúsculas, sin nombrarlo, Él, como se suele llamar a Dios en servicios religiosos, era la forma en que la expresidenta Fernández y algunos de sus seguidores hablaban de Néstor Kirchner, iniciador del movimiento que gobernó la Argentina entre 2003 y 2015.

arrebatando este lauro al general Rondeau, a quien relevó en el mando, en momentos en que la rendición de la plaza era cuestión de hambre y de tiempo, a consecuencia del triunfo obtenido por la escuadra argentina sobre la española frente a la ciudad sitiada, en que quedó anonadado por siempre el poder naval de la España en las aguas y ríos superiores del gran estuario.

En sus Narraciones, publicadas por Rodríguez (1909, p. 451-456), Alvear cuenta su visión de la conquista de Montevideo, iniciando los sucesos con la rebelión de Artigas y su enfrentamiento con Buenos Aires. Las negociaciones anteriores, que incluían el otorgamiento de la Banda Oriental como República Independiente a Artigas habían fracasado ya que el caudillo pretendía también los territorios de Corrientes y Entre Ríos que más tarde obtendría por la fuerza:

Rondeau había empezado a sentir desde los principios la consecuencia de su imprudente conducta, pues, en lugar de encontrar en Artigas un subordinado, como se lo había creído, halló un competidor a su autoridad, que desde el principio se apoderó del mando militar de la provincia, tomándose de su propia autoridad la comandancia general de campaña, dejando tan sólo a aquél en ella, así como en las divisiones que tenía bajo su mando el vano título de general en jefe. Ni las condescendencias de éste, ni el interés del país, fueron capaces de contenerlo en sus ideas subversivas, y creyendo que la ocasión había llegado de obligar al gobierno a que le diera el mando en jefe, empezó a manifestar, según su táctica antigua, una infinidad de quejas en contra del general en jefe, abandonando, por último, una noche el sitio. Llevó consigo una parte muy considerable de sus divisiones; dejó en descubierto el punto que ocupaba en la línea, exponiendo de este modo a las tropas a ser batidas. El general Rondeau abatido con este suceso inesperado queda en inacción sin saber qué hacer, ni decidirse a tomar ninguna determinación. El resto de las divisiones de Artigas que aquella noche no habían seguido a su jefe, empezaron a hacerlo al día siguiente... Desertando la causa de la patria para convertirse en su mayor enemigo, provoca Artigas la rebelión por todas partes y va a sublevar nuevos pueblos, llevando la muerte, la desolación y el temor por dondequiera que pasa para aumentar su poder y fuerza y revolver después sobre el ejército patriota.

El Director Supremo, Gervasio Posadas, ordena la persecución de Artigas, quien gana la batalla de La Cruz y toma control de las provincias de Misiones, Corrientes y Entre Ríos. El comandante de las fuerzas porteñas Bernardo Pérez Planes es fusilado el 30 de marzo de 1814 tras la derrota a manos de los hombres de Artigas:

Salieron de la capital trescientos hombres que, unidos a igual número que había en Santa Fe, debían pasar bajo las órdenes del barón de Holmberg al Entre Ríos, para unirse con las fuerzas que mandaba el comandante de aquel territorio, don Hilarión de la Quintana, que había sido puesto en aquel destino por el general Rondeau. Se dieron las órdenes al comandante Planes para que de Misiones, en donde se hallaba, se pusiese en camino para Entre Ríos con su división de 500 hombres, cuyas fuerzas reunidas, eran no sólo suficientes para poner a cubierto este país de las tentativas de Artigas, sino muy bastantes para tomar la ofensiva, lo que unido a otros esfuerzos que se hubiese hecho, daban la esperanza de sofocar la rebelión. Pero el destino adverso dispuso lo contrario. ... Artigas triunfante por medio de sus tenientes, dirige a éstos sobre el comandante Planes, el cual hace una resistencia heroica en Mandisoví, a pesar que muchos de sus soldados lo abandonaron por ser indios misioneros. Hecho al fin prisionero, fue algunos días después ignominiosamente degollado, así como otros oficiales de orden de Artigas. El Entre Ríos, Corrientes y Misiones, cayeron entonces bajo el yugo de este caudillo. Tal era el estado de cosas cuando el coronel Loaces con 800 hombres salió de Montevideo, desembarca en Martín García y los buques de guerra que lo escoltaban, se internaron en el Uruguay.⁵⁴

Para cuando Alvear se hace cargo del sitio de Montevideo, la victoria de los patriotas estaba lejos de ser una realidad. Por el contrario, los realistas habían tomado una posición más activa: el coronel Domingo Loaces había partido el 3 de noviembre de 1813 de Montevideo para tomar la isla Martín García. Alvear prosigue el relato de la siguiente manera:

Cuando el Coronel Loaces con 800 hombres salió de Montevideo, desembarcó en Martín García y los buques de guerra que lo escoltaban se internaron en el Uruguay, resolví ir á atacarlos. Al efecto hago juntar en las Conchas y Puntas de San Fernando, todos los buques menores necesarios para conducir la tropa que debía

⁵⁴ Rodríguez (1909, p. 451-456).

desembarcar en la isla. Todo pronto para efectuar el embarco, me llega la noticia de que un buque de guerra de poca fuerza, había llegado hasta aquel punto. Entonces veo á Larrea y convengo con él se encargue de armar un barco con la aceleración posible con el objeto de atacarle de sorpresa, al mismo tiempo que se verificase el desembarco, ó para proteger á éste en caso necesario. Así se hizo.⁵⁵

Este fue el puntapié inicial de la creación de una armada nacional, iniciativa que bien puede atribuirse a Alvear, promotor principal de la idea en esa época:

Los conocimientos que suministraron á Larrea este insignificante suceso, le hicieron alcanzar que quizá no sería difícil poder armar una escuadra nacional, con la cual se podría probar la fortuna, atacando la enemiga... Yo me encargué por la mía de tomar el conocimiento necesario de toda la artillería que habría en el parque y de la que podría encontrarse perteneciente á particulares, así como las municiones necesarias. Conviniéndonos asimismo hacer estas operaciones, con la mayor sagacidad y sigilo, de lo cual dependía en una muy principal parte, el buen éxito de esta obra... Podía ya calcularse con mucha probabilidad que España iba á verse libre muy pronto de la dominación francesa; que la España, desembarazada de este cuidado, iba á dirigir todos sus recursos en contra de la América, siendo más que probable sus primeros refuerzos se dirigieran á Montevideo con preferencia a ningún otro punto, por las ventajas que le ofrecía y los recursos de esta plaza; que era fácil de prever, en tal caso, todos los riesgos á que se iba á ver expuesta la causa de la independencia si se veía atacada por un fuerte ejército que tenía una tan buena base de operaciones. Que asimismo era preciso convencerse que con el sitio de tierra, lo cual no era más que un bloqueo, no podía absolutamente obligarse á rendirse esta ciudad, pues que carecíamos de todos los elementos necesarios para poderla atacar en regla. No teniendo artillería de grueso calibre ni la pólvora necesaria para ello, dueña del mar y dominando el río por las fuerzas navales, nunca podían faltarle los víveres, como la experiencia lo tenía ya demostrado. Así, pues, era preciso una escuadra para apoderarnos de tan importante punto, con cuya ocupación podíamos considerar como asegurada la causa de la libertad, pues no sólo destruíamos un ejército de más de 5.000 hombres, apoderándonos al mismo tiempo de los inmensos depósitos que tenía de fusiles, pólvora y artillería, con lo

⁵⁵ Rodríguez (1909, p. 451-456).

cual podíamos sostener la guerra por muchos años, sino lo que era aun mucho más importante, como lo de poner á España en la imposibilidad de poder atacarnos, pues no podía hacerlo al menos de dirigir en nuestra contra un armamento de mucha consideración y que no había de bajar de 15.000 hombres, si es que hubiera de causarnos algún cuidado. Era bien fácil calcular las dificultades que tendría aquella nación para realizar semejante expedición, por la cual preferiría dirigir sus fuerzas á otros puntos de la América.⁵⁶

Otra de las dificultades que debió vencer Alvear fue encontrar marinos para la armada, puesto que la mayoría de los marinos que estaban en el Río de la Plata eran ingleses o norteamericanos. También debió enfrentar las críticas de San Martín, quien demandaba ayuda para su ejército y para marchar al Perú. La ayuda no llegaba porque todos los esfuerzos estaban destinados a la toma de Montevideo, como Alvear se lo intentara explicar en sendas cartas al Libertador, no pudiendo evitar que San Martín renunciara a la jefatura del Ejército del Norte, siendo nombrado gobernador de Cuyo.

Alvear comenta que la confección de la armada era para la mayoría de la población un desatino:

El Director [Posadas] me llamó y con un modo no acostumbrado en él, me dijo estaba resuelto á mandar desarmar los barcos, porque todo el mundo miraba este proyecto como el más solemne desatino, que la irritación, que causaba, era inmensa, y que los resultados iban á ser que la sublevación de las tropas embarcadas, iban á comunicarse á las demás que estaban en tierra; que esto, unido á los malcontentos, iban á verificar una revolución espantosa, de cuyos resultados íbamos ó ser víctimas todos. Me costó inmenso trabajo hacer tranquilizar los temores que agitaban á este magistrado, haciéndole ver que de ningún modo debíamos ceder de un empeño en el cual se había entrado con el más íntimo conocimiento de las ventajas que iba á proporcionar á la causa pública; mucho más en la actualidad que ya estaban hechos la mayor parte de los gastos y muchos buques prontos; que á la opinión extraviada de nuestros conciudadanos, debía oponerse una firme resistencia.⁵⁷

⁵⁶ Rodríguez (1909, p. 451-456).

⁵⁷ Rodríguez (1909, p. 451-456).

Efectivamente, el descontento fue creciendo, hubo motines, y como era costumbre en esa época, los amotinados fueron fusilados. Finalmente, la escuadra creada por Alvear marchó a la Isla Martín García el 8 de marzo de 1814. Estaba compuesta de la fragata *Hércules*, la corbeta *Céjiro*, los bergantines *Nancy*, las goletas *Juliette* y *Fortuna*, la balandra *Carmen* y el falucho *San Luis*. La escuadra estaba bajo el mando de Guillermo Brown.

La victoria fue para Buenos Aires y Brown que luego de reparar los daños hechos por los realistas a las embarcaciones se puso en marcha hacia Colonia para cerrar la estrategia de pinzas y el bloqueo que consolidó Alvear cuando arribó a la ciudad el 10 de mayo de 1814.

Allí Alvear se enteró de la avanzada de Artigas sobre las provincias del litoral, y decidió dejarlo obrar hasta tanto no logre tomar definitivamente Montevideo. La autoridad española en Montevideo, Gaspar de Vigodet, inició conversaciones con Artigas y su segundo, Fernando Otorgues, para declarar la independencia de la Banda Oriental, y evitar entregar la plaza de Montevideo al ejército porteño. Alvear reconoce que este era el sentimiento de los orientales, como lo era también en la mayoría de los territorios del interior:

La población de Montevideo se componía entonces de los hombres más acérrimos enemigos de los patriotas y una gran parte de ella compuesta de españoles emigrados de todas las Provincias, que, al odio que profesaban á la causa de la independencia, se unía el resentimiento que les causaba las extorsiones que habían sufrido, así como otras de ellos, temían las venganzas que con justicia se podía tomar por los ultrajes y crueldades que habían cometido en contra de los americanos. Era en todos, su mayor odio Buenos Aires, mirándole como la principal causa de la revolución, por lo que no sólo parecían dispuestos á hacer la más obstinada resistencia, sino que a pesar de la ninguna confianza que debía infundirles el carácter bárbaro de Artigas, los españoles é hijos del país, comprometidos con éstos, deseaban en el último extremo entregarse primero á aquel hombre, antes que al Ejército de Buenos Aires.⁵⁸

La posterior independencia de Uruguay no estuvo fundada en el accionar de Alvear durante la guerra con el Brasil, sino en este temprano sentimiento Oriental de independencia.

⁵⁸ Rodríguez (1909, p. 451-456).

En Montevideo, las negociaciones con Vigodet no fueron sencillas. Sus diputados visitaron el cuartel general de Alvear varias veces antes de por fin capitular la ciudad el 23 de junio de 1814.

La Banda Oriental estaba así en manos de Buenos Aires, que conseguía asegurar su revolución y reinar en ambos puertos del Río de la Plata. Fue para algunos autores una de las batallas más importantes del período (Ocampo, 2016), puesto que permitió asegurar el corazón de la revolución que hasta entonces había cosechado varios reveses en el norte.

Buenos Aires ganaba la guerra del Plata, pero la confrontación contra Artigas recién había comenzado.

3.5 Director Supremo

Entre los papeles que se salvaron de las memorias que escribió Alvear, destruidas en su mayoría en el incendio de Nueva York, están los textos que recuerdan la creación del Directorio en reemplazo del triunvirato. En sus Narraciones (publicadas en Rodríguez, 1909), Alvear afirma lo siguiente:

Tres hombres con igual poder, llevaban en su misma institución el germen de la disolución; y aunque la experiencia hizo bien pronto sentir estas faltas, era tal sin embargo el ardor democrático de los patriotas de entonces, que no era fácil reducirlos a una mayor concentración. Este principio dominó a la formación de la Asamblea Constituyente, razón por que conservó esta misma organización, la cual reunía el gran defecto de la suma amovilidad de sus miembros, que cada seis meses era preciso nombrar uno. Yo sentí al instante este gran defecto y siendo miembro de la Constituyente traté de sondear los ánimos con el objeto de concentrar el poder en una sola persona, pero mis insinuaciones no sólo fueron mal recibidas, sino que produjeron siniestras alarmas que me causaron grandes disgustos. Sin embargo, no desistía de mi intento, esperando que el tiempo y los sucesos me proporcionaran más partidarios de esta grande reforma, de la cual sólo se podía esperar buenos resultados. En efecto, los señores Paso, Álvarez Jonte y Peña no podían entenderse; salió el primero que fue reemplazado por don Julián Pérez, dejando a los otros dos que se hallaban conformes en ideas. Pero ya Álvarez Jonte no pudo ser reelegido porque se puso en división con Peña, siendo reemplazado

por don Gervasio Posadas. Habiendo caído en demencia don Julián Álvarez y a pesar de la uniformidad de opiniones de estos tres distinguidos patriotas, ya la división empezaba a introducirse en el gobierno.⁵⁹

Y luego continúa explicando la necesidad de actuar con urgencia. Aquí encontramos una explicación plausible a la separación entre Alvear y San Martín. San Martín pedía refuerzos para su ejército del Norte, pero era desoído por Buenos Aires, donde se consideraba que la prioridad debería estar puesta en Montevideo. Los motivos los explica el propio Alvear en sus narraciones:

Entre tanto los sucesos de la Península habían tomado un aspecto muy favorable para los españoles, siendo de temer que éstos, más desembarazados, mandaran refuerzos a Montevideo en mayor consideración que los remitidos hasta entonces. Aprovechando lo vacilante de nuestra situación podrían sofocar la causa de la patria, a lo que se unía el estado poco seguro en que se veía los patriotas en Chile. No había, pues, tiempo que perder y era preciso empezar por hacer en el gobierno la gran variación que pedían imperiosamente las circunstancias. El coronel San Martín había sido enviado a relevar al general Belgrano y la salida de este jefe de la capital, que habíase manifestado opuesto a la concentración del poder, me dejaba más expedito para intentar esta gran obra. Mi modo de pensar había sido traslucido por algunos y como acontece en tiempos turbulentos, se creyó eran dirigidos por sentimientos de ambición deseando colocar el mando en mi persona. Así un partido de la capital que se hallaba fuera del poder (saavedrista) creyendo subir a él por mi conducto se me ofreció a llevarme al gobierno. En estos señores no veía yo ninguna de aquellas calidades necesarias para llenar los grandes destinos del país, al paso que sus antagonistas le eran muy superiores, no sólo en talentos y apego a las nuevas ideas, sino también por la energía de su carácter, ardiente patriotismo y compromisos adquiridos en servicio de la patria. Así, pues, el interés de la causa exigía marchar con estos señores, mas como era preciso hacer prosélitos para conseguir el objeto, yo los hice trabajar en el concepto de fijar la opinión sobre la necesidad de concentrar el poder en una sola persona.

⁵⁹ Rodríguez (1909, p. 476).

Entonces, como ahora, se acusaba ya a Alvear de tener una ambición desmedida. Lo sabía Alvear y trataba de convencer a propios y extraños de que el modo de gobierno estadounidense era el más adecuado. En sus Narraciones, prosigue de la siguiente manera:

Don Juan Larrea, miembro del Poder Ejecutivo, vino a verme. Yo le hablé con franqueza sobre la pureza de mis intenciones, haciéndole conocer era preciso unirnos para vencer esa repugnancia injusta que mostraban los patriotas a la concentración del poder. Que los norteamericanos, republicanos sin excepción, la habían adoptado como una forma permanente, con cuánta más razón debíamos hacerlo nosotros, que a nuestra inexperiencia reuníamos todos los defectos que habíamos heredado del gobierno despótico de España. Que al espíritu de facción demasiado animado entre nosotros, era preciso no añadir combustibles, como la experiencia había demostrado lo hacía el gobierno de tres Personas, concluyendo por añadir mil otras razones y sobre todo, la necesidad urgente de ocurrir a las necesidades de la patria, cuya existencia peligraba si no se acudía con medios enérgicos para poner en acción los recursos del Estado, haciendo frente así al poder de nuestros enemigos comunes.⁶⁰

Larrea era catalán. Había nacido en Mataró en 1782, y formado parte de la Primera Junta de Gobierno, para luego sumarse al partido de Moreno, en contra de Saavedra. Larrea, como ministro de Hacienda del primer Directorio, sería una pieza fundamental en el armado de la flota naval que conseguiría la victoria en Montevideo. De hecho, cuenta Alvear que hasta le propuso tomara la primera magistratura, quizás a sabiendas de que no podía aceptarla. Su relato continúa de la siguiente forma:

Larrea convino en todo y se encargó de instruir al gobierno, así como de convencerlo de la necesidad de concentrar el poder. Así lo hizo y convencido éste, nos pusimos de acuerdo, no sólo sobre el modo de hacerlo, sino también sobre la persona en quien debía recaer el mando. Yo hubiese deseado que Larrea hubiera sido el jefe supremo; era sin disputa el más apto en las circunstancias, pues que a sus ideas elevadas, se unía un alma fuertemente templada. Pero él mismo convino en que su calidad de español lo inhabilitaba para ejercer esta magistratura. En seguida se dirigieron nuestros votos sobre el doctor don Valentín Gómez, que a la

⁶⁰ Rodríguez (1909, p. 477).

moralidad de su conducta reunía un talento distinguido, y a estas calidades, la de una vasta ilustración. Pero no pudo vencerse su repugnancia, porque su calidad de eclesiástico la miraba como un obstáculo insuperable. Fue sumamente sensible que estas circunstancias hubiesen privado al país de los servicios que este distinguido patriota le hubiera rendido en aquellas críticas circunstancias. Son bien difíciles de hallar las calidades necesarias para dirigir una nación en tiempos borrascosos, mucho más, en un país que, a su poca experiencia, reunía los defectos heredados de una educación muy poco conforme a los altos destinos a que lo llama su nueva posición. Inhabilitadas las dos personas que reunían las mejores calidades y que están en circunstancias de optar a este gran destino, fue preciso fijarse en don Gervasio A. de Posadas, que a la mucha opinión que disfrutaba, se unió también que el gobierno deseaba en la variación que se iba a efectuar, la autoridad recayese en un miembro de su seno, para que de este modo no se pudiese interpretar había sido obligado a ceder, sino que él mismo generosamente se había apresurado a adoptar una medida que traía utilidad al país. Allanados todos los obstáculos, el mismo Poder Ejecutivo pasó una nota a la Asamblea, invitándola a esta variación. Esta consintió y don Gervasio Posadas fue nombrado director supremo del Estado.⁶¹

Posadas era miembro del triunvirato, pariente de Alvear, y miembro también del partido morenista. Con esta decisión, Cornelio Saavedra debió exiliarse a Chile. Alvear destaca la actitud de los otros dos miembros del Triunvirato:

Don Juan Larrea y don Nicolás Rodríguez Peña, dieron en esta ocasión una prueba de su esclarecido patriotismo y gran desinterés, adoptando con gusto una reforma que aunque útil para el Estado, los separaba del mando. Estas virtudes no han sido por desgracia comunes entre nosotros, por lo que es justo rendirles un tributo de reconocimiento. De este modo se concluyó una obra que tanto reclamaban las urgencias de las circunstancias, y que sin tan felices auspicios, hubiera sido muy difícil conseguirla.

Tampoco ahorra críticas para su pariente Posadas:

⁶¹ Rodríguez (1909, p. 477-478).

El director era un ciudadano honrado, patriota, sincero, con luces naturales, de bondadoso corazón, sin ambición. Hacía un gran sacrificio en aceptar el mando que admitió tan sólo por las muy repetidas instancias de sus amigos. En lo demás, su carácter tenía un cierto aire de extravagancia, que unido a una credulidad candorosa, lo hicieron no muy a propósito para las circunstancias de un país en revolución. Incapaz de faltar a la verdad, así como de ocultar sus sentimientos, creía con facilidad que estas calidades eran comunes a los hombres. Fue una víctima con el tiempo de ellos y tras sí, arrastró a sus amigos.⁶²

Alvear se dedicó por completo al armado de las tropas y a iniciar el camino que lo llevaría a conquistar Montevideo.

Fácil me hubiera sido tomar un destino en la administración, pero creí más oportuno no hacerlo, pues era más importante para la causa pública contraer toda mi atención en el aumento de las tropas, su organización e instrucción. Se formó una fábrica de fusiles bajo la dirección de don Salvador Cornet, construyéndose en nuestro país por primera vez. Establecimiento de la mayor importancia en aquellas circunstancias, en que, a la suma escasez del armamento, se reunía la imposibilidad de poderlo obtener del extranjero. Se crearon también por este motivo dos fábricas de pólvora, una en Córdoba y otra en Santiago del Estero.

Hasta aquí la explicación del propio Alvear de lo acontecido. Varios testimonios dan cuenta de que efectivamente eso fue lo que ocurrió. Las memorias de Posadas y las de Iriarte sobre la misma época describen necesidades y respuestas similares, que por otra parte tampoco fueron muy disímiles a las que ocurrieron en otras partes del virreinato, o en la misma Buenos Aires después de Alvear.

Sin embargo, el revisionismo actual hizo del Directorio de Alvear una burla. Según Pigna (2005, p. 25) “los terratenientes porteños y su principal representante y presidente de la Asamblea, Carlos María de Alvear, aprovechó la oportunidad que le brindaba el alejamiento de San Martín, que se oponía a sus ambiciones centralistas, para crear un poder ejecutivo unipersonal, el Directorio”.

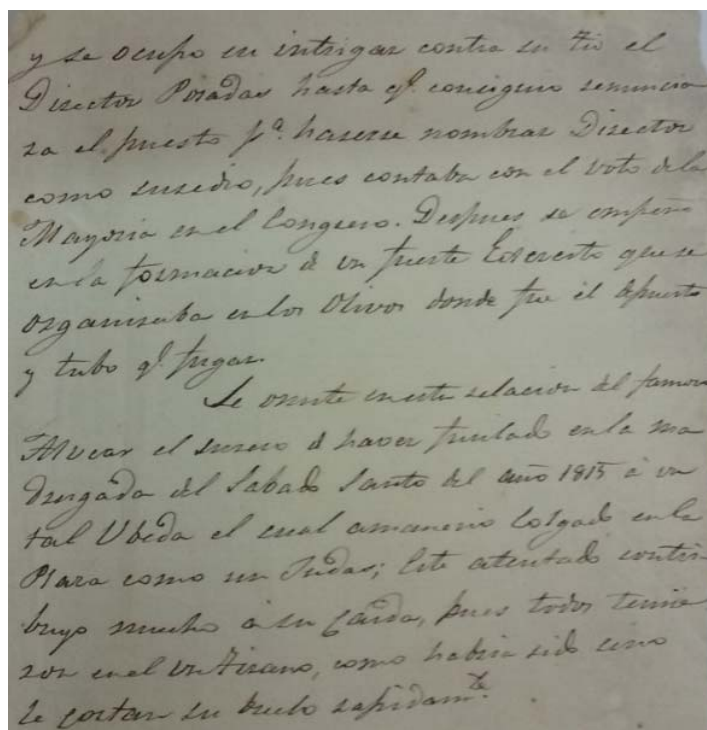
No se comprende cuando los críticos como Pigna acusan de dictador a Alvear, por querer organizar el Ejecutivo bajo un mando, y nada dicen de que Juan Martín de Pueyrredón heredó tras la Asamblea de 1816 el mando de Director Supremo, conservándolo hasta

⁶² Rodríguez (1909, p. 478).

1819. ¿Fue Pueyrredón un buen gobernante bajo el mismo rótulo porque contribuyó a la epopeya de San Martín? Nunca ningún revisionista llamó dictador a Pueyrredón por actuar como líder único del Poder Ejecutivo, estructura impulsada por Alvear, utilizada con éxito en una de las batallas más importantes de la época, el sitio de Montevideo, y antecedente del sistema presidencialista argentino que rige en el país hasta el día de hoy.

El archivo de Nicolás de Vedia, un militar que participó en varias batallas por la independencia, guarda una carta cuyo autor no ha podido identificarse. Allí se menciona que Alvear perdió apoyo popular por fusilar el sábado santo de 1815 a un tal Ubeda, y se asegura que este hecho fue clave en su caída:

Figura 5. Carta de 1815 anónima hallada en el archivo de Nicolás de Vedia



y se ocupó en intrigas contra su tío el Director Rivadavia hasta que consiguió renunciar a el puesto y hacerse nombrar Director como sucesor, pues contaba con el voto de la Mayoría en el Congreso. Después se empeñó en la formación de un fuerte Ejército que se organizaba en los Olivos donde fue el punto y tubo el lugar.

Se omite en esta relación el famoso Alvear el sucesor de haber triunfado en la batalla de la Cruzada del Sábado Santo del año 1815 a un tal Ubeda el cual amaneció colgado en la Plaza como un Indio; este atentado contra suyo muchos a su caída, pues todos temían por el V. Artigas, como había sido como le costar su buelo rápidamente.

Fuente: Museo Mitre. Fotografía del original tomada por el autor, fondo COHPA, C 0 N° 2897

Pero más importante aún, menciona que Alvear “contaba con el voto de la mayoría en el Congreso”. Ya sea por su posición frente a Artigas, como por haber quebrantado la paz del sábado santo, lo cierto es que Alvear no asume su gobierno como dictador, sino que lo

hace con “el voto de la mayoría”, aunque no supo o no pudo mantener ese apoyo político por mucho tiempo.

En realidad, el corto mandato de Alvear como Director Supremo y la rebelión que lo conduce al exilio estarían signados por la crisis entre Buenos Aires y Artigas.

4. EXILIO Y REGRESO: 1815-1822

El general Alvear, una de las figuras más brillantes de este gran partido constitucional, y alma del movimiento del 8 de Octubre, fue nombrado Presidente de la Asamblea. El pueblo siempre busca a sus reos entre aquellos a quienes él mismo levantó y exaltó.

Adolfo Saldías, *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina*

4.1 Las vicisitudes del Poder

La toma de Montevideo y el desplazamiento de Rondeau acrecentaron las diferencias con Alvear. Una vez asegurado el Río de la Plata, Posadas envía a Alvear a tomar el mando del ejército del norte, otra vez en manos de Rondeau. Hubiera sido la segunda oportunidad en que Alvear desplazaba a Rondeau del mando militar.

Alvear se pone en marcha a fines de 1814, pero cuando llega a Córdoba, el 7 de diciembre de 1814, se entera de la sublevación del ejército del Norte, y decide volver a Buenos Aires. “El día 2 de enero de 1815, llegaba Alvear a la Capital, y el 3, Posadas convocaba con toda urgencia a la Asamblea, a sesiones extraordinarias para el día 5. El día 9 Posadas presenta su renuncia. Acto continuo se procedió a la elección del sucesor, recayendo, precisamente, en la persona del general Alvear” (Grosso, 1949).

La situación era crítica porque a la sedición del ejército del norte, se agregaba la insurrección de Artigas, y a la amenaza latente del general Morillo. El ministro de gobierno, doctor Nicolás Herrera, expresaba que “era preferible entregarse a una potencia cualquiera, que a las venganzas de Fernando VII y a las furias de la anarquía”.

Grosso (1949) también recuerda que Alvear intentó llegar a un arreglo con Artigas:

...sobre la base de reconocer la absoluta independencia de la Banda Oriental, siempre, que, por su parte, se retirara de las provincias litorales invadidas por fuerzas que le obedecían. Como Artigas no aceptase, se renovaron las hostilidades. Por fin, deseoso Alvear de terminar con el obstáculo que significaba la actitud de Artigas, ordenó al coronel Soler que abandonara la plaza de Montevideo con todas las fuerzas, armas y pertrechos (Febrero 25 de 1815). Artigas pudo ocupar, así, lo único que le faltaba del territorio oriental.

Fracasado el acuerdo con Artigas, Alvear envía con las milicias de la Capital al Coronel Álvarez Thomas a detener la marcha de Artigas hacia el litoral. Pero Álvarez Thomas se subleva en Fontezuelas el 3 de abril de 1815 y contramarchó sobre Buenos Aires donde exigió la renuncia de Alvear.

Alvear se resiste a dejar el mando, pero cuando parecían ya agotados los recursos pacíficos, y se temía la lucha armada, la intervención amistosa del cónsul británico y del comandante de la fragata “Haspar”, como mediadores, hizo posible firmar un convenio por el cual Alvear hacía entrega del mando del ejército y se le daba una garantía para salir del país. Alvear se trasladó a la fragata inglesa y partió para el Brasil (abril 17 de 1815). Solo gobernó tres meses y algunos días” (Grosso, 1949, p. 323).

Álvarez Thomas había recibido el apoyo de varios miembros de la logia, incluyendo al suegro de San Martín, Antonio de Escalada, quien era el líder de los representantes del Cabildo de Buenos Aires. El mismo cabildo que meses antes había avalado una proclama de Alvear contra Artigas, decide darse vuelta y calificar a Artigas de “ilustre jefe”. Tras deponer a Alvear, el cabildo envía una carta a Fernando Otorgues, pilar del ejército artiguista, firmada en sala capitular, el 17 de abril de 1815 por Francisco Antonio de Escalada y otros cabildantes:

Después de los días de servidumbre y tiranía, es ya al fin libre el pueblo de Buenos Aires. La facción opresora que lo dominaba, ha desaparecido. El caudillo don Carlos María de Alvear, a bordo de la fragata de guerra inglesa, para no volver a entrar más en el territorio de las Provincias Unidas, sus parciales, sujetos al juicio que debe sentenciarlos, todo ha terminado felizmente, y ni una sola gota de sangre ha manchado este glorioso triunfo de la guerra. Tan reside la autoridad soberana del pueblo en este ayuntamiento, que, con la mediación que corresponde, y la

imparcialidad que interesa a la salud pública, procederá en unión a nombrar gobierno.⁶³

En respuesta, Otorgues señala que, si bien “se destronó a Alvear”, se lo hizo “de un modo degradante y tiránico; sin energía para pagarlo, y con servilidad para permitirle salir impune de un territorio a que ha ofendido tanto”.⁶⁴

A los pocos días, el Cabildo de Buenos Aires, en una proclama a toda la población donde desmentía el texto de Alvear contra Artigas: “Empeñado el tirano en alarmar al pueblo contra el ilustre, y benemérito jefe de los orientales don José Artigas. Solo vuestros representantes saben con cuanto pesar dieron un paso, que tanto ultraja el mérito de aquel héroe, y la pureza de sus intenciones”.⁶⁵

El Cabildo de Buenos Aires había cedido a Artigas, firmado un tratado con él donde reconocía “que toda provincia tiene igual dignidad, e iguales privilegios y derechos, y cada una renunciará al proyecto de subyugar a la otra”.⁶⁶

La correspondencia de Manuel García que se encuentra en el Archivo General de la Nación Argentina (AGN) brinda los pormenores de estos días de revolución, ya que incluye alguna de la correspondencia original que mantuvo con Alvear.

Una carta de Alvear a Pedro Andrés García, padre de Manuel García, fechada el 14 de abril de 1815 resulta de especial interés. Pedro García fue un funcionario español que combatió con los porteños ante las invasiones inglesas, uno de los principales consejeros del Virrey Cisneros, y es considerado uno de los primeros geógrafos de la Argentina. Tras el derrocamiento de Alvear fue puesto prisionero y mantenido en esa situación por nueve meses, a pesar de que tuvo activa participación en el Cabildo de 1810 y su firma aparece en el acta del cambio de gobierno del 25 de Mayo. Más adelante, con la expedición a Salinas grandes al sur de Buenos Aires, prepararía el terreno para la “conquista del desierto” a los indios que comandaría Juan Manuel de Rosas.

En esa carta, Alvear le pide a García que regrese a Buenos Aires con las fuerzas que tiene para ayudarlo a resistir el golpe:

⁶³ Museo Mitre (1913, t. III, p.238)

⁶⁴ Museo Mitre (1913, t. III, p.248)

⁶⁵ Museo Mitre (1913, t. III, p.271)

⁶⁶ Tratado de paz y amistad del jefe de los orientales y el director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, 1815. En Museo Mitre (1913, t. III, p.252)

Amigo Álvarez a puesto preso a Viana y se me ha sublevado con una porción de oficiales. Yo marchó hoy mismo con todas las fuerzas reunidas y pasado estaré en Lujan. Es preciso que V. se me reúna aquí inmediatamente con toda la fuerza, municiones y milicia que pueda. Yo espero de su amistad que así lo hará con todo empeño y energía ni pronta toda moderada pues de otro modo nada hacia vuelva a repetir que pero que V. hará esta diligencia. (AGN, Colección, Sala VII, Legajo 94, Correspondencia Diplomática)

La ayuda no llegó a tiempo para evitar lo que ya a esa hora era un cambio de gobierno en Buenos Aires. En otra carta de padre a hijo, Pedro García hace un recuento de lo sucedido a Manuel, embajador en Río de Janeiro y portador de las cartas de Alvear.

Afortunadamente en la presente revolución ganaron por dos votos el nombramiento de Director recayó en Don Antonio Balcarce hasta las resultas o nombramiento del Congreso, aunque se ha dado parte y quedaron burladas las esperanzas de D. Francisco Antonio Escalada, las del tuerto Yrigoyen y mas principalmente las de D. Eustaquio Díaz Vélez, jefe de la que llaman Montonera, con presión y sorpresa de D. Manuel Belgrano, nombrado general para aquietar a Santa Fe.⁶⁷

En el período donde Alvear fue Director Supremo, Manley Dixon, jefe de la estación británica en la zona, recibe una carta de uno de sus informantes en Buenos Aires, fechada el 14 de febrero de 1815 que explica la situación:

They are very much alarmed here with a report of an expedition having sailed from Cadiz for this river and they are acting with more than their usual energy in raising and drilling troops... The Supreme Director Alvear goes with them [troops]; he appears to have more vigor and activity than his predecessor and has made himself more popular than he was at first, but both himself and government are detested in the interior.⁶⁸

Para este observador inglés, el problema del interior del país no era solo con Alvear, sino con el gobierno en general.

⁶⁷ AGN, Colección, Sala VII, Legajo 94, Correspondencia Diplomática.

⁶⁸ Ellos están muy alarmados aquí con un informe de una expedición que ha zarpado de Cádiz para este río y están actuando con más energía que lo habitual aumentar sus tropas... El director Supremo Alvear parece tener más vigor que su predecesor y se ha hecho más popular que al principio, pero tanto él como el gobierno están detestado en el interior. Traducción mía.

Un apartado especial requiere la relación con San Martín en esta etapa, puesto que tras el nombramiento de Alvear, San Martín pidió licencia como gobernador de Cuyo. Alvear designó en su reemplazo al coronel Gregorio Perdriel, pero el Cabildo mendocino reunido pidió la permanencia de San Martín a la que Alvear accedió sin mayores reparos.

¿Por qué San Martín renuncia a la gobernación tras el ascenso de Alvear? Es evidente que San Martín y otros opositores de Alvear comienzan a minar su autoridad política. ¿Cuáles son los motivos por los que se oponen al nuevo director Supremo? Como en cualquier contienda política, las razones hay que buscarlas en los tironeos de poder entre las partes que se disputaban la autoridad de la nueva nación. Rondeau, Escalada y el Cabildo de Buenos Aires tenían motivos para oponerse a un estilo de gobierno personalista decretado por el sistema Directorial, y de pretender una mayor distribución en el sistema de decisiones.

Con la caída de Alvear, el Cabildo retoma protagonismo en la escena política y proclama como nuevo Director Supremo a Jose Rondeau, quien estaba impedido de tomar el poder por encontrarse al frente del ejército del norte, quedando entonces el mando a manos del coronel Ignacio Álvarez Thomas. Sin embargo, el Cabildo nombró también “una junta de cinco personas, que se autodenominó Junta de Observación, la que se encargó de redactar, para el nuevo gobierno, un Estatuto Provisional.

La Junta de Observación, con las disposiciones del Estatuto de su creación, quedaba convertida en un verdadero fiscal de los actos del Director Supremo, a tal punto, que podía vetarlos” (Grosso, 1949, p. 324). El control no tenía sustento institucional, puesto que el Estatuto de 1815 establecía ya los tres poderes republicanos y disponía la convocatoria para un congreso general que debía reunirse Tucumán. Se trataba, simplemente, de un arrebato del poder de quienes lideraban el Cabildo a la figura del Director Supremo.

Diversos factores se congregan para explicar la renuncia de Alvear al cargo de Director Supremo. Fregeiro (1915) sostiene:

El 3 de abril de 1815, creyéndose inseguro en Buenos Aires, Alvear se refugia con parte del ejército que acampaba en Olivos. Un día antes se había producido la sublevación en Fontezuelas, dirigida por los coroneles Álvarez Thomas y Valdenegro, que había partido hacia Santa Fe para controlar la insurrección de Artigas.

Para comprender lo ocurrido, es necesario observar que las tensiones entre Buenos Aires y las provincias del litoral habían comenzado incluso antes de la gestión de Alvear. En septiembre de 1814, durante el directorio de Posadas, se estableció como provincias de la Confederación a Entre Ríos y Corrientes, separándola de Buenos Aires, aunque no podían elegir a sus gobernantes. Se siguió así el esquema iniciado en Cuyo, que en 1813 se separó de Córdoba. Mientras que en 1814 se crea la intendencia de Montevideo.

Posadas designa como gobernador de Corrientes a Genaro Perugorría, pero Artigas lo derroca con fuerzas comandadas por Blas Basualdo, lo capturan y le dan muerte. También fuerzas artiguistas deponen al gobernador de Santa Fe nombrado por Posadas, Eustoquio Díaz Vélez, puesto que es ocupado por el jefe de la revolución, Mariano Vera. Mientras que en Entre Ríos es depuesto Juan José Viamonte, que respondía a Buenos Aires, por el artiguista Eusebio Hereñú. Así, las tres provincias del litoral quedaban a manos de Artigas, proclamado Protector de los Pueblos Libres.

A este panorama se agrega la revuelta del Ejército del Norte, impulsando la renuncia de Posadas. Alvear asume como Director el 11 de enero de 1815, y a las pocas semanas, el 25 de febrero, ordena retirar la fuerzas de Montevideo para otorgarle la provincia a Artigas con promesas de independencia, a cambio de su repliegue en las provincias del litoral.

Pero nada detenía a Artigas, que comenzó a contar con seguidores también en el Cabildo porteño, y agrupaba sus tropas al sur de Santa Fe para entrar a Buenos Aires. Cuando Alvear decide enviar tropas para contenerlo, esas tropas se sublevan, apoyadas por Rondeau.

Alvear no duraría ni cien días al mando de los destinos del país. Con él terminaría también el período de la Asamblea. También Córdoba y Salta se independizan de Buenos Aires y toman a Artigas como Protector (Best, 1961, t. II, p. 326). La historia revisionista en su versión infantil considera a Artigas un héroe del federalismo y a Alvear un traidor de la oligarquía porteña. Una simplificación lejana de los hechos históricos.⁶⁹

El Cabildo de Buenos Aires nombra al general Rondeau como Director Supremo, pero estando ausente en el ejército del Perú asume el mando Álvarez Thomas de manera provisoria. Artigas rechaza la independencia de la Banda Oriental que le ofrece Buenos

⁶⁹ La historia infantil que se enseña a los argentinos es una historia de buenos y malos. Quizás porque es triste reconocer que no siempre hay buenos, al menos como los conocemos en las novelas, sino que muchas veces los bandos que pelean lo hacen por sus propios intereses. ¿O no es la política actual exactamente como era antes, sin armas de fuego y peores modales?

Aires, y en su lugar exige a esta que reconozca su protectorado. También reclama Artigas la devolución de los fusiles y demás armas que fueron capturadas por Alvear y el ejército de Buenos Aires durante la toma de Montevideo. Las negociaciones estaban en curso cuando llegan noticias de una posible invasión portuguesa y Artigas decide regresar a Montevideo.

Otra tesis revisionista asegura que Alvear era un escollo para la declaración de independencia, y que con su derrocamiento en 1815 se logró el fin ansiado por las provincias en el Congreso de Tucumán de 1816. Un ejemplo es Ibarguren (1956, p.87), quien sostiene que: “el alvearismo tuvo, sin duda, la culpa de que la revolución de Mayo quedara, así, malograda, y detenida en sus verdadero fines de recuperación y unidad frente a una Europa debilitada y dividida por dentro qué -desde 1815- nos reclamara sus derechos con amenazas. Por eso Artigas -precursor de la independencia y el federalismo en Hispanoamérica- fue tan combatido por los directoriales, que, aterrados lo declamaron fuera de la ley y traidor a la Patria”.

Nada más lejos de la verdad. La revolución de Fontezuela tenía como objetivo evitar la guerra contra Artigas y el ejército porteño (Best, 1961, t. I, p. 328), y con eso la utilización del ejército en luchas fratricidas. Sin embargo, ante el fracaso de la negociación de Buenos Aires con Artigas, las tensiones armadas continuaron incluso con Alvear en el exilio. De hecho, en julio de 1815 Buenos Aires coloca fuerzas en San Nicolás, sobre el río Paraná, de manera preventiva por si Artigas decide volver desde su campamento en Paysandú.

El movimiento de tropas incluyó una avanzada comandada por Manuel Belgrano, que finalmente sería quien firme con Artigas el Pacto de Santo Tomé, después de una serie de hostilidades. El acuerdo incluía también el nombramiento de un nuevo Director Supremo, Antonio Balcarce, y el retiro de las tropas de Buenos Aires hacia el sur. Sin embargo, el Congreso de Tucumán decide nombrar a Juan Martín de Pueyrredón y “no aprobó el Pacto de Santo Tomé, lo que fue una fatalidad, subsistiendo así el estado de guerra con Santa Fe” (Best, 1961, t. I, p. 329).

Vemos así que las batallas internas siguieron y seguirían estando Alvear en el exilio. Su salida del Directorio, más que ser el remedio, fue más bien un síntoma más de la lucha entre los distintos caudillos y su ambición territorial, que incluso los enfrentará entre sí. Así es como Díaz Vélez, llevando como segundo jefe a Manuel Dorrego, avanzó y ocupó Santa Fe, como también avanzaría Buenos Aires sobre Entre Ríos a partir de 1817.

Con pocos períodos de relativa paz en el litoral, el Directorio de Pueyrredón apostaba a la pacificación del territorio importando un príncipe europeo. Manuel Belgrano, como es sabido por la historia tradicional, propuso la coronación de un descendiente Inca (Juan Bautista Túpac Amaru), y fijar la capital del territorio en Cuzco. Pero otros diputados se inclinaron por un monarca con raíces europeas. Esa era también la preferencia de San Martín (Fernández y Rondina, 2006). Pueyrredón inició tratativas con el gobierno francés para coronar a Luis Felipe de Orleans. Pero frustrada esta intención por la oposición británica, los intentos se dirigieron al príncipe de Lucca, Carlos Luis de Borbón.

Las guerras civiles y la anarquía de 1820 echaron por tierra estos intentos de organización sobre la base de una monarquía importada. Nada tuvo que ver Alvear con estos vaivenes y su salida del poder poco ayudó en realidad a apaciguar los ánimos locales y las ambiciones de los caudillos provinciales.

Sobre los meses que duró el Directorio de Alvear, Mitre (1878) sostuvo:

Aunque Alvear, por su ambición estéril y egoísta, por su falta de ideas en el mando, y por sus medidas violentas, mereciese su caída, representaba al fin la sombra del gobierno nacional, los principios de la civilización, y era en cierto modo el caudillo de la unidad política y social, que se oponía á la irrupción de la semibarbarie y á los progresos de la disolución. El general Alvear que, como queda explicado, había tenido la gloria de rendir á Montevideo y era el favorito del Gobierno, anhelaba ceñirse los lauros de esta campaña, y contaba por seguro abrirse paso hasta Lima al frente de un ejército de seis mil hombres, insurreccionando todas las poblaciones á su paso. A este fin empezó á reforzar el ejército auxiliar del Perú con los batallones victoriosos en Montevideo mandados por jefes adictos á su persona.

He aquí el pecado unitario. Oponerse a la disolución, a la fragmentación del territorio y de la patria, a la ambición de los caudillos provinciales por ser soberanos absolutos del territorio que creían propio. Lamentablemente, la combinación de la historia mitrista y revisionista que desde distintas posiciones blandieron la pluma contra los unitarios, han permitido que cualquiera de estos caudillos, Artigas entre ellos, tenga en la actualidad mejor reputación en el saber popular que Carlos de Alvear.

4.2 Carta a Strangford

En este apartado nos ocuparemos de uno de los hechos más conocidos en la vida de Alvear. La carta que escribió a las autoridades inglesas ofreciendo un protectorado en las Provincias Unidas del Sur y que para muchos historiadores es razón suficiente como para que la historia olvide su nombre, o lo recuerde solo ligado a la palabra traición.

Al poco tiempo de asumir Alvear el Directorio, en febrero de 1815, llega la noticia de que ha partido de España una expedición al mando del teniente general Pablo Morillo, con 15.000 hombres, casi el doble de soldados con los que contaba Buenos Aires.⁷⁰

La carta de Alvear está fechada el 25 de enero, a solo 16 días de que Alvear sea nombrado Director Supremo, y fue rubricado para que su representante en Río de Janeiro, Manuel García, lo utilizara en la reunión con el embajador inglés en esa ciudad, Lord Strangford. El texto que muchos años después fue entregado sellado a Felipe Varela, pasó luego a manos de Mitre, y citamos a continuación de manera completa y para analizarlo en detalle dada su importancia en el juicio histórico que se ha hecho a Alvear.⁷¹

Vizconde Strangford, Embajador de S.M.B. en la Corte del Brasil Excelentísimo Señor:

Muy señor mío: Don Manuel García, consejero de estado instruirá a V.E. de mis últimos designios con respecto a la pacificación y futura suerte de estas provincias. Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver de un modo indudable a todos los hombres de juicio y opinión, que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes que se precipite en los horrores de la anarquía.

Pero también ha hecho conocer el tiempo la imposibilidad de que vuelva a la antigua dominación, porque el odio a los españoles, que ha excitado su orgullo y opresión desde el tiempo de la conquista, ha subido de punto con los sucesos y desengaños de

⁷⁰ La historia de la expedición de Morillo, desde su formación hasta su desembarco en Venezuela, puede verse en Suárez Fernández (1992), Volumen XIII, pp.272-274, en especial el capítulo titulado “El efecto del regreso de Fernando VII a España en el proceso emancipador”.

⁷¹ Este texto, como otros escritos por Alvear pueden leerse en Ibarguren (1961), quien también transcribe en el anexo de forma completa los documentos de Alvear escritos en Brasil desde el exilio y dirigidos al Rey de España.

su fiereza durante la revolución. Ha sido necesaria toda la prudencia política y ascendiente del gobierno actual para apagar la irritación que ha causado en la masa de estos habitantes el envío de diputados al rey. La sola idea de composición con los españoles los exalta hasta el fanatismo, y todos juran en público y en secreto morir antes que sujetarse a la metrópoli.

En estas circunstancias solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias que obedecerán su gobierno, y recibirán sus leyes con el mayor placer, porque conocen que es el único medio de evitar la destrucción del país, a que están dispuestos antes que volver a la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa nación una existencia pacífica y dichosa. Yo no dudo asegurar a V.E. sobre mi palabra de honor, que este es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los hombres sensatos, que son los que forman la opinión real de los pueblos; y si alguna idea puede lisonjearme en el mando que obtengo, no es otra cosa que la de poder concurrir con la autoridad y el poder a la realización de esta medida toda vez que se acepte por la Gran Bretaña. Sin entrar en los arcanos de la política del gabinete inglés, yo he llegado a persuadirme que el proyecto no ofrece grandes embarazos en la ejecución.

La disposición de estas provincias es la más favorable y su opinión está apoyada en la necesidad y en la conveniencia que son los estímulos más fuertes del corazón.

Por lo tocante a la Nación Inglesa, no creo que puede presentarse otro inconveniente que aquel que ofrece la delicadeza del decoro nacional por las consideraciones debidas a la alianza y relaciones con el rey de España.

Pero yo no veo que este sentimiento de pundonor haya de preferirse al grande interés que puede prometerse la Inglaterra de la posesión exclusiva de este continente y a la gloria de evitar de una parte tan considerable del Nuevo Mundo, nuestras solicitudes tan lejos de asegurar a los españoles la reconquista de estos países no haría más que autorizar una guerra civil interminable que lo haría inútil para la Metrópoli en perjuicio de todas las naciones europeas. La Inglaterra que ha protegido la libertad de los negros en la costa de África, impidiendo con la fuerza el comercio de esclavatura a sus más íntimos aliados, no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata en el acto mismo que se arrojan a sus brazos generosos.

Crea V.E. que yo tendría el mayor sentimiento si una repulsa pusiese a estos pueblos en los bordes de la desesperación, porque veo hasta que punto llegarían sus desgracias, y la dificultad de contenerlas, cuando el desorden haya hecho ineficaz todo remedio, pero yo estoy muy distante de imaginarlo porque conozco que la posesión de estos países no es estorbo a la Inglaterra para expresar sus sentimientos de afección a la España, en mejor oportunidad, y cuando el estado de los negocios no presente los resultados que trataba de evitarse.

Yo deseo que V.E. se digne escuchar (a) mi enviado, don Manuel García (para) acordar con él lo que V.E. juzgue conducente y manifestarse sus sentimientos, en la inteligencia que estoy dispuesto a dar todas las pruebas de sinceridad de esta comunicación, y tomar de consuno las medidas que sean necesarias para realizar el proyecto, si en el concepto de V.E., puede encontrar una acogida feliz en el ánimo del Rey y la Nación.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Buenos Aires, enero 25 de 1815.

Carlos de Alvear.

Lo primero que vale preguntarse es por qué a los pocos días de llegado al poder Alvear iría a hacer una oferta semejante. Existen dos hipótesis, la primera sostiene que Alvear sabía que no permanecería mucho tiempo en el Poder debido a las amenazas internas (Artigas) y externas (Morillo) así que intentó desesperadamente mantenerse con apoyo extranjero. Y la segunda, sostiene que la oferta nunca fue real. Que se trataba de un truco de engaño para ganar tiempo ante la inminencia de una expedición española que tenía como objeto la reconquista de sus colonias.

¿Cómo pretendía Alvear ganar tiempo? Intentando que España demora la expedición si Inglaterra mostraba un claro interés de inmiscuirse en una posible guerra en el Río de la Plata.

Alvear ya había utilizado la estrategia del engaño con anterioridad, una moda entre los militares de la época, y que San Martín también usaría con asiduidad en sus combates (San Lorenzo y el cruce de la cordillera son claros ejemplos de estas distracciones).⁷²

Ya durante el sitio de Montevideo, Alvear propició una conferencia con Lord Strangford que Sarratea tuvo en Río de Janeiro proponiendo alternativas de protectorado a Inglaterra y España, que tuvieron según el propio Alvear un fin engañoso: ganar tiempo. “Al proponérsenos un armisticio, Larrea y yo habíamos tenido la intención de que sirviera para entretener y distraer al general Vigodet”, de modo de continuar con la creación de la armada (Rodríguez, 1921, t. 2, p. 10).

El antecedente del sitio de Montevideo muestra la preferencia por el engaño en estrategias de engaño en Alvear, maniobras que por otro lado no eran de su invención ni de su exclusividad, sino que eran utilizadas por los militares de la época, incluyendo San Martín.

Los historiadores revisionistas prefieren una lectura más simple y lineal. Rosa (1951) sostiene:

Debe concluirse necesariamente que García fue a Río de Janeiro a solicitar sinceramente el dominio británico. No por la amenaza que significaba un cuerpo expedicionario de 12.000 hombres (ocho años atrás Buenos Aires rechazó mayor número de invasores) sino por la imposibilidad del gobierno de Alvear para mantener sus posiciones políticas, y el convencimiento de algunos hombres de la necesidad de aceptar la dominación extranjera, como mal menor respecto a la que la soberanía popular representada por Artigas y su Confederación de Pueblos Libres.

La pregunta que sigue es, si García fue a Río de Janeiro con ese mandato, ¿por qué no entregó la carta? En realidad, esa carta bien pudo ser parte de una estrategia que Alvear dejó en manos de García, para ir vislumbrando durante su viaje y la reunión con el representante inglés dos factores fundamentales a esa altura desconocidos.

En primer lugar, si la expedición de Pablo Morillo efectivamente iría al Río de la Plata. Esa expedición comienza a planearse en 1814 y Morillo es puesto al frente en agosto de ese

⁷² La estrategia de engaño en San Martín puede verse en Pigna (2014) y en Pasquali (2000). Por ejemplo, Pigna (2014) recuerda que San Martín escribe a su amigo Tomás Guido, en una carta fechada en mayo de 1816: “ya les tengo metidos en sus cuerpos ocho desertores, entre ellos dos sargentos, gente de toda mi confianza, que han ido en clase de tales”.

año. Si bien se preveía que iría hacia Montevideo para recuperar la plaza tras la victoria del propio Alvear, Fernando VII finalmente decide enviarla a Nueva Granada.

Pero en enero de 1815 esto era una incógnita en Buenos Aires. ¿Cabe preguntarse también que hubiera pasado si los españoles invadían el Río de la Plata y lograban la reconquista de sus colonias? ¿Qué hubiera pasado con las familias de los criollos que habían participado entonces de la revolución, de la Asamblea, de los combates contra los realistas? Probablemente hubieran quedado a merced de la inquisición.

La otra incógnita es cuál sería la reacción de Inglaterra si España enviaba finalmente la expedición al Río de la Plata. ¿Intentarían defender los potenciales nuevos mercados? ¿O permitirían que España, su aliado contra Napoleón, recupere el monopolio del comercio en el Atlántico Sur? La carta de Alvear bien podía ser, en todo caso, un intento para que García gane tiempo con una mediación inglesa.

Como puede preverse, para Mitre (1878, p. 115), las cartas eran producto de la desesperación de Alvear y de su falta de fe en la revolución:

Tal orden de cosas era violento, y Alvear lo comprendía: — en presencia de las dificultades que él mismo había agravado, llegó a desesperar del éxito de la revolución, declarando á los pueblos impotentes para conquistar su independencia. A los quince días de haber subido al mando (el 25 de Enero de 1815) firmaba de acuerdo con la mayoría de su Consejo de Estado, dos notas escritas por su ministro don Nicolás Herrera, poniendo las Provincias Unidas del Río de la Plata á disposición del gobierno británico, y pidiéndole las salvase á pesar suyo de la perdición á que marchaban. Sin embargo, ostensiblemente perseveró en la política exterior iniciada por su antecesor, y nombró en consecuencia á García, comisionado confidencial en la Corte de Río Janeiro, al parecer para cooperar los trabajos de Rivadavia y Belgrano; pero en realidad, para negociar con Lord Strangford la alianza ó el protectorado de la Inglaterra.

Y Mitre (1878, p.116) prosigue dando su propia versión el asunto:

Estos documentos, producto de un momento de debilidad ó de desesperación del que se ilustró después con grandes servicios, encierran una terrible lección moral, porque ellos enseñan á los hombres públicos, que deben pensar y obrar bien en

todas las circunstancias de su vida, pues el tiempo todo lo revela y ni aun las intenciones escapan al ojo perspicaz de la posteridad (42). [42 La nota dirigida al ministerio inglés ha permanecido cerrada por más de veintisiete años, desde 1815 hasta 1842. Rivadavia que la recibió de manos de don Manuel José García en Río Janeiro; y sospechando tal vez su contenido, nunca llegó á entregarla, y la conservó cerrada hasta 1842, en cuya época, hallándose ocupado en Río Janeiro en clasificar sus papeles en presencia de don Florencio Várela, se disponía á echarla al fuego, cuando Várela apoderándose de ella rompió el sello por curiosidad, sin sospechar su importancia, y se encontró con lo que queda dicho en el texto. Este documento existe original entre la colección de papeles de don Florencio Várela, por quien me fue comunicado en 1843 en Montevideo, en presencia de varias otras personas, entre ellas el Sr. Cané y el Sr. Madero. La nota á Lord Strangford, existe original entre los papeles de don Manuel José García, con los documentos que le son anexos, y su hijo don Manuel Rafael García ha tenido la bondad de proporcionarme una copia. Por último, entre la misma colección de papeles del Dr. Várela de que es depositario don Luis Domínguez, existe original una nota de Mr. Staples, cónsul de S. M. B. en aquella época en Buenos Aires, en que incluye á su gobierno confidencialmente la nota de Alvear á que se ha hecho referencia. La nota de Staples, así como las dos de Alvear, llevan la fecha del 25 de Enero de 1815. Puede decirse que estos documentos eran ya del dominio público, pues han sido comunicados á muchas personas, tanto por el Dr. Várela, como por el señor García; y en su tiempo tomaron conocimiento de ellos muchos otros que tal vez hayan escrito algo sobre el particular.]

El juicio de Mitre (1878, 118) es lapidario, y es el que a pesar de su manifiesta parcialidad y animosidad respecto a Alvear, ha quedado impreso en letras de plomo para la historiografía tradicional:

Fue una misión vergonzosa, que aunque no tenía en su tiempo la misma gravedad, atento el estado de desmoralización de la opinión pública, y la circunstancia de no haberse declarado ‘aún la independencia, probaba falta de cualidades para salvar una grande revolución, de parte de los que la habían iniciado. Era además una verdadera traición á los intereses del país, cuya voluntad se invocaba mentidamente en la nota al Gabinete inglés, pues á pesar de los peligros, á pesar del anuncio de la expedición

de 15,000 hombres al mando del Morillo que se decía destinada al Río de la Plata, la decisión en favor de la resistencia era unánime.

Mitre decía que había una decisión unánime para la resistencia. Ante este panorama, no sería extraño que Alvear buscara una salida aliándose con España, al menos para que Inglaterra intercediera a favor de los criollos. Quizás la lisonja de la carta a Strangford era parte de la estratagema de Alvear para ganar apoyo externo y tiempo. No era extraño en esa época, y no sería de extrañar.

García pudo haber entregado esa carta si lo hubiera querido, pero no lo hizo. Lo que sí parece claro es que la sumisión, interna o externa, no se correspondería con el talento altanero y soberbio que todos le atribuyen a Alvear. Pero entramos aquí al terreno de las conjeturas. Simplemente notamos que el ofrecimiento a Inglaterra pudo, por un lado, estar originado en una terrible amenaza externa en lugar de la plausible pérdida de poder en manos de enemigos internos de Alvear, y por otro lado, tratarse de apenas un engaño, como era tan común entre los generales y políticos de la época.

Basta recordar la estrategia de San Martín en San Lorenzo, o de Paz y Quiroga, o del propio Alvear en Ituzaingó. El engaño al enemigo, infundirle falsas expectativas y mensajes equívocos eran el centro de cualquier teoría militar. La carta, sin embargo, que Alvear entrega a Staples, cónsul británico con un ofrecimiento similar a pocos días de enterado de la rebelión en su contra, pudo ser un acto de desesperación, con el objeto de ganar apoyo externo y con este, tiempo.

Si este fuera el caso, a la luz de la distancia, luce como un claro error. No pretenderemos aquí tapar el sol con las manos, ni ocultar lo evidente. No tiene este texto una finalidad de alegato. Pero la actitud de Alvear no fue muy distinta a la de Pueyrredón, quien buscó hacer de las Provincias Unidas un protectorado francés, o a los intentos sanmartinianos por coronar un príncipe europeo en la región. Todas opciones de organización que buscaban impedir las guerras civiles que finalmente tendrían lugar. A pesar de coincidir en los intentos de importar instituciones y legitimidad, el revisionismo es injustamente más duro con Alvear que con otros próceres de la etapa emancipadora.

A pesar de estos bemoles y las diferentes interpretaciones al respecto, los historiadores contemporáneos tomaron por cierta la versión de Mitre. Por ejemplo, Rottjer (1983, p. 279) señala:

Los hombres del directorio alvearista, al conocer la vuelta de Fernando VII al trono de España, recurren aterrados como única salvación a Inglaterra, que desde río de Janeiro transforma a nuestro gobierno central en sucursal vergonzante de monarquías europeas.. A Alvear le molestaba la personalidad de San Martín, y todos sus esfuerzos se dirigían ahora a eliminarlo también del gobierno de Cuyo, como si no fueran bastantes las penurias de la patria; pero felizmente para bien de la Argentina y de la América toda, las órdenes del Director-dictador, influenciado por la rémora liberaloide que lo secundaba, no fueron acatadas; y con Artigas al Este, con San Martín al Oeste y los gauchos de Güemes al Norte, el mandato de Mayo se cumplió.

El mandato de Alvear se califica de Dictadura, y no otros de similares características, como el gobierno de Rosas, el de Pueyrredón antes de él, o del propio San Martín en Lima. Como si hubiera dictaduras buenas, cuando se ejercen según el verdadero sentimiento popular y dictaduras malas cuando gobiernan en contra del pueblo. Pero en ambos casos actúan parámetros subjetivos en la clasificación. El “pueblo” es un ente completamente heterogéneo, con expresiones, deseos e intereses múltiples. Las características de una dictadura no solo tienen que ver con la dirección de las políticas adoptadas sino con la tolerancia a otras opiniones y con el mecanismo de alternancia en el poder, entre otros factores.⁷³

Ocampo (2004) sostiene que tanto Varela como Mitre odiaban a Alvear. Varela, como muchos unitarios exiliados en Montevideo no perdonaban a Alvear haber aceptado ser embajador de Rosas en Estados Unidos. Mientras que los hijos de Alvear pelearon contra Mitre en el bando de Urquiza.

Por su parte, Vicente Fidel López es para muchos historiadores de izquierda un ícono debido a su defensa de la industria nacional.⁷⁴ Su polémica con Mitre es menos conocida que su alegato a favor de Alvear en el asunto de las cartas a Strangford. En el tomo 5 de su clásica *Historia de la República Argentina* hace una lúcida interpretación de lo ocurrido y tras reproducir la famosa carta sostiene lo siguiente:

⁷³ A esto se suma la complejidad dada por el hecho de que el pueblo no siempre tiene la razón, como históricamente ha demostrado el holocausto. Si la mayoría de un pueblo decide que los culpables de sus males son una determinada minoría que es necesario erradicar, no es argumento suficiente para una justificación ética. La soberanía popular encuentra sus límites en la ética.

⁷⁴ Véase: Mario Rapoport: “La historia económica argentina se repite desde el virreinato”, entrevista realizada por Guillermo Lipis y publicada por *Télam* el 1 de julio de 2016.

Los conceptos que acabamos de transcribir tienen una importancia decisiva para qué se penetre en la arteria verdaderamente sagaz con que se había concebido y con que se debía practicar ésta intriga, pues en el fondo de nada más se trataba que de una intriga necesaria para ganar tiempo. La Gran Bretaña, como se debe recordar, insistía por medio de lord Strangford en que el gobierno argentino mandase comisionados que propusieran y formalizaran con España un pacto que pusieran a término á la revolución y que sin violar los derechos legítimos del rey, consagrara las franquicias y libertades que se hacían necesarias en la nueva situación de las colonias. El gobierno argentino acababa de prestarse á dar ese paso, enviando á Inglaterra á los señores Belgrano y Rivadavia con el encargo de ver si esta nación podía abrirles paso y hacerlos oír del gobierno español. Pero al prestar esa obsecuencia a un gobierno de cuya protección directa ó indirecta se esperaban actos de política, cuando menos, que contuviesen por algún tiempo las expediciones armadas de España sobre el Río de la Plata, ó más bien dicho un ataque á fondo sobre Buenos Aires, que era la fuente y la fuerza de la guerra de la Independencia, el gobierno del general Alvear protestaba en esa nota contra su propia docilidad, y le representaba al gobierno inglés la imposibilidad en que se hallaba de hacer que el país cumpliera un pacto ó arreglo que dejara subsistentes los vínculos coloniales de España, cualquiera que fuese la forma en que se ajustara. Todos los que estén animados de un juicio recto y despreocupado comprenderán que con esta sola salvedad, que con esta sola indicación, el Director y sus ministros ¡mostraban que en ningún caso se prestarían á eso; pues aun cuando se prestaran, el país los habría de renegar y castigar, porque estaba resuelto á su propia destrucción antes que volver á la antigua servidumbre. Véase, pues, con toda evidencia que hasta absurda sería la idea de acusar á ese gobierno de haber querido traicionar á la patria entregándola de nuevo al yugo colonial. (López, 1911)

Creemos fundamental citar el argumento completo de López, por tratarse en primer lugar de uno de los primeros y más célebres historiadores de la Nación. En segundo lugar, por ser contemporáneo al propio Mitre, y en tercer lugar por ser el adalid de la industria nacional que defienden a rajatabla la mayoría de los críticos acérrimos de Alvear. El texto de López continúa de la siguiente manera:

Los hombres que hacían esta sorprendente indicación en secreto y sin que nadie la conociera, no tenían un pelo de inocentes ni de candorosos. Sabían perfectamente que Inglaterra no aceptaría ni podía aceptar semejante anexión al frente de las potencias reunidas en el Congreso de Viena. Si una fuerte expedición española hubiera desembarcado en el Río de la Plata no había otra lucha posible que la insurrección general de las masas. La guerra bárbara tenía pues que entrar necesariamente á ocupar el vacío que habría dejado la guerra culta y regular que sostenía el gobierno orgánico y civilizado de la capital. Suponer que el gobierno y el partido que iniciaba esta negociación, había premeditado y resuelto ya hacerse colonia inglesa y renunciar á la independencia, sería partir muy de ligero é incurrir en un error claro por no darse el trabajo de penetrar en la naturaleza misma del negocio en cuestión. Esos hombres sabían, hemos dicho, que Inglaterra no podía aceptar semejante propuesta, ni como anexión ni como protectorado; y por lo mismo que lo sabían es que se la presentaban. Lo que ellos creían posible (y los hechos lo justificaron como lo hemos de ver) era que Inglaterra hiciese valer el acto espontáneo con que el gobierno argentino se ponía bajo su protectorado, como un acto que le daba personería propia para abrir una negociación con España, contener por lo pronto sus esfuerzos militares, y tratar de un ajuste sobre la base de la independencia y de la creación de una monarquía constitucional en cabeza de algún príncipe español ó de otra familia real europea. Como esto era muy largo de hacerse creía el Director Supremo, y creían también sus ministros, que logrado que fuese el primer paso, había tiempo de sobra para salir de todas las dificultades que se suscitaran y quedar en libertad de obrar según las circunstancias. Creían que lord Strangford, de acuerdo con sus antecedentes y con la política comercial de su gobierno, tomaría esta propuesta, prescindiendo del fondo, como una ocasión de mediar y de conseguir un tratado que por su misma naturaleza viniese á consolidar aquellos grandes intereses de mercado que Inglaterra miraba como de primera importancia para su industria, para las graves cuestiones sociales del pauperismo, y de otros problemas tan inminentes y serios como éste. Y la prueba de que nuestros hombres tenían razón, es que Inglaterra hizo todo lo que ellos le pedían, aunque usando de otros medios más disimulados que le permitieron mantenerse irreprochable en las formas.

En una nota al pie de página, López señala que su padre, Vicente López y Planes, quien fuera el autor de la letra del Himno Nacional, tenía una relación de amistad con García quien le confió la verdadera historia de esa carta. López y Planes, padre del historiador, fue además miembro del gobierno de Carlos de Alvear, y tras su derrocamiento fue encarcelado. Así lo relata su hijo:

En conversación del señor García con nuestro padre, que estaba unido á él por una amistad verdaderamente fraternal, recordando aquellos tiempos le decía que él había sido opuesto á este paso porque lo consideraba inútil desde que tenía por imposible que Inglaterra tomase semejante actitud dada la situación de las potencias en el Congreso de Viena. Pero que Alvear y Herrera, creían que la opinión pública y el Parlamento influirían sobre el gabinete para obligarlo á tomar en cuenta el ofrecimiento y dar pasos que redujeran á España á transigir; que él recibió las notas con ánimo de no hacer uso sino en el caso de que lord Strangford opinase que para algo pudieran servir; pero que como Rivadavia se mostrase deseosísimo de llevar la que iba dirigida al ministro de Relaciones Extranjeras, se la entregó. Las notas aludidas no se han mantenido hasta 1842 en la reserva absoluta que se pretende. Notable es á este propósito la carta de Sarratea donde dice: “El pliego no podía perjudicar á nadie... Tampoco era secreto, pues lo sabían muchos: era uno de los objetos de mi venida, entre los consejeros íntimos”. Mi padre conocía la existencia de esas notas probablemente por haber estado en intimidad con los negocios públicos y secretos durante los dos periodos de Posadas y de Alvear.

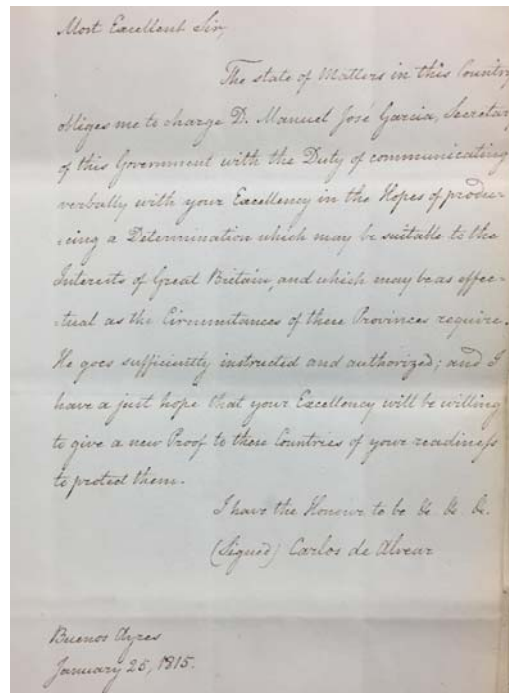
Vicente Fidel López insiste en la necesidad de no tomar la carta al pie de la letra, sino como una típica maniobra diplomática, con segundas intenciones, tal como era la costumbre militar en la época:

Para saber lo que un documento oficial tiene ó no tiene de verdadero, sobre todo si participa de cierto carácter diplomático, es menester no tomarlo á ciegas, por lo que en él se diga, sino compararlo cuidadosamente con las circunstancias del tiempo, con la índole de los sucesos y de los hombres que lo produjeron y con otros documentos que le sean relativos en esas mismas circunstancias y tiempos... Tomada en este sentido la conferencia del señor García con lord Strangford, nos da una prueba valiosísima de que el contenido de las notas aludidas no era sino un medio diplomático propuesto para justificar la oferta de una mediación. En esa

conferencia no se habló una sola palabra, no se indicó siquiera la propuesta de anexión, ni se dejó entrever en ella otra cosa que la solicitud de una mediación amistosa, en nombre de la protección que Inglaterra debía á las provincias del Río de la Plata. Se trajeron á colación, es verdad, los antecedentes de 1806 y la política de Mr. Pitt; pero no como incitaciones á conquista y dominación, sino como pruebas del interés vital con que Inglaterra había procurado siempre abrirse las fuentes del comercio sudamericano. Y si algo más se quisiera deducir, sería que para los hombres de aquel tiempo nada hubiera sido tan satisfactorio como la creación de una monarquía constitución mal bajo el patronato de Inglaterra. El que no se hubiese conseguido no es prueba de que no hubiera sido mejor. Sería menester ser muy obcecado en preocupaciones políticas para pretender menospreciar al Brasil, por ejemplo, de no ser una república. En aquel tiempo todos los patriotas argentinos pensaban como pensaron los patriotas brasileños que once años, después formaron su independendia bajo la forma constitucional de su monarquía.

El afamado historiador, concluye que “si hubo pecado, fue un pecado de intriga cuando más, con el objeto de retardar las operaciones del enemigo... La cuestión vital era ganar tiempo; y los mismos documentos lo prueban de una manera incontrovertible”.

Figura 6. Carta otorgada por Manuel García a Strangford firmada por Alvear



Fuente: Archivo británico. Cortesía archivo privado de Emilio Ocampo.

A este episodio debe sumarse un capítulo adicional. La carta que Alvear brinda a García y a cuyo original hemos tenido acceso pide “protección”, que no es lo mismo que un protectorado. También habla de “these countries”, es decir, estos países. Alvear aclara que se trata de un país, y no de una colonia que se encuentra a la venta o que puede ser subsumida dentro de un imperio perdiendo su condición de independiente.

Otra carta de Staples al Foreign Office británico, fechada después del derrocamiento de Alvear, pone otra importante cuestión sobre el tapete, en el texto puede leerse:⁷⁵

The fear of a Spanish expedition produces an appearance of unanimity in the parties which, were it removed, little dependence could be placed on its continuance. However, the feeling with respect to England does not seem to be in any way altered. All the members of the government have been superseded and the causes of this change are clearly to be traced to personal feeling more than any political questions. The private communication made from Genl. Alvear to Lord Castlereagh is not known to the present government, yet they jointly individually express themselves in a similar manner, as far as wishing by some means to court the protection of, and intercourse with England.

Dos conclusiones se obtienen de este documento. En primer lugar, que las razones del golpe a Alvear no deberían buscarse en cuestiones políticas de fondo, sino más bien en diferencias e intereses personales en pugna. Otro punto central es que el representante inglés asegura que los nuevos miembros del gobierno se han manifestado en una forma similar al propio Alvear, contemplando también la protección de Inglaterra. Se trataba de una respuesta compartida entonces ante el temor que causaba la posible reprimenda española y la llegada de la expedición de Morillo.

Hasta aquí la explicación de la hipótesis que podemos llamar “de la intriga diplomática”, escrita por López, cuyo padre había formado parte del gobierno de Alvear, y siendo él mismo un acérrimo opositor tanto de las políticas de Rosas, por lo que debió exiliarse al extranjero, como luego de la historia escrita por su contemporáneo Bartolomé Mitre, con quien mantuvo un fuerte debate a través de sus libros.

La pregunta que surge es inmediata: ¿tenía razón Mitre o López? Por sus propios intereses e historia personal, ambos tenían motivos para criticar o defender a Alvear. Y como a

⁷⁵ Original disponible en el Archivo Británico, Staples a Castlereagh, 10 de mayo de 1815.

ninguno puede atribuirse objetividad plena en el tema, debemos basarnos en dos cosas: los documentos de la época y la lógica de los hechos.

Los documentos están a la vista. La versión de López incluye hechos reales que Mitre parece desconocer: la invasión de Morillo sembró pánico en Buenos Aires y Alvear escribió esas cartas en respuesta, una estrategia que parecería mantuvieron quienes lo reemplazaron en el gobierno. Es difícil con los elementos históricos juzgar de manera definitiva sus verdaderas intenciones. Ocampo (2016) reconoce que una carta similar de Alvear pudo ser entregada al cónsul inglés en Buenos Aires, Staples, al mismo tiempo de que estallaba la revuelta contra Alvear.⁷⁶ Fue un acto desesperado de Alvear buscar apoyo inglés contra quienes pretendían sacarlo del poder. ¿Era la sumisión propuesta por Alvear real y duradera? ¿O solo falsas promesas para lograr auxilio y ganar tiempo? Esta última hipótesis no puede descartarse en una militar y político que ya contaba con cierta experiencia en artes donde el engaño era parte fundamental de cualquier estrategia. Quizás tan evidente era ese engaño que los ingleses prefirieron no actuar ni tomar por serio ese ofrecimiento.

Aunque doscientos años después de la misión García a Río de Janeiro sea imposible discernir con certeza lo ocurrido, si es inadmisibles que los historiadores se refieran al hecho sin considerar siquiera la valiosa y probable explicación de López.

En la misma línea se manifiesta Alberdi cuando observa que el otro objetivo de Alvear era evitar la anarquía de las luchas políticas internas, que efectivamente en Argentina durarían cincuenta años. Y que al igual que muchos patriotas, incluyendo a San Martín y a Belgrano, creían que importar una autoridad extranjera permitiría evitar tales daños, al menos durante el comienzo de la revolución. Con el tiempo, Alvear, influido por Carrera inclinó su preferencia hacia el modo de gobierno nacional y republicano. Alberdi (1896, t. IV, p. 324), uno de los principales defensores de Alvear, sostiene lo siguiente:

El general Alvear, como San Martín y Bolívar, trabajando por la independencia americana, no tenía fe en la república. En 1815, siendo Jefe Supremo de la República Argentina, envió al señor García en misión cerca de Lord Strangford, ministro británico, en Río Janeiro, y aun le escribió él mismo solicitándolo para que obtuviese de Inglaterra una protección sobre las Provincias Argentinas, que ha sido calificada de modos muy opuestos, por lo incierto y vago de las palabras de Alvear y

⁷⁶ Ocampo (2016) comenta que Staples envía esa nota a Inglaterra. Una carta de Staples que se encuentra en el archivo británico, fechada el 24 marzo de 1815, al secretario de Estado Castlereagh, dice adjuntar anexa la carta de Alvear. Pero ese anexo no se encuentra allí así que aún desconocemos si su contenido era igual, parecido o diferente de la carta entregada a García para Strangford.

de su negociador. La negociación no surtió efecto, y la carta no fue entregada á Lord Strangford en febrero de 1815 cuando se reunió con García. En 1842, se encontró cerrada entre los papeles de Rivadavia. El pensamiento de Alvear y de García ha sido mal apreciado por Florencio Várela, Mitre y otros, á mi ver sin justicia. Las calumnias de parte de los émulos y contemporáneos de Alvear, se explican; en la posteridad de esos grandes hombres, son ingratitud y torpeza. No vino el mismo Várela, veinte y ocho años mas tarde, á pedir la intervención protectora de Inglaterra y Francia en favor de Montevideo? No se reunió á los franceses, en 1840, contra el gobierno argentino? El mismo Mitre, que con Várela afean la conducta de Alvear y García, si ha servido á su país, como él pretende, lo ha servido desde fuera y con el extranjero siempre, hasta que, en 1852, entró en su país natal como militar de Montevideo, en la columna Oriental aliada al Brasil, y bajo la bandera extranjera de Montevideo, que debió su existencia de tal á ese mismo Alvear, insultado en su tumba gloriosa por el héroe de todas las escarapelas.

Llegado a este punto, Alberdi (1896, t. IV, p. 325) realiza una de las más férreas defensas de Alvear, y califica de deshonestos a quienes lo critican por una actitud que en la época era compartida:

Tal imputación hecha á los autores de la independencía es de una deshonestidad repugnante. Ellos querían colocar en los brazos protectores de la Europa liberal, la existencia de los nuevos gobiernos, que se mostraban incapaces de gobernarse á sí mismos, y de darse la paz y el orden que convenía á sus progresos. Pero, decididos al mismo tiempo á no volver jamás al despotismo odiado de los españoles, pedían á la Europa liberal una clase de apoyo que no sabían definir ni calificar, pero que de ningún modo debía excluir la independencía conquistada. Era un refugio de orden y de libertad lo que buscaban en los brazos de esa Inglaterra, patria del orden y de la libertad, no nuevas cadenas, ni la humillación de volver á ser colonos de ningún poder. Ya no era España el enemigo temido; era el desorden y la ruina, en que perecían los vencedores de América, por sus propias manos, pero en servicio del enemigo vencido. Era natural que los padres de esa patria, que usaba de su independencía para despedazarse, pidieran socorro al mundo libre. Cinco años de repetidas experiencias, decía, han hecho ver de un modo indudable á todos los hombres de juicio y opinión, que este país no está en edad ni en estado de

governarse á sí mismo; y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden, antes que se precipite en los horrores de la anarquía. Pero también ha hecho conocer el tiempo la imposibilidad de que vuelva á la antigua dominación, porque el odio á los españoles, que ha excitado su opresión desde el tiempo de la conquista, ha subido de punto con motivo y durante la revolución. Alvear compara la opresión de los colonos españoles, con la esclavitud de los negros de África, pero no es menos claro el sentido de la protección que pedía á Inglaterra. Introducir á los gobiernos de la América antes española en el seno de esa familia, bajo las leyes y condiciones que protegen la vida de cada uno de sus miembros, es el medio legítimo y eficaz de dar á los gobiernos americanos la fuerza, respetabilidad y calma de que disfrutaban los de Europa. Pero, la condición de esa incorporación, es la adopción del sistema de gobierno, que es común á todos los miembros de la familia europea. Ese sistema, es la monarquía.

Alberdi sostiene en este texto dos afirmaciones importantes. La primera, con la que abre y cierra el texto, es el hecho de que aún en esos años de temprana revolución de 1815, muchos patriotas, incluyendo a Alvear y San Martín, pensaban en una monarquía europea como forma de organización del gobierno. La segunda, punto central de este apartado, es el hecho de que Alvear nunca realizó una entrega real de soberanía con la carta a Stragford, en sintonía con la interpretación de López.

4.3 Exilio en Río de Janeiro y Montevideo

Para Alvear, la revolución de Fontezuelas fue desastrosa. Todos sus bienes fueron incautados y estuvo siete años en el exilio, tres en Brasil y cuatro en la Banda Oriental. “Para complicar más su situación se enteró que vendría a Río de Janeiro el general Vigodet”, a quién él había derrotado el año anterior en Montevideo (Ocampo, 2003, p. 119).

A comienzos de 1817, el rey de Portugal que residía en Brasil decidió ocupar la Banda Oriental y conquistó Montevideo. Artigas se quejó al gobierno de Buenos Aires de no hacer nada al respecto. Efectivamente, el Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, seguía el plan de San Martín para conquistar Chile y Perú, ofreciéndole toda la ayuda y recursos disponibles, y descuidando Montevideo (Goldman, 2010).

En la firma de la Constitución Argentina de 1819, se proponía, según era el deseo de Pueyrredón, San Martín, Belgrano y otros patriotas, organizar el país sobre la base de una monarquía constitucional, nombrando en la cabeza un rey venido de una casa Europea que no sea la casa de los borbones o, como proponía Belgrano, nombrando un rey de origen nativo (Juan Bautista Condorcanqui, descendiente del líder inca Tupac Amaru). Esta Constitución fue rechazada por la mayoría de las provincias, iniciando una revuelta no solo en el litoral, sino también en Cuyo y en Tucumán.⁷⁷

Tras la victoria federal, Rondeau renuncia el 11 de febrero de 1820. Manuel de Sarratea, de quien Alvear tenía una opinión considerándolo “tibio”, fue ascendido a gobernador por los federales y firmó con ellos el Tratado de Pilar, que otorgaba autonomía a las provincias.

Alvear entabló relaciones con Andrés Villalba, el encargado de negocios de España ante la corte portuguesa. Villalba y Carlota, hermana de Fernando VII, no tenían la misma sintonía respecto a los insurgentes americanos. Tras la llegada de Alvear a Río de Janeiro le escribe a su hermano, Rey de España: “Llegó aquí fugitivo de sus rivales el insurgente de Buenos Aires Alvear.. y tiene el encargado de la legación española la audacia de admitirlo en su casa no solo por visita de política sino a varias sesiones reservadas a puertas cerradas. Este hecho para todos escándalos, buen digno es de tu atención” (citado en Ocampo, 2003, p. 120)⁷⁸.

Río de Janeiro era una ciudad peligrosa para Alvear. Vigodet tenía sed de venganza y resentimiento por la derrota en manos de Alvear de Montevideo. Y Carlota parecía más inflexible que su propio hermano con los rioplatenses.

Es de esta época que se le atribuyen a Alvear dos nuevas supuestas traiciones. En primer lugar, se le atribuye otorgar fidelidad nuevamente al Rey de España en momentos en que los patriotas ya habían declarado su independencia. Alvear entrega a Villalba una carta que este envía a España y que hoy puede verse en Madrid. En esa carta intenta justificar sus actos previos, no como intentos revolucionarios, sino como actos en defensa de la corona. La misiva se encuentra en Archivo Histórico Nacional de Madrid. — Papeles de Estado, legajo 5843 (207), y entre sus principales párrafos puede leerse lo siguiente:

⁷⁷ Astesano (1979) relata los pormenores del intento de instaurar un rey inca.

⁷⁸ Carlota Joaquina a Fernando VII, 30 de mayo de 1815, original en AHN, Estado, Correspondencia Brasil, Legajo 5843. Citado en Ocampo (2003).

Es muy sensible á un Español que nació con honor, y que procuró acreditarlo entre los Gloriosos Defensores de la Nación, presentarse ahora á vindicar su conducta en actitud de un delincuente y con las sombras de rebelde, y enemigo de su Rey. Resuelto como estaba á fijar mi residencia en Buenos Ayres, no podía declararme abiertamente contra el torrente de la opinión, ni contrariar los principios políticos del Gobierno de aquellas Provincias, ni resistir sus insinuaciones, sin aventurar mi existencia á los furiosos de la exaltación popular. Un número considerable de sujetos distinguidos han sufrido todo género de vejaciones, y de insultos; y después de perdidos sus bienes, son arrojados para siempre de su país: otros sufren desterrados en los desiertos del interior dándose por muy felices de haber salvado sus vidas. Yo con mi familia, así como otros muchos compañeros de desgracia no hemos trepidado en presentarnos voluntariamente á V S., y permanecemos bajo su protección, y la de S. A. R. dando con este paso una prueba de la sinceridad de nuestras intenciones. A lo menos espero que considerándome como un vasallo que sinceramente reclama la gracia de su Soberano, y está dispuesto á merecerla, se sirva recomendarme á S. M., ante quien me presentaré, luego que halle seguro transporte para mi persona, y familia.

A V. S. pido se sirva acceder á esta solicitud, que es gracia que espero de su notoria generosidad. Carlos de Alvear. Rio Janeiro. Agosto 23 de 1815.⁷⁹

Las modernas series de televisión, entre otras formas de arte contemporáneo, nos han recordado que es posible tener empatía por personas imperfectas. Lejos de los superhéroes perfectos, los héroes actuales tienen su costado oscuro, sus egoísmos, sus vicios, sus falencias, sus contradicciones, su humanidad.

Tenemos aquí el texto de un hombre desesperado, rogando dinero a quienes fueron otrora sus amigos y correligionarios, pero que lo han expulsado del país (Alvear escribe a San Martín varias veces desde Río de Janeiro pidiendo fondos para subsistir). En un país extraño, con un idioma extraño, con una familia numerosa a quien no tenía para alimentar. Y para colmo dos de las personas más influyentes, Carlota Joaquina y Vigodet, querían enviarlo a prisión por insurgente.

Aunque hay quien considera esta carta como una nueva traición de Alvear, en ningún momento traiciona el objeto de la revolución, puesto que no existe un daño al ejército patriota. Se trata de una serie de argumentos rebuscados que justificarían su accionar pasado como actos en defensa de la corona española, en busca de un perdón que le permita

⁷⁹ En su biografía sobre Artigas, el historiador uruguayo, Hugo Barbagelata utiliza esta carta para elaborar un juicio adverso de Alvear. Pero se trata de una biografía laudatoria de Artigas, que como no podía ser de otra manera crítica a Alvear, enemigo de aquel.

continuar su vida. No prometía delaciones ni información de cómo derrotar a los patriotas, ni nada por el estilo para conseguir ese perdón.

Tomás Iriarte (1951), en sus memorias, asegura que la carta fue escrita por sugerencia de Manuel García, quien estaba en la ciudad, como una formalidad fingida para lograr regresar a España. Aunque esto no fuera cierto, ¿puede culparse a Alvear querer regresar a España luego de la traición sufrida a manos de sus compatriotas?

Vale mencionar una nueva carta de Carlota Joaquina a su hermano Fernando VII para comprender el clima que vivía Alvear en el exilio:

Quiero prevenirte ahora que tu encargado Villalba a remitido al ministro de Estado representaciones de Carlos Alvear, de Nicolás Herrera, de Manuel García y otros. Todos ellos son tus enemigos, todos conspiran contra tus dominios en estas regiones y todos son criminales. (citado en Ocampo, 2003, p. 121)⁸⁰

Desde Brasil, Alvear continuaba su correspondencia con los pocos aliados que tenía en Buenos Aires, entre ellos se encontraba Matías Yrigoyen. También intercambió correspondencia con José Miguel Carrera, quien se encontraba en Montevideo, expulsado por San Martín y O'Higgins. Precisamente a Carrera, Alvear escribió pidiendo que "Ud. tenga la bondad de comunicarme cualquier plan o proyecto, en el cual crea Ud. que yo pueda ayudarle".

En Brasil, Alvear logró mantenerse a flote gracias a sus vínculos con la masonería local y el gobierno portugués (Ocampo, 2003, p. 122). Mientras que varios de sus compañeros exiliados se unieron a las tropas portuguesas para planear la invasión a la Banda Oriental, tal era el caso de Nicolás Herrera.

La segunda traición en su estadía en Brasil (tercera si se suma la carta a Strangford) que se le adjudica a Alvear apunta a las gestiones de su suegra, la madre de su esposa Carmen de la Quintanilla, quien hizo gestiones para permitir el regreso de su hija, esposo y nietos a España, sin obtener mayor éxito. Esfuerzos que bien pueden comprenderse desde la desesperación de una madre de saber en la desdicha y pobreza que había quedado la familia de su hija, perseguida y humillada por quienes habían heredado con la revolución de

⁸⁰ Carlota Joaquina a Fernando VII, 27 de enero de 1816.

Fontezuelas frutos sembrados por Alvear en la revolución de octubre de 1812, la Asamblea de 1813 y la conquista de Montevideo de 1814.

Los pasos de Alvear en Río de Janeiro también eran seguidos por los agentes ingleses en la ciudad. El embajador británico, Henry Chamberlain, informaba a la cancillería sobre el regreso de Alvear al Río de la Plata, algo confundido por la manera en que la corte portuguesa le había dado el pasaporte para embarcar (Ocampo, 2003, p. 124).

Fernando VII decidió cambiar a su encargado de negocios enviando en lugar de Villalba a Casa Florez. Ocampo (2003, p. 125) muestra que “la correspondencia de Chamberlain, Casa Florez y Carlota Joaquina permite desechar completamente la teoría de la traición de Alvear en Río de Janeiro”. Según comenta:

Durante su exilio no faltaron oportunidades para unirse España y Portugal, sin embargo, en el momento menos oportuno para la causa de la revolución, decidió volver al Río de la Plata. Sus manejos en la corte portuguesa fueron sin duda maquiavélicos, pero le permitieron escapar de las redes tendidas por Vigodet.

Efectivamente, como luego mencionará Iriarte (1951) en sus memorias, es probable que Alvear haya hecho caso de la sugerencia de su protector Villalba y de García, e incluso de la masonería portuguesa, para escribir una carta de disculpas que le permitiera ganar tiempo y evitar que los portugueses accedan a la demanda de captura pedida por Vigodet. Si hubiera querido abandonar por siempre la causa de la independencia, también pudo ir en busca de su familia política a Inglaterra, pero tampoco lo hizo. En lugar de ello, estrechó lazos con José Miguel Carreras y comenzó a planificar su regreso.

A mediados de 1818, y tras seguir de cerca las vicisitudes de las luchas por la independencia a través de su correspondencia, Alvear decide regresar a Montevideo embarcando en una goleta francesa. Se conocía que San Martín había perdido la batalla de Cancha Rayada, pero no se sabía aún de la victoria en Maipú.

Alvear llegar a la ciudad que había conquistado cuatro años antes el 18 de junio de 1818. Montevideo se encontraba desde 1817 ocupada por el general Lecor y fuerzas portuguesas.

Allí retomó contacto con Tomás de Iriarte, quien permanecería a su lado por la próxima década.⁸¹ José Miguel Carrera había adquirido una imprenta en Estados Unidos que trajo a Montevideo y se estableció bajo la razón de William P. Grinswold y John Sharpe, luego

⁸¹ El joven Iriarte era uno de los sobrevivientes de la tragedia de la Mercedes en 1804.

imprensa federal, y desde esa ciudad enviaba escritos a Chile y Buenos Aires. En ella escribe también su “manifiesto a los pueblos de América y a su Patria”, publicado tras la muerte de sus hermanos Juan José y Luis, que fueron fusilados el 8 de abril de 1918 en Mendoza por orden del gobernador Toribio Luzuriaga y Bernardo de Monteagudo (mano derecha de San Martín), y aunque hay cartas donde San Martín desmiente su participación en el fusilamiento, Carrera presumió que era en realidad San Martín quien estaba detrás del ajusticiamiento (INSM, 1953, t. VIII, p.124).

Tras el fracaso de la batalla de Rancagua, Carrera debió exiliarse en Mendoza, donde fue despojado de sus cargos, para luego pasar a Buenos Aires. Desde allí se embarcó hacia Estados Unidos donde permaneció casi todo el año 1816. Al regresar a Buenos Aires con barcos y armamentos, no fue bien recibido por Pueyrredón, quien incluso le quitó una parte de las armas traídas desde Estados Unidos. No solo sus vínculos masones ayudaron a Carrera, quien se entrevistó con el presidente Madison, sino sus promesas de otorgar tierras, la Isla de Chiloe más precisamente, al ya ávido apetito territorial norteamericano.⁸²

La relación de San Martín con Inglaterra ha sido estudiada por Ocampo (2003) y antes de él por Piccirilli (1957). La correspondencia enviada por los agentes británicos en el Río de la Plata a Londres deja pocas dudas sobre esta relación entre San Martín y O’Higgins con Inglaterra, diferenciándolo del dúo Alvear y Carrera, aliado a los Estados Unidos.

La carta de Staples a Hamilton fechada el 11 de abril de 1817 en Buenos Aires refuerza esta idea. En el texto se lee lo siguiente:

The occupation of Chili has entirely defeated the plans of the Carreras... I have been informed by San Martín that to the effect this Carreras entered into a treaty with the United States by which in the event of his succeeding, Chile should cede to N. America the islands of Chiloe & Sta. Maria with the Port of Valdivia... Two of the Carreras are now under arrest, Louis having escaped.

Un mes más tarde, el 25 de mayo de 1817, Staples actualice la información de lo que sucede en el Río de la Plata con el siguiente mensaje.⁸³

⁸² Una historia de las negociaciones emprendidas por Carrera puede verse en Barros Arana (2002).

⁸³ PRO FO 72/215 Staples 1818.

[San Martín] Previous to his leaving this place he requested an interview with me, when he entered more particularly into the subject of his operations in Chili and of his prospects in Peru and stated that his chief desire was that the British Government should inform him, in any private manner, the course by pursuing which he might meet its approbation. This he earnestly requested some person might be authorised to point out to him by consulting with whom he might give that turn to the affairs of Chili necessary to accomplish the end proposed.... The character of the people of Chili he represents to be more calculated for a monarchical than a republican form of government but excepting in all cases any branch of the Bourbons.

Ya en Montevideo Alvear fundó la logia de los Caballeros Orientales, que tenía como objetivo que la Banda Oriental se reincorpore a Buenos Aires. También escribió uno de los pocos textos públicos de su autoría que se conservan: *Observaciones sobre la defensa de la provincia de Buenos Aires amenazada por una invasión española al mando del teniente General D. Pablo Morillo*. El documento lleva la firma de Alvear y tiene fecha en marzo de 1819. Se trata de un texto con ejemplos de ejercicios militares y recomendaciones tácticas para el caso de una posible ofensiva española que finalmente nunca llegaría al Río de la Plata.

4.4 La alianza con Carrera y la anarquía de 1820

El año 1820 fue uno de los más tumultuosos en los años de guerras civiles tras la declaración de la independencia. Diferentes facciones políticas se habían armado y formado pequeños ejércitos con los cuáles pretendían hacerse del poder. Solo ese año, Buenos Aires tuvo diez gobernadores diferentes, y Alvear fue uno de ellos.

El 1 de febrero de 1820, se produce la batalla de Cepeda (la otra batalla en el mismo territorio tendrá lugar en 1859), donde las fuerzas de Ramírez y López derrotan a las fuerzas de Buenos Aires, con la ayuda del chileno José Carrera.⁸⁴

El enfrentamiento fue tan breve que en algunos libros de historia figura como “la batalla de los diez minutos” (Best, 1961). Como resultado, se disolvió el Congreso y el Directorio, y el país quedó compuesto por trece provincias autónomas, dando lugar al período conocido como de la anarquía. Durante el gobierno de Martín Rodríguez, el ministro Bernardino

⁸⁴ La estrategia de López y su búsqueda de alianzas políticas y militares se detalla en Busaniche (1961).

Rivadavia firmó La Ley del Olvido permitiendo el regreso de los exiliados por razones políticas.⁸⁵

Lucio Mansilla (1945), quien luego fuera jefe de la Mazorca en el gobierno de Rosas, sostiene que Alvear, junto a Sarratea y Carrera organizan la revolución contra el gobierno de Pueyrredón con la idea de que Alvear sea nombrado Director y darle a Carrera los chilenos que estaban en los cuerpos de Buenos Aires para invadir Chile y derrocar a O'Higgins y San Martín:

Sarratea se vino antes que Alvear de Montevideo a Buenos Aires y Carrera se fue a Entre Ríos. He aquí como Sarratea fue comisionado para el Tratado del Pilar, donde se encontró con Carrera y de donde nació que subiese al poder en lugar de Alvear, que no tuvo la audacia de Sarratea. (p. 33)

Sarratea firma el Tratado de Pilar con López y Ramírez, pero Balcarce y otros miembros influyentes de la sociedad porteña se oponen a sus planes, y conspiran para derrocarlo. Cuando logran finalmente que Sarratea renuncie, se superponen una serie de gobernadores dando inicio a la llamada anarquía de 1820.

Ya en marzo de 1819 se temía el regreso de Carrera a Chile. Tomás Guido, que había acompañado a San Martín en su gesta liberadora, le escribía desde Santiago de Chile:

Si Alvear y Carrera se han dirigido a la Montonera como es de presumir, no dudo que variarán de rumbo apenas sepan que nuestras tropas repasan los Andes y se dirigirán a este país por mar o por tierra. Calcule Usted las consecuencias de la aparición de cualquiera de estos falsos.⁸⁶

Las aventuras que atravesó Alvear en los años de anarquía en Buenos Aires bien serían merecedoras de una historia aparte con escenas casi cinematográficas. Vale la pena transcribir una descripción completa de los hechos a modo de entender el clima que se vivía en la época.

En una carta que Alvear envía a Santiago Vázquez, miembro de la logia anti-artiguista, en 1820 puede leerse lo siguiente:

⁸⁵ Sobre la negociación para sancionar la ley del olvido puede verse Piccirilli (1943).

⁸⁶ Pasquali (2000, p.145).

Salí de esa y llegué a los dos días [a Buenos Aires], salté de oculto y fui a la chacra de Pirán. Allí vinieron los amigos a verme y Carreras, y de noche disfrazado fui a ver a Sarratea. Cual fue mi asombro cuando vi que ni Carreras ni Sarratea habían dado ningún paso con Soler, ni con la junta de representantes. Esta habiendo oído rumores de que yo iba al país, había pasado un oficio asegurando al pueblo que no venía yo, viendo las cosas por este estado, llamé a Soler y lo vi amigo mío pero decidido por hacer un trastorno y poner a D. Juan Ramón Balcarce al gobierno. Me llevó a casa de éste y éste se me franqueó en amigo y me ofreció toda protección. Sarratea nada podía hacer por mí. Yo aproveché la noche en ver infinidad de gentes. Al otro día se me llenó la casa de gentes, todos los oficiales se me mostraban adictos, pero el partido de los logistas tenía ya organizada la revolución de tal modo que nadie podía destruirla... De mañana, para ganar tiempo mandé a Echandía y a Hilarión de la Quintana a hablar con Soler. Este no quiso ceder, fue a la junta, y en acuerdo de los Anchorenas pasaron a Sarratea el fulminante oficio que Uds. habrán visto impreso. Don Juan Ramón Balcarce vino a casa, me llevó al cuartel de Rolón para protegerme. Salses, comandante de cívicos con quien contaba Soler, lo gané por mi socio, y fue a decirle a Soler que no permitiría se me echase fuera del país. Soler, asustado, viendo a toda la fuerza en contra, se acobardó y me mandó a Salses para que nos compusiésemos y a poco rato entró Don Ambrosio Lezica. Me llevó a su casa y delante de mas de veinte personas nos abrazamos con Soler y aparentamos reconciliarnos. En seguida me fui a casa de Sarratea. Le dije que los pasos imprudentes que habían dado en no haber destruido todo el partido caído y dejando la fuerza en manos de ellos se les habían dado los medios de hacer una revolución. Yo no quise irme porque interesaba dejarme ver en el pueblo de todos para quitar aquel horror, presentarme en los cuarteles, hablar a los oficiales, hacerme ver, y efectivamente mi opinión creció tan rápidamente que Balcarce, acabado de nombrar gobernante, temió, influido por Chobería y Medrano, y me llevaron a casa de Ambrosio Lezica. Yo no quería abandonar el campo hasta la última hora. Rondeau me vió. Los Yrigoyen, Chorroarín, Viamonte, Díaz Velez, todos se echaban en mis brazos.

La buenaventura de Alvear no duraría mucho. Su relato continúa narrando los hechos que rápidamente torcieron en contra la opinión de miembros influyentes de la sociedad porteña:

Yo desconfiando de Chobería y Medrano me embarqué en un barco de Lezica, y con los amigos hicimos que Jewett con la hermana de Carreras y el *Veinticinco de Mayo* bloqueasen el puerto, como lo hicieron. Este paso los asustó. Vuelto de mi comisión, la facción de Pueyrredón se desesperó. Querían nombrarme general para pelear yo. No quise admitir diciéndoles que yo serviría siempre como un mediador pero no tomaría partido ni por unos ni por otros. El pueblo clamaba porque yo me pusiese a su cabeza. Hace un oficio al cabildo dimitiendo el mando, en este instante se alborota el regimiento de Rolón, toma las armas, la toman los argentinos, bajamos al tumulto. Los aguerridos nos hacen descargas terribles de fusilería en el corredor del fuerte. Bauzá es herido de dos balazos, a mi lado, Pirán, el infeliz Pirán, recibe tres balazos en un brazo. Caen soldados muertos y heridos, se apagan las velas y unos a otros se fusilaban a oscuras sin saber quienes eran los amigos y enemigos. Jamás he visto más confusión, más desorden, más riesgos. Una mano invisible me libró. Balcarce y los amigos suyos, unos se tiran por las ventanas, otros se esconden. Todo el fuerte a oscuras, y yo en medio del tumulto rodeado de algunos amigos, entre ellos Manuel Oribe. No quería abandonar a Pirán, que se desangraba, le atamos tres pañuelos, lo encerré en un cuarto con Bauzá y varios heridos, bajo a ver si podía contener el desorden. Los argentinos gritaban “Viva el general Alvear”, pero se hacían fuego unos a otros, lo mismo que los aguerridos. Todos mis esfuerzos inútiles para contener el desorden, y los soldados se desbandan por las calles haciendo fuego indistintamente matando varias personas. Los vecinos cierran sus puertas y no se oía por las calles sino tiros.

En medio de la confusión, Alvear intentó que el Cabildo de Buenos Aires volviera a tomar control de la situación y ponerse a la cabeza del ejército federal, pero lo retuvo el auxilio a uno de sus oficiales heridos:

Trato de reunir el cabildo, todo fue imposible, y ahí tiene Ud. como falló mi plan. Gano mi casa, encontrando soldados por todas partes que hacían fuego, y yo temí que la ciudad fuese saqueada aquella noche sin remedio, pero la providencia dispuso de otro modo. En mi vida había corrido riesgo mayor. Un partido que me quedaba que tomar, que era ganar el ejército federal aquella noche, pero no quise hacerlo por no abandonar a Pirán. Vuelvo al fuerte, lo protejo, tengo que ir a llamar médicos. Estos no querían salir; al fin vienen, se reconoce la herida y se encuentran

tres balazos en el brazo izquierdo que le habían hecho pedazo todo el hueso y se resuelve cortarle el brazo a cuatro dedos del hombro. He visto hombres valientes en mi vida, pero como Pirán ninguno. El valor heroico, un carácter de héroe. Jamás he visto hombre tan guapo, ni herido, ni al momento de cortarle el brazo de esta horrorosa operación, que yo mismo presencié, no se le escapó un “ai”. Sereno, hablaba, fumaba un cigarro y asombró a todos, a pesar que estaba en un estado tan débil. No puede figurarse Ud. lo que me ha consternado esta desgracia y estoy de mucho cuidado por su vida. El se empeñó en acompañarme, acabado de herir a oscuras y bañándome en su sangre, me abrazaba y me decía, “No tengas cuidado, muero por tí, pero muero contento, no te aflijas. Mi vida la sacrifico con gusto”. No puedo dejar de hablar de este joven. Me ha asombrado, a todos le ha sucedido lo mismo.

Cuando por fin Alvear decide salir a la búsqueda de su ejército, los miembros del partido “de los logistas”, como él llama a la facción encabezada por Escalada y otros miembros del Cabildo, salen a su caza para intentar asesinarlo:

Al otro día de madrugada, monto a caballo acompañado de Cullen para ir al ejército federal. El infame French me destaca una partida de cuatro cívicos mandada por un Montes de Oca joven. Me quieren obligar a echar pie a tierra, hacen armas, echo mano del sable, se reúnen hasta diez cívicos, me corren al galope al medio de la plaza adonde había concurrido un populacho inmenso. Allí con el sable desenvainado, grita Montes de Oca “aquí está Alvear. que muera”. Nadie le contestó. Las personas decentes echan a correr, crece el tumulto y a Montes de Oca se une el infame Toyo, que grita “que muera”. Nadie los sigue, galopo yo a ganar, en el cabildo echo a tierra. El artillero Gomez quiere tirarme un pistoletazo, erra el fuego. Montes de Oca corre al cabildo a favorecerme, Ramos desvía la mano de Montes de Oca que me tira un sablazo, y me entro en la cárcel. Se cierra la puerta. El pueblo no sigue el motín. El plan de Soler y French fue a ver si el pueblo me mataba o sus satélites, y se engañaron. En seguida entra el ejército federal y viene una diputación del cabildo y del gobierno. Me sacan para llevarme donde yo quisiera, yo insisto en embarcarme y me embarqué, hallándome a bordo de la Brac que manda Yuit y está por nosotros. La tenacidad de Carreras nos ha perdido por el momento.

Refugiado en una goleta, Alvear continúa buscando la forma de unirse al ejército federal de Ramírez y López, creyendo que respaldaría el nombramiento de gobernador que le había dado el Cabildo de Luján:

La opinión de todo el mundo está por mí. Los de dentro y los de fuera, solo Soler, French, Vedia, los Escalada y Juan Ramón Balcarce, Rojas y Anchorena está en contra. Carreras ha conocido ahora su error. Hoy esta noche o mañana, voy a desembarcarme e irme con Carreras al ejército federal que está a 4 leguas y organizaremos una revolución dentro. Contra Soler el triunfo es seguro. Sarratea es el hombre más débil del mundo, quiere contemporizar con todos y se muere de miedo de Soler. Los amigos de Pueyrredón son perseguidos con encarnizamiento y serán destruidos. Todo el odio de este procedimiento carga contra Soler. (Ocampo, 2003, p. 130 y ss.)

Tras esta huida de la capital digna de una película, Alvear parte a encontrarse con los caudillos federales del litoral. La misiva sigue con una caracterización de Ramírez, que contradice la visión histórica ingenua de que Alvear, como unitario, solo quería dominar a los federales para imponer la autoridad de Buenos Aires:

Ramírez y López están firmes por mí. Pocos hombres hay en la revolución mas vivos que Ramírez, es profundo y sereno como nadie. Como nuestro plan es aglomerarnos con varios de los caídos, voy a decir a Ud. con los que podemos aglomerarnos, porque los he visto de mejor fe: Rondeau, Díaz Velez, Miguel Yrigoyen, Viamonte, Saavedra se entregaba en mis brazos pero es nulo. Yo creo que hoy Ud. deben cubiletear con todos ellos e infundirles confianza en mí, diciéndoles que yo me uniré con ellos, pero que es preciso acabar con Soler. Tampoco pueden ver a Sarratea, pero es preciso sostenerlo. Ambrosio Lezica es muy amigo de Pueyrredón, pero se ha portado muy bien conmigo. El tuerto Yrigoyen está a matar con Pueyrredón. A Julián Alvarez infúndanle Uds. confianza. Julián Alvarez, Díaz Velez y Pedro Lezica y Juan Pedro Aguirre se dividieron de la logia contra Pueyrredón y Soler los cagó a todos, porque los engañó. Hoy esta noche o mañana a más tardar he de ir a tierra a unirme con Carreras y Ramírez. Todas las medidas están tomadas. Solo mi constancia no me hace desmayar en medio de tantos riesgos y peligros. (Ocampo, 2003, p. 130 y ss.)

El relato fácil de la historia muestra a Rondeau en contra del intento de dominación de Buenos Aires, pero es el propio Rondeau quien impulsa la Constitución de 1819 que lleva a la sublevación de López y Ramírez. En el conflicto entre Buenos Aires y el litoral se hallan los motivos que originaron la anarquía de 1820.

La historia infantil señala que los caudillos del interior querían librarse del poder autoritario de Buenos Aires para emprender un modelo de nación basado en el desarrollo nacional y no ligado a las élites extranjeras. No pueden explicar cómo unitarios como Vicente López hayan sido de los primeros en defender y promover una industria nacional. Esta visión de la historia peca de contradictoria cuando demoniza personas cuando se oponen a sus creencias y endiosa, a los mismos personajes, si actúan en consonancia, brindando así una visión fragmentada de las personas y de los hechos históricos.

En realidad, unitarios y federales, caudillos del interior y burocracia comercial porteña peleaban por lo mismo: pedazos de poder del desmembrado virreinato. La diferencia radicaba en que los caudillos del interior necesitaban, sí o sí, de la Aduana y el puerto de Buenos Aires. He allí simplemente la raíz histórica de las desavenencias y de las guerras civiles. Una verdad histórica muy alejada de la lucha entre malos-oligarquicos-porteños y buenos-nacionalistas-populares-caudillos, la versión novelada sobre la que insisten ciertos autores del revisionismo⁸⁷.

Los papeles de García conservados en el Archivo General de la Nación dan cuenta de las vicisitudes de la anarquía de 1820 (AGN, Colección, Sala VII, Legajo 94, Correspondencia Diplomática). En una misiva fechada el 21 de marzo de 1820, Pedro García escribe a su hijo Manuel:

Hace 8 días fugó Balcarce con sus devotos, Saavedra, Rondeau, los dos Yrigoyen, Viamonte y don Díaz Velez, Ambrosio Lezica, Rolón y otros muchos de menor rango y han caído presos los congresales que no pudieron fugar.... Se repuso Sarratea en el gobierno y Soler en el mando de las armas, auxiliado del oriental Ramírez y Carreras, a que se unieron las milicias de la campaña y las tropas de línea de la ciudad... Se ha derramado alguna sangre, ha habido muertes, robos y algunos saqueos o pesan ese haber entrado las tropas a la hora no es mas de haberse sabido estaba desamparado el fuerte y acéfalo el pueblo. Alvear, que el día antes había desembarcado y sido comisionado para mediador fue preso en la plaza y puesto en

⁸⁷ Un ejemplo de estos relatos que presentan la historia como una lucha de los buenos caudillos del interior contra los malos dictadores porteños es O'Donnell (2012).

la cárcel publica para librarle de ser victima del pueblo que pedía su cabeza y luego trasladado a bordo de un buque donde aun permanece... El otro caerá de proceso contra los del Congreso que admitieron a tu lector la propuesta del príncipe de Lucca por soberano... Esta metamorfosis de gobierno y gobernantes con injerencia de Carreras no puede serle grata a San Martín y O'Higgins en Chile contra quien se apresta el primero con actividad para pasar a aquel Reyno a cuyo efectos esta formando tropas y reuniendo todos los chilenos que servían en este ejercito... su partido en Chile crece y mengua el de San Martín.

Efectivamente, Balcarce inicia a las pocas semanas del estallido una contraofensiva que obliga a Alvear a refugiarse en el barco de David Jewett, un corsario estadounidense que acompañaba a Carrera. Pero al ser rechazado por el Cabildo, Sarratea vuelve a ser nombrado gobernador (ya lo había sido desde el 18 de febrero al 6 de marzo), puesto que mantendrá desde el 11 de marzo al 2 de mayo. La revuelta de Balcarce apenas dura 5 días (desde el 6 de marzo al 11 de marzo).

En carta a San Martín escrita el 10 de abril de 1820, Sarratea da cuenta de la situación y nuevamente confirma el apoyo que tenía Alvear entre los oficiales:

Ayer, domingo se pasado sin revolución, y esto es un fenómeno; porque nos hemos puesto en el pie de que haya una cada quince días. Vea Usted que hermosura. A la de Juan Ramón Balcarce ha sucedido otra presidida por Alvear, a quien suponíamos en la Bahía, y el día 26 del pasado apareció en el cuartel de Agueridos con toda la guarnición sublevada que lo había aclamado por su general. El general Soler y algunos oficiales superiores fueron embarcados aquella madrugada, otros llamados y detenidos en el cuartel.⁸⁸

En ese texto Sarratea describe su deseo de alejarse de cargos en el Río de la Plata e integrarse al ejército de San Martín en Perú. Para 1820 se encontraba en Buenos Aires el diputado chileno Miguel Zañartú, quien confirma el apoyo que recibía Alvear en los sucesos que dieron lugar a la anarquía. Cercano a O'Higgins, Zañartú teme por el regreso de Carrera a Chile. En carta fechada el 23 de marzo de 1820 escribe a San Martín: "Soler está de general en jefe, pero bien desalentado y amenazado de ser sustituido por Alvear quien tiene en su favor a Carrera, Sarratea y a la mayor parte de los oficiales" (t. 16, p. 33).

⁸⁸ INSM, 1953, t. X, p.139.

Sarratea logra regresar a la gobernación aliado con el Cabildo de Buenos Aires y rechaza la intervención de Alvear como jefe militar de la Capital, a quien llama “miserable Catilina de nuestros tiempos” (Iriarte, 1951, t. 1, p. 237), en referencia al supuesto traidor a la república romana. Alvear consigue refugio en el campamento de Ramírez y es perseguido por Domingo French, quien es frenado por el caudillo entrerriano (citado en Ocampo, 2003):⁸⁹

El general Alvear ha marchado y marcha bajo mi protección porque así me lo aconseja la justicia y la humanidad. ¿Que habría dicho de mi la nación si a la insinuación del general Balcarce hubiese entregado a la oficialidad y demás individuos que se acogieron a las banderas federales? Es por ventura menos acreedor el general Alvear? Dirá V.S. que es traidor? El mismo título dará Alvear a muchos de quienes le persiguen. Y me haré yo juez de semejante causa? No señor general, conozco la revolución y se que la indagación de la verdad toca a un tribunal legítimo o imparcial y no a los enemigos del desgraciado que figura reo. (p. 133)

Cuando el general Soler derroca a Sarratea en Junio de 1820, se produce el día de los tres gobernadores, cuando el Poder es detentado por Idelfonso Ramos Mejía, el propio Cabildo de Buenos Aires, y el general Soler. Al mismo tiempo, López y Ramírez deciden que Alvear debería ser nombrado gobernador y que López marcharía hacia la capital junto con Carrera, mientras Ramírez se ocupaba de las fuerzas de Artigas al norte. Alvear se une al mando de sus oficiales más fieles, entre los que estaban Martiniano Chilavert, Tomás Iriarte, Manuel Oribe, Vicente Balbastro, y varios otros.

Tiene lugar el 24 de junio la batalla de Cañada de la Cruz, que enfrenta por un lado las fuerzas de Carrera, Alvear y López con las del general Soler. Triunfaron los primeros, y Soler escapó hacia Luján con su escolta. Entre los prisioneros estaba Domingo French, pariente de Alvear, que había intentado asesinarlo por órdenes de Soler, y a quien Alvear perdona la vida. Tras la victoria, López y Carrera nombran oficialmente a Alvear como gobernador de Buenos Aires, nombramiento que fue ratificado por el cabildo de la ciudad de Luján el 1 de julio de 1820. Sin embargo, el Cabildo de Buenos Aires no aceptaría la designación, y en su lugar nombraría a Manuel Dorrego, quien junto a las fuerzas que había escapado de Cañada de la Cruz comienza a rearmar el ejército de la ciudad.

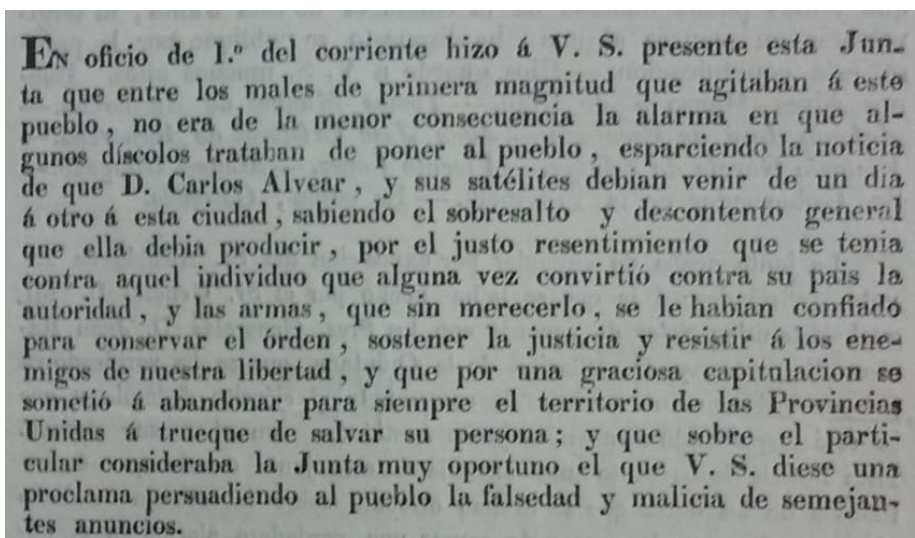
Dorrego lanzaría una ofensiva y derrotaría en San Nicolás de los Arroyos a las fuerzas de Alvear y Carrera el 2 de agosto, ofensiva liderada por Juan Manuel de Rosas, Lamadrid y

⁸⁹ Carta de Ramírez a French, 30 de marzo de 1820.

Martín Rodríguez. Los campesinos de Buenos Aires liderados por Rosas vestían ya entonces de un llamativo colorado. Tras el triunfo, López se repliega en Santa Fe y busca negociar un acuerdo de paz con Dorrego. En ese combate, Alvear y Carrera representan al interior de Ramírez y López, mientras que las fuerzas triunfantes son las de Buenos Aires.

Este acuerdo implicó un nuevo exilio de Alvear en Montevideo. Mientras que Carrera y los oficiales chilenos que le respondían comenzaron la avanzada hacia el oeste para cruzar los Andes, una aventura que terminaría con su muerte en la provincia de Mendoza. El 5 de marzo de 1820, la Junta de Representantes de Buenos Aires publica un oficio donde asegura que Alvear salvó su vida solo a cambio de la promesa de no regresar nunca al país:

Figura 7. Extracto del oficio original del Cabildo fechado el 5 de marzo de 1820



EN oficio de 1.º del corriente hizo á V. S. presente esta Junta que entre los males de primera magnitud que agitaban á este pueblo, no era de la menor consecuencia la alarma en que algunos díscolos trataban de poner al pueblo, esparciendo la noticia de que D. Carlos Alvear, y sus satélites debían venir de un día á otro á esta ciudad, sabiendo el sobresalto y descontento general que ella debía producir, por el justo resentimiento que se tenía contra aquel individuo que alguna vez convirtió contra su país la autoridad, y las armas, que sin merecerlo, se le habían confiado para conservar el orden, sostener la justicia y resistir á los enemigos de nuestra libertad, y que por una graciosa capitulación se sometió á abandonar para siempre el territorio de las Provincias Unidas á trueque de salvar su persona; y que sobre el particular consideraba la Junta muy oportuno el que V. S. diese una proclama persuadiendo al pueblo la falsedad y malicia de semejantes anuncios.

Fuente: Museo Mitre. Fotografía del original tomada por el autor, fondo COHPA, C 0 N° 2641.

Ya reinstalado en Montevideo, Alvear se opuso a la anexión de la Banda Oriental a Portugal. Al enterarse Lecor de sus actividades, lo reprendió por abusar de su hospitalidad (Ocampo, 2003, p. 138). No fue hasta 1822, con la asunción de Martín Rodríguez al gobierno y de su ministro Rivadavia, que se firmó la Ley del Olvido, y se permitió el regreso de Alvear a Buenos Aires.

En paralelo a la batalla de Cañada de la Cruz se desata en el litoral la batalla entre Artigas y Ramírez. La campaña de Ramírez contra Artigas en la Mesopotamia muestra una vez más un reduccionismo que busca poner a todos los caudillos en la misma bolsa, agrupados contra el poder centralista, unitario y extranjerizante de Buenos Aires. Las alianzas también efímeras entre otros caudillos, como López y Ramírez, mostrarán la fragilidad de las coaliciones, que no estaban arraigadas en ideologías o principios firmes, ni siquiera en preceptos sobre el modo de organización nacional, sino en beneficios cortoplacistas, en acuerdos personales que garanticen la cuota de poder necesaria para mantenerse al mando del poder político y militar en cada una de las distintas regiones.

Tras la ocupación portuguesa de Montevideo, Artigas había rearmado sus fuerzas con indios del norte de Corrientes y de las Misiones. La ruptura con Ramírez se da cuando Artigas se entera de la firma del Tratado de Pilar, que se llevó a cabo sin su visto bueno, entre Ramírez y López “de quienes creía eran sus subordinados” (Best, 1961, t. 1, p. 348). Artigas también pretendía unir las fuerzas del litoral y Buenos Aires para recuperar la Banda Oriental. Así inició la invasión hacia al sur con el ánimo de llegar a Entre Ríos. Sin embargo, sus fuerzas son derrotadas por las de Ramírez en la batalla de Bajada del Paraná, curiosamente también el 24 de junio de 1820. Artigas debió aislarse en Paraguay, dejando de lado la política en el Río de la Plata. Envalentonado, Ramírez se proclamó Jefe Supremo de la República de Entre Ríos.

Ramírez tomó los armamentos que ganó de las tropas de Artigas, y se convertía en un factor de temor tanto por Buenos Aires, como por la propia Santa Fe. Tal es así que López decide romper su alianza con su viejo camarada para sellar un acuerdo con Buenos Aires cuando asume el gobierno Martín Rodríguez. La historia tradicional conoce como el Pacto de Benegas a la alianza entre Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires contra Ramírez. Este pacto incluía la entrega de Carrera a Buenos Aires, pero López le permite marcharse. Carrera parte con 120 hombres, muchos indios, y cuando llegan al pueblo de Salto se produce el conocido saqueo de la población. Rodríguez envía parte del ejército a detenerlo, pero al no encontrarlo vuelve a Buenos Aires. Carrera logra llegar hasta Mendoza donde finalmente es detenido y fusilado (Lira Ugueta, 1983).⁹⁰

No puede probarse que San Martín haya tenido decisión directa sobre el fusilamiento de los Carrera. Pero las expresiones de O'Higgins desde Chile dan cuenta de un sentimiento tan fuerte en contra de los hermanos Carrera que presumiblemente era compartido, a sabiendas

⁹⁰ También en Iriarte (1863).

de que Monteagudo, mano derecha de San Martín, tuvo actuación durante el fusilamiento. Favaloro (2009) recuerda la carta que O'Higgins escribe a San Martín el 9 de septiembre de 1817:

Los Carrera han sido siempre lo mismo y solo variarán con la muerte; mientras no la reciban fluctuará el país en incesantes convulsiones.. Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal. Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera júzgueseles y mueran.

Más allá del pedido formal de juicio que nunca tuvieron, es claro que O'Higgins y probablemente muchos de sus aliados, hayan tenido la sentencia preparada de antemano.

La suerte de Ramírez, vencedor de Artigas, no fue muy diferente. Las fuerzas de los aliados, tras varios combates, le dan caza y muerte el 10 de julio de 1821, poniendo fin así a la experiencia de la República de Entre Ríos, y colocando en el mando a un gobernador adicto a las políticas de Buenos Aires.

Ya para entonces, Alvear se encontraba en Montevideo. ¿Quién podría culparlo de la anarquía en el territorio? ¿Siquiera de los males que azotaban al país en luchas fratricidas donde los unitarios actuaban con los federales o viceversa? ¿Los federales se ajusticiaban entre sí? Estas luchas continuaron por años, y tuvieron su epicentro más adelante, con el fusilamiento de Dorrego por órdenes de Lavalle.

Tendrá que esperar dos años para regresar Alvear con el gobierno de Rodríguez y Rivadavia. La Ley del Olvido generó algunas renunciaciones como las de Antonio Millán, histórico miembro del Cabildo de Buenos Aires, quien en su carta de renuncia asegura: “El pérfido José Miguel Carrera (que ya no existe sobre la tierra), y el proscrito Alvear, uno y otro Calígula y Nerón de Sudamérica, protegidos por el peor de los malos antipatriotas: Manuel de Sarratea” (INSM, 1953, t. 18, p. 420).

El 1 de noviembre de 1820, el suegro de San Martín, José de Escalada, escribe una carta narrando los resultados de la frustrada intentona de Carrera y Alvear por hacerse del gobierno en Buenos Aires. La carta comienza con un sugestivo: “Hijo mío muy amado, y que tanto esplendor das a mi casa, a pesar de tantos enemigos envidiosos que aquí tienes”. Allí cuenta:

Alvear se ha vuelto por segunda vez a Montevideo, y dicese que, por falta de auxilio de los portugueses, que no quieren dar la cara tan a las claras, piensa en irse a Norteamérica. No lo creo, por la pobreza en que se halla, otros dicen que el padre le ha logrado indulto para su vuelta a España. (INSM, 1953, t. 16, p. 158)

Como representante de los intereses del Cabildo, Escalada fue uno de los más acérrimos opositores a Alvear. Este es uno de los tantos hechos históricos que fueron dando forma a la idea binaria de Alvear versus San Martín, y al relato que, a medida que agigantaba la figura del último, más repudiaba al primero.

4.5. Alvear y San Martín

Una de las grandes incógnitas de la historia argentina, y que ha dado lugar a muchas especulaciones, es la siguiente: ¿por qué se distancian San Martín y Alvear?

No hay aquí la posibilidad de establecer un juicio claro. De hecho la correspondencia entre ellos continúa cuando Alvear se encuentra en el exilio, después de que evidentemente sus caminos políticos se habían distanciado.

Su relación se inicia en España, cuando Alvear recluta a San Martín como a muchos otros americanos. Es Alvear quien encabeza el viaje de todos ellos de España a América. En el caso de San Martín, no tenía ningún pariente ni familiar en Buenos Aires. Tal habrá sido la cercanía entre ambos que Alvear es padrino de su boda con Remedios de Escalada (García Hamilton, 2000).

Tras realizar juntos el golpe que derroca al Primer Triunvirato en octubre de 1812, Alvear se incorpora al regimiento de granaderos a caballo creado por San Martín.

Los caminos comienzan a bifurcarse cuando San Martín no aprueba el sitio a Montevideo ni la construcción de una armada, como proponen Alvear y Larrea en 1813, y pretende más ayuda de Buenos Aires para el Ejército del Norte. Alvear sigue con sus planes, rinde Montevideo, y en junio de 1814 le escribe a San Martín:

Amadísimo amigo: Hemos concluido muy pronto esta importante guerra... la fortuna me ha favorecido en todas mis empresas admirablemente; ella quiera sea propicia a ustedes del mismo modo... Memorias a los amigos y mande como siempre a este su verdadero y apasionado amigo.

Ocampo (2003) comenta:

Esta carta se ha hecho famosa, por el comentario que escribió San Martín en su margen: Ni Napoleón. Se la quiere mostrar como una prueba más de la hipocresía de Alvear, cuando en realidad solo evidencia su ingenuidad y el resentimiento de San Martín.

Una alternativa para analizar las causas de la separación es identificar la secuencia temporal. Por ejemplo, hasta bien entrado el año 1813, no había indicios de separación, de hecho el 8 de diciembre de 1813, Manuel Belgrano, en ese entonces General en Jefe del Ejército del Norte, escribe a San Martín una misiva donde dice que ha “celebrado que venga el Coronel Alvear, y más ahora que Usted me confirma las noticias que tengo de sus buenas cualidades; mucha falta me han hecho los buenos jefes de división porque un General no puede estar en todas partes” (INSM, 1953, t. 2, p. 44).

Tras la victoria en Montevideo, Alvear envía una carta informando de lo sucedido a San Martín:

Amadísimo amigo:

Hemos concluido muy pronto esta importante guerra y ya las Provincias Unidas no tienen más enemigos por esta parte. De resultas del trote que pegué a Otorgués se ha humillado Artigas y he celebrado con él un pacto concediéndole una amnistía a todos los que le seguían con lo cual ha concluido felizmente también esta guerra que hubiese sido muy prolongado y fastidiosa.

La fortuna me ha favorecido en todas mis empresas admirablemente, ella quiera ser propicia a usted del mismo modo.

Hemos tomado en la plata pertrechos de numerosos de guerra y siete mil cuatrocientos y tantos fusiles, además de tres mil cortones de esta arma que en Buenos Aires serán pronto otros fusiles.

Mi ejército le he aumentado prodigiosamente no solo con los prisioneros que han tomado partido sino con gran número de reclutas que he hecho en la campaña y

consta de muy cerca de siete mil hombres. Memorias a los amigos y mande como siempre a este su verdadero y apasionado amigo.⁹¹

En 1814, es San Martín quien pide hacerse cargo de la gobernación de Cuyo, hecho que el Director Posadas le concede. Mantiene durante mucho tiempo correspondencia asidua y afable. Recordando que el pedido de abandonar Cuyo por razones de salud fue de San Martín, muy lejos del supuesto complot que se quiere atribuir al tándem de Alvear y Posadas.

El 24 de junio de 1814, Posadas escribe lo siguiente a San Martín:

Mi amado amigo, Respire ese corazón: Montevideo es nuestro por capitulación. Carlos está dentro con sus tropas. La escuadra del Estado se haya apoderada del puerto. Pongase Usted bueno y ataque la maldita enfermedad para poder resistir a Pezuela si como Usted dice se acerca a Tucumán. (INSM, 1953, t. 2, p. 154)

Cuando San Martín pide licencia por enfermedad como gobernador de Cuyo, Alvear nombra un reemplazante que se vuelve a mitad de camino entre Mendoza y Buenos Aires cuando San Martín se recupera y decide regresar a la gobernación.

La narrativa tradicional y la histórica comparten en este caso las mismas conclusiones y el mismo origen. Consideran a Alvear ambicioso y celoso de los saberes militares de San Martín, y que debido a ello intentó poco más que matarlo en varias ocasiones.

El primer intento de asesinato habría sido muy temprano, cuando San Martín se despide para hacerse cargo de ejército del norte. Allí, según Mitre (1876, p. 325), Alvear había dicho “ya cayó el hombre”, irónicamente.

Como vimos, esta supuesta despedida no pasó de un trascendido, y hay pruebas de una relación entre San Martín y Alvear después de ese episodio. Lo cierto es que Alvear nunca se llevó bien con Rondeau, maestro de Mitre. Y luego los familiares de Alvear pelearían del bando opuesto a Mitre. La animadversión contra Alvear es manifiesta en la obra de un Mitre que como historiador tuvo mucho de político, y como político tuvo mucho de militar.

En 1816 y 1818, Alvear escribe una serie de cartas pidiendo ayuda a San Martín. A continuación, transcribimos una de ellas:

⁹¹ Carta fechada el 11 de julio de 1814. Original en el Museo Bartolomé Mitre, Fondo José de San Martín, folio 152.

Mi estimado amigo:

Arrojado de mi país como usted sabe, he venido a encontrar aquí una nueva patria y un gobierno protector... Mi situación es lo más deplorable del mundo en materia de intereses, los únicos bienes que me habían quedado eran los de mi herencia materna, que debían tocarme de resultas de la muerte de mi abuela, estos han sido injustamente embargados.

Ignoro el grado de resentimiento, en que usted pueda hallarse con respecto a mi: pues nuestros comunes enemigos han tratado incesantemente de afinar la discordia entre los dos, pero como por una parte mi conciencia nada me reprocha con respecto a usted, y por la otra, el conocimiento que tengo de sus virtudes me mueven paiano mio a escribirle a usted para si tiene algún valimiento con el gobierno de Buenos Aires se empeñe con él, para que me vuelvan mis bienes embargados; de otro modo me es imposible vivir y tendré que pasar el resto de mi vida en la más horrible miseria, con una familia inocente que ha tenido la desgracia de pertenecer a un padre que ha perdido todo por su fanatismo, en hacer toda especie de sacrificio en obsequio de un país que le ha pagado con tanta ingratitud.⁹²

En otra misiva se muestra el tono moderado de la relación que aún creía Alvear tener con su excompañero:

Mi muy estimado amigo. Hace tiempo escribí a Usted dos cartas que ignoro absolutamente si ellas habrán llegado a manos de usted, aunque me inclino a creer que no, por no haber tenido contestación de Usted ellas eran reducidas a recordarle mi situación, y a suplicarle el que no echase en olvido a este su amigo, cuya situación presentirá usted muy bien y que a sido tan apurada y es que no he tenido otro remedio mas que mandar a mi familia a Buenos Aires para que puede allí sustentarse a la sombra de mis parientes maternos, tal ha sido la vuelta de la fortuna y el resultado de la inconstancia humana. Yo espero que usted en medio de sus prosperidades no olvide a un amigo desgraciado que ha sabido apreciar a Usted y que espera solo de Usted el alivio de sus males. Yo conozco que quizás no este al alcance de Usted hacer mucho a mi favor. Yo no se si Usted mirara quizás como

⁹² Transcripción parcial de un original más largo, fechado el 28 de febrero de 1818, que incluye noticias del exterior y una referencia de carta para Zapiola. El texto puede verse en el Fondo José San Martín, del Museo Bartolomé Mitre, folio 602.

una imprudencia el que yo moleste a Usted sobre esto, aunque creo que Usted podrá disculparme, atendido mi situación y relaciones antiguas de amistad que nos unen. Aquí estamos todos esperando por momentos la derrota de la nueva expedición y todos estamos bien persuadidos de que Usted sabrá vencer todas las dificultades adquiriendo nuevas glorias.

El caballero Rosales, quien es el portador de esta, se me a ofrecido a entregar a Usted en propia mano y no he querido perder una ocasión tan seguro sin saludar a Usted. Me atrevo a decir a Usted que cualquier villa de ese reüno y aun la punta de San Luis que se me diese por destino lo miraría como una felicidad.

Deseo a Usted toda especie de felicidades y que no se olvide de este su verdadero y entrañable amigo.⁹³

Se trata, como vemos, la carta de un hombre desesperado. Quién podría decir que el autor de esta misiva sería a los pocos años el jefe del Ejército de las Provincias Unidas, quien comandaría la campaña en el Brasil derrotando a las fuerzas brasileñas en la batalla de Ituzaingó.

No parece ser tampoco hasta aquí alguien que guarda rencores a San Martín, quien responde a la carta de Alvear en una misiva que se ha perdido. Lo sabemos porque sí se encuentra un nuevo envío de Alvear donde agradece la respuesta.

Antes de este intercambio epistolar, San Martín recibe una carta fecha el 21 de mayo de 1818 de Tomás Guido, uno de los hombres que siguieron toda su vida siendo amigos de San Martín y Alvear (en esa época no había incompatibilidad), escribía a San Martín desde Santiago de Chile pidiendo protección para Carmen de la Quintanilla, esposa de Alvear (INSM, 1953, t. VII, p. 107):

Reina actualmente la mayor tranquilidad en esta capital: tengo en ejercicio algunos cachumbos que olfatean cuanto pasa, y me aseguran que no hay novedad. Por separado escribo a Usted bajo la cubierta de la mujer de Alvea, recomendándole su protección, Usted sabe el valor de estas cosas.

El 7 de junio de 1818, Alvear vuelve a escribir a San Martín tras haber recibido su respuesta, esta vez desde Montevideo (INSM, 1953, tomo VII, p. 454):

⁹³ Carta fechada el 28 de febrero de 1818, original en el Fondo José San Martín, del Museo Bartolomé Mitre, folio 3003.

Mi estimado amigo e tenido el gusto de haber recibido su apreciable de Usted del primero del corriente y quedo a usted muy agradecido de los pasos que Usted ha tenido a bien hacer, en concepto de mejorar mi suerte, Carmensita me a echo saber además el interés con que Usted ha pensado mis cosas, yo conozco muy bien las razones que usted me da, y veo la necesidad de sujetarse a su prudente consejo, hasta que circunstancias más felices pongan a Usted en disposición de hacer eficaces sus deseos en obsequio mío. Mi situación aquí es muy crítica y probablemente tendré que abandonar este punto, asi que lo que mas me aflige es la escases de fondos, si mis bienes se me devolviesen yo podría tomar hoy dos o tres mil pesos sobre ellos y con este dinero podría subsistir en países donde estuviere con otra seguridad que aquí, esto me parece que sería a Usted muy fácil de conseguir del gobierno, y mi agradecimiento a Usted sería eterno y más cuando mis miserables bienes nada pueden influir en beneficio del Estado. Si la decisión de la Cámara tardara mucho y yéndose Usted nada consiga, como sucedió la otra vez, asi me atrevo a suplicar a usted que teniendo Usted presente mi situación tome este negocio bajo su protección, que con ella me prometo un feliz resultado. Tenga Usted la bondad de ponerme a los pies de Remedios y de mandar en lo que guste a este su invariable y verdadero amigo.

Q.B.S.M.

Carlos de Alvear

No sabemos si San Martín continuaría sus gestiones para darle a Alvear medios para subsistir o viajar a otro país, como él mismo se lo podía. No hemos podido encontrar documentación que prueba que San Martín intentó o no intentó ayudar a su excompañero de armas. Para esa época, San Martín ya se encontraba en Santiago de Chile organizando la expedición al Perú que tendría lugar al año siguiente.

Nada de esto, por supuesto, es comentado por Mitre (1878). Por el contrario, la animosidad manifiesta contra Alvear aparece incluso con argumentos inverosímiles, y sin prueba alguna:

Alvear veía que el camino de la gloria militar era también el camino del gobierno, y esta tendencia egoísta de su ambición, podía estimularle a obrar grandes cosas, pero no forma un héroe. San Martín aunque no mirase en menos el poder, tenía vistas más largas, propósitos más deliberados, aspiraciones más generosas: él buscaba para la revolución el camino de la victoria. Después de Ayohuma, Alvear cedió a San Martín el poco envidiable mando de un ejército derrotado. San Martín comprendió que se trataba de alejarle para anular su influencia, y se resistió al principio a aceptar: pero pensando quizá con más madurez, que luchaba en terreno desventajoso para él, y que en definitiva la supremacía sería del vencedor en los campos de batalla, se decidió a marchar al Perú, y abandonó a su rival el imperio de la logia. Alvear le acompañó hasta la salida de la ciudad, y al separarse dijo a sus amigos, riéndose alegremente: “Ya cayó el hombre”.

No hay ninguna prueba de este dicho, que podría considerarse como de origen de la enemistad. Apenas trascendidos que llegaron a Mitre sesenta años después de haber ocurrido, quien sabe con cuantas tergiversaciones. Lo cierto, es que poco de lo que dice Mitre como historiador sobre Alvear puede ser considerado como desinteresado. Mitre fue discípulo del general Rondeau. Era sargento mayor y servía a su lado en 1845 cuando Rondeau muere, e incluso ha trascendido que en el lecho de su muerte Rondeau lega su espada a Mitre para que continúe con su obra (Ocampo, 2016).

En sus memorias, Tomas de Iriarte, narra un encuentro que tuvo lugar en 1824, cuando San Martín y Alvear, por diferentes razones, se hallaban en Londres. Alvear había sido enviado por Rivadavia, ministro de gobierno de Rodríguez, para lograr el reconocimiento de las Provincias Unidas. San Martín, venía de reunirse con su amigo el conde de Fife. Según Iriarte, el encuentro entre ambos en la residencia de Parish Robertson, a la que concurrieron varios americanos, culminó en una discusión acalorada.

A partir de entonces, pero una vez que San Martín se hallaba en el exilio y lejos de la actividad política y militar en las Américas, su juicio sobre Alvear se recrudece. Lejos parecen haber quedado los elogios que intercambiaba con Manuel Belgrano sobre el joven coronel Alvear.

En 1826 Alvear es nombrado comandante en jefe del ejército republicano que invadiría las tierras brasileras. Cuando San Martín se entera, escribe su opinión a su amigo Tomás Guido:

Parece que este atolondrado y ambicioso joven fuera una mala estrella que gravita sobre el país para darle continuos pesares, pues su carácter inquieto no hará mas que continuar en sembrar la discordia, apoyado por los pillos que lo rodean.⁹⁴

En una opinión similar se muestra San Martín en una carta escrita a Sarratea desde París en 1837, donde, en respuesta de la correspondencia previa de Sarratea, afirma:

Me dice usted la parte tan activa que Alvear tuvo en todas las intrigas de aquella época. Es este un hombre que no es digno de llamar la atención de toda persona que se respete un poco. Sin el anuncio que usted hace de su situación estoy muy persuadido de que él cavará como ha vivido, es decir, en la execración de sus conciudadanos.⁹⁵

En 1850, cuando Alvear se entera de la muerte de San Martín, escribe a Guido lo siguiente, mostrando que en la vejez no guardaba rencores sino reconocimientos a quien fuera su íntimo amigo:

Anteriormente escribí a Ud. sobre la muerte del General San Martín. Nunca he podido olvidar las íntimas relaciones de amistad que al empezar la carrera de la revolución nos unieron, habiendo ido juntos a servir a nuestra patria. Estoy cierto que nuestro gobierno hará llevar a Buenos Aires los restos de este distinguido capitán, para que reposen en medio del pueblo que ha defendido y que ha cubierto de gloria con sus heroicas acciones.⁹⁶

Existe otra versión de lo ocurrido en 1824, en el supuesto altercado entre Alvear y San Martín en Londres. Gregorio Gómez escribe a Alvear la siguiente misiva (Rodríguez, 1921, t. II, pp. 260-261) fechada el 19 de septiembre de 1824:

He recibido con singular placer su muy estimable del 25 de junio. Veo por ella que San Martín se ha conducido en Londres como un aturdido y me ha sido sumamente grato que Ud. haya contrastado tan prudentemente su conducta. Nuestro Rivadavia va a concluir la obra. Este será oído con preferencia y San Martín quedará en el último ridículo y mucho más cuando lleguen las ultimas noticias del Perú que verá Ud. en esos impresos. Ya es tarde amigo mío para monarquías. Sólo Bolívar podría

⁹⁴ El texto completo puede verse en Pasquali (2000).

⁹⁵ INSM, 1953, t.XVIII, p.160.

⁹⁶ Citado en Ocampo (2003).

sostener semejante plan y yo lo supongo muy distante de él... Vea Ud. por ese periódico de Chile como ganan las ideas de Rivadavia que tanto ha reprobado el señor San Martín...

Queda claro en esta misiva que las diferencias entre San Martín, y el dúo Rivadavia-Alvear, se debían a la forma en que deberían gobernarse los nuevos países, estando el primero inclinado aún en 1824 por un régimen monárquico.

La literatura tradicional se hizo, no obstante, eco de las palabras de Iriarte. Guzmán (1993) destaca que en los encuentros a los que ambos fueron invitados en Londres en 1824, cuando Alvear se encontraba de camino a Estados Unidos, “quedó evidenciado el rencor mutuo existente entre ambos. Comentando disputadas ocurridas en esas reuniones, originadas por las diferencias sobre la organización política de los nuevos estados americanos” ambos trabaron “una acalorada discusión que creyó que algunos iban a levantarse con las cabezas rotas”, y a continuación toma las palabras de Iriarte como si fueran ciertas sin mayor discusión: “en Alvear obraba un sentimiento de envidia por el nombre glorioso de su adversario. En San Martín tenía otro origen el encono que profesaba a Alvear: era el conocimiento de que él tenía”.⁹⁷ Cuando escribió esta parte de sus Memorias, ya Iriarte se había distanciado de Alvear y como muchos unitarios le recriminaban su acercamiento a Rosas.

Iriarte asegura que en Estados Unidos compartía el mismo apartamento con Alvear, y que este pasaba su tiempo dibujando caricaturas grotescas de San Martín, donde se veía a El Libertador deformado, rodeado de fuego y cadáveres, y que hizo difundir estas caricaturas para desprestigiarlo. Al mismo tiempo, Iriarte reconoce que Alvear era su “enemigo”, y que guardó secreto sobre ese hecho para honrar el expreso pedido de Alvear, sin quebrantar su palabra a pesar de la enemistad que fue creciendo entre ambos.⁹⁸ No existen, sin embargo, pruebas de tales caricaturas realizadas por Alvear. Mientras que la confesión de Iriarte sobre que Alvear era su enemigo, permite sembrar un interrogante sobre la objetividad del juicio sobre su exjefe.

¿Desde dónde escribe Iriarte sus memorias? Iriarte es, antes que nada, un reconocido enemigo de Alvear que más tarde se suma al mitrismo. Basta con leer los elogios que profesa al joven Mitre a quien felicita por su “erudición” y por una “gran facilidad para la

⁹⁷ Iriarte (1951).

⁹⁸ Iriarte (1951, tomo 1, p. 232).

composición”, en relación a la biografía de Rivera Indarte que Mitre escribió con 24 años.⁹⁹ Es por estos motivos que los recuerdos de Iriarte sobre Alvear deben mirarse con cuidado y buscando segundas fuentes sobre los episodios que relata.

Lejos de olvidarlo, San Martín no dejó de pensar en Alvear. En 1838, desde su casa de Grand Bourg, escribe a Gregorio Las Heras diciendo “que sus cartas son muy sucintas y que nada le dice de Guido, Sarratea, ni de si Alvear ha salido para Estados Unidos” (INSM, 1953, t. 19, p. 387).

Existe un debate histórico y casi novelesco sobre la posibilidad de que Alvear y San Martín sean medio hermanos. Y que San Martín sea en realidad hijo de Diego de Alvear y una india de las misiones, de nombre Rosa Guarú, y que luego sería adoptado por la familia del gobernador de Yapeyú, Juan de San Martín.

Como señala Grosso (2008):

Nació la leyenda de un San Martín mestizo en un manuscrito genealógico de Joaquina Alvear y Quintanilla de Arrotea, hija de Carlos de Alvear, que afirmaba ser “sobrina carnal de San Martín”, ya que este sería hermano de su padre. Sin embargo, Joaquina se encontraría en “estado de demencia” certificado por médicos de la familia, y por lo tanto, junto a cierto anacronismo en las fechas de visita de Diego de Alvear a las Misiones y el año en que habría nacido José de San Martín, dejaría huérfano de todo fundamento a la versión sobre la filiación de San Martín sostenida por Herrera Vega, Chumbita, Santamarina y difundida por García Hamilton.

Efectivamente, uno de los más acérrimos defensores de la tesis de que Alvear y San Martín eran medio hermanos es el historiador Hugo Chumbita. Chumbita (2008) analiza una serie de documentos y anécdotas de la época que darían prueba de la hermandad entre ambos:

Las memorias de los descendientes de la familia Escalada aseguran que cuando la joven Remedios conoció a San Martín le impresionó que fuera “negro” y, su madre, doña Tomasa de la Quintana, se opuso a casarla con este hombre al que consideraba un “soldadote plebeyo” de oscuro origen.

⁹⁹ Iriarte (1951, tomo 1, p. 347).

Las anécdotas continúan en apodos que tenía San Martín en España, donde lo llamaban “el cholo de las Misiones”, o el orgullo con que Marcelo de Alvear reconocía su parentesco con San Martín.

Chumbita (2008) también señala una posible ayuda económica de Diego de Alvear a San Martín en diferentes etapas de su vida, y que no es seguro que San Martín naciera el 25 de febrero de 1778 como se supone, ya que en varias cartas de su vejez menciona tener edades diferentes que permiten pensar que San Martín pudo nacer entre 1777 y 1780. Chumbita cree además que el manuscrito de Joaquina no debe desestimarse por su supuesta condición de enferma mental. “Aún si admitiéramos que el testimonio de Joaquina no fuese inválido, no hay ninguna duda de que lo que ella cuenta es lo mismo que se decía en el seno de su hogar, lo cual durante más de doscientos años se trasmitió por otros canales, sin conocer la existencia del manuscrito, en varias ramas de la familia hasta hoy”, asegura.

Para nuestros fines, no es determinante develar si efectivamente San Martín y Alvear eran medio hermanos. Pero la duda sigue abierta, y hay quien propone realizar un ADN a San Martín. En todo caso, serviría quizás para entender mejor los puntos de inflexión de esa relación que pasó de la amistad al distanciamiento, y donde las diferencias políticas y personales se mezclan también dificultando la explicación histórica de los motivos que llevaron a estos hombres a conducirse de la manera en que lo han hecho.

5. MONROE, BOLÍVAR Y LA GUERRA CON BRASIL: 1822-1828

El genio y las previsiones militares de Alvear eran realmente muy notables, y en nada inferiores a las de San Martín.

Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*

5.1. Primera misión diplomática: Inglaterra y Estados Unidos

Desde su exilio en Río de Janeiro y Montevideo, Alvear había trabajado para regresar a Buenos Aires, y estableció vínculos con los patriotas orientales que se oponían a formar parte del imperio portugués, sintiéndose atraídos por el grado de autonomía que prometían las Provincias Unidas.

Bajo el gobierno de Martín Rodríguez en Buenos Aires, Alvear fue nombrado por primera vez embajador plenipotenciario ante los Estados Unidos. Tanto Rodríguez como su ministro Rivadavia, eran contrarios en esa época a acelerar el enfrentamiento con Portugal para recuperar la Banda Oriental. Situación que no había variado tras la declaración de independencia de Brasil en 1822. De allí que decidieran enviar a la distancia a quien había sido el conquistador de Montevideo durante el sitio de la década anterior, y quién podría precipitar los enfrentamientos con tropas propias formadas por orientales.¹⁰⁰

Tomás Iriarte, autor de valiosas memorias, fue nombrado secretario de Alvear en una misión que comenzaría en Inglaterra. La estadía en Londres se prolonga por dos meses en 1824. Allí Alvear se entrevista con George Canning, secretario de Relaciones Exteriores del gobierno británico. También se reunió con comerciantes británicos y tuvo el recordado reencuentro con José de San Martín, a quien no veía tras once años. San Martín había dejado el Perú y el final de las luchas por la independencia en manos de Bolívar y se había exiliado en Europa.

¹⁰⁰ En su carta a Santiago Vázquez de noviembre de 1922, Carlos de Alvear comenta su intención de echar a los portugueses de la Banda Oriental.

Alvear brindó a Canning los antecedentes de los derechos de las Provincias Unidas sobre la Banda Oriental y pidió su intervención para que el Brasil devuelva el territorio. Antes de eso tuvo que afrontar las dificultades propias del caso, puesto que las Provincias Unidas no podían otorgar credenciales diplomáticas aceptadas, ya que su independencia no había sido reconocida por parte de las potencias europeas, y por lo tanto Canning no tenía ninguna habilitación formal de recibirlo.

Precisamente, al día siguiente de la entrevista con Alvear, Canning abordó el tema de la independencia de los nuevos estados americanos en su reunión de gabinete, aunque la decisión de otorgar el estado de Nación independiente se anunciaría recién en 1825, no solo gracias a Alvear sino a las diferentes acciones y trabajos diplomáticos de distintos enviado y exiliados, entre ellos también José de San Martín (Davis, 1955, p. 32).

El objetivo de la diplomacia era lograr que los países más importantes del globo reconozcan la independencia de América. Tras la restauración del absolutismo en España tanto los ingleses como los estadounidenses tenían motivos para apoyar la independencia y evitar una nueva expansión del renacido imperio español. Sin embargo, los ingleses se niegan a considerar embajador a Rivadavia, con los pretextos de ciertas formalidades, y le otorgan apenas el rango de encargado de negocios.

Alvear llega a Nueva York el 10 de septiembre de 1824. Allí se encuentra con el marqués de Lafayette, a quien había también conocido el venezolano Miranda. Lafayette era un miembro activo de la masonería que contribuyó a las luchas por la independencia de Estados Unidos. El 11 de octubre de 1824, ya en la ciudad de Washington, fue recibido por el presidente Monroe y por su secretario de Estado, John Quincy Adams. El día siguiente volvió a reunirse con Monroe y el 20 de octubre nuevamente con Adams. En relación a la Banda Oriental, Estados Unidos prometió cumplir el rol de mediador frente a la corte de Río de Janeiro (Davis, 1955, p. 48).

Según Alvear, el presidente Monroe inició la segunda entrevista explicándole las causas que lo llevaron a hacer la declaración del diciembre anterior, que luego fue conocida como “Doctrina Monroe”, y tenía su origen en el temor de que Francia, intervenga en el nuevo mundo, ya que para entonces mostraba una actitud amenazadora frente a las ex colonias españolas. Así lo comenta John Quincy Adams, ex secretario de Estado en sus Memorias, quien asegura haber encontrado el 3 de noviembre de 1823 al Presidente en estado de confusión y alarmado de lo que creía podría ser una recuperación europea de todo el

continente. Según Adams, al enterarse de que Cádiz había sido tomada por los franceses Monroe entró en un estado de perturbación.

Cuando llega Alvear, el temor del presidente Monroe de una intervención directa y violenta se había aplacado. Luego habló con Alvear del riesgo de intervenciones indirectas, “mediante la propaganda y explotado las inclinaciones monárquicas de los nativos”. En esa entrevista, Monroe aseguró a Alvear que su famosa declaración representaba el compromiso de proteger a América del Sur en caso de ataques europeos. Cuando Alvear quiso saber más en detalle cómo pensaba Estados Unidos interceder ante una amenaza europea, Monroe respondió que “el gobierno de los Estados Unidos, al formular esta declaración, ha tomado las medidas posibles para hacerla efectiva, fortificando sus costas, aumentando sus fuerzas navales y enviando parte de ellas a mares lejanos” (Davis, 1955, p. 50). A pesar de las promesas, Estados Unidos no contaba con la armada suficiente ni el armamento necesario como para salir en defensa de todo el continente.

Alvear también solicitó a Monroe las razones por las cuáles Estados Unidos no había hecho más para que las potencias europeas reconozcan la independencia de los nuevos estados americanos. Monroe replicó que su representante en Londres, Richard Rush, había exigido a Inglaterra el reconocimiento de los nuevos estados americanos ya en agosto de 1823 (Davis, 1955, p. 53).

El presidente de Estados Unidos le aseguró a Alvear que Rusia, al igual que su país, rechazarían cualquier acción europea que busque limitar la independencia de los estados americanos. Sin embargo, exhortaba a Alvear a cuidarse de Francia: “Los deseos de los ultra realistas franceses de ayudar a España a recuperar sus colonias llegó a ser cosa bien sabida por el gobierno americano a través de la correspondencia de su sagaz observador, Albert Gallatin” (Davis, 1955, p. 55). Efectivamente, la conferencia Polignac-Canning había logrado que los franceses rehusaran apoyar el regreso español a América del Sur, debido a la oposición británica del proyecto. Monroe prometió continuar fomentando el reconocimiento europeo de la independencia en los nuevos estados pero instó a mostrar en las Provincias Unidas del Río de la Plata instituciones republicanas consolidadas, puesto que había rumores de deseos de instaurar monarquías que serían aprovechados por los franceses.

Davis (1955) explica que Estados Unidos mantenía recelos de los nuevos estados debido a que había en ellos aún tendencias monárquicas y “que existía un importante movimiento monárquico en Buenos Aires es, por supuesto, un hecho histórico aceptado”. De este movimiento monárquico participaban José de San Martín, aunque en ese momento aún estaba en campaña liberadora en el Alto Perú, y Juan Martín de Pueyrredón, entre otros. Resulta interesante en este punto ver cómo la entrevista Monroe-Alvear pone de manifiesto el hecho de que estos movimientos monárquicos, al restarle ímpetu a la intervención de Estados Unidos para frenar la ofensiva europea, haya demorado el reconocimiento de las nuevas repúblicas, un logro que encabezaba sin duda la lista de prioridades, y que San Martín en 1824 intentó impulsar a través del Conde de Fife y otros contactos ingleses en lo que Terragno (2009) denominó “una misión secreta”.

Por el lado estadounidense, Monroe se mostró preocupado por la piratería en el sur del Atlántico y solicitó a Alvear acciones para evitar daños a los barcos mercantes estadounidenses. Al ser consultado por Alvear sobre la ocupación de Brasil en la Banda Oriental, solo se limitó a expresar su deseo de que el Brasil se convierta en una república. También se mostró dispuesto a vender armamento y municiones a las Provincias Unidas en caso de que lo necesiten para una guerra con España. En su despacho a Buenos Aires, Alvear se mostró impresionado por las dos fragatas de 58 cañones que se estaban construyendo en Filadelfia para salvaguardar a Colombia de un posible ataque europeo.¹⁰¹

Tras estas reuniones mantenidas con Monroe, Alvear escribió a Rivadavia confiando en la “protección” de los Estados Unidos, lleno de optimismo respecto al rol que el país del norte jugaría en el futuro de las Provincias Unidas.

Habiendo cumplido su misión, Alvear solicita regresar a Buenos Aires. Pero el general Gregorio Las Heras, que se encuentra enterrado junto a José de San Martín en la catedral de Buenos Aires, ya que fue uno de sus hombres de máxima confianza durante las luchas de la independencia, reemplaza a Rodríguez al frente del gobierno de Buenos Aires. Las Heras envía a dos de los hombres más importantes del momento con destino al extranjero. A Rivadavia, lo envía a Londres como encargado de negocios, mientras que para Carlos de Alvear mantuvo el destino diplomático en Estados Unidos que le había asignado Rodríguez. El hecho de que al menos tres mandatarios distintos, Rodríguez, Las Heras y

¹⁰¹ Carlos de Alvear a su hijo Emilio Alvear, carta fechada el 18 de octubre de 1824. Original en el Archivo Alvear del Archivo General de la Nación Argentina (AGN).

Rosas hayan nombrado a Alvear embajador ante los Estados Unidos refuerza la idea de cercanía de Alvear con las ideas republicanas de ese país.

El mundo de la diplomacia no era ajeno a Alvear, que había conocido desde chico las altas esferas sociales en Inglaterra y España. Sin embargo, este fue su primer acercamiento formal a una misión por encargo, precisamente en el país donde pasaría sus últimos años y sería su último lugar de residencia. Veremos que Alvear sintió al comienzo una gran admiración por la forma de gobierno norteamericana, en especial por sus instituciones y su republicanismo, para luego con los años ir decepcionándose en lo que llamaba un imperialismo creciente.

Tras la insistencia de Alvear de retornar a Buenos Aires, Las Heras le pide que cumpla una misión diplomática ante el gobierno de Colombia: reunirse con Bolívar, y negociar su intervención ante en favor de Buenos Aires ante un conflicto armado con Brasil por la Banda Oriental.

5.2 Entrevista con Bolívar

Manuel José García, quien había sido embajador ante la corte de Río de Janeiro, ocupa el rol de ministro de relaciones exteriores del nuevo gobierno de Gregorio Las Heras. Es curioso que Gregorio Las Heras, uno de los hombres más cercanos a San Martín, haya elegido como ministro de relaciones exteriores a quien fuera un supuesto traidor a la patria junto a Alvear. Tal era la estrechez entre Las Heras y San Martín que ambas tumbas se encuentran juntas, también acompañada por la de Tomás Guido, en la Catedral de Buenos Aires. Al parecer el propio Las Heras tuvo contemporáneamente un juicio más benévolo sobre García que el de muchos historiadores.

Es el propio García quien manda a su anterior jefe, Carlos de Alvear, a entrevistarse con Bolívar para negociar la devolución de la provincia de Tarija, perdida por Belgrano en los combates de Vilcapugio y Ayohuma en octubre y noviembre de 1813 ante los realistas, y recuperada por Antonio José Sucre en el combate de Ayacucho que ganan los patriotas recién el 9 de diciembre 1824, venciendo finalmente a las tropas del comandante realista José de la Serna.

Alvear llega a Potosí para encontrarse con Bolívar el 7 de octubre de 1825. Lo acompaña José Miguel Díaz Vélez y Domingo de Oro (Ocampo, 2003, p. 154). Allí se encuentra nada menos que Manuel Dorrego, que había viajado a Potosí tras las victorias de Sucre, en representación de inversores mineros.

La misión diplomática, conocida en la historiografía argentina como misión Alvear-Díaz Velez, tenía dos propósitos. Por un lado, reclamar la incorporación del Alto Perú al territorio de las Provincias Unidas, y por otro lado solicitar la intervención del ejército del Libertador en el caso de que se desarrollen hostilidades y se inicie una guerra con Brasil por la ocupación de la Banda Oriental.

En un principio, Bolívar rehusó entrevistarse con los enviados argentinos, esgrimiendo que no ostentaba allí poder civil, sino solo militar. Una vez que los recibió se mostró molesto por caricaturas suyas hechas en la prensa de Buenos Aires, en especial por el periódico *El Argos*, editado por el anciano sacerdote, deán Gregorio Funes.

Más allá de los primeros entredichos, los argentinos lograron solicitar lo previsto por Buenos Aires. Sobre Brasil, Alvear intentó convencer a Bolívar de que se ponga al frente del ejército para finalizar de una vez por todas la invasión en la banda Oriental.

Alvear y Bolívar se reúnen el 8 y 9 de octubre de 1825. Tras el encuentro, Bolívar escribió a Santander una carta que para historiadores propensos al reduccionismo es otra muestra del espíritu traicionero y antinacionalista de Alvear:

El general Alvear, que según todas las noticias es el militar de más crédito, y que realmente tiene mérito, se vuelve inmediatamente a Buenos Aires con grandes miras; él desea ponerse de acuerdo conmigo en todo y por todo; ha llegado a proponerme (como pensamiento secreto) la reunión de la República Argentina y Boliviana.. Él no abandona este proyecto por nada, y menos aún de llamarme a fijar los destinos del Río de la Plata; él dice que sin mí su patria vacilará largo tiempo, y que exceptuando cuatro individuos del gobierno, todo el pueblo me desea como un ángel de protección.. Ud. debe hacer los mayores esfuerzos para que la gloria de Colombia no sea incompleta y se me permita ser el Regulador de toda América Meridional. Pida Ud. al Congreso un permiso para quedarme un par de años al sur del Perú. (O'Leary, 1981, t. 6, p. 168)¹⁰²

¹⁰² Simón Bolívar a Francisco de Paula Santander, 11 de septiembre de 1825.

La respuesta formal de Bolívar a Alvear no demoró en llegar. En ese texto, dice que la propuesta de Alvear es “muy conforme con mis deseos íntimos” y que “la liga de esta República con la Argentina, la quisiera yo extensiva a toda la América antes española, conforme al proyecto general de federación”.

El objetivo de Alvear era convencer a Bolívar de ayudar en la causa de Buenos Aires para recuperar del Brasil la Banda Oriental. Bolívar se mostraba comprensivo por la causa porteña, pero no garantizaba su apoyo. El general Santander era el más reacio a avanzar hacia al sur con un ejército para auxiliar a los porteños. Alvear se conformó entonces con que Bolívar brinde algunas señales de apoyo, cuestión de ocasionar temor y prudencia en las fuerzas portuguesas, y demorar cualquier acción militar el tiempo suficiente como para armar un ejército nacional. Sucre, por su parte, se mostraba más proclive a auxiliar a Buenos Aires (Ocampo, 2003, p. 158).

Es curioso que esos mismos historiadores defiendan la idea de una América Latina unida, y que no tengan en consideración que los Estados estaban en plena formación en ese momento, las fronteras eran difusas al igual que las nacionalidades. En realidad, eran todos españoles americanos. Ofrecer la primera magistratura a Bolívar no cobra en ese contexto el mismo significado que cobraría hoy día, tras casi doscientos años de historia y tradición diferenciada. No deja de sorprender cómo hay historiadores que consideran un visionario a Bolívar por querer unir toda América, y hasta se lamentan porque no pudo llevar a cabo su objetivo, y al mismo tiempo consideran como traidor a Alvear por querer contribuir a esos mismos fines.

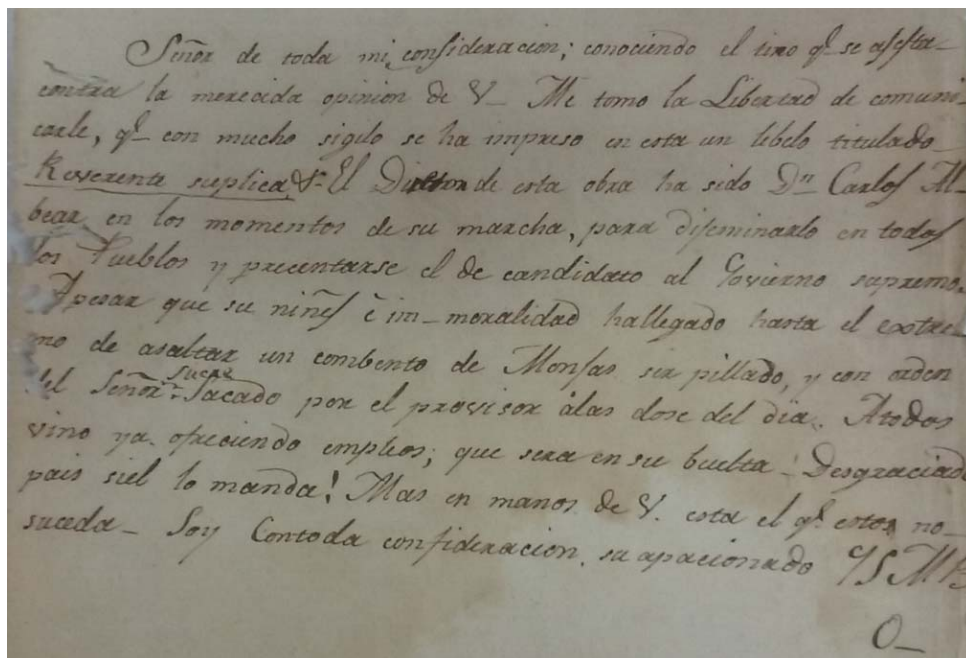
Antes de su salida de la ciudad, hubo un episodio controvertido que tuvo a Alvear como protagonista. Sus detractores lo utilizan para calificarlo de violador. El episodio ocurrió en el convento las Mónicas, donde Alvear fue encontrado en el lecho de la joven monja Isabel Serrano (O’Leary, 1981)¹⁰³. Sus defensores, como Ocampo, aseguran, que la joven fue forzada por su padre a ingresar al convento, es decir que no era una monja de vocación, sino probablemente una joven que había sido castigada por su familia con ese destino, y que fue la propia Isabel quien invitó a Alvear a sus aposentos.

Sucre, en su descripción del hecho a Bolívar, no parece hablar de violación, sino solo del escándalo social que produjo que Alvear e Isabel fueran encontrados en el convento. Pero

¹⁰³ Sucre a Bolívar, 27 de enero de 1826.

bastó este episodio para que sus opositores escriban a Rivadavia con el propósito de desprestigiarlo. Un documento que aún se conserva es la carta que Casimiro Olañeta, quien tuviera un papel destacado en la independencia de Bolivia, envía a Rivadavia el 2 de marzo de 1826 desde Chuquisaca. Allí también pide a Rivadavia frenar las intenciones políticas de Alvear debido a que el país sería “desgraciado” si Alvear llegara a gobernarlo. Olañeta era hombre de Sucre y es probable que buscara sembrar discordia entre los dos hombres fuertes de Buenos Aires para debilitarlo y para elevar las chances de una estrategia independentista que incluya la provincia de Tarija.

Figura 8. Carta de Olañeta a Rivadavia con críticas a Alvear



Fuente: Museo Mitre. Fotografía del original tomada por el autor, fondo COHPA, C 0 N° 1378.

Tras ese episodio, Alvear regresa a Buenos Aires, dejando en su lugar al Dr. Díaz Vélez. En tanto, el Congreso en Buenos Aires había elegido presidente a Bernardino Rivadavia y declarado la guerra con el Brasil a comienzos de 1826. Para ese entonces contaba solo con la información enviada por Alvear al comienzo de su misión, tras su llegada a Bolivia, donde se había encontrado a un Bolívar dispuesto a ayudar, aunque sin definiciones concretas. La falta de apoyo real se evidenció tras el regreso de El Libertador a Perú, y llegaría a Buenos Aires después de la declaración de guerra.

Como hecho positivo de la misión de Alvear, en relación a sus fines, puede destacarse la devolución de la provincia de Tarija por parte de Bolívar a las Provincias Unidas. Sin embargo, tiempo después, los pobladores se rebelaron ante el teniente gobernador impuesto por el gobierno de Salta y pidieron la reinscripción al territorio boliviano. Será Rosas quien más tarde firme finalmente la renuncia a realizar más reclamos sobre Tarija.

En *Virutas Históricas*, Centeno (1929) cuenta detalles de la misión diplomática y sostiene que las Provincias Unidas pedían una indemnización por los esfuerzos hechos para liberar el Alto Perú:

Una indemnización de los servicios y esfuerzos que antes habían hecho por la libertad del Alto Perú, debiendo éste cooperar en la guerra con el Brasil que parecía inevitable. El Libertador eludía el ajuste en proyecto dando como razón e insistiendo en que el Alto Perú, no estaba constituido en república soberana aun cuando a renglón seguido proponía variados temperamentos favorables al Río de la Plata, a cuyo fin comunicó a la legación de que el ministro Serrano que bajaría hasta Buenos Aires.

En Forbes (1956, p. 397), el diplomático cuenta su visión de la misión de Alvear. En carta a John Quincy Adams, secretario de Estado, fechada el 29 de diciembre de 1825 señala:

Alvear está regresando de su misión, habiendo dejado al Dr. Díaz Vélez para que continúe las gestiones en el Alto Perú. No hay duda de que Alvear va a participar con Rivadavia de la competencia por el poder supremo. Sus partidarios, para fortificar su anterior popularidad están haciendo correr la voz de que Bolívar ha comprendido muy bien los puntos de vista de Alvear y se ha comprometido a apoyarlos. Puede ocurrir que la competencia entre Alvear y Rivadavia se resuelva en una transacción, dividiendo el poder, tomando aquel el militar y este el civil.

El diplomático finalmente estaría en lo cierto, puesto que con el mando del Ejército en Brasil, Alvear pasaría a comandar el conjunto de las fuerzas armadas. Más allá de las suspicacias políticas del momento, es innegable que Alvear consiguió realizar de una manera satisfactoria uno de los principales objetivos de su encargo: la devolución de Tarija que fue entregada el 17 de noviembre de 1825, habiendo tomado posesión de ella a nombre del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, su edecán, Ciriaco Díaz Vélez.

Tal había sido el éxito de su gestión que Alvear es invitado a formar parte del gabinete nacional. El 26 de febrero de 1826, desde la ciudad de Tucumán, Alvear notifica a su amigo Domingo Oro de que fue nombrado para ocupar el cargo de ministro de Guerra y de Marina de la nueva presidencia de Bernardino Rivadavia. También le asegura que no ha resuelto aceptarlo y que no tiene certezas del rumbo que adoptará el nuevo mandatario:

Figura 9. Carta de Carlos Alvear a Domingo Oro. Febrero de 1826

Tucumán 26 de febrero 1826

Esido nombrado, para los ministerios de Guerra y Marina, pero resento, y voy antes a la Capital, para resolverme, y al mismo tiempo daré mi memoria para V. y al quondia desta mente, usted abira los pueyos en carpados de las regiones celestiales, pero desearé a V. mejores resultados, que los quea tenido, el otro amigo de V.

No se que sea de usted, con el nuevo presidente, el cargo que tiene la sobremor si se jame V. su carta bajo cubierta de Sr Andres Uyarria a Sr. mi amigo.

C. Alvear

Memoria firm

Fuente: Museo Mitre. Fotografía del original tomada por el autor, fondo COHPA, C 0 N° 956.

Este texto, donde Alvear se refiere a Rivadavia con recelo, muestra lo equívoco de mencionar al “tándem Rivadavia-Alvear” como si fueran una unidad indivisible. En esta línea se presentan algunos relatos modernos de difusión histórica (Télam, 2016).

5.3. La campaña al Brasil

En las batallas perdidas de Vilcapugio y Ayohuma, el Alto Perú y luego también el Paraguay se desprenden de lo que había sido el virreinato del Río de la Plata, y la ofensiva porteña se retrotrae reforzando la frontera en Salta y Jujuy.

Los ricos campos del litoral, otrora fuente de riqueza ganadera, quedan devastado por las sucesivas campañas militares, mientras que las economías del interior dejan de cumplir el rol de proveedores en la conexión entre Buenos Aires y el Alto Perú, viendo su modo de vida e ingresos seriamente afectados (Ossona, 1988).

En general, escaseaban los tres factores de la producción que sirven de locomotora en un sistema de producción capitalista: tierra, capital y trabajo. La tierra arrasada por el paso de los ejércitos, el capital inexistente en un país sin historia de acumulación, y la fuerza de trabajo obligada a militarizarse (Segreti, 1981). En las décadas siguientes se pondrán en marcha políticas públicas tendientes a asegurar la provisión de esos tres factores de la producción, con estrategias para atraer inmigrantes, con endeudamiento externo y con normas polémicas como la enfiteusis.¹⁰⁴

Para fortalecer la actividad ganadera el gobierno de Buenos Aires organizó y financió las llamadas campañas al desierto, haciendo las primeras avanzadas en 1820 y luego en 1833. Logra así llevar la frontera del naciente Estado hasta el Río Colorado

Con las nuevas tierras ganadas hacia el sur de la frontera se puso en marcha la legislación de enfiteusis, nombrando beneficiarios (enfiteutas) que quedaban obligados a pagar un canon anual al Estado a cambio de beneficiarse con la producción. Al mantener la propiedad estatal, las nuevas tierras sirvieron como garantías de préstamos tomados por el gobierno de Bernardino Rivadavia con la banca extranjera. Como en la joven Nación el ahorro interno era escaso, el endeudamiento externo se utilizó para suplir la escasez de capital.

Por último, la escasez de mano de obra fue abordada a partir de políticas públicas que fomentaron la inmigración, en especial difundidas por la llamada “Generación del 37”,

¹⁰⁴ Una crítica al sistema de enfiteusis puede verse en Coni (1927).

conformada por jóvenes intelectuales universitarios como Domingo Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi. Precisamente se debe a este último la expresión que definiría este pensamiento: “Gobernar es poblar” (Alberdi, 1852).

La primer “fuente de riqueza nacional”, la ganadería lanar, no se desarrolló hasta 1820, tras el incentivo que ocasionó la pujante demanda de los talleres textiles ingleses.

Las guerras entre federales, en general caudillos de origen provincial, y unitarios, donde predominaban los comerciantes porteños, tenían su epicentro económico en los recursos cobrados por la Aduana de Buenos Aires. Estos impuestos gravaban toda la producción que salía del puerto, y las autoridades porteñas se negaban a compartir los beneficios del monopolio de la salida al Río de la Plata.

Federales y Unitarios logaron una paz pasajera en 1826 con el nombramiento del unitario Bernardino Rivadavia como Presidente de la Nación. Pero el resultado de la guerra con Brasil y la oposición interna fuerzan la renuncia de Rivadavia dando origen a guerras civiles en las que el General Lavalle ordena el fusilamiento del General Dorrego en la provincia de Buenos Aires (Álvarez, 1985). La guerra con Brasil fue entonces también relevante para los sucesos políticos internos.

Los antecedentes de la guerra con el Brasil se remontan a la invasión portuguesa de 1817, y a las batallas que continuaron hasta que cuando los hombres del general Lecor vencen definitivamente al caudillo Artigas en 1820. Se anexa así lo que se llamó Provincia Cisplatina a Brasil.

Posteriormente, el grupo llamado “Treinta y Tres Orientales”, restos del ejército de Artigas liderados por Lavalleja y con ayuda de Buenos Aires, realiza una invasión para liberar a la provincia de los portugueses. Tras unos primeros triunfos militares contra las fuerzas brasileñas, los orientales declararon en el Congreso de Florida su disposición a pertenecer a las provincias Unidas del Río de la Plata, aceptado por el gobierno argentino en octubre de 1825. Por esta razón, Brasil declara la guerra a las Provincias Unidas en diciembre de 1825 (Best, 1961).

Para 1826, en el Congreso de la Nación, la oposición estaba liderada por Manuel Dorrego, quién había participado de la misión a Bolivia junto con Alvear, pero que al regreso a Buenos Aires, y como diputado por Santiago del Estero, se oponía a las iniciativas del oficialismo. De hecho, junto con el deán Funes, pedía la intervención de Bolívar para

derrocar al gobierno de Rivadavia, y contaba con el apoyo de las provincias de Córdoba, Santiago del Estero, San Juan, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe.

Como ministro de Guerra del nuevo gobierno, Alvear tuvo la difícil tarea de organizar un ejército nacional para el inminente choque con el Imperio de Brasil. Se le presentaron dos dificultades. La primera, la organización suponía recursos, para las que debía contar con el visto bueno del Congreso. La segunda, la jerarquización interna de oficiales, muchos de ellos veteranos de la guerra de la independencia que estuvieron al mando de Bolívar y San Martín, que veían a Alvear con recelo.

Sobre la primera cuestión, las provincias creían que la obtención del puerto de Montevideo solo podía acentuar aún más la concentración de Poder en el Río de la Plata. Dorrego sumó la voluntad de distintos gobernadores y amplió su liderazgo al frente del partido federal. Aun con este contexto adverso, Alvear se las ingenió para armar un cuerpo de cazadores, siguiendo el ejemplo del ejército de Napoleón, ampliar la caballería y conformar un cuerpo de artillería ligera.¹⁰⁵

Sobre la segunda cuestión, Alvear se vio obligado a mediar entre las diferencias internas de sus jefes. Especialmente entre Martín Rodríguez y el Oriental Juan Lavalleja, y también debió enfrentar las sublevaciones de José María Paz, Juan Lavalle y los hermanos Fructuoso y Bernabé Rivera.

Hombre de ambición, Juan Lavalle tenía muchos seguidores, entre los que se encontraba el famoso coronel francés Federico Brandsen que había participado de las luchas napoleónicas. Al poco tiempo sería el encargado de avanzar en un levantamiento que terminaría con el gobierno de Manuel Dorrego, a quien luego mandaría a fusilar, el episodio que marcó una época, la muerte de un opositor político, método y violencia que se acrecentarían durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas.

Ocampo (2003) sostiene:

El libertador Simón Bolívar consideró el nombramiento de Alvear como jefe del ejército argentino era el medio más poderoso, el más acertado para lograr terminar la guerra de un modo digno y glorioso, mientras que el peruano Andrés de Santa Cruz lo juzgó de una importancia decisiva. El general Miller, que había servido bajo

¹⁰⁵ Sobre el tema véase Ocampo (2003).

las órdenes de San Martín en toda la campaña del Perú, consideraba que Alvear era quizás el hombre más indicado para el puesto de comandante en jefe.¹⁰⁶

Dos cosas se critican a Alvear de su desempeño al frente del ejército que invadió Brasil. En primer lugar, su falta de conocimiento militar. En segundo término, el resultado final de la campaña, que derivó en la independencia de la Banda Oriental. El primer punto fue desmentido por Ocampo, en Alvear en la Guerra con el Brasil, un rico material que narra en detalle los diferentes matices del conflicto. Allí se muestran los antecedentes bélicos de Alvear, que si bien generaba recelo por su pasado político, y porque muchos lo acusaban de haber pactado con Bolívar la entrega de las Provincias Unidas, tenía antecedentes suficientes para comandar la ofensiva.

Sobre el segundo punto, la independencia de Uruguay no fue el resultado de una mala acción militar de Alvear, sino de la diplomacia del gobierno de Buenos Aires, continuada luego por el gobernador federal Manuel Dorrego.

El principal interesado en que el imperio de Brasil y las Provincias Unidas no entren en guerra era el principal socio comercial de ambos, Inglaterra. Las ventas de manufacturas propias de períodos de paz se hubieran visto seriamente reducidas si ambas economías entraban en estado de guerra. Además, inversores ingleses tenían intereses en bancos y empresas mineras, y estaban negociando un préstamo a Rivadavia, el empréstito otorgado por la Casa Baring.¹⁰⁷ La idea de crear un estado independiente en la Banda Oriental fue propuesta por John Ponsonby, representante inglés en el Río de la Plata.

El negociador argentino, Manuel García, había propuesto la devolución de la Banda Oriental a cambio de una compensación económica, pero el Emperador Pedro I se opuso, como también se opuso a la propuesta del mediador inglés de crear un estado independiente en una primera instancia. En ese estado de cosas, Buenos Aires juzgó que no había alternativa al conflicto bélico y comenzó a planear su ofensiva.

La situación no era fácil para el gobierno porteño. Había destinado una gran cantidad de recursos para formar el ejército ante la oposición de las provincias del centro del país. El

¹⁰⁶ Las fuentes de Ocampo en este caso son la carta de Simón Bolívar a Carlos de Alvear, del 3 de marzo de 1827, publicada en las *Memorias del General O'Leary* (t. 30, p. 354). Y la carta de Andrés Santa Cruz a Eugenio Garzón y Buenaventura Alegre, 26 de octubre de 1826, en Telmo Manacorda, 1931, *El General Eugenio Garzón*, Montevideo: Impresora Uruguaya (p. 247).

¹⁰⁷ Una historia de este préstamo puede verse en Amaral (1984).

poder de Rivadavia pendía de un hilo y necesitaba de una victoria militar resonante para reunir nuevos apoyos.

Luego de aglutinar 8.000 hombres y 12.000 caballos en la Ciudad de Colonia, Alvear inicia a fines de 1826 la ofensiva a la provincia de Río Grande. Las dificultades eran muchas y a cada paso se sumaban nuevas. A las revueltas internas en el ejército y las deserciones se añadía la necesidad de avanzar en tierras despobladas y con escasos recursos para alimentar a los soldados y a los caballos. Mientras tanto, el Emperador recibía la noticia de que el ejército libertador de Bolívar no apoyaría a las Provincias Unidas.

En Buenos Aires se reconocía la superioridad numérica del ejército imperial y muchos desconfiaban que Alvear pudiera terminar la guerra victorioso. El 22 de septiembre de 1826, Tomás Guido escribe a San Martín: “Las Provincias Unidas, sin constitución, divididas entre sí sin espíritu pronunciado de orden y de paz interior, sin numerario y sin arbitrios para obtenerlos por ahora, se ven comprometidas en la lucha más desigual con el emperador vecino”. El texto proseguía haciéndose eco de las críticas a Alvear:

La guerra fue encargada al general Alvear y su política, que sin variar un ápice de la que desplegó en tiempo de su Directorio, no promete sino un encadenamiento de dificultades que él ya palpa y que todos sentimos, no ofrece sino peligros a la causa que se le ha encomendado, y que, si con el tiempo él mismo no sabe prevenir, podremos llegar a una minación de fuerzas que no nos deje sino alternativas indecorosas.¹⁰⁸

Si bien hay un dejo de crítica en el texto, el juicio tampoco es tan severo. Se habla de Directorio y no de dictadura, y se lo nombra como “general Alvear”. Al parecer, los contemporáneos de Alvear, incluso quienes se le oponían tenían por él mayor respeto de lo que tendrán después los historiadores más críticos.

En otra misiva del 26 de octubre de 1826, Tomás Guido, vuelve a escribir a San Martín con la misma línea de pensamiento: “Por otra parte, el tiempo solo es que revelará las aptitudes del general Alvear en la dirección y en el uso de la fuerza que se le ha confiado a su cuidado. Basta de política”. Curioso que este texto coloque de manera tan seguida un juicio a Alvear, dejado en realidad en manos “del tiempo”, y un “basta de política”, como si

¹⁰⁸ Pasquali (2000).

realmente las críticas a Alvear se debieran más a cuestiones políticas que a sus propias “aptitudes” (INSM, 1953, t. XIX, p. 175).

La carta termina sugiriendo a San Martín que escriba al gobierno de Buenos Aires ofreciendo sus servicios para la guerra con Brasil, pero como una mera formalidad y para conseguir que extiendan su licencia y “aunque no se le pase por la imaginación el venir a América”. Básicamente Guido recomienda mentir a San Martín voluntad de servicio en la guerra con Brasil para lograr la prórroga de su licencia como general del ejército, una nueva estrategia de engaño, tan común en la época.

5.4. La batalla de Ituzaingó

Comúnmente se cree que el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, más tarde República Argentina, entró en guerra con el imperio de Brasil en 1826. Sin embargo, la verdad es algo diferente, la guerra con el imperio de Brasil fue llevada a cabo casi con exclusividad por la provincia de Buenos Aires, con oposición del resto del territorio que ya entonces desconfiaba del creciente poder que iba adquiriendo el Partido Unitario y que llevaría en febrero de 1826 a Bernardino Rivadavia hasta la presidencia de la República.

El 20 de febrero de 1827, en los campos de Ituzaingó, un territorio de aproximadamente 25 hectáreas, se enfrentaron 15.000 hombres, en lo que fue la batalla más numerosa de América después de Ayacucho, y la primera en la que no participaban españoles y donde la independencia no era objeto de discordia, sino los límites geográficos de los nuevos Estados. Para Alvear, jefe de la campaña del ejército republicano que enfrentó al imperial brasileño, paradójicamente, la victoria en el campo de batalla significó una derrota, en especial para su vida política.

Como hemos visto, en lo que respecta a Alvear se lo acusó en reiteradas oportunidades de no haber hecho una carrera militar adecuada, pasando por los distintos rangos de jerarquía hasta alcanzar el grado de general. Sus detractores lo atribuían a sus artimañas políticas. Sin embargo, es el propio San Martín el que le otorga el grado de teniente coronel del Regimiento de Granaderos por ser “persona de capacidad, cordura y aptitud para mandar” (INSM, 1953, t. II, p. 192).

El coronel francés, Federico Brandsen, fue uno de los más críticos de Alvear. Estas críticas, sin embargo, bien pueden ser subjetivas, basadas más en los celos y en la idea de que “yo podría hacerlo mejor”, que en verdades objetivas. Brandsen era uno de los partidarios de Juan Lavalle quien competía con Alvear en el control del ejército y del partido en Buenos Aires.

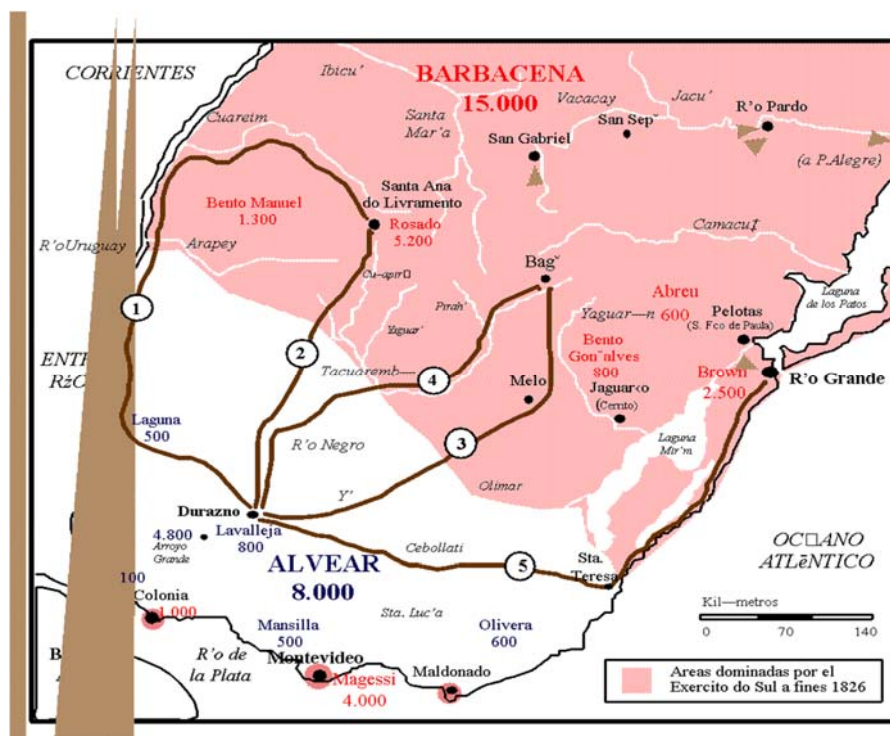
Iriarte también critica a Alvear y sostiene que en la batalla de Ituzaingó huyó de los imperiales a quienes no quería enfrentar, cuando en realidad esta aparente huida se trató de una estrategia de simulación que contó con la aprobación de sus principales generales y coroneles, como Paz, Oribe y Alegre, en la Junta del 4 de febrero a la que no asistieron los rebeldes de Iriarte y Lavalle.¹⁰⁹ Nuevamente aparece aquí la estrategia de engaño, tan frecuente en Alvear como en San Martín.

Pese a las críticas recibidas por sus contemporáneos y rivales políticos o personales, los historiadores brasileños reconocen la táctica de Alvear y critican al Marqués de Barbacena, líder de las tropas imperiales, por no estar suficientemente preparado. Como menciona Pérez Amuchástegui (1986, t. 2): “El afán de desacreditar a Alvear hasta en lo que no hizo ha hecho correr infundadas leyendas que se han aceptado como buenas, sin someterlas a crítica”.

En un estudio detallado del combate, Ocampo (2003) presenta un mapa de la famosa batalla de Ituzaingó y la distribución de fuerzas que hizo Alvear. La táctica empleada y las victorias obtenidas serían suficiente argumento para contraponerse a las críticas que se hacen sobre Alvear, de Iriarte, Brandsen, Mitre y sus continuadores, en el sentido de su falta de conocimiento militar y la envidia que supuestamente tenía de San Martín. En total, Alvear contaba con casi la mitad de hombres que su enemigo, y solo el buen uso de los recursos y la estrategia le permitió hacerse con la victoria.

¹⁰⁹ Ocampo (2003).

Figura 10. Distribución de fuerzas militares previa a la batalla de Ituzaingó



Fuente: Ocampo (2003).

Desde agosto de 1826 hasta marzo de 1827, las tropas porteñas estuvieron en posicionadas en la provincia de Río Grande. El cuadro que sigue representa el movimiento militar de ambos ejércitos en confrontación en un orden cronológico, desde la avanzada de Alvear hasta la batalla de Ituzaingó y el posterior repliegue.

Tabla 3. Cronología de la guerra con el Brasil

Fecha	Ejército Republicano	Ejército Imperial
14 de agosto, 1826	El presidente Rivadavia nombra a Carlos de Alvear como comandante en jefe del ejército republicano y a Miguel Soler como su segundo.	
1 de septiembre	Alvear llega al cuartel general de Rodríguez sobre el arroyo Yi.	
11 de septiembre	Alvear hace arrestar a Bernabé Rivera en la costa del Río Negro.	
12 de septiembre		Pedro I nombra al vizconde de Barbacena en reemplazo del general Massena Rosado al mando del Ejército do Sul
30 de septiembre	Alvear anuncia el fin de la rebelión de Rivera en una proclama al ejército desde el cuartel general en Paso de los Quinteros sobre el Río Negro. (IB)	
1 de octubre	Alvear reúne al ejército por primera vez en el Paso Quintero (JMP).	

2 de octubre		Barbacena eleva su memorándum de campaña al emperador Pedro I, en donde propone invadir Entre Ríos.
11 de octubre	Los regimientos de caballería comienzan a pasar el río Yí. La artillería y las milicias de colorados se incorporan al ejército.	
27 de octubre	El general Soler se incorpora al ejército en el cargo de jefe de EM.	
9 de noviembre		Barbacena llega a Río Grande do Sul.
23 de noviembre		Barbacena llega a Porto Alegre.
24 de noviembre		El emperador parte de Rio de Janeiro en dirección a Porto Alegre para ponerse al mando de sus tropas.
8 de diciembre		Barbacena informa al ministerio de guerra que tiene informaciones respecto a una inminente invasión del ejército platino.
16 de diciembre		Pedro I regresa inesperadamente a Rio de Janeiro. Al día siguiente Barbacena parte en dirección a Rio Pardo desde Porto Alegre.
26 de diciembre	El 2do Cuerpo del ejército republicano al mando de Alvear parte del campamento de Arroyo Grande.	
28 de diciembre	El 3er Cuerpo al mando de Soler parte del campamento de Arroyo Grande. Lavalleja inicia su marcha en dirección al Paso Bustillo.	
1 de enero de 1827		Barbacena llega al cuartel general imperial en Santa Ana do Livramento.
2 de enero		Barbacena asume el mando efectivo del "Ejército do Sul".
4 de enero	El 2do y 3er Cuerpo se reúnen en la margen [izquierda] del río Negro al sur del Paso Bustillo. Lavalleja se halla al norte de este punto.	
5 de enero	El grueso del ejército cruza el río Negro a través del Paso Bustillo. Todo el ejército republicano se halla reunido en la margen derecha del Río Negro.	Bento Gonçalves avisa a Barbacena sobre los movimientos del ejército republicano.
8 de enero	Entrevista entre Lavalleja y Alvear.	
9 de enero	La vanguardia al mando del comandante Gómez, es destacada hacia Cuñapirú por Alvear. Mansilla se reúne al resto del ejército.	
11 de enero	El coronel Lavalle se reincorpora al ejército que estaba próximo a atravesar el Tacuarembó al sur de su unión con el Caraguatá.	Barbacena convoca una Junta de guerra en la que se resuelve buscar un nuevo campamento en los alrededores de Bagé.
12 de enero	El 2do y 3er Cuerpo cruzan el río Tacuarembó por el vado de Pereira.	Inicia la marcha en dirección a las puntas de Los Corrales.
13 de enero	Continúa el cruce del Tacuarembó.	Acampa en el arroyo Cuñapirú. Barbacena sufre de una dolencia que fuerza su inactividad hasta el 17 de enero.
14 de enero	Proclama de Alvear. El ejército republicano se mueve hacia Caraguatá.	Se incorpora la 1a. brigada ligera al mando de Bento Manoel Ribeiro. Barbacena ordena al brigadier Barreto con 1.700 jinetes observe los movimientos del enemigo.
15 de enero	Brandsen relata visita del general Mansilla, quien critica severamente la conducta del general Alvear: "Se cuentan mil anécdotas escandalosas..."	Sigue acampado en las cercanías de Cuñapirú.
16 de enero	El 2do cuerpo llega a la Laguna Blanca. A las 17:00 llegó parte que una columna enemiga avanzaba hacia donde estaba el 1er cuerpo en Yaguarí.	Barbacena ordena al mariscal Brown que se una a su ejército cuanto antes al norte de Bagé.
17 de enero	El 2do y 3er Cuerpo acampan en Laguna Blanca, sobre la margen derecha del Río Negro.	El ejército toma posición en las puntas del Ibicuymerim. Reinició su marcha hacia el Este, rumbo a los arroyos Batobí chico y Averías.
18 de enero	Alvear se adelanta con su división, campando a la altura del arroyo y cañada de Aceguá. La retaguardia quedó en Laguna Blanca.	Barbacena acampa en las inmediaciones del cerro de las Averías.

19 de enero	El 1er cuerpo "amaneció sobre la costa del Hospital" y luego acampó en ese lugar. El capitán Martínez del 1er Cuerpo se enfrenta con una partida enemiga capturando prisioneros y 400 caballos. Se tuvo noticia que el ejército enemigo estaba en Los Corrales y marchaba hacia el 1er cuerpo.	Brown marcha sobre la laguna Paracayá, mientras que Barbacena prosigue su marcha. Pretende adelantarse a Alvear y ocupar Bagé.
20 de enero	El 2do y 3er Cuerpo cruzan a la margen izquierda del río Negro por el paso de Mazangano Lavalleya se encontraba sobre el arroyo Yaguari.	Barbacena llega a las puntas del arroyo Hospital, a la derecha del Pirahy Grande. Ese día acampó junto a la laguna Formosa, en el Ibicuí, desertores informan a Barbacena de la marcha republicana hacia Bagé.
21 de enero	Alvear informa a sus jefes que es posible que sean atacados por la división de Bento Gonçalves (luego de que algunas tropas fueran avistadas) y se forma línea de batalla. En el 1er cuerpo ignora el paradero de los enemigos y se presume se replegaron a Bagé.	Barbacena toma la orilla izquierda del arroyo Ponche Verde, que continuo recorriéndola en dirección al norte. Acampó junto al arroyo de Ponche Verde.
22 de enero	A las 8:30 se pone en movimiento en dirección al Paso Valiente. Una partida del 1er cuerpo avisa a Lavalleya que la columna enemiga se hallaba en las puntas del Arroyo del Hospital y que Bentos Gonçalves en la otra margen del Río Negro. Lavalleya intenta cortar a Bentos Gonçalves. Alvear sin noticias de Lavalleya.	Se detiene en la margen izquierda del caudaloso Santa María en el paso de don Pedrito. Una posición interesante según Barbacena.
23 de enero	Al anochecer todos los cuerpos del ejército republicano se reúnen en el Paso Valiente al sur de Bagé. Alvear declara a sus jefes que el ejército imperial estaba en plena marcha sobre el argentino. Al atardecer, el ejército acampa en la margen izquierda del río Negro. Lavalleya reconoce la población de Bagé, que se encuentra abandonada y luego se dirige al Paso Valiente. Se hace saber a la tropa que el ejército enemigo está próximo.	Barbacena cruza el río Santa María por el paso Real o de Prestes (CF).El brigadier Barreto alcanza la región de Santa Tecla, cubriendo el flanco izquierdo de Barbacena.
24 de enero	Lavalleya y Alvear reconocen la población de Bagé.	Barbacena acampa sus tropas en el rincón de Tacuarembó Chico.
25 de enero	El ejército permanece acampado en el Paso Valiente. Alvear repasa al norte del río Negro por el Paso de Valiente con el 2do y 3er cuerpo. Al ponerse la tarde, el grueso del ejército republicano sigue marcha sobre Bagé.	El ejército imperial permanece acampado debido a las lluvias torrenciales.
26 de enero	Todo el ejército republicano acampa en los alrededores de Bagé. Alvear espera ponerse en marcha a la mañana siguiente para batir al enemigo. La vanguardia a cargo del comandante Gómez se encuentra en una escaramuza con la retaguardia del brigadier Barreto.	Barbacena ocupa la fuerte posición de Guardia Vieja de Tacuarembó sobre el río del mismo nombre. Se reincorpora la vanguardia de Barreto. Bento Gonzalez quedó en observación del enemigo.
27 de enero	En la madrugada se desata un fuerte temporal.	Continua su marcha forzada menos afectado por el mal tiempo.
28 de enero	El ejército permanece inmóvilizado en Bagé.	Atraviesa la Cuchilla Grande en medio de una "deshecha borrascosa". Acampa en las márgenes del Camacú Chico.
29 de enero	Continúan las lluvias y el temporal. Pacheco es relevado del ejército al acusar injustamente a Alvear.	Comienza a vadear el desbordado río Camacú chico.
30 de enero	A las 05:00 cesan las lluvias. La vanguardia de Lavalleya llega a Camacú verificando la retirada de los imperiales.	Sigue el cruce del Camacú Chico. Barbacena destaca a Barreto para reforzar su retaguardia.
31 de enero	El ejército republicano parte de Bagé hacia el Fuerte de Santa Tecla (a 2 leguas y media).	Barbacena y sus fuerzas ya se ubican en la margen derecha del río Camacú cubriendo con artillería sus pasos principales.
1 de febrero	Se desata un "temporal furioso". El ejército rompe la marcha a las 7 de la mañana. A la una de la tarde se dirige sobre la Estancia de Iñatapurinche donde se despliega en batalla, teniendo a sus espaldas el arroyo. Se forma línea de batalla.	Prosigue la retirada en dirección a las sierras de Camacú. Barreto se reincorpora y Bentos Gonzalez queda cubriendo la retaguardia. Llega a las puntas del arroyo Las Palmas y ocupa una posición que es una verdadera "fortaleza" en su margen izquierda. Barbacena reorganiza el ejército en dos divisiones. Calado se incorpora al ejército.
2 de febrero	Fuerte aguacero y temporal que impide la marcha del ejército.	A las 0730, Barbacena cruza el arroyo Las Palmas y se posiciona en unas construcciones de piedra en

		su margen derecha.
3 de febrero	Alvear se queja con Brandsen. A las 11:00 el ejército se pone en marcha. A la tarde, llega a las puntas del río Camacú donde acampa..	Esa noche Barbacena destaca la 1ra brigada ligera al mando de Bento Manoel Ribeiro para observar los movimientos del ejército republicano.
4 de febrero	Junta de Guerra del ejército republicano donde se aprueban las marchas y maniobras adoptadas hasta entonces y se desiste de atacar a Barbacena	Barbacena traslada su campamento a un punto más cómodo para la tropa, siempre sobre el arroyo Las Palmas.
5 de febrero	El ejército republicano se pone en marcha en dirección a San Gabriel. A las 16:00 hace alto sobre el arroyo Tacuarembó.El 1er Cuerpo cubre la retaguardia.	Al mediodía el mariscal Brown se incorpora a las fuerzas de Barbacena. Barbacena está convencido que Alvear huye y planea seguirlo "hasta el Uruguay".
6 de febrero	El ejército cruza el arroyo Tacuarembó.	El mariscal Brown fue nombrado jefe de estado mayor. Ese día hizo maniobrar a todas las tropas.
7 de febrero	A la mañana comienza nuevamente la marcha hacia San Gabriel. Al mediodía llega al Yaguari y alcanza la vanguardia del coronel Zufriategui	Los imperiales prueban los cohetes "Congreve" sin mucho éxito, resultando mortalmente herido el teniente Siegener.
8 de febrero	Cruce del Yaguari. El 2do y 3er Cuerpo acampan en Batoví, a tres kilómetros de San Gabriel	
9 de febrero	Estando el 2do y 3er Cuerpo en el arroyo Bacacay se produce una falsa alarma frente a la incorporación del 1er Cuerpo de Lavalleja. Alvear arenga a las tropas.	A la 01:00 el grueso del ejército imperial rompe la marcha en seguimiento de los republicanos que fingen la huida. A las 10:30 llega al Camacú Chico cerca de la posición tomada anteriormente.
11 de febrero	El grueso del ejército republicano llega San Gabriel. Alvear cita a todos los jefes de caballería cuyo objeto es enfatizar la conservación de la caballada. Se nombra un jefe capitán encargado de las caballadas.	Barbacena acampa en el Camacú Chico. Opina que es indudable "que o inimigo se retira".
12 de febrero	El regimiento N°4 al mando de Lavalle se lanza contra Bento Manoel	El ejército imperial cruza el Camacú. Acampan en las vertientes de ese río.
13 de febrero	Lavalle mantiene una escaramuza con una avanzada perteneciente a la vanguardia de Bento Manoel Ribeiro en Vacacay .	El grueso del ejército imperial llega a las puntas del Yaguari. Se incorporan las fuerzas comandadas por el barón de Cerro Largo que suman 590 hombres de caballería. Barbacena decide marchar a San Gabriel.
14 de febrero	El ejército republicano abandona San Gabriel. Alvear destina a Mansilla a atacar decididamente a Bento Manoel	Acampa en las cercanías de la estancia de Velho Serpa.
15 de febrero	A la tarde las fuerzas de Bento Manuel Ribeiro son derrotadas por Mansilla en el paraje de Ombú , sobre el río Ibicuy. Alvear cambia la dirección de su marcha hacia el Oeste, dirigiéndose al arroyo Casequí.	Permanece en la posición del día anterior. Se hacen ejercicios.
16 de febrero	El 2º y 3º cuerpo del ejército republicano se reúnen en la margen izquierda del arroyo Casequí (afluente oriental del Santa María) permaneciendo allí por 2 días. El estado de la caballería es "miserable".	Marcha a las 12:30 en dirección norte. A las 15:45 llega al Pão Arcado de Vacacay. El ejército imperial está a 4 leguas de San Gabriel. La vanguardia del barón de Cerro Largo entra en esa población.
17 de febrero	La retaguardia de Lavalleja se retira de San Gabriel a las 4 de la tarde.	Inicia su marcha a las 03:00. A las 10:45 llegan al Paso de Vacacay. A las 11:00 las avanzadas entran a San Gabriel. El grueso llega al mediodía. Esa misma noche prosigue su marcha en dirección al Paso del Rosario para cortar la retirada del ejército republicano
18 de febrero	Al anochecer el ejército republicano comienza su marcha desde el Casequí hacia el Paso del Rosario y marcha toda la noche.	El ejército imperial marcha desde las 4 de la mañana en dirección a San Gabriel. Cruza el bañado de Inhatium. A la noche acampa en el arroyo dos Salsos.
19 de febrero	El grueso del ejército republicano llega al Paso del Rosario a media mañana bajo un sol abrasador y acampa en la margen derecha del Santa Maria. A la tarde Alvear convoca una junta de generales y anuncia su intención de "volver en la noche de ese mismo día sobre el enemigo". Al ponerse el sol se pone en marcha para encontrar al enemigo.	Rompe la marcha al amanecer. A las 08:00 recibe información que esta cerca el enemigo. A las 11:30 llega a la estancia de Feliciano Duarte. A la noche se detiene en la estancia de Antonio Ferreira, a 20 kms. del Paso del Rosario. A la noche una vanguardia al mando de Abreu es destacada para reconocer los movimientos del enemigo.

20 de febrero	Batalla de Ituzaingó , Alvear derrota a Barbacena. A la noche el ejército acampa a orillas del Santa María sobre el Paso del Rosario.	Barbacena inicia su retirada a las 14:00 y a las 23:00 llega a Casequí.
21 de febrero	A la tarde comienza la marcha hacia San Gabriel en persecución de los imperiales.	Acampa en el arroyo Casequí. Luego inicia su marcha hacia San Sepé.
22 de febrero	Pasa por el campo de batalla en persecución del ejército imperial. Al anochecer llega al Casequí.	Se reincorpora al grueso del ejército imperial la división de Bento Manuel, ausente el día de la batalla.
25 de febrero	Avanza en dirección a San Gabriel.	El ejército imperial acampa en Vacacay.
27 de febrero	En las afueras de San Gabriel. Los jefes de caballería informan sobre el desastroso estado de la caballada.	
28 de febrero	El ejército republicano ocupa nuevamente San Gabriel	
29 de febrero	Alvear decide replegarse hacia las puntas del arroyo Los Corrales para recuperar las fuerzas de su ejército y remontar la caballería.	El ejército imperial llega a San Sepé, 120 kms. al NE del campo de Ituzaingó. La caballería imperial al mando de Barreto permanece en este punto.
2 de marzo		Barbacena con la infantería imperial atraviesa el río Jacuí por el Paso San Lorenzo, a 160 kms. del campo de batalla.

Fuente: Ocampo (2003)

Con el retroceso del ejército imperial comienza el debate sobre si Alvear debía apurar la persecución de los derrotados. Sus críticos aseguran que, por no haberlo hecho, le dieron oportunidad al ejército brasileño de reagruparse, y cambiaron la tónica de las negociaciones diplomáticas que terminaron en la independencia de Uruguay. Otra hubiera sido la historia si Alvear aseguraba posiciones y tomaba no solo la Banda Oriental sino el sur de Río Grande.

Los defensores de Alvear, como López, Alberdi y Ocampo, aseguran sí hubo una persecución de varios días, pero que se carecía de medios suficientes para continuar la travesía, y que una persecución más larga pudo haber terminado con el ejército republicano envalentonando aún más al Brasil. El siguiente cuadro resume los movimientos de Alvear después de la batalla de Ituzaingó.

Tabla 4. Cronología de los movimientos de Alvear después de la batalla de Ituzaingó

Fecha	Movimiento
19 de marzo	El grueso del ejército republicano acampa en las puntas del arroyo Los Corrales.
25 de marzo	Alvear informa al gobierno que a pesar de no haber recibido refuerzos iniciará una nueva invasión al territorio enemigo con el objeto de ocupar Río Grande.
3 de abril	Alvear recibe instrucciones del gobierno de continuar la guerra y ocupar Río Grande.

13 de abril	El ejército rompe su marcha en dirección a Bagé. Comienza la segunda invasión a Río Grande.
19 de abril	Una vanguardia al mando de Manuel Oribe desciende sobre Bagé y sorprende a los imperiales.
20 de abril?	Segunda entrada del ejército a Bagé.
21 de abril	La caballería inicia su marcha hacia las sierras de Camacúá
23 de abril	Combate de Camacúá. La caballería imperial al mando de Barreto es sorprendida y se retira de sus posiciones.
27 de abril	El ejército se reconcentra en Bagé tras sufrir las fuertes lluvias.
7 de mayo	Comienza la marcha hacia Río Grande
8 de mayo	El coronel Ignacio Oribe es sorprendido y apresado por guerrillas enemigas.
15 de mayo	Alvear ordena a Lavalle que se dirija a Yermal para conseguir caballos.
21 de mayo	La división de Lavalle llega al pueblo de Yermal.
24 de mayo	El general Paz es nombrado jefe del estado mayor.
25 de mayo	Combate indeciso en Yermal entre Lavalle y Yuca Teodoro. Lavalle es herido. Su división inicia un repliegue al grueso del ejército.
26 de mayo	El grueso del ejército se puso en marcha y costeano el Yaguarón arriba por su margen derecho acampó inmediato a las vertientes de este arroyo.
27 de mayo	El grueso del ejército cruzó el Yaguarón y marchó a Candiote Grande. Pacheco fue encargado de la división de vanguardia.
28 de mayo	Lavalle cruza el Candiote a la vista del enemigo.
29 de mayo	Lavalle y su división cruzó el Yaguarón.
31 de mayo	Lavalle se reúne al ejército y sigue su marcha a Cerro Largo.
11 de junio	El ejército llega a Cerro Largo
28 de junio	Alvear eleva su renuncia al cargo de comandante en jefe del ejército de operaciones
12 de julio	Los oficiales del ER elevan una nota a Alvear rechazando a los términos de la CP de Paz
13 de julio	Alvear eleva una nota al gobierno adjuntando la nota de sus oficiales y manifestando su total apoyo a la misma. En Bs. As, el presidente interino Vicente López releva a Alvear del cargo y nombra a Lavalleja en su reemplazo.
14 de julio	Alvear se despide de las tropas en el campamento de Cerro Largo y se dirige al campamento de Durazno.

Fuente: Ocampo (2003).

Pocos días antes de la despedida de Alvear, el 21 de junio de 1817, Barbacena entrega el comando interino del Ejército do Sul al mariscal Brown en la población de Sao José do Norte.

En lo que respecta específicamente a la batalla de Ituzaingó, el combate dejó un saldo de 450 muertos en ambos ejércitos. Y como no terminó por aniquilar las aspiraciones imperiales, no se la conoce como una batalla conclusiva. De allí que, a pesar de haber batido al ejército imperial en suelo propio, Ituzaingó ocupe un lugar menor entre las glorias militares tradicionales.

En su detallado estudio sobre la gran batalla, Ocampo refuta dos críticas que se hicieron a la actuación de Alvear. La primera fue haber enviado a una muerte innecesaria al regimiento de caballería liderado por Brandsen. La segunda, no haber perseguido al enemigo una vez que emprendió la retirada. Utilizando manuales de tácticas militares, Ocampo muestra que la primera crítica es infundada, mientras que correspondencia de la época permite sostener que la segunda crítica no carece de argumentos sólidos (2003, p. 361).

Sobre este último punto, hubo persecución al enemigo durante varios días. Pero el ejército de Alvear no estaba lo suficientemente provisto de recursos para continuar esa caza. Y no estaba bien provisionado porque las principales provincias del país se rehusaban a contribuir con recursos al ejército republicano, conspirando para derrocar a Rivadavia y desplazar del poder al Partido Unitario.¹¹⁰

En carta del 7 de noviembre de 1826, una carta de Guido a San Martín cuenta los avatares de la medición inglesa en la guerra con el Brasil. Según asegura Guido (INSM, 1953, t. 19):

[En] las gestiones del lord Ponsomby.. la independencia de la Banda Oriental se cree generalmente es la base de la negociación que se trata de entablar. Esta condición, que en algún sentido puede halagar al a los intereses del emperador, y que en otro ha venido a ser un resultado infalible de la opinión dominante de los orientales, puede por otra parte venir a ser el manantial de grandes males y de grandes dificultades en la organización de esta República.

Guido reconoce que los orientales querían mayoritariamente la independencia. También señala que la paz basada en otorgar la independencia de la Banda Oriental no era del gusto de Alvear. Dice Guido: “Ya se sabe que apenas se ha traslucido en la Banda Oriental la tendencia de nuestro Gobierno a la paz, Alvear ha manifestado su opinión decidida para la guerra” (INSM, 1953).

El 8 de julio de 1827, Guido da cuenta de las negociaciones y asegura que “es indispensable continuar la guerra”, pero critica a Alvear por haber abandonado sus posiciones. Carga las tintas sobre el general en jefe, pero reconoce que el ejército estaba desordenado: “el ejército mandado por Alvear no lo es sino en el nombre”. Y lo critica diciendo:

¹¹⁰ Las persecuciones en la época no eran sencillas, los soldados brasileños que emprendieron retirada viajaban más ligeros, al dejar todos los trastos de guerra tras de sí. El ejército vencedor para perseguir al derrotado debe estar en muy buenas condiciones. Si la victoria es ajustada y la caballada está cansada, hay más riesgos que ventajas en la persecución. Por ejemplo, que el ejército en retirada se reencuentre con refuerzos frescos y listo para batallar (Ocampo, 2003).

Abrumado por una empresa muy superior a sus conocimientos, parece que hubiese perdido la cabeza, según los desatinos que se le han visto practicar: ha abandonado el territorio de Brasil, y casi a pie ha retirado los restos del ejército a cerro Lago. (INSM, 1953, t. 19, p. 210)

Una vez más aparece la crítica que se suele hacer a Alvear, la de no haber perseguido hacia el norte a los brasileños tras la batalla de Ituzaingó. Pero Guido no tiene en cuenta el estado del ejército, que no recibía ninguna ayuda ya de Buenos Aires, y menos aún de las provincias.

Es imposible realizar un juicio sobre si otro general en Jefe, ya sea Guido o San Martín, hubieran actuado diferente y mejor que Alvear en la guerra con el Brasil, y si esta actuación hubiera alcanzado para evitar el desprendimiento de Uruguay, en contra del deseo de sus propios habitantes.

A medida que Rivadavia iba perdiendo poder, el ejército recibía menos ayuda. Alvear escribía en vano a los gobernadores de Corrientes y de Entre Ríos para que le envíen refuerzos. Los esclavos no podían ser liberados para sumarse al ejército sin la aprobación de sus amos, cuya lealtad Alvear también necesitaba. En tanto desde la corte de Río de Janeiro ya se organizaba un nuevo ejército para evitar que la pérdida de territorio se extienda en la provincia de Río Grande.

A pesar de las dificultades, Alvear mantuvo la ofensiva e inició una segunda campaña al norte del territorio brasileiro. En abril el ejército ingresa a la ciudad de Bagé y comienza los preparativos para la invasión a la capital de la provincia. Estos preparativos, sin embargo, resultaron un fracaso. Los oficiales del ejército no contaban siquiera con vestimenta, el alimento escaseaba, faltaban caballos y todo tipo de recursos. En la literatura militar argentina este intento de ofensiva se conoce como “Segunda campaña de Alvear contra Barbacena en Río Grande del Sur” (Best, 1961, t. II, p. 147). Best (1961), uno de los historiadores militares argentinos que goza de mayor prestigio, describe la situación del ejército de la siguiente forma:

El gobierno nacional, por temor de que los gobernadores provinciales intentaron algo contra la capital, no envió las escasas tropas de línea disponibles, porque eran imprescindibles para el sostén de su autoridad y para la defensa de las fronteras contra las incursiones de los salvajes. Así ni los 500 infantes pedidos ni los caballos

necesarios le llegaron al ejército. Quedaba reducido a los escasos elementos de que disponía, sin esperanzas de poder aumentar apreciablemente sus efectivos, ni completar el material deteriorado o inutilizado en la primera invasión. Es decir, imposibilitado de sacar provecho del éxito de Ituzaingó. (t. II, p. 148)

En 1827, García firma la Convención Preliminar de la Paz en donde acepta la independencia de la provincia Oriental, un tratado que luego debía ser ratificado por el gobierno nacional. En julio de 1827 Alvear es notificado por el nuevo gobierno en Buenos Aires de lo ocurrido y le piden dejar su puesto a manos de Lavalleja.

Las Provincias Unidas estaban a favor de la independencia de la Banda Oriental antes de la batalla de Ituzaingó, y volvieron a mostrarse a favor en las mediaciones que llevó adelante Inglaterra. Brasil, por su parte, se oponía a esa independencia tanto antes como después de la guerra puesto que creía tener derechos históricos sobre la que llamaba provincia Cisplatina. Los deseos de Buenos Aires y de Río de Janeiro debían morigerarse también ante la idea conocida de que los orientales querían su independencia, y que había movimientos populares en este sentido al menos desde la época de Artigas.

Alvear se despedía así del ejército, victorioso en suelo brasileño pero derrotado en los escritorios de Buenos Aires por las luchas partidarias, donde los logros militares quedan supeditados a la lógica de la política y de los intereses personales.

5.5 Independencia de Uruguay y renuncia de Rivadavia

Las presiones económicas y políticas que amenazaban al presidente Rivadavia lo impulsaron a terminar la guerra con Brasil (Rees Jones, 2008, p. 360). Rivadavia había ascendido a la presidencia en medio de la fragilidad que promovían las provincias del interior, que se opusieron a la Constitución unitaria de 1826.

Esa Constitución no fue bienvenida por el partido federal. El gobierno de Córdoba estableció una liga con las principales provincias para rechazar ese texto. Los miembros de la liga tenían un pacto de ayuda militar en caso de guerra con Buenos Aires. En conjunto, estas provincias se negaron a auxiliar al ejército de Alvear en Brasil, creyendo que con el debilitamiento de Buenos Aires se fortalecerían ellas mismas.

Ante ese panorama en el interior del país, las horas de la presidencia de Rivadavia estaban contadas. Cuando Rivadavia envía a Manuel García a negociar con la corte de Brasil, el cónsul estadounidense John Forbes envía un despacho a su gobierno diciendo que “García obtendría pocos resultados porque era un agente devoto de las facciones británicas y brasileñas”. García era el diplomático de mayor experiencia en el Río de la Plata, quien había acogido a Alvear durante su exilio en Río de Janeiro diez años antes.¹¹¹

Finalmente se firma el 24 de marzo de 1827 una convención preliminar de paz en Río de Janeiro, donde las Provincias Unidas renuncian a todos los derechos que podían pretender al “territorio de la provincia de Montevideo, llamado hoy Cisplatina”. El gobierno de Buenos Aires se obligaba además a retirar el armamento de la Isla Martín García, la más cercana a esa provincia y a indemnizar al Brasil por el valor de las piezas logradas en “actos de piratería”. Las dos partes se comprometían además a solicitar “a su grande y poderoso amigo el Rey de Gran Bretaña” que se dignara garantizarles durante quince años la libre navegación del Río de la Plata. Tal fue la negociación que llevó a cago García sobre la victoria de Alvear.

El 25 de junio el presidente y su consejo de ministros decidieron repudiar la convención por cuanto García no solo ha traspasado sus instrucciones, sino contravenido a la letra y espíritu de ellas y a que las estipulaciones que contiene dicha convención destruyen el honor nacional y atacan la independencia y todos los intereses esenciales de la República. (Rees Jones, 2008, p. 361)¹¹²

Al continuar el malestar popular, Rivadavia decide renunciar a su cargo el 27 de junio, apenas dos días después de pronunciada su defensa y rechazado los resultados de la misión García.

En su lugar el Congreso nombró como presidente provisorio a Vicente López y Planes, quien convocó a una junta de representantes, que a su vez designó como gobernador de Buenos Aires a Manuel Dorrego el 2 de agosto. Había cesado la autoridad presidencial y Dorrego era partidario de mayor federalismo.¹¹³ Una de sus primeras medidas fue nombrar

¹¹¹ Una de las razones por las que las tradiciones diplomáticas actuales hacen rotación de sus funcionarios es para evitar que de tantos años en el extranjero comiencen a sentir tanta simpatía por los funcionarios locales como por su país de origen, y confundan los intereses de quién representan por los de su interlocutor.

¹¹² Declaraciones del Presidente al Congreso, 25 de junio de 1827.

¹¹³ Ramos Mejía (1915) describe los avatares en el federalismo argentino.

a Juan Manuel de Rosas como jefe militar de la provincia, ordenándole profundizar la ofensiva contra los indios.

Con Rivadavia recluido en su quinta y la oposición amenazándolo con llevar a juicio, Dorrego envía a Río de Janeiro a Juan Balcarce y a Tomás Guido, lugarteniente de San Martín. Con la mediación inglesa por parte de John Ponsonby se llegó a un acuerdo por el que la provincia de Montevideo sería independiente. Al enviar una copia al conde de Aberdeen, su superior en Londres, Ponsonby aseguraba que “el final de la guerra produciría un bien muy importante a los intereses comerciales de los súbditos de Su Majestad Británica” (Rees Jones, 2008, p. 362).

Diversos factores tuvieron que confluír para que finalmente se selle la paz y se otorgue independencia a la Banda Oriental: la extenuación militar en ambos ejércitos, la agitación interior en ambos países, y la posición de Inglaterra, que amenazó a Brasil con romper el bloqueo naval que hizo al Río de la Plata en caso de no aceptar la condición de paz.

Estos hechos muestran a las claras que la pérdida de la Banda Oriental para las Provincias Unidas no fue producto del accionar militar, ni mucho menos político, de Carlos de Alvear. Por el contrario, comulgaron una serie de factores en los que Alvear poco tuvo que ver: el interés de Inglaterra por formar un Estado independiente ente Brasil y Argentina; decisiones políticas tomadas por Rivadavia y García primero, y Dorrego después;¹¹⁴ un sentimiento anti-Buenos Aires que se había arraigado en buena parte de la sociedad oriental desde tiempo de Artigas y que habían continuado más adelante Lavalleja y otros militares.

Según concluye Best (1961), “Las Provincias Unidas procedieron bien –considerando todos los factores concomitantes– al buscar la paz, aun después de Ituzaingó, pues no existía una remota posibilidad de que mediante la continuación de las operaciones militares, se consiguiera algún resultado muy ventajoso y decisivo”.

Como mencionamos antes, los detractores de Alvear hasta lo culpan de haber ganado la batalla pero perdido la Banda Oriental. Al respecto, Ravignani (1938) recoge el testimonio del propio Alvear, que en una sesión reservada del Congreso, el 28 de junio de 1827, expuso su visión de los hechos al respecto de lo ocurrido en la Banda Oriental. A continuación, transcribimos el alegato completo:

¹¹⁴ Hay quienes hablan del tándem Rivadavia-Alvear, como si fueran lo mismo. Cuando en realidad, había competencia entre ambos. Con la misma lógica que se responsabiliza a Alvear por decisiones de Rivadavia se podría responsabilizar a Juan Martín de Pueyrredón miembro del Comité Militar de gobierno. Es, sin lugar a duda, una falacia. La falacia de “culpabilidad por cercanía”.

Las circunstancias de la Banda oriental han fijado la atención del gobierno, porque todos conocen el germen desgraciado que dejaron allí los sucesos de Artigas, y que la guerra ha hecho renacer, como que fue empezada, digámoslo así, por sorpresa. Es preciso añadir sobre el General Lavalleja que, en la dirección que da á la fuerza que inmediatamente manda, y que considera como suya, porque cree que no debe tener otra dirección que la suya, al paso que quiere que todos sus gastos se paguen de aquí, no observa el menor régimen ni método; por que los jefes se mudan á su arbitrio, y los oficiales, por lo común, no tienen ni despachos. Así es que, cuando se separó el General Rivera, vino una anarquía en medio de otra, y empezó la desertión de las fuerzas de Lavalleja á las que mandaba aquel. (t. 3, p. 1350)

La campaña en la Banda Oriental dejaría en Alvear secuelas en su salud, y lo llevaría al poco tiempo a reducir su actividad política y militar, hasta su migración a los Estados Unidos para actuar como embajador de Rosas.

¿Por qué el nombre Ituzaingó fue borrado de los mapas de Brasil? Ituzaingó era el nombre de un arroyo pequeño de la zona donde se produjo la batalla, un arroyo que ya no existe y no hay ningún lugar en Brasil que lo conmemore.

Para los brasileños, cómo el ejército se replegó sin haber capitulado, no se trata técnicamente de una batalla decisiva porque la guerra no culminó. La historia es en ocasiones generosa y permite, como vemos, encontrar argumentos rudimentarios para todos los gustos.

6. LA ERA DE ROSAS: 1828-1852

Alvear, insultado en su tumba gloriosa. ¿Qué quería Alvear en 1815? Lo mismo que quiso Bolívar, el libertador de cinco repúblicas. Su deseo no era entregar la América á la Europa. Tal imputación hecha á los autores de la independencia es de una deshonestidad repugnante.

Juan B. Alberdi, *Escritos Póstumos*.

6.1 Embajador plenipotenciario

La relación entre Alvear y Rosas está adornada de los mismos vaivenes que sufrió la República en los agitados años de luchas civiles. Si bien Alvear concluyó su vida al servicio de Rosas como embajador plenipotenciario en Estados Unidos, la relación con el Restaurador estuvo también marcada por bemoles, en especial durante el período de ascenso de Rosas donde Alvear llegó a liderar la insurrección con más chances de tomar el Poder.

Ocampo (2000) muestra que desde 1828 hasta 1838, cuando partió hacia los Estados Unidos, Alvear fue uno de los principales opositores a Rosas. Sus caminos se habían cruzado hasta entonces de manera muy circunstancial. En 1820, Alvear, Carrera y los caudillos provinciales Estanislao López y Francisco Ramírez formaron una alianza contra el Directorio de Rondeau, que intentaba coronar un rey en el Río de la Plata. Cuando López deja la alianza para sumarse a Dorrego, derrotan a Alvear y Carrera en San Nicolás, y Dorrego es nombrado gobernador iniciando el período de anarquía de 1820. Juan Manuel de Rosas participó de esa batalla que terminaría con los planes de Alvear y Carrera como miembro de la caballería del ejército de Dorrego.

Las diferencias políticas entre ambos bandos continuaron hasta que el Congreso Constituyente nombró a Bernardino Rivadavia presidente de la Nación. Fue Dorrego quien aprovechó la diplomacia errática de Manuel García con Brasil para deponer a ese gobierno, seguido por la gobernación del unitario Lavalle quien a su vez iba a deponerlo y fusilarlo. Lavalle asume el mando con el apoyo del partido unitario, y se inicia el conflicto con Rosas y López, que finalmente derrotan a Lavalle en Puente de Márquez, el 26 de abril de 1829.

Antes de ese punto de inflexión, el año 1828 culmina con la revolución del 1 de diciembre comandada por Juan Lavalle, que tomó por la fuerza el gobierno derrotando a Dorrego, y recrudeciendo la disputa entre unitarios y federales. En el levantamiento participaron las fuerzas que había comandado el general Alvear, y que habían regresado de Brasil sintiéndose traicionadas por “una diplomacia torpe” llevada a cabo por Dorrego (Rees Jones, 2008, p. 399).

Dorrego parte a Santa Fe a buscar apoyo pero sus tropas son derrotadas en la batalla de Navarro. Tras el fusilamiento de su antiguo compañero de armas, Lavalle emitió un comunicado en el que sostiene: “quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires que la muerte del coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio”.

Cuando más tarde fue derrotado por las fuerzas federales, Lavalle siguió al mando de Buenos Aires, nombrando a Alvear como ministro de Guerra para defender la ciudad. “Una de las primeras medidas que tomó Alvear fue lanzar una fuerte expedición marítima a Santa Fe que promovió un pronunciamiento en la bajada del Paraná. El resultado de esta ofensiva y los triunfos del general José María Paz en Córdoba, fue que el caudillo Estanislao López se separara momentáneamente de Rosas. Alvear también intentó un acercamiento con el caudillo oriental Fructuoso Rivera, que se convertiría luego en uno de los más encarnizados enemigos de Rosas” (véanse Ocampo, 2013; Rodríguez, 1909, t. III, p. 501).

Alvear contaba con más consenso que el propio Lavalle en el seno del partido unitario, pero es Lavalle quien firma el 24 de junio de 1829 el Tratado de Cañuelas con Rosas. Tras este pacto, la renuncia de Alvear al ministerio de guerra no se hizo esperar. Lavalle describía así a Rosas lo ocurrido:

[Alvear] no estará quieto bajo ningún orden de cosas y necesita de la embrolla y de la intriga como del alimento. Si lo sujetan a vivir con juicio se muere en dos días. En estos últimos, ha esparcido mil mentiras y me ha calumniado a su gusto. En fin, estoy libre de él y de este modo pasaré con menos disgusto los pocos días en que esté aquí. (Rodríguez, 1909, t. 2, p. 421).

Cerrada las filas entre Rosas y Lavalle, Alvear comienza a ser la única esperanza para las fuerzas opositoras. Según Vicente Fidel López, la idea era triunfar en elecciones y elegir a Alvear como gobernador “dejando a Rosas que lo reconociese o no por el momento” (López, 1911, t. X, p. 485). De este plan formaban parte Valentín Alsina y Manuel

Belgrano, sobrino del prócer del mismo nombre, y una de las máximas figuras, junto a San Martín, de la historia mitrista.

No solo los unitarios de Buenos Aires son derrotados, sino que también cae en desgracia la liga unitaria comandada por el General Paz. La mano dura de Juan Manuel de Rosas, llamado ya entonces Restaurador de las Leyes, logrará la pacificación transitoria del territorio, no sin antes profundizar la persecución de sus enemigos políticos y forzarlos al exilio (Lynch, 1984).

Rivadavia, por ejemplo, se exilia en Montevideo y luego en París. Desde donde publica una serie de escritos contrarios a la idea de instaurar una monarquía en el Plata. Allí sostiene que “los sistemas monárquicos serían funestos para las nuevas naciones de América”, y que los trastornos de las Provincias Unidas se deben no al régimen republicano “sino a la falta de espíritu político y de cooperación en el sostén del orden y de las leyes” (Rees Jones, 2008, p. 401). Más adelante Alvear dirá que Rivadavia fue uno de los hombres de Estado más importantes que había dado el Río de la Plata.

Viamonte es elegido gobernador a fines de agosto, mientras los unitarios se dispersaban entre Brasil y la Banda Oriental. Cuando en 1829 Rosas asume la gobernación con la suma del poder público y se intensifican las persecuciones a los opositores, Alvear es invitado a abandonar el país (Ocampo, 2013).

Rosas mantuvo el monopolio del comercio interno y externo con la administración de las aduanas. Hasta entonces, las economías del interior no participaban de los beneficios aduaneros porteños. Diferentes prestamistas, nacionales y extranjeros, financiaban el ejército de Rosas quien ponía a cambio de esos préstamos como garantía las rentas de la aduana. El Restaurador de las leyes comenzó a forjar los mecanismos que le permitieron permanecer casi veinte años al frente del gobierno.¹¹⁵

Uno de estos mecanismos era también atraer para sí a hombres que en otras circunstancias habían sido sus opositores. Así es como en 1832, Rosas nombra embajador en Estados Unidos a Carlos de Alvear, pero al mes renuncia a la gobernación y el nombramiento queda sin efecto hasta que en 1833 el nuevo gobierno lo ratifica.

¹¹⁵ Burgin (1975) y Espalla (1987) describen la política aduanera en el rosismo.

En una misiva enviada al gobierno de Ramón Balcarce, gobernador de la provincia de Buenos Aires y futuro ministro de Guerra de Rosas, Alvear asegura que “el infrascrito antes de ahora, ya había manifestado a S.E. su conformidad en admitir el cargo con que se la honrado y no solamente repite hoy esto mismo pero también añade que agradece la confianza” (AGN, Sala X, Documentos de Gobierno, junio 14 de 1833). En su segundo período al frente de la gobernación, Rosas mantendría la oferta.

En el ínterin, Alvear permanece en Buenos Aires donde estrecha relación con Facundo Quiroga. En sus *Memorias*, Tomás de Iriarte (1951) describe la relación que tuvieron Alvear y Quiroga, y así como tiene un juicio negativo de Alvear, también lo tiene del Tigre de los Llanos: “Era un bandido, un asesino, un malvado y sin embargo es preciso decir que Rosas era mucho más aborrecible, infinitamente más peligroso”.

Tenemos en Quiroga una figura positiva para el revisionismo, que tuvo a Alvear de su lado mientras permaneció en Buenos Aires. De hecho, según Iriarte se intentó poner en marcha un Congreso en las provincias comandadas por Quiroga para que elija un presidente y nombrara a Alvear, un proyecto trunco tras la muerte de Quiroga en 1835 en Barranca Yaco. Este plan nombrar a Alvear como presidente de una nueva república contaba con el apoyo de Fructuoso Rivera en la Banda Oriental y del mariscal Andrés de Santa Cruz, líder de la Confederación Peruano-Boliviana (Iriarte, 1951, t. V, p. 110).

La temprana muerte de Facundo Quiroga echó por tierra estos planes que nunca pasaron de meros intercambios epistolares y muestras de voluntad, mientras Rosas se hacía con el poder militar, que era el poder real.

El 19 de mayo de 1837 Rosas declaró la guerra a la Confederación Peruano-Boliviana y al poco tiempo nombró nuevamente a Alvear embajador ante los Estados Unidos. Ocampo (2013) aventura diversas hipótesis sobre las razones que llevaron a Alvear a pasar de liderar la oposición a Rosas, y una opción de alternancia en el Poder para los opositores, a ser embajador rosista en Estados Unidos. Su avanzada edad, la amistad con Lúcio Mansilla, Tomás Guido, Manuel García, y otros miembros del gabinete de Rosas, la relación de su esposa Carmen con Encarnación Ezcurra, mujer de Rosas, etc. Para Ocampo, más que un premio se trató de un exilio decoroso. En todo caso, se trata de hipótesis, pues nada hay más difícil que juzgar las verdaderas motivaciones personales, y más difícil resulta si se hace con la lupa de la historia.

¿Por qué Rosas le perdona la vida a Alvear? Una hipótesis es que haya intercedido Lucio Mansilla, antiguo amigo y subordinado de Alvear en Ituzaingó, que se había casado con la hermana menor de Rosas y era uno de los líderes de la fuerza policial del Restaurador, la mazorca.

Entre los documentos de época que más destacan la figura de Alvear se encuentra un libro autobiográfico del hijo de Lucio Mansilla, llamado Lucio Victorio Mansilla, destacado escritor y diplomático, quien recuerda los encuentros de Alvear con su padre.

El general don Carlos María de Alvear, vivía en la calle de la Florida, frente a donde actualmente vive don Adolfo Carranza; la casa está intacta... Mi padre era su amigo, uno de esos amigos como hay muchos. Solía hablar mal de él. Pero no permitía que otros lo hicieran... Bueno, mi padre estaba de visita, en casa de su amigo, y yo con él. Entre paréntesis diré que misia Carmen Quintanilla, la esposa del general, señora llena de gracia y de cultura, me quería muchísimo... En el primer patio de la casa había una alberca, y en ella el único instrumento de floricultura, conocido entonces, un cuchiloo mangorrero. Misia Carmen y mi madre, el señor don Carlos y mi padre, eran amantes de las flores— lo que no se si probara algo, aunque me inclino a creer que es sintomático de cierta delicadeza en los sentimientos. Estábamos en verano. Ellos conversaban (probablemente criticaban el gobierno, cosa muy frecuente, aunque se le sirva y se aproveche de él). Yo, que me debía aburrir mucho, no habiendo otro muchacho, había tomado el cuchillito y escarbaba. El señor don Carlos viome y dijome: ¡Cuidado, hijito, no te vayas a lastimar! Mi padre, que hablaba enfáticamente, como todos los que habían servido con San Martín arguyó: “Déjelo usted, en esta tierra, mi amigo el que quiera ser algo, debe saber manejar bien eso”. (Mansilla, 1889, t. 1, p. 76)

De Alvear, Rosas pretendía algo más que una mera actuación diplomática. Esperaba que con su agudeza característica contribuya a rebatir las críticas que los unitarios exiliados hacían en su contra. Davis (1955) llamó a esta tarea la de un “agente de propaganda”.

Pero la actividad propagandística de Alvear no empezó sino más tarde. Recién en carta a Felipe Arana, ministro de relaciones exteriores de Rosas, fechada el 10 de diciembre de 1843, Alvear reconoce que intentará cumplir esta tarea “no solo como individuo que tengo el honor de ser empleado por el Gobierno, sino también por la simpatía de reconocimiento y gratitud que como ciudadano argentino profeso a una administración cuyo digno Jefe ha sabido elevar al crédito y esplendor de nuestra patria a un grado desconocido”.

Alvear comenzará a publicar en diversos diarios de la capital acontecimientos de la Confederación Argentina resaltando los rasgos de Rosas. En 1844 se mudó a Nueva York

para tener mayor contacto con editoriales que proveía la gran ciudad, ya que Washington aún era un pueblo en comparación. Permanecería en esa ciudad hasta su muerte.

En ese exilio y ávido de contentar a su demandante jefe, Alvear utilizó su pluma y los recursos enviados desde Buenos Aires para defender el régimen de Rosas, probablemente más por necesidad que por convicción, si se toma en cuenta la oposición que había mostrado al rosismo en sus primeros años.

Davis (1955) realiza un recuento de los artículos periodísticos publicados en Estados Unidos por Alvear en defensa de Rosas. Por ejemplo, en un artículo publicado por el *Journal of Commerce* comentaba las pérdidas que traería aparejado para el comercio de Estados Unidos el bloqueo francés, y dejaba entrever que los Estados Unidos tenían en Rosas un amigo en el sur. La defensa de Rosas, incluso desmintiendo la existencia de la Mazorca, se reiteró en varios artículos y en cartas enviadas a miembros del Congreso estadounidense.

6.2 Bloqueo francés

En 1821, el gobierno de la Provincia de Buenos Aires extendió la obligación del servicio militar a los extranjeros propietarios de bienes raíces o tiendas, que tuviesen profesión liberal o que ejerciesen arte mecánica, y a todos aquellos que hubiesen residido más de dos años consecutivos en la provincia. Mientras que una nueva ley de 1823 establecía también el servicio a los extranjeros en tránsito en las milicias, en caso de inminente peligro.

En julio de ese año de 1830, una revolución llevó al poder a Luis Felipe de Orleáns, quien dispuso el reconocimiento de la independencia de las naciones americanas. Sin embargo, los franceses no aceptaron las leyes vigentes del servicio militar obligatorio y exigían un tratamiento diferenciado en el comercio. Por la fuerza obligaron a muchos países periféricos a hacer concesiones comerciales y, cuando fue posible, fueron reducidos a protectorados o colonias como el caso de Argelia. En América, México sufrió también una agresión semejante en 1838 en la llamada Primera Intervención Francesa en México, popularmente conocida como "Guerra de los pasteles".

Rosas mantuvo una serie de disputas personales sobre temas comerciales con el vicecónsul francés, Aimé Roger, quien ofendido se retiró a Montevideo a esperar la flota del Almirante Leblanc, a la que se sumó luego la corbeta Camille en febrero de 1828. Rosas recibió entonces las exigencias francesas de suspender de manera inmediata la aplicación de la ley del servicio militar a los súbditos franceses, garantizar el tratamiento de nación más favorecida hasta concertar un tratado general, y reconocer las indemnizaciones reclamadas por los ciudadanos franceses.

En abril de 1829 se enfrentan las fuerzas federales lideradas por Estanislao López y Juan Manuel de Rosas, y las unitarias de Juan Lavalle en la batalla del Puente del Márquez donde Lavalle es derrotado, y según narra López (1885):

El general Alvear, por su lado trabajaba también asiduamente por formarse un partido propio, desmontar a Lavalle y tomar de su cuenta la defensa de la ciudad. El 24 de junio se firma la paz entre Lavalle y Rosas, quedando Rosas en el carácter perfecto de un gobernador independiente y absoluto de la provincia.

En ese momento, Alvear pasa a representar la principal oposición a Rosas. López prosigue:

Lo curioso era que a medida que abrumado por ese desencanto desfallecía el general Lavalle, el general Alvear cobraba más ánimo y mayor deseo de asumir la dirección. Su opinión era que poniendo a la ciudad en buen estado de defensa, operando por el Río sobre Santa Fe y sobre las costas del Norte, Rosas había de verse muy pronto envuelto en las eventualidades, escasas y en muchos otros apuros que el tiempo, por sí solo, había de imponerles y que al fin tendría que aceptar una transacción, que si no fuera un triunfo, no sería tampoco la dominación del gauchage y de su caudillo.

El objetivo de los unitarios eran conseguir una paz que permita el llamado a elecciones, constituir una legislatura en cuyo seno dominase la mayoría del partido unitario y sobre esa base legal elegir inmediatamente al general Alvear gobernador permanente de la provincia. “En este plan entraron muchos hombres de influjo además de los que dejamos mencionados y con ellos todo el elemento vecinal, decidido a luchar” (López, 1885). No obstante, las elecciones fueron finalmente aganadas por una facción contraria a Alvear, y sería nombrado gobernador Juan José Viamonte.

El ambiente político es descrito por José Ingenieros en su *Evolución de las Ideas Argentinas*:

Luego de Puente de Márquez los unitarios de Buenos Aires, descontentos de Lavalle y desalentados por su derrota, comenzaron a rodear a Alvear, que en ese momento aparecía como única esperanza de salvación. Lavalle advirtió esta nueva preferencia de sus amigos de ayer; se entendió con Rosas, celebró con él una entrevista y firmó un pacto de igual a igual, por el que se entregaría el gobierno a quien lo obtuviera en legítimas elecciones. (1918, t. I, p. 536)

Celesia (1954) recopila una serie de documentos de Rosas, donde se lo muestra especialmente preocupado por la oposición a su creciente poder bajo el influjo de Viamonte. En una carta de fechada el 20 de junio de 1833, Arana le escribe a Rosas:

Es preciso asegurar a Ud. sin temor de ser desmentido que el pérfido Don Juan Ramón Balcarce es el público caudillo de los que con más negra ingratitud se han propuesto dar en tierra con Ud y sus buenos amigos, arrastrando a este desgraciado país a la más espantosa anarquía.

En 1833, Rosas emprende “la campaña al desierto” para ampliar la geografía de la Nación y asegurar nuevas tierras en La Pampa. Desde Río Colorado, escribe a Arana el 26 de agosto de 1833:

Estoy ya bien impuesto de los que ha trabajado y trabaja mi hermano político el general Mansilla. Felicítelo y saludelo con la expresión sincera de mi amistad. Me dice Ud. que los unitarios propietarios, los que figuraron en tiempo de Rivadavia, son los que mas abogan por la marcha de mi administración y por mis amigos, sin que hasta ahora se sepa de uno solo que esté con los anarquistas. No lo extraño; siempre creí que si me ahorcaban algún día no habían de ser esos. Yo he notado durante mi administración, buena conducta y juicio en muchos de esos hombres. Por eso no sólo no los he perseguido, sino que los he tratado siempre dándole a cada uno su verdadero lugar según su categoría. Verá también la escasez que tiene el país de hombres, y mirando muy lejos conocía la necesidad de que el tiempo fuese dándonos algunos hombres de luces y responsabilidad, propietarios, para el Congreso Nacional; que teníamos esa necesidad ya se vió cuando nombré a Alvear de Ministro para Norte América. Creo que en mi plan no me equivoqué. Si yo cuando los Federales necesitaban ser satisfechos y colmados en sus justas quejas contra los unitarios hubiera andado por los cabezas como hicieron ellos cuando

desterraron a mis primos, &, Vea Ud cuantos hombres se hubieran perdido y cuantos capitales desaparecido. Por otra parte creía conveniente acostumbrar a la gente a mirar siempre con afecto a las primeras categorías del país, aun cuando sus opiniones fuesen diferentes a las dominantes. De aquí la razón porque como todos mis castigos eran reducidos a los cachafases, revoltosos, a toda esa pandilla de oficiales y jefes aspirantes a quienes siempre he creído que se deben castigar con severidad y sin indulgencia”. (Celesia, 1954, p. 437)

Vemos que el problema de Rosas en realidad no era entonces con los unitarios, ni siquiera contra los propietarios o clases pudientes. Era en contra de quienes estaban en su contra, sin importar categoría política o social.

Ante la falta de una respuesta satisfactoria, el 28 de marzo de 1838 la escuadra francesa declaró el bloqueo el puerto de Buenos Aires. El ministro de relaciones exteriores, Felipe Arana, intentó resolver el asunto con la mediación del encargado de negocios británico.

Sin embargo, los franceses buscaron unir a la oposición de Rosas en su contra. Así apoyaron a Rivera en Uruguay y a Juan Lavalle, retirado en Santa Fe. El 1 de marzo de 1839, Rivera fue elegido presidente de Uruguay declarando la guerra a Rosas.

El 4 de febrero de 1839, Alvear escribe a Rosas pidiendo su traslado a Europa. Según describe:

Estoy sufriendo en este rígido clima, unido al estado de mi caudal, de que VE esta muy bien impuesto, me sería muy doloroso tener que volver a mi país, no teniendo en él los medios necesarios para poder sustentar la numerosa familia que el cielo me ha dado. Si la misión a Inglaterra ofreciese dificultades estoy pronto a ir a cualquier otro punto de Europa o del mundo a donde quisiera VE enviarme.... La carestía de este país en nada puede compararse a la abundancia y baratura con que el cielo ha querido favorecer el nuestro.

A partir de marzo de 1839, las fuerzas francesas efectuaron incursiones en el Río de la Plata para impedir operar a los buques criollos que desde allí burlaban el bloqueo, y mantener sus contactos y provisión de suministros para los opositores a Rosas (Rosa, 1965, t. IV). Fue entonces cuando San Martín ofreció a Rosas regresar de su exilio europeo y prestar servicios a la patria, oferta que fue rechazada (Lynch, 2009).

En 1839 la política de Arana dio resultado y Gran Bretaña comenzó a presionar al gobierno francés por una resolución del conflicto, que afectaba al comercio británico. El canciller inglés Lord Palmerston le comunicó la decisión de su país que contaba con el apoyo de Prusia, Rusia y Austria, de no apoyar acciones como las mantenidas en el Río de la Plata y en Turquía.

Así llegó una nueva escuadra a Buenos Aires, al mando el almirante y ministro de marina Ángel Renée Armand de Mackau, que firmó el tratado Mackau-Arana el 29 de octubre de 1840. Por este tratado la Confederación Argentina y Francia se concedían recíprocamente la condición de nación más favorecida. Cuando el bloqueo fue levantado, la isla de Martín García, así como los barcos capturados, fueron devueltos al gobierno de Buenos Aires.

Los rivales de Rosas que se habían unido a la armada francesa debieron volver al exilio. Será el General Urquiza, gobernador de Entre Ríos, quien en la batalla de Caseros ponga punto final a dos décadas de rosismo.

En 1852, trece provincias firman el Acuerdo de San Nicolás y Urquiza es nombrado Director Provisorio de la República Argentina. Allí también se establece la supresión de las aduanas internas y se garantiza la libre navegación de los ríos. Sin embargo, Buenos Aires se niega a firmar la Constitución de 1853 y se separa por casi diez años del resto del territorio, que se autodenominó Confederación Argentina y que tenía su capital en la ciudad entrerriana de Paraná. No aceptaban los porteños ceder el manejo de la aduana al gobierno central.

El primer envío oficial de Alvear como embajador tiene lugar el 4 de agosto de 1838, cuando Alvear escribe a Arana informando de su llegada a Estados Unidos. Además de actuar como representante diplomático, Alvear desempeñaría funciones de agente de prensa, especialmente durante el bloqueo francés. Arana enviaría informes sobre los sucesivos ataques franceses, la alianza con Rivera en Uruguay, la toma de la isla Martín García, etc. Arana pedía a Alvear que diera a conocer lo que estaba ocurriendo para tratar de ganarse la simpatía de los Estados Unidos (Davis, 1955, p. 131). A pesar de las distintas reuniones que mantuvo Alvear con John Forsyth, secretario de Estado, Estados Unidos nunca tomaría partido en los sucesos del Río de la Plata. Alvear solo recibía manifestaciones de apoyo, pero nada más que eso.

Apenas hubo algunas insinuaciones de ayuda, como cuando en abril de 1830, el capitán estadounidense Nicholson, mientras estaba en el puerto de Buenos Aires, se ofreció a

negociar con los franceses el abandono del bloqueo. Poco después se supo en la ciudad que el Congreso de Estados Unidos realizó una moción en contra del bloqueo. Alvear también recibió el apoyo de países que disputaban el poderío europeo con Francia, como Rusia y Austria.

El representante ruso en Washington, barón Bodisco, se manifestó en contra del bloqueo calificando de injusto el accionar francés, pero recordó que para ese entonces su país aún no había reconocido a las Provincias Unidas, y que nada podía hacer al respecto. Arana recibió con simpatía la declaración del representante ruso e instó a Alvear a lograr que Rusia reconociera la independencia de la Confederación (AGN, Arana a Alvear, 16 de mayo de 1840).

Cuando finalmente Francia se retiró del Río de la Plata, Alvear publicó en Estados Unidos las condiciones firmadas y obtuvo las felicitaciones de los representantes de Rusia, Holanda y Austria. En un discurso al Congreso, el Presidente John Tyler afirmó: “Absteniéndose cuidadosamente de intervenir en toda cuestión que refiera exclusivamente a los intereses políticos de Europa, nos permitimos esperar igual abstención de los gobiernos europeos en lo que respecta a los estados de los continentes americanos”. Alvear envió esas palabras al gobierno de Buenos Aires, y Rosas las hizo publicar y repartir entre los ciudadanos franceses del Plata, en lo que consideraba una advertencia y la posibilidad de que Estados Unidos interfiera en un futuro a favor de su gobierno (Davis, 1955, p. 138).

Las misivas de Alvear en su tarea como diplomático se mantienen dentro de la formalidad de la época. Es de este período donde se conservan más texto de Alvear, dado que sus cartas fueron guardadas en los archivos oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores, pasando luego a formar parte del Archivo General de la Nación (AGN).

Hacia fin de 1838 escribe explicando las consecuencias del bloqueo francés en México. El 30 de abril de 1839 Alvear advierte a Arana los planes de las potencias europeas, y de la baja probabilidad de que Estados Unidos se una al bloqueo del Río de la Plata. En una misiva que puede encontrarse en el AGN sostiene:

No pudiendo dudarse por consiguiente que en Europa y mas particularmente en Francia, se trata muy seriamente por un partido de uniformar la opinión sobre la necesidad de formar un avenimiento entre naciones poderosas para tomar una intervención en los negocios de aquellas repúblicas.. no he encontrado un solo

hombre, ni aquellos que ocupan los puestos más distinguidos, que estén instruidos de los sucesos que han pasado en la América del Sur y que no confundan por consiguiente los países y los hechos formando de este modo un concepto poco exacto de ellos. Resultando de aquí a juicio del infrascrito la ninguna justicia que las repúblicas americanas han recibido de las demás naciones, en el caso en que el deber de su propio honor las ha puesto en la necesidad de exigirla. Lo gobiernos americanos deben hacer todo lo posible para recuperar la opinión perdida, como también para meditar y reflexionar con tiempo, las medidas que deben tomarse para contrarrestar la tendencia de un plan tan desastroso y funesto para su libertad e independencia. De todos los gobiernos, el de este país, es el único de quien no debe temerse sea de ningún modo arrastrado a entrar en una coalición semejante. Bien al contrario puede contarse que tanto el pueblo americano como su gobierno harán esfuerzos para frustrarlos.

El 15 de febrero de 1840, vuelve a arremeter contra Francia:

Ciertamente su gobierno creyó que no tendría más que enfadarse para vernos y a sus pies como sumisos esclavos. Y la Europa y el mundo verán con asombro que la Republica del Río de la Plata brava al poder y se sostiene contra las injusticias de una de las naciones mas poderosas del planeta; la cual en medio de su fuerza no se ha desdeñado de echar mano de cuantos medios podía haber por reprobados que fueren para hacer sucumbir a un poder que le resistía con tanta gloria y dignidad.

El 14 de febrero de 1841, Alvear acusa recibo del tratado Mackau-Arana firmado el 29 de octubre de 1840 entre la Confederación Argentina y Francia, convenio que pone fin al bloqueo:

Un acontecimiento tan dichoso me ha producido el más grande placer así como la mayor admiración por ver justificada la grande y heroica previsión del distinguido e ilustre ciudadano que dirige los destinos de nuestra patria. Y que ha sabido sacarla con honor y esplendor de la más importante y ardua cuestión que ha tenido que sostener el país desde que se ve elevado al rango de nación libre e independiente.

Una vez finalizado el conflicto armado, Alvear continúa con su tarea de informante de los sucesos que consideraba relevantes para el Río de la Plata, en particular la posición de Estados Unidos con respecto a las nuevas naciones del continente.

Para 1842, Alvear envía una carta a Arana donde comentaría lo que consideraba una tergiversación que Estados Unidos realizó de la Doctrina Monroe con el paso del tiempo. Vale la pena transcribir esta carta de Alvear a Arana, fechada el 16 de diciembre de 1842, como testimonio de su perspicaz observación:

Este principio fue por primera vez declarado por el presidente Monroe cuando la Francia se preparaba a auxiliar a la España en la lucha con sus antiguas colonas y que adoptado por Mr. Canning nos libró entonces de este poderoso enemigo. Pero siendo en la actualidad esta república tan fuerte y poderosa con respecto a las nuestras, poder y fuerza que aumentan tan rápidamente, la adopción de este principio no puede ser adoptado por las otras repúblicas americanas sino en casos especiales en que pueda convenirle: por otra parte, no es de creer que la Europa se suscriba a él, porque esto sería conceder en América una superioridad muy decidida a los Estados Unidos. (AGN, Alvear a Arana, 16 de diciembre de 1842)

El 4 de noviembre de 1845, Alvear comenta a Arana su intento de lograr apoyo de los Estados Unidos en el nuevo conflicto armado que a esta altura la Argentina mantenía a la vez con dos de las principales potencias del globo, Inglaterra y Francia:

El Señor Secretario de Estado me preguntó si yo le hablaba por órdenes é instrucciones de mi Gobierno, o tan solo por conceptos míos, a lo que contesté que mi Gobierno me encargaba especialmente de decir al de los Estados Unidos, que hallándose en la forzosa, pero necesaria necesidad de resistir las pretensiones injustas que han querido exigir de él los Ministros Plenipotenciarios de Inglaterra y Francia mezclándose, y tomando una intervención en los negocios de aquel país, esperaba que en virtud de los principios que había proclamado también él de los Estados Unidos de no permitir la intervención Europea en las cuestiones americanas le prestase en esta ocasión, y con el objeto de sostener estos mismos principios todo el apoyo y asistencia que estaba en la espera de su poder darles. El Secretario de Estado me preguntó, que era lo que mi Gobierno creería que él de los Estados Unidos podía hacer en tales circunstancias y por tal causa, a lo que contesté que el Gobierno de los Estados Unidos tenía poder y fuerza bastante para hacer prevalecer el principio que había proclamado de no permitir la intervención Europea pero que sin llegar aún a este extremo, debía prestarnos toda la influencia moral que estaba en su poder darnos, en sostén de una causa que interesaba a toda

América, y muy particularmente a los Estados Unidos, reflexionándole con esta ocasión sobre la importancia de esta cuestión, y haciéndole sentir que si en esta ocasión el Gobierno de Norte América no se mostraría celoso de sostener este principio iba a desaparecer todo el prestigio que se había formado de él en toda la América... Me es satisfactorio poder asegurar a V.S. que todos estos Señores se han manifestado convencidos de que su deber, y propios intereses les exige hacer algo en nuestro favor, aunque ahora no nos sea posible esperar, sino su asistencia moral, lo que no es poco por la influencia que este ejercerá en Europa, pero trabajando con constancia, en mover los hombres influyentes que dirigen la opinión en este país, así como la prensa, y está pronunciándose con más decisión el Gobierno tendrá que lanzarse cada vez más en sostén de una causa que llegara a ser aquí su momento popular, lo que influirá muy poderosamente en Europa, para lo cual emplearé con la mayor actividad todos los medios que están en mi esfera y poder. (AGN, Alvear a Arana, 4 de noviembre de 1845).

Pocos días después, la diplomacia había brindado aunque escasos frutos. Alvear lo cuenta el 6 de noviembre de 1845 en carta a Arana:

Tengo la satisfacción de informar a V.S. que el treinta del pasado se verifico en esta ciudad, en Tammany Hall, una inmensa reunión de mas de seis mil ciudadanos del Partido Demócrata, en la cual se pronunciaron las mas decididas arengas en contra de la intervención europea en América, hablando y expresándose también en favor de nuestra causa y de la necesidad que los Estados Unidos las protejan, este ejemplo dado en esta ciudad que es considerada la reina de este país, es un triunfo de la mayor importancia que sera imitado y seguido por muchas otras ciudades y sirve poderosamente para ir preparando la opinión y uniformándola para que el Congreso que debe reunirse el próximo Diciembre tenga ocasión de pronunciarse con decisión sobre estas materias. (AGN, Alvear a Arana, 6 de noviembre de 1845).

Finalmente el respaldo norteamericano sería menor al esperado. En carta fechada el 4 de diciembre de 1845, Alvear cuenta lo siguiente sobre el ansiado discurso:

El mensaje del Exmo. Sr. Presidente de los Estados Unidos de Norte América, cuyo importante documento hará sin duda una gran sensación en Europa, y una satisfactoria en América, y muy particularmente en el Río de la Plata pues se ven en él, no solo ratificado los principios del Presidente Monroe, sino también porque

hace ver el estado delicado de las relaciones de este país con Inglaterra lo que pone a esta, en la necesidad de estar prevenida y no distraer su atención a otros puntos... No deja de ser sensible sin embargo que este clásico documento no hubiese dicho algo directamente sobre la intervención Europea en el Río de la Plata, pero esto era exigir demasiado por ahora, a un Gobierno que lleva por máxima no apoyar sus opiniones, sino cuando éstas sean pronunciadas de modo positivo en la mayoría, y la guerra extranjera ha venido tan precipitadamente sobre las dos Repúblicas del Plata, que la opinión pública aquí aunque pronunciada por instinto a nuestro favor, no ha tenido tiempo aun de ilustrarse lo suficiente y formarse cual deseamos. (AGN, Alvear a Arana, 4 de diciembre de 1845).

Cuando en 1845, el segundo bloqueo unió a Francia e Inglaterra contra el gobierno de Rosas, Alvear recordó esas palabras al secretario de Estado James Buchanan, pero no logró que Estados Unidos salga de su neutralidad. Tampoco Francia hizo demasiado por evitar la anexión de Texas por parte de Estados Unidos, aunque su política era no permitir que Estados Unidos ni Inglaterra se hicieran demasiados poderosos en América, de modo de mantener equilibrada también el balance de poder económico en el viejo continente. De hecho, tanto Francia como Inglaterra amenazaron a Estados Unidos con intervenir si seguía con su política expansionista y mantenía las intenciones de anexar California a su territorio, un hecho que finalmente ocurrió en 1850.

Haciendo caso omiso a esas advertencias, Estados Unidos continuó con su expansión, también hacia Oregón. En marzo de 1846 el secretario Buchanan envió una misiva a William Harris, encargado de negocios de Estados Unidos en Buenos Aires, sosteniendo que:

Aunque las presentes circunstancias no permiten a Estados Unidos tomar partido en la guerra actual, el presidente dese que toda la influencia moral de la República sea puesta en el platillo de la parte ofendida. Cordialmente deseamos que la República Argentina tenga éxito en su lucha contra la intervención extranjera.¹¹⁶

Alvear publicó una serie de artículos en el diario del partido demócrata en Estados Unidos llamando a los ciudadanos estadounidenses a oponerse al injusto bloqueo anglo-francés, que limitaba las posibilidades de comercio con el Río de la Plata, y dejaban a Inglaterra y

¹¹⁶ Buchanan a Harris, 30 de marzo de 1846, Manning, *Inter-American Affairs*, I, 31 (citado en Davis, 1955).

Francia decidir arbitrariamente sobre cuestiones americanas. Pero la opinión pública estadounidense estaba más concentrada en la negociación por Oregón con Inglaterra que en los sucesos lejanos del continente.

El juicio de Thomas Davis (1955) sobre el accionar de Alvear como diplomático durante estos años es inusualmente severo. Según observa:

Como ministro argentino en los Estados Unidos Alvear no pudo desempeñar un papel activo en la defensa de su patria. Durante los dos gobiernos informó a su gobierno que la Confederación Argentina sería probablemente reconocida por Rusia y Austria, pero nada resultó de este ofrecimiento. Informó también que Estados Unidos estaba tan absorbido en sus propios conflictos con Inglaterra que no podía esperarse de él mucha ayuda.

Efectivamente, Rusia y Austria decidieron esperar para no agredir explícitamente a Francia. Pero poco hubiera podido hacer el más versado diplomático para mover de su cauce la estrategia de Estados Unidos, con una clara agenda internacional de prioridades y enfocada en su propia expansión territorial. Esa era su prioridad, muy por encima de ganar lejanas zonas de influencia.

Tampoco Alvear tuvo éxito en su intento de torcer la opinión pública a su favor. “El ministro argentino en Washington utilizó secretamente la prensa en el vano esfuerzo de inducir a los Estados Unidos a resistir el bloqueo europeo contra una república del hemisferio occidental” (Davis, 1955, p. 149). Pero que no haya tenido éxito no significa que el intento haya sido equivocado. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer un diplomático en tierras lejanas para torcer decisiones soberanas de gobiernos que estaban fuera de su alcance? Además, en relación con su intento de influir en la opinión pública, Alvear seguía órdenes que le llegaban desde Buenos Aires.¹¹⁷

Otros diplomáticos, como el exministro de Relaciones Exteriores, Tomas de Anchorena, compartía la visión de Alvear. En una carta a Rosas fechada el 28 de mayo de 1846, asegura:

Nada debemos esperar de los norteamericanos en nuestra contienda con los anglo-franceses. Ellos están tan interesados como estos, o más, en la libre navegación de

¹¹⁷ Durante sus años en Estados Unidos, Alvear publica artículos en varios periódicos (como *Daily Union* o *Morning News*). En todos ellos cuenta lo que a su entender eran las injusticias del bloqueo francés y las consecuencias que este tendría para el comercio con Norteamérica. Sobre el tema véase Davis (1955).

nuestros ríos interiores y sus gritos y protestas no son para favorecernos sino para crear y dejar salvos derechos que poder hacer valer cuando les convenga en sus disensiones con Inglaterra y Francia.... Es preciso que los americanos no nos alucinemos con respecto a la República de Norte América. Ella aspira al imperio de los mares y al predominio continental en este nuevo mundo, del mismo modo que lo tiene la Inglaterra en el antiguo. (Academia Nacional de Historia, 1951, t. 7, p. 262)

¿Fueron los fracasos diplomáticos de Alvear en alguna medida intencionales, producto de su antigua animosidad con el régimen de Rosas? Ocampo (2009) sostiene que la fidelidad de Alvear a Rosas en su tarea diplomática no era sino producto de una fachada, impulsada más por la necesidad que por la convicción. Nuevamente se presenta aquí la posibilidad de que haya existido una estrategia de engaño, donde Alvear haya mostrado solo en apariencia fidelidad al régimen, sin poner todo de sí para sumarle logros. Una posibilidad que no puede tampoco descartarse por completo.

Poco antes de morir, Alvear deja asentado su pensamiento sobre Rosas. En una carta enviada a su pariente León Alvear, fechada el 15 de octubre de 1852, y al enterarse del triunfo de Urquiza en Caseros, comenta que se alegra de “la caída del mas bárbaro y salvaje tirano que nos ofrece la historia del mundo y que en la hora presente solo podía salir de los indios de nuestras pampas” (Rodríguez, 1921, t. III, p. 34).

Incluso a la distancia, y aunque no faltaba quienes lo acusaran de traidor (como hacía el también unitario Salvador María del Carril), Alvear seguía siendo la esperanza de muchos unitarios contra Rosas. Para esa época, en una carta fechada el 25 de abril de 1846, el entonces gobernador de la provincia de Corrientes, Joaquín de Madariaga, escribe a Alvear ofreciendo el mando en jefe de todas las fuerzas de la provincia para liberar a la patria de la tiranía de Rosas. Con el mismo tenor le escribe José María Piran a Alvear desde Montevideo, el 19 de julio de 1846. Y Alberdi desde Valparaíso, el 4 de abril de 1846, le envía una misiva donde dice esperar “el día feliz en que tantos de sus amigos dispersos en el mundo tengamos el placer de abrazar a Ud. en el seno del común país con la efusión cariñosa con que hoy me complazco en saludarlo” (Rodríguez, 1921, t. III).

Más adelante, recibiría un ofrecimiento similar por parte de Vicente F. López, quien escribía desde Buenos Aires, el 5 de octubre de 1852:

La Republica Argentina señor general le necesita a Ud. de un modo vital y todos hemos comenzado a volver los ojos hacia su persona como la única que nos puede sacar del laberinto en que hemos venido a perdernos... Ud. llena todas las condiciones requeridas. Hombre de los últimos adelantos del mundo culto, saliendo de la sociedad más progresista del siglo, hombre nacional por sus prestigios históricos y personales, provincial por su origen y relaciones domésticas, hombre de los mayores de la familia, el mayo sin duda de los que han quedado, hombre sagaz y de talento, hombre de mundo y conocedor profundo de nuestros hombres y de nuestras cosas. Ud. es sin disputa la única esperanza real de este pueblo. Así es que su llegada de Ud. ha empezado a ser el sueño del país, así como sin saber porque, todos los ojos se habían vuelto a Bonaparte en Egipto, en medio del desquicio de Francia... Ud. ... es para nosotros garantía de organización nacional. Ud que es la piedra fundamental de cuanto se ha hecho después en el sentido de las instituciones es para el país la bandera del progreso legal. Ud que fue en fin quien desde 1813 empezó a darle dirección organiza y social al embrión informe de nuestra revolución en 1810 es todo un programa al presente. (Rodríguez, 1921, t. III, pp. 596-602)

El Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, en la ciudad de La Plata, guarda documentación sobre la campaña del General Lavalle. Una carta fechada el 22 de septiembre de 1838 resume el sentimiento de otros unitarios respecto a Alvear. En particular, el de Salvador María del Carril, uno de los hombres denostado por la literatura revisionista por su complicidad con Lavalle y por ser uno de los más fuertes precursores del fusilamiento de Manuel Dorrego. Del Carril escribe a Lavalle:¹¹⁸

El Gral. Alvear, conspirador doméstico del gobierno del Gral. Rosas, antes de partir rehusó hacer estallar una conjuración porque no le dispusieron tal suma de dinero que había exigido. Es singular, y un rasgo muy capaz de marcar la profunda inmoralidad de los partidos políticos de nuestra época la conducta de este general en esa transacción y el fruto que ha recogido de ella, de aquellos mismos y de la misma patria contra quien se dirigían sus maquinaciones. Él se ha ido condecorado con un empleo eminente después de haber descargado toda la infamia de sus locas tramoyas sobre un partido respetable; sobre los individuos de él, que habrán entrado en sus miras y sobre los que las habían reprobado. Una lealtad de que son

¹¹⁸ Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, citado en Ocampo (2009).

cómplices sin dudarlos inseparables sentimientos de la situación de un proscrito mantiene un silencio profundo sobre un tal hecho, que todos creen y aborrecen.

Ocurre que es sería un error tomar a todos los unitarios por lo mismo, como lo es también considerar a todos los federales por iguales.¹¹⁹ Diferencias insalvables ocurrían en el seno de cada partido, así como se tejían alianzas entre miembros de partidos opuestos. No puede sonar esto extraño, pues es exactamente la manera en que se manejan cuestiones políticas en la actualidad. Al evaluar las posiciones del partido unitario es menester tener en cuenta la rivalidad entre Del Carril-Lavalle y Alvear como un hecho que diferencia a este último de los seguidores de Lavalle.

6.3 Las raíces de la antipatía hacia Estados Unidos

Las creencias de los hombres pueden variar a lo largo del tiempo. También en política las alianzas fluctúan según los intereses de cada momento. La simpatía de Alvear por el sistema norteamericano de gobierno y su acercamiento con ese país, a través de su alianza con José Carrera, va perdiendo fuerza a medida que se concentra en su tarea de embajador del gobierno de Rosas.

El historiador estadounidense, Thomas B. Davis, fue pionero en estudiar la actuación de Alvear como diplomático, plasmando sus conclusiones en un libro que apareció en castellano recién en 1964. Davis, sin embargo, no tiene como objeto de estudio al propio Alvear, sino que como él mismo menciona en el prólogo de su libro, su interés radica en “analizar las causas que motivaron la tradicional antipatía” de los argentinos a los Estados Unidos.

Davis asegura que los escritos que Alvear enviaba a Buenos Aires, acusando a los Estados Unidos de querer dominar América Latina, de no contribuir a resolver el conflicto por las Islas Malvinas y de apoyar los intentos de invasión europea, representan la raíz del anti-americanismo argentino (Davis, 1955, p. 10).

¹¹⁹ A esta diferencia crucial se suma el hecho de que Alvear no fue el único unitario que participó del gobierno de Rosas. Martiniano Chilavert, su jefe de artillería en Ituzaingó, fue también jefe de artillería del ejército de Rosas cuando perdió la batalla de Caseros. Urquiza lo envió a fusilar tras derrotar a Rosas en la batalla de Caseros, por lo que a Chilavert también se lo conoce como “el fusilado de Caseros” (Uzal, 1974).

Alvear vivió de cerca el período expansionista de Estados Unidos, al que miró con recelo. Davis (1955, p. 163) destaca que Alvear consideraba temible este sentimiento expansionista porque tenía sus raíces no en el corazón del individuo, sino en el de todo un pueblo. Cada “conquista engendraba una nueva conquista; cada éxito constituía un aliciente para la generación venidera, creando así una interminable cadena de desastres”. Según comentaba a Arana:

Todas las adquisiciones territoriales hechas por los Estados Unidos desde su Independencia han sido a costa de la raza española establecida en América, de la Monarquía Española obtuvo la Florida y en Unión con Inglaterra se apropió del vasto territorio del Oregón, la Luisiana que compró a la Francia había pertenecido antes a la España, de la América Independiente se tomó la Isla Amelia, después Texas el Nuevo México, la California y el vasto territorio que le ha dado la línea de frontera adoptada con México del Río Bravo del Norte.

Según Alvear, su percepción era compartida por otros diplomáticos:

Todos los agentes diplomáticos que residen en este país de las diferentes naciones de Sud América se hallan convencidos del espíritu de ambición que desgraciadamente se ha apoderado de una gran parte de los habitantes de este país, así como de las funestas consecuencias que aquella puede traer a toda la América.

Tras la anexión de Texas, Alvear pone en alerta a toda América Latina: “Hasta ahora este país había afectado una especie de protección hacia los otros pueblos y gobiernos del Nuevo Mundo, manifestando simpatía por ellos y alguna vez ejercido sus buenos oficios a favor de alguno de ellos” (Davis, 1955, p. 171). Sin embargo, asegura, las cosas han cambiado.

En otra carta al ministro Arana, fechada el 23 de junio de 1842, Alvear remarca la vigencia de la Doctrina Monroe en los Estados Unidos:

Tengo el honor de incluir a V. E. el Mensaje del Señor Ministro a la apertura del actual Congreso. Siendo de notar en él dos cosas: la primera cuando dice: “Absteniéndonos cuidadosamente de toda intervención en las cuestiones que interesan” “exclusivamente a la política de la Europa podemos esperar una excepción igual de” “intervención, de parte de los Gobiernos europeos con respecto aquellos que miran a los “Estados del Continente Americano”. Este

principio fue por primera vez declarado por el Presidente Monroe, cuando la Francia se preparaba auxiliar a la España en la lucha con sus antiguas Colonias y que adoptado por Mr. Canning nos libró entonces de este poderoso enemigo. Pero siendo en la actualidad esta República tan fuerte y poderosa con respecto a las nuestras, poder y fuerza que aumenta tan rápidamente, la adopción de este principio no puede ser adoptado por las otras Repúblicas Americanas sino en casos especiales en que pueda convenirles: por otra parte, no es de creer que la Europa se suscriba a él; porque esto sería conceder en América una superioridad muy decidida a los Estados Unidos. La política no es sino la ciencia de los intereses nacionales y aquello que estos intereses legitiman en ciertas latitudes lo legitiman también en otras. La Inglaterra por ejemplo, es a la vez un poder Europeo y Americano y ella tiene tanto interés y por consiguiente el derecho de defender a México de la invasión norteamericana como estos la tienen de defenderla de la conquista inglesa.

Advierte aquí Alvear sobre la estrategia de Estados Unidos para restar influencia europea en todo el continente y ocupar ese espacio de liderazgo continental. Como también advierte, en la misma carta, sobre las intenciones de Europa de conseguir puntos estratégicos que sirvan de conexión entre el Atlántico y el Pacífico, entre ellos las Islas Malvinas:

Las rápidas adquisiciones que están haciendo la Francia y la Inglaterra todas con tendencia al gran sistema que se desenvuelve sobre el comercio del Pacífico y la China debe a mi ver, fijar la atención particular de nuestro gobierno y el de Chile sobre un punto muy importante de nuestro país y que está destinado a jugar un gran rol cual es el Cabo de Hornos y la tierra del Fuego que forman el estrecho de Magallanes. Territorio que según los navegantes extranjeros que lo han reconocido, no solo lo hallan bueno para poblarse sino de un clima muy suave, lo que es cierto comparado a los de igual latitud en este hemisferio del Norte más frío que ninguna otra parte del mundo, y la oposición de clima no ha impedido ni a la Inglaterra ni a la Rusia el formar grandes establecimientos sobre el Pacífico en latitudes casi tropicales. Los españoles, naturales de un clima benigno, consideraban las regiones heladas como impropias para establecerse. Pero las naciones del Norte han hecho ver con la fundación de ciudades populosas, que la especie humana crece, vive y se

aumenta en países que están ocho meses del año cubiertos de nieve como sucede en el Norte de Canadá, Nueva Brunswick, Bahía de Hudson, etc en este hemisferio. Las Malvinas, el estrecho de Magallanes y las islas de Chiloé, son puntos únicos y necesarios en esa parte del mundo para ligar la comunicación del océano Atlántico con el Pacífico por la navegación del vapor. Y no se puede dudar que su importancia ha sido hace mucho tiempo conocida y que por lo mismo no debemos descuidarnos. Ya en notas anteriores informé a Vuestra Excelencia de las gestiones hechas por la Francia cerca del gobierno chileno para ocupar las islas de Chiloé, y debe tenerse también presente que la Europa según consta en sus censos anuales, aumenta cada año de cinco millones de habitantes.

Nota Davis (1955, p. 199) que Alvear “tuvo buen cuidado de agradar a su superior con adulaciones cortesananas que se hicieron más y más frecuentes con el correr de los años”. Si bien las cartas de Alvear mostraban este tipo de lisonjas, también es cierto que sus modos parecen exagerados a la luz de la distancia. Se trataba de otra época donde las formas se respetaban al máximo, y Alvear cumplía funciones diplomáticas. El famoso “Que besa su mano” (Q.B.S.M.), al final de cada misiva, también podría parecer exagerado a las costumbres de hoy. Además, teniendo Alvear antecedentes de opositor a Rosas, probablemente su lealtad haya estado puesta a prueba de manera permanente.

Entre los temas que elegía para sus envíos diplomáticos, las críticas a los Estados Unidos eran habituales. En carta del 14 de abril de 1844, Alvear insiste con su advertencia sobre la ambición estadounidense de expandir su territorio:

En comunicaciones anteriores he tenido el honor de instruir al Gobierno de la tendencia ambiciosa que se empezaba a desenvolver en el pueblo y Gobierno Norte Americano a adquirir nuevos territorios y posesiones a costa de los nuevos Estados de Sud América, tendencia que crece y aumenta rápidamente siendo de notar que el moral público de este país es tal, que el principio de la justicia o de fe guardada a los tratados que lo ligan para con México se mira con el más alto desprecio, y se consideran como cuestiones fuera de caso teniendo tan solo en vista su propio interés, y olvidándose con la facilidad con que cuenta poder oprimir a México con toda impunidad siendo de desear que estos cálculos ambiciosos sean burlados por la resistencia que oponga a ellos aquella República de origen Español. Es de notar también y bueno de saberse, que este Pueblo en su orgullo y vanidad se cree superior a todos los Pueblos del Mundo conservando tan solo algún respeto a la

capacidad y saber del Pueblo Inglés. En cuanto al concepto que tienen formado de las nuevas Repúblicas Americanas es muy erróneo y desfavorable, lo que no debe sorprendernos visto el que forma de otros Pueblos que están muy superiores a él, en luces y conocimientos, pero es preciso saber, aunque con dolor que entre todos los Pueblos Cristianos que habitan el globo, el Pueblo Norte Americano es el que menos respeto tiene a la justicia y a la probidad y que sus costumbres se han alterado a tal punto y con tanta rapidez que han hecho poner en problema las alabanzas exageradas que hasta ahora se han dado a las formas democráticas. El interés y la avaricia es el tipo característico del Pueblo Americano y todo sacrifica al deseo de adquirir.¹²⁰

Dos aspectos relevantes se desprenden de este texto. En primer lugar, una clara advertencia del imperialismo norteamericano y sus consecuencias. Advertencia que ha llevado al investigador Thomas Davis a identificar en Alvear el origen del antiamericanismo argentino. En segundo lugar, y consistente con la inclinación primera de Alvear durante sus años de juventud, Alvear reconoce que en el pasado hubo alabanzas a las formas democráticas de gobierno estadounidense, es decir, a la República. Y también, dada su nueva experiencia, que estas formas no garantizan el respeto a la justicia.

Lejos de ser una idea aislada, el mismo tipo de afirmaciones se repite en sus diferentes envíos. Este antiamericanismo y antiimperialismo manifiesto de Alvear no coincide con la caricatura de vendepatria con que lo identifica el revisionismo. El 6 de diciembre de 1844, Alvear escribe a Arana:

La política norteamericana en sus planes de ambición, se despliega de un modo hipócrita y páfida caminando siempre a su objeto con previsión y tenaz perseverancia; tal es pues, la marcha y conducta de este pueblo cuya moral ha sido incauta y erróneamente preconizada como digno ejemplo y de imitación. (AGN)

Efectivamente, el juicio de Alvear sobre los Estados Unidos se volvió más crítico con el correr de los años. Como señala Davis (1955), “la continua jactancia del Destino Manifiesto exasperaba al ministro argentino”. Para esa época, los candidatos a presidente de los Estados Unidos hacían campaña electoral proponiendo la anexión de territorios: “Éste porque favorece la anexión de Cuba, aquel otro porque apoya la apropiación de más tierra

¹²⁰ AGN, Alvear a Arana, 14 de abril de 1844.

mejicana”. Además, el éxito en Texas y California indujo al Partido Demócrata a incluir en sus planes a Cuba y al Istmo de Panamá. “No había lugar a salvo de la insolente república del norte. Se decía que Estados Unidos necesitaba bases para sus barcos que doblaban el Cabo de Hornos. Mencionaban la compra de la isla Santa Catalina de Brasil y de las islas de Chiloé de Chile”, comenta Alvear en carta a Arana del 25 de febrero de 1849. Allí su juicio es lapidario:

La ambición de conquista, sin reparar en la justicia de sus medios, es desgraciadamente un hecho que domina a la mayoría del Pueblo Norteamericano, y que así misma amenaza la suerte futura de los pueblos del Nuevo Mundo, ofreciéndoles un sangriento porvenir de guerras, usurpaciones e injusticias. (AGN)

Instaba Alvear a tomar recaudos a los gobiernos de América del Sur, aunque suponía que la Argentina quedaría marginada de los intentos de conquista norteamericanos:

Tal es el país y poder contra cuya ambición se ven obligadas las Repúblicas Sudamericanas a ponerse en guarda, pudiendo exceptuar tal vez de esta regla general la Confederación Argentina cuya posición geográfica unida a la gran distancia que la separa parece debe ponerla a cubierto de todo riesgo que pueda venirle de esta parte.

Las críticas del embajador argentino no se centraban solo en el expansionismo americano, sino que abarcaba distintos aspectos de la vida institucional estadounidense. El 13 de marzo de 1845, Alvear escribe a Arana sobre la evolución reciente de la sociedad norteamericana:

El rápido progreso de este país, una alteración muy marcada en los hábitos y costumbres de estos pueblos, su inmensa riqueza, la introducción de un lujo extravagante siempre en aumento, el choque constante de los partidos, la poca fuerza tal vez de sus leyes represivas. Todas estas causas pues unidas a otras secundarias han producido un cambio completo en la moral de este pueblo y por consiguiente en la política. Ya no es este país aquella antigua patria de Washington compuesta de ciudadanos sensibles y modestos, pero puros y contentos con su estado, sin ambición, respetando los derechos ajenos a la parte de los propios y haciéndose admirar al extranjero por la práctica de todas las virtudes sociales. Entonces esta Republica contaba solo algo más de dos millones de habitantes repartidos en trece estados independientes. Pero poco más de medio siglo ha bastado para que cuente ya hoy día con veinte millones de habitantes y para que la

Unión se componga de veintinueve estados y dos territorios. Así a su política simpática y protectora hacia el resto de la América ha sucedido una hostil y ambiciosa. Hace doce años que esta ambición política comenzó a nacer y con la rapidez que crece y se desarrolla todo en este país este tiempo ha bastado para hacerla general a las masas. La voz de la justicia y del derecho han perdido toda su fuerza en este país y si un resto de pudo por la moral pública del mundo contenía a una parte de sus habitantes una vez el primer paso dado con la incorporación de Texas, este pueblo se lanza y continuara en la carrera de las usurpaciones sin que sea posible contenerlo por otros medios que no sean la de la fuerza y poder que se emplee en resistirles. Estos primeros pasos pues indican claramente la ambición de este país y claro es que de la misma manera que han obrado en Texas, cuando crean llegado el tiempo trataran de obtener por la fuerza lo que no hayan podido obtener por las negociaciones. De este modo una Republica americana considerada hasta ahora como la protectora de las demás se convierte de pronto en el enemigo más temible supuesto que todos sus planes de engrandecimiento se fundan en todo el resto de la América como presa más fácil de devorar. Con el trascurso del tiempo, la posesión de Texas facilitara a este país la adquisición de la Isla de Cuba, que desea ardientemente.

Tal como señala Davis (1955), la desilusión de Alvear era grande, y así lo hacía saber a sus superiores en las cartas que envió por un período de casi quince años. En ese tiempo y a partir de sus descripciones se formó también la imagen de muchos argentinos sobre los Estados Unidos:

Desde cualquier ángulo que Alvear contemplase la expansión de los Estados Unidos, su crecimiento lo indignaba. El populacho de Nueva York, pidiendo a gritos la anexión de toda la América Latina dentro del año, o los cortesés diplomáticos realizando convenciones internacionales todos actuaban por un mismo impulso: el deseo nacional de agresión. Alvear, ante la imposibilidad de detener este avance, se irritaba cada vez más. En medio de este pueblo, cuya política nacional le repugnaba, se vio obligado a pasar sus últimos años y en medio de él murió.

6.4 La cuestión de las Islas Malvinas

En 1831 se produce un altercado por un barco de Estados Unidos que pescaba cerca de las Islas Malvinas. En ese momento, los Estados Unidos solicitaron a Buenos Aires enviar un diplomático para tratar el asunto, pero el pedido fue desoído por Buenos Aires, más ocupada en resolver el conflicto con las provincias del interior, hasta que el bloqueo francés obligó a buscar aliados en el exterior y a desarrollar una estrategia diplomática más intensa (Davis, 1955, p. 106).

Una breve historia de las Islas sugiere que fueron abandonadas por sus primeros colonos, quienes con las guerras de la independencia se marcharon a Montevideo en 1811. Durante años estuvieron deshabitadas, a no ser por cazadores y barcos de focas que las utilizaban para cagar agua fresca o descanso de la tripulación. En 1820, el gobierno de las Provincias Unidas declaró la soberanía sobre el archipiélago y envió a un gobernador. Durante años los barcos que merodeaban la zona fueron advertidos de los decretos de los gobiernos de Lavalle y Rosas de que necesitaban permisos para utilizar las islas. Uno de los que recibió la advertencia fue el barco estadounidense Harriet. El cónsul inglés, Woodbine Parish, negó validez al decreto de soberanía de Lavalle y proclamó que las islas eran británicas, iniciando una controversia que perdura hasta la actualidad. En respuesta, Buenos Aires nombró a Luis Vernet como gobernador de las islas, e inició una política de colonización, generando un asentamiento de cien habitantes entre 1828 y 1831. Su hija, llamada Malvina, fue la primera persona nacida en el archipiélago.

Vernet tomaba prisioneros a los barcos balleneros que se acercaban sin permiso de pesca. Así es como se inician las quejas de Estados Unidos, que llegaron al propio Presidente Andrew Jackson, y quien en su mensaje al Congreso el 6 de diciembre de 1831 sostuvo:

Se han producido últimamente en las Islas Falkland ciertos hechos en los que el nombre de la Argentina se ha utilizado para cubrir con una apariencia de autoridad actos injuriosos para nuestro comercio y para la prosperidad de nuestros conciudadanos. En el curso de este año uno de nuestros barcos, ocupado en un comercio que hemos practicado sin ser molestados, fue capturado por una banda que actuaba, según pretende, bajo la autoridad del gobierno de Buenos Aires. En consecuencia, he dado orden de que se despache un barco armado para proporcionar toda la protección leal a nuestro comercio. (Davis, 1955, p. 111)

El barco armado estaría a cargo del capitán Silas Duncan, y efectivamente tomaría las islas transitoriamente deponiendo la autoridad de Vernet, quien escapó hacia Buenos Aires.

El capitán Duncan pidió a Lavalle la entrega del gobernador Vernet para ser juzgado por “ladrón y pirata”. Lavalle no respondió a ese reclamo, y se mantuvo firme sobre el derecho del país sobre las Islas. El encargado de llevar las negociaciones fue Francis Baylies, quien llegó a Buenos Aires en 1832 como encargado de negocios. Baylies también se reunió con los británicos para asegurarles que Estados Unidos no reclamaba soberanía en las Islas, pero que tampoco estaba dispuesta a dejar su actividad pesquera.

Fue precisamente cuando Baylies dejó Buenos Aires, que el nuevo gobernador Juan Manuel de Rosas designó a Alvear embajador en Estados Unidos. Poco tiempo después, Gran Bretaña volvería a tomar posesión de la Isla por la fuerza.

Según las instrucciones que recibió de Felipe Arana, ministro de Relaciones Exteriores de Rosas, Alvear debía procurar que Estados Unidos reconociera la soberanía argentina en las Islas y se supeditara a las reglamentaciones de pesca que se dictaran desde Buenos Aires.

Los avatares políticos internos demoran la llegada de Alvear a Washington, que finalmente se produce en 1838. A poco tiempo de su llegada mantiene una reunión sobre este tema con el secretario de Estado John Forsyth. Davis (1955) comenta los pormenores de la entrevista donde el estadounidense critica la actitud de Vernet: “¿Quién es ese Vernet que se atrevió a conducirse como un pirata?”, preguntó Forsyth. “Alvear lo describió como un hombre de fortuna que seguía las instrucciones de Buenos Aires”.

En el transcurso de las negociaciones, Alvear no logra obtener el apoyo estadounidense a la soberanía argentina y solo consiguió vagas muestras de apoyo del secretario de Estado quien le dijo que Estados Unidos no podía juzgar la propiedad de las islas, pero prefería que sean argentinas. Estados Unidos, agregó, nunca permitiría que un país europeo se apoderase de una pulgada más de territorio en las Américas (Davis, 1955, p. 120).

El parte de este encuentro que Alvear envía a Buenos Aires fue realista. Escribió a Rosas que su misión había concluido con dignidad, pero sin resultados, y pidió el traslado a otro destino. Rosas no solo no le respondió, sino que tampoco le envió los fondos para su supervivencia.

La controversia por el accionar de Duncan y Vernet no había terminado. La Argentina pediría reparaciones económicas por lo acontecido. Según Davis, Forsyth pidió a Alvear copias de las leyes de pesca argentinas, para saber con qué autoridad había accionado Vernet, a lo que Alvear no tuvo más remedio que responder que tales leyes no existían, sino que su país se seguía rigiendo por el viejo código español de pesca y por decretos circunstanciales.

Daniel Webster sucedió a Forsyth en 1841, y propuso a Alvear dejar de lado el asunto por reparaciones de las Malvinas hasta que se resuelva la soberanía de la Argentina o Inglaterra, y aduciendo que si se aceptaba esta propuesta, los Estados Unidos nombrarían finalmente un embajador en la Argentina, un hecho sin precedente, puesto que todos los enviados al Río de la Plata hasta entonces llevaban un rango inferior, el de encargado de negocios.

Las quejas de Alvear tenían como punto argumental el hecho de que el accionar de Duncan facilitó el desgobierno en la isla y el arribo de las tropas británicas. Sin embargo, Weber respondió que las razones dadas por la invasión británica hacían referencia a la posesión de las islas por parte del imperio desde una época anterior, cuando Buenos Aires era parte del virreinato del Río de la Plata y colonia española.

A la hábil diplomacia de Estados Unidos le convenía que la situación en las Islas permanezca indefinida. Por un lado, se evitaba pagar los resarcimientos exigidos por Buenos Aires, y por el otro lado evitaban aceptar de forma definitiva un enclave británico en las Américas que contradecía la Doctrina Monroe. La situación no era sencilla. Davis (1955, p. 126) lo resume del siguiente modo:

Rosas se encontró tan confuso como su enviado (por Alvear). El arreglo satisfactorio de las reclamaciones contra los Estados Unidos dependía de la reocupación de las islas, cosa muy improbable, y no habiendo arreglo, Rosas debía resignarse a no recibir al representante de los Estados Unidos en momentos en que necesitaba demostrar que gozaba de la amistad americana.

Al demorar Rosas la respuesta, Weber no envió a ningún embajador. Fue recién el próximo secretario de Estado Abel Upshur quien enviaría un embajador a la Argentina en 1843, con el mandato preciso de no hacer referencia alguna a la controversia por las islas. Hasta el día de hoy, la controversia sobre las reparaciones que debía pagar Estados Unidos a la Argentina por el accionar de Duncan sigue “exactamente donde la dejó Weber” (Davis,

1955, p. 126). Lo que en la práctica equivalía a reconocer tácitamente los derechos ingleses sobre las islas.

Rosas, por su parte, debió mantener silencio sobre la ofensa estadounidense al necesitar su apoyo contra la inminente invasión francesa. Davis también advierte que los esfuerzos de Alvear para arreglar la controversia de las islas Malvinas terminó en un completo fracaso, más no por su culpa. Rosas siguió la política que creyó más conveniente al interés nacional. Así, por consentimiento mutuo, la controversia entró en un punto muerto donde no volvió a salir.

Quizás ese fue el motivo por lo que Rosas llegó a ofrecer las islas como parte de pago de viejas deudas. Ocampo (9 de enero de 2013) narra un episodio olvidado por la literatura revisionista. Ocurrió en 1842, cuando el Banco Baring de Inglaterra envió a Buenos Aires a François Falconnet con la misión de renegociar el repago de la deuda contraída durante la administración de Rivadavia. A fines de ese año Falconnet se reunió con el Restaurador, quien en una carta que dirigió a Barings se comprometió a buscar una solución. Según Ocampo (9 de enero de 2013):

El ministro de hacienda Manuel Insiarte se dirigió a Falconnet para manifestarle que, animado de las mejores disposiciones, deseando vivamente pagar la deuda, Rosas había autorizado a su embajador en Londres a proponer la cesión de las Islas Malvinas en pago del empréstito a los acreedores.

¿Rosas ofreció pagar la deuda externa con las Islas Malvinas, emblema de la soberanía nacional, que es a su vez el corazón y leitmotiv del revisionismo histórico? Un golpe duro de sobrellevar para quienes buscan identificar a Rosas con un nacionalismo puro y sin contradicciones.

Finalmente, Baring no acepta el trato ya que la cuestión de Malvinas estaba siendo tratada por el gobierno inglés que la había ocupado y se mantenía firme en su reclamo. No podía el banco aceptar como pago un territorio que para su propio gobierno no era propiedad del deudor.

6.5 La agenda para su país: inmigración y exportación

Aunque el expansionismo norteamericano le generaba recelo, Alvear también captó las buenas decisiones de gobierno que contribuyeron al desarrollo de ese país. En este sentido, ponderaba la política de inmigración llevada a cabo por las autoridades y recomendaba fervientemente adoptar decisiones similares. Lo mismo ocurría con las políticas de comercio exterior, donde los Estados Unidos también fueron agresivos en ganar nuevos mercados y diversificar sus ventas, decisiones que Alvear aprobaba y sugería al gobierno de Rosas.

En varios envíos realizados a su superior, el ministro Arana, las notas de Alvear estuvieron centradas en esas temáticas. La cuestión de la anexión de Texas siguió presente, a lo que se añadieron reportes sobre el crecimiento de la exportación de los Estados Unidos en industrias agrícolas, por ejemplo, en manteca y otros productos provenientes del sector primario, que incluían cierta elaboración y añadían valor agregado. Sobre el tema, dice lo siguiente, en carta del 11 de diciembre de 1847:

La mayor parte de estos artículos tienen un precio más alto que el que tienen regularmente los mismos artículos en los mercados de ese país, y a pesar de esto son importados de aquí a Europa con grandes utilidades, la que hace ver la gran ventaja que resultaría para nosotros, si nos dedicásemos a la exportación de estos objetos; exportación que facilitada con los progresos que se hiciesen en la agricultura, así como la cría, especie y engorde de cerdos, nos daría una riqueza inmensa, mayor tal vez la que nos produce los cueros y sebo.¹²¹

Una posición que lejos de ser conservadoras se relaciona con debates actuales sobre como desprimarizar las economías latinoamericanas y agregar valor a las exportaciones. Alvear, lejos de ser adalid del libre mercado, proponía una política activa de promoción de sectores que puedan incorporar valor a la producción de alimentos para su exportación.

El 27 de octubre de 1849 escribía sobre otra de sus preocupaciones, compartida con la generación del 37, y que era cómo incrementar la población del país:

Tengo el honor de poner en el conocimiento de V.S. para ser elevado al del Exmo. Sr. Gobernador y Capitán General, que desde el 2 de abril de este año hasta el

¹²¹ AGN, Alvear a Arana, 11 de diciembre de 1847.

primero del presente octubre han entrado como Emigrados de Europa en este puerto el enorme número de ciento sesenta y tres mil ciento noventa y tres personas de ambos sexos, habiendo este año sobre el pasado un aumento en la inmigración de treinta y cinco mil personas; si a este número se añade los que en igual espacio de tiempo han llegado a Boston, Filadelfia, Baltimore, Nueva Orleáns, Texas y a los demás puertos de la Unión se hallaría una cifra muy cercana a cuatrocientos mil almas. Esta inmensa emigración es la que ha hecho y hace en una gran parte, la prosperidad siempre creciente de este país, ella trae un capital inmenso pues no hay emigrante que no traiga consigo algún numerario; hace crecer el valor de las tierras y propiedades, da nuevo impulso a su agricultura e industria por el aumento de brazos y aumenta la fuerza y poder real de la nación por el incremento que da a la nación, cuyos hijos nacidos en ella son naturales de este país. Así los inmensos terrenos baldíos que aún posee esta Nación se pueblan rápidamente, las rentas públicas aumentan también como una consecuencia necesaria del aumento de una población industrial trabajadora y como la inmigración promete aumentar cada vez mas en los años venideros el poder, fuerza y riqueza de este país seguirán progresando siendo ya uno de los poderes principales de la tierra y en pocos años mas será el más poderos... El gran peligro que corren las Repúblicas de Sud América con respecto a este país, consiste principalmente en su escasa población, de consiguiente deberían poner toda su atención, todo su conato, no tan sólo como un medio de su prosperidad, sino también como el principal y tal vez el único que pueda salvarlas, el contraerse al aumento de la población blanca, base única de la fuerza y del poder.¹²²

La frase final, “población blanca, base única de la fuerza y el poder”, es vista hoy como de contenido racista. Pero en esa época reflejaba la visión de la elite gobernante, entre ellos de Domingo Sarmiento, de que los indios representaban la barbarie, y que el progreso solo podía venir de la mano de una población europeizante.

¹²² AGN, Alvear a Arana, 27 de octubre de 1849.

En la misma carta, también se refiere a la forma de gobierno que pretendía para la Argentina, siguiendo el modelo de Estados Unidos, a pesar de las críticas realizadas a su población y al afán expansionista:

El sistema federal adoptado por este pueblo en las particulares circunstancias en que se halló ha venido a servirle admirablemente; esta forma de Gobierno es la más propia para crear una Gran Nación, ella allana todos los inconvenientes y obstáculos que puedan oponer la diferencia de climas, de costumbres y necesidades. Los habitantes de Luisiana y Texas con su clima ardiente y tan distinto en un todo a los Massachussets cubiertos de nieve, los Estados del Sud con sus esclavos, los del Este, sin ellos y más superiores a todo por su industria y civilización, así como los medios salvajes del Oeste todos ellos gobernándose interiormente según sus propias leyes, adecuadas a su situación y necesidades con una absoluta independencia entre los Estados y tan solo unidos por un Gobierno General, fundado sobre las bases de un mutuo interés y conveniencia común forman una asociación susceptible de admitir en su seno una infinidad de Nuevos Estados sin ningún inconveniente para los demás, al paso que el vapor empleado en los caminos de hierro y buques acortando distancias han venido a allanar los inconvenientes que esta podía oponer.

En otro orden de temas, Alvear también recomendó la profesionalización del ejército. Su experiencia como militar le había enseñado que un ejército profesional podía haberle ahorrado muchos dolores de cabeza, basta con recordar las revueltas y motines que debió enfrentar en la campaña al Brasil. En carta a Arana destaca el trabajo realizado por los Estados Unidos en la academia de West Point:¹²³

Los Estados Unidos a pesar de sus instituciones democráticas han tenido el buen sentido de conocer la necesidad de tener un buen ejército permanente. Un Colegio Militar establecido en West Point y costado por el Gobierno General recibe en su seno todos los jóvenes que quieren dedicarse a la Carrera Militar, a todos los cuales se les da el nombre o grado de Cadetes en el que adquieren una educación completa y científica, según a las armas que deben ser destinados, de infantería, tropas ligeras y caballería.

¹²³ Citada en Davis (1955, 208).

En una carta de Alvear a Arana, fechada el 23 de junio de 1842, se trata la importante cuestión de la deuda externa, y el interés inglés por que la Argentina pague el famoso empréstito Baring tomado por Inglaterra. El tema es descrito por Alvear de la siguiente manera:

He tenido el honor de comer con Lord Ashburton en su casa á quien tuve el honor de conocer en Londres en el año 1823, cuando solo era en aquel tiempo Alejandro Bary, rico banquero en cuya casa se realizó el empréstito de nuestro país. Con este motivo el Lord me habló de ese suceso, tomando el más vivo interés por la suerte de nuestro país e informándose si llegaría el caso de que la Confederación Argentina pudiese cumplir sus compromisos. No trepidé en asegurarle que ciertamente llegaría ese caso, entrando en los pormenores y desgraciadas circunstancias que lo habían impedido hasta ahora; detalles que omito referir a V. E. por estar perfectamente a sus alcances. El Señor Ashburton pareció satisfecho, manifestando sus deseos que nuestro país se viese lo más pronto posible en disposición de llenar sus compromisos; añadiendo que esto sería muy útil para nosotros pues restablecido nuestro crédito podríamos contar con nuevos capitales en caso de necesidad que contribuirían poderosamente a nuestro fomento. Que una gran parte de la prosperidad de los Estados Unidos le venía de los capitales ingleses pues este país había recibido en préstamo como setenta millones de duros.

Aunque no lo señala de forma taxativa. Alvear parecería estar de acuerdo con la idea de cumplir los compromisos previos para recuperar la confianza y el crédito. Una discusión muy moderna donde hasta hoy existen controversias en la Argentina del siglo XXI.

Políticas de inmigración, diversificación exportadora con valor agregado, profesionalización del ejército y utilización del crédito para el desarrollo son algunas de las recomendaciones que Alvear, desde su lugar de observador privilegiado de la sociedad norteamericana, recomendaba para su país.

6.6 Testamento político

Los años en Nueva York no fueron fáciles para Alvear. A poco de arribar a la ciudad fue víctima de un incendio causado por la explosión de pólvora guardada de forma ilegal en un almacén mayorista cercano a su residencia. El fuego se propagó y se extendió de un edificio al otro, y una sección entera de la ciudad ardió por varios días. “El ministro había sido sorprendido por el fuego, pero consiguió llegar a la puerta. A las tres y treinta de la mañana contemplaba desde la puerta como se esfumaban con el humo sus ahorros de siete años. Exasperado, Alvear culpó a un país como este, en donde no existe policía, ni gobierno, y en el cual cada uno hace lo que mejor le parece” (Davis, 1955, p. 190).

En ese incendio también se perdió la mayoría de sus papeles personales, y la autobiografía que había comenzado a escribir relatando los principales acontecimientos que lo tuvieron como intérprete.

Poco antes de su muerte, Alvear escribe desde Nueva York una carta a su hijo Emilio. La misiva está fechada en octubre de 1852 y es tomada generalmente como su testamento político. A continuación, transcribimos el texto completo dado que se trata de uno de los últimos escritos que se conservan de Alvear:

Mi querido Emilio. Tu sabes mi modo de pensar sobre la organización que debe dársele a nuestro país; sin embargo, voy a vaciarte mis ideas, aunque no con el orden que debían ir, pues mis achaques no me permiten contraerme como quisiera a un trabajo fuerte. Yo te pido que poniéndolas en su mejor orden, las copies en un libro en blanco, no sólo para que te sirvan a ti, sino para que después de mi muerte se sepa cual era y ha sido mi modo de pensar sobre estas materias. También puedes hacer uso francamente de estas ideas diciendo que son las mías.

Habiendo tenido una parte muy principal en los grandes sucesos de mi país, habiendo mandado, sido expatriado y sufrido por diez años un cruento destierro; habiendo vuelto otra vez a él, he ejercido toda clase de empleos y vivido también en la vida privada, viajado por las provincias, he tenido la más completa ocasión de estudiar y conocer el estado moral de nuestro país, así como el carácter, genio y hábitos de nuestros paisanos. Después de esto he venido y vivido catorce años en

el seno del pueblo americano, única república que existe en el mundo verdaderamente libre y democrática. He hecho, como tu sabes, un estudio muy prolijo de las instituciones de este país, empezando por el condado, los estados y el gobierno federal, y lo que aun es mejor, [he] visto y observado como el pueblo americano ejerce prácticamente sus funciones para llenar sus fines y como con la práctica han suplido aquellos actos que las constituciones no han prevenido, comparando lo que ha sido y es este país con lo que ha pasado en el nuestro se nota inmediatamente la gran diferencia de un pueblo a otro y se ve en que han consistido nuestros errores.

Independencia y constitución

En la gran cuestión de la independencia la casi totalidad de nuestros conciudadanos no vieron en ella sino sacudir el yugo español, poner en lugar del Virrey o gobernador español a un hijo del país que mandase, y fuimos muy pocos los que conocíamos que si bien la independencia era la base principal de la revolución, con ella solo muy poco se adelantaba si no daba por resultado organizar el país, quitar los obstáculos y conducirlo por instituciones libres y de mejora a un porvenir venturoso, a la para de los pueblos cultos, civilizados y cultos.

En efecto, las tribus de los indios pampas son independientes; independientes son las naciones bárbaras del África y no hay nadie que no conozca que seria mejor ser colonias de España que vivir al estilo de aquellos pueblos bárbaros no tan solo arruinándose sin ley ni garantías mas que la voluntad de un hombre feroz que se apodere del mando.

De todas las razas, la que se ha mostrado mas incapaz de darse una organización social es la española. Ningún cargo podemos hacer a nuestros padres de esto. Ellos no podían darnos lo que no poseían, dominados por muchos siglos por un gobierno despótico y algunas veces tirano, perdieron toda idea de gobierno y la larga duración del despotismo les hizo consagrar sus máximas como principios. así es que el rey de la inquisición Chilán formó la creencia política de nuestros padres los cuales no conocían ni han conocido otro principio de gobierno que el de la fuerza, principio que ha sido también el nuestro y que es la primer causa de nuestros males.

La Republica Argentina se ha mostrado menos capaz que muchas de las otras repúblicas de raza española en varios respectos, y si bien ha tenido un cierto numero de hombres muy distinguidos, la masa de la población no ha estado ni con mucho a la altura de aquellas. Chile, Venezuela, la Nueva Granada han logrado establecer constituciones que rigen a aquellos países hace más de 20 años y si ha habido en este período algunas revoluciones ha triunfado siempre la causa de la constitución. El Perú después de una marcha difícil logró al fin darse una constitución que funciona hace siete años y ha elegido su ultimo presidente según ella. Bolivia, Ecuador y México han tenido largas épocas de vivir bajo una constitución y si ha habido revueltas y revoluciones, pasadas éstas han vuelto al régimen constitucional y protector. La Republica Argentina no ha podido en el espacio de cuarenta y dos años que tiene de existencia darse una constitución. Se han hecho dos pero han quedado sin ponerse en ejercicio. Desde el años 20 las provincias asumieron su soberanía y en treinta y dos años ninguna de ellas se ha constituido con una constitución. Es verdad que la provincia de Buenos Aires presentó una época en que estaban garantidas todas las libertades, pero desgraciadamente no se dio un orden constitucional y se cometió la enorme falta de conservar una dictadura en el cuerpo legislativo de una sala o cámara que abraza con las facultades ordinarias y extraordinarias, de donde vino el abuso de que este cuerpo delegase estas atribuciones en los gobernadores de provincia, ejerciendo estos un tremendo poder de vida y muerte, poder que la misma sociedad no tiene.

La integridad territorial

Todas las repúblicas de América han tenido el buen sentido de conservar los límites que heredaron de la España y si México ha perdido parte de su territorio lo ha [hecho] debido a haber sido vencido en una guerra extranjera y a pesar de las revoluciones por las que ha pasado aquella república y de su inmensa extensión, allí nadie tuvo el propósito de separación y desmembración. Entre nosotros ha sido todo lo contrario. Del Virreinato del Río de la Plata se separó Bolivia teniendo una población de 85.000 blancos y un millón de indios según el censo que se formo y que yo vi cuando estuve en aquel país. Se ha formado la República del Uruguay y cuando se declaró independiente, su población no pasaría de cuarenta mil almas. Se ha hecho independiente el Paraguay cuya población, digan lo que quieran, no puede pasar de 150.000 habitantes y lo más singular de estas separaciones ha sido que no

sólo se han hecho con el contento y beneplácito de las que se han separado, sino también con el de las que quedaban formando la República Argentina.

Cuando la decadencia del Imperio Romano los bárbaros que lo invadieron iban formando por toda la Europa pequeñas soberanías que la mantuvo siglos en la barbarie y fue saliendo de ella a medida que por mil circunstancias felices se iban formando grandes aglomeraciones y presentando naciones fuertes. Si la Inglaterra hubiese permanecido formando una nación independiente, la Escocia otra, y otra la Irlanda, ¿Hubiera podido llegar el Imperio Británico al poder, riqueza, civilización, industria, comercio y navegación a que ha llegado? Ciertamente que no. Otro tanto le hubiese sucedido a la Francia.

Los Estados Unidos formaron trece estados cuando declararon su independencia, hoy tienen treinta y un estados. Si hubiesen tenido la necesidad de dividirse en naciones, ¿Serían lo que son? No. Y tu sabes muy bien que con excepción de Rhode Island y Delaware cada uno de los demás tiene en la generalidad más población que las que tiene las fracciones que se han separado de la Confederación, incluyendo la de esta también y cada uno de los Estados tiene por cierto más riqueza, más comercio, industria y poder que aquella. Hay más. En nosotros se ha visto una tendencia a dividirnos y formar naciones independientes y en estos [los norteamericanos] al contrario, a aumentarse y a engrandecerse cada vez más. ¿Qué concluiremos de estas diferencias? ¿Son los americanos los ignorantes que no saben lo que han hecho y quieren, y que no conocen sus intereses o somos nosotros? Es preciso confesar que la imaginación se abisma al ver la serenidad con que un país sin población se declara nación independiente y esto en época en que el mundo presenta naciones de cien millones, de sesenta, de treinta y cinco, treinta, y veintitrés que tiene la nación americana. ¿Qué poder, qué fuerzas podrán tener aquellas naciones para defender sus derechos, para conservar su nacionalidad?

Otra consecuencia de la separación han sido las guerras que se han hecho pueblos que habían estado destinados a formar una nación. Ya hemos tenido una guerra con Bolivia, otra larga y tremenda con la República del Uruguay y otra atrás como una consecuencia natural de naciones independientes. Pero esto no tiene ya remedio y es preciso admitirlo como un hecho consumado, y si he tocado este punto, es solo

para comparar nuestro estado de conocimientos políticos con los otros estados americanos.

El ejemplo cívico

Nosotros somos el único pueblo en el mundo y en toda la América que nunca hemos celebrado un solo aniversario de nuestros gloriosos triunfos. Ni las victorias de Tucumán y Salta, ni la rendición de Montevideo, ni las batallas de Chacabuco y Maipú, ni la de Ituzaingo, ni los triunfos gloriosos de nuestra escuadra han merecido un recuerdo, un aniversario. Se dirá que la ignorante ambición y envidia de nuestros gobernantes ha sido la causa. Si, algo habrá habido de esto, pero la verdadera culpa ha estado en la ignorante indiferencia de las masas, pues si estas se hubiesen pronunciado como debían, hubieran vencido la mala voluntad de los que se oponían a la celebración de recuerdos de triunfos que son propiedad de la nación y que forman el orgullo de las naciones civilizadas.

En prueba de que la falta ha estado en la apatía ignorante de las masas, diré que los gobiernos han premiado a algunos de los generales que han obtenido aquellos triunfos. Otros en lugar de premio han recibido la persecución y el insulto, pero la sociedad, el pueblo, no ha hecho ninguna demostración de aquellas que han hecho todos los pueblos de la tierra a favor de los hombres que han hecho un gran servicio a su país. No han sido nuestros conciudadanos para haber formado una suscripción y regalar una espada al vencedor de Tucumán y Salta, ni al de Chacabuco y Maipú, ni al inmortal Almirante Brown, vencedor en tantas batallas. Si la patria de nuestro pueblo no ha sido capaz de moverse por triunfos gloriosos, mucho menos ha podido ponerse en juego para hacer demostraciones a favor de los ciudadanos que se han distinguido, ya por su elocuencia, por su saber o sus servicios.

Ahora recuerda lo que tu has visto en este país, sin que te diga las demostraciones que este pueblo ha hecho a favor de sus conciudadanos en tiempo de su independencia. Los generales que han vencido en la guerra de México a su vuelta a su país han sido recibidos por todos los ciudadanos por donde han pasado a su vuelta de los Estados Unidos en triunfo. Estas demostraciones han sido hechas por los ciudadanos encabezados por las municipalidades. Como tu has presenciado muchas de estas procesiones, excuso detallarlas, pues tu has visto los pueblos y

ciudadanos que se han suscripto y le han regalado espadas, medallas y copas de oro. Y estos presentes se han extendido no solo a los generales sino hasta los jefes y subalternos del ejercito. Cada estado y aun aldeas han hecho esta especie de obsequios a los jefes y oficiales de sus Estados y de sus pueblos y esto que la guerra de México fue una guerra injusta y que una gran parte del pueblo de los Estados Unidos la desaprobaba.

Los hombres que se han distinguido en lo civil en este país o que han [realizado] servicios públicos como Webster, Calhoun, Benton, Adams y miles otros han sido recibidos varias veces con manifestaciones triunfales por las ciudades por donde han pasado y cuando han sido invitados por los ciudadanos a venir a hacer una visita a un Estado o ciudad, después de un recibimiento esplendido les han costado los gastos que han tenido mientras han permanecido en ellos. Estas demostraciones se han hecho y se hacen a favor también de cualquier ciudadano que se ha distinguido o por su saber o en su literatura o en cualesquiera otra profesión o ciencia. Además, tu sabes el recibimiento que se hizo a Lafayette, que había servido en la guerra de su independenciam; al general Páez tan solo por ser uno de los campeones de la independenciam de Venezuela y ser hombre de bien. Y lo que se ha hecho por [Lajos] Kossuth, tan solo porque intentó la libertad de su país [Hungría].

Estas demostraciones públicas a favor del mérito y servicios es obra de la moral e ilustrada inteligencia de los norteamericanos que conocen que en un gobierno democrático es más necesario que en ningún otro, estimular las buenas acciones y presentar a las masas modelos que deben seguir, cerrando así las aspiraciones de los malos o malos que quisieran aspirar al poder. Nuestros paisanos dirán tal vez: “Si, pero nosotros no hemos tenido hombres como estos.” No es así. Nosotros hemos tenido hombres sumamente distinguidos sobre todo género y los americanos que han sido el objeto de estos obsequios, no solo han tenido mil faltas propias de la especie humana, sin que muchos de ellos hasta vicios. Pero el pueblo americano es bastante ilustrado para conocer que no hay un hombre perfecto en el mundo y que basta que un hombre sobresalga en algún ramo para que sea recompensado, al paso que en los países ignorantes se cree con derecho a que sus hombres sean perfectos al propio tiempo que ellos mismos no son capaces de conocer ni juzgar que es lo

que entienden por perfección. De esta falta de juicio y de cálculo ha resultado que ningún hombre de bien entre nosotros haya podido formarse una reputación siempre que la adquiría por un buen camino, y de aquí ha dimanado que los hombres sin servicios, los de más pérfidas intenciones, han sido los más populares y por los que se han hecho las más grandes demostraciones.

El feroz Artigas fue sumamente popular, no solo en la Banda Oriental sino en el resto del país. Lo mismo fue Quiroga y el pueblo de Buenos Aires no ha hecho demostraciones espontáneas por nadie, sino por Brown que lo merecía y por Rosas a quien en su primera entrada los mismos ciudadanos le tiraron el coche, le hicieron guardias de honor y lo llenaron de obsequios y regalos. He entrado en estos detalles para hacer ver todas las causas que fueron preparando entre nosotros terribles infortunios por los que hemos pasado, ignorancia y apatía en las clases elevadas de la sociedad y una ignorancia bruta en las clases más bajas, y sin que nadie haya conocido los elementos necesarios para organizar la opinión pública y ponerla en capacidad de poder adoptar los principios democráticos republicanos que son los únicos que nos convienen y los únicos también capaces de salvarnos de tantos males y calamidades.

Artigas fue el primero que entre nosotros conoció el partido que se podía sacar de la bruta imbecilidad de las clases bajas, haciéndolas servir en apoyo de su poder para esclavizar a las clases superiores y ejercer un poder sin más ley que su brutal voluntad, el asesinato, el degüello, el destierro, la subversión de las propiedades, la confiscación, el robo permitido a sus partidarios, en fin, la más atroz y bárbara autoridad, al paso que se mostró sumamente inepto para defender su país de la invasión extranjera del Brasil que él mismo había provocado y que los orientales recibieron como una bendición del cielo porque los libraba del mayor mal que un pueblo puede sufrir, cual es la tiranía de un monstruo salvaje sin religión ni conciencia. Artigas también ha sido el primero que puso en juego el inventar hacer que un hombre se apoderase de una provincia y la gobernase a su modo ligándose a sostenerse mutuamente.

Después que yo tome Montevideo y batí a Artigas el me mando a su secretario Barreiro, el cual me propuso en su nombre que dejase yo a Artigas tranquilo en el mando de la Banda Oriental, que fuese a la provincia de Buenos Aires, me apoderase del poder y que haciendo una liga de mutua defensa nos sostendríamos

en el mando. Una proposición semejante me confirmó en el horror que tenía yo ya en contra de semejante hombre, porque preví las terribles consecuencias que su ejemplo debería traer sobre nuestro país, y así fue que yo hice a este sistema bárbaro de Artigas toda la oposición que pude pero desgraciadamente mis convicciones no habían pasado al entendimiento de una gran mayoría de nuestros paisanos y la revolución del 15 de abril de 1815 fue el gran triunfo de Artigas.¹²⁴

Alvear falleció el 3 de noviembre de 1852 en la ciudad de Nueva York. El gobierno argentino demoró dos años en trasladar sus restos a Buenos Aires. Cuando finalmente su cuerpo regresó al Río de la Plata, sus excompañeros de armas y vida política se reunieron en un recordado funeral donde siguiendo la tradición hubo varios oradores.

En su oración fúnebre, Valentín Alsina, sostuvo que Rosas detestaba la presencia de Alvear, y le concedió un honroso exilio solo porque le temía. También advierte a quienes “solo le han visto sirviendo y por largos años al odioso represor. ¡Apariencias, señores! Apariencias de aquellas con que una fatalidad inexorable suele perseguir a ciertos hombres en épocas aciagas” (Doderó, 1990, p. 345).

Alsina cuenta allí la participación de Alvear en el intento de derrocar a Rosas en 1835, la frustrada operación, cómo debió exiliarse en Montevideo y cómo Alvear tomó la salida diplomática como la única forma de proteger su vida. Los elogios prosiguen:

El primer hombre que dentro de la República y fuera de ella, trabajó activamente y se aventuró a todos los riesgos consiguientes por derrotar la cuenta y oprobiosa dictadura de Juan Manuel de Rosas fue sin duda el General Carlos de Alvear. (p. 345)

Gervasio Posadas, hijo del ex Director Supremo y pariente de Alvear, escribe a Alberdi desde Montevideo el 1 de febrero de 1853 comunicándole sobre la muerte de Alvear y el estado de pobreza en el que se encontraba. Según Posadas:

El pobre General Alvear murió en Nueva York sin haber tenido la fortuna de cambiar del clima que lo ha echado a la eternidad. Pobrecito, si su hijo no hubiera

¹²⁴ Citado por Davis (1955).

llegado en buena hora a Buenos Aires y mandádole algunos pesos, habría perecido en un hospital. (Rodríguez, 192, p. 833)

La posterioridad reconoce a la familia Alvear entre los miembros de la elite porteña, pero esto se debe a que cierta rama de la familia alcanzó fortuna recién en el siglo XX. Ese mismo relato histórico brinda especial reconocimiento y toma como ejemplos a los próceres que murieron en la pobreza, como Manuel Belgrano. Si esta fuera una condición necesaria para ocupar un lugar en la Historia, en este club también sería posible nombrar a Carlos de Alvear.

7. CONCLUSIONES

Con información equivocada o tendenciosa, a veces, de uno o más autores, se ha escrito sobre Alvear. Y otros van repitiendo las inexactitudes creyendo que son verdades, porque no profundizaron los temas. Y de esta manera lo falso se transforma en cierto a fuerza de reiterarse. No es fácil revertir ahora lo que durante muchos años se ha venido afirmando como exacto, y no lo es.

Alberto Doderó, *Homenaje al General Carlos María de Alvear en el segundo centenario de su nacimiento.*

7.1 La Argentina después de Alvear

La historia de la Argentina seguiría su curso después la muerte de Alvear. Fueron necesarias dos décadas adicionales de guerras civiles para pacificar el interior del territorio nacional.

Entre sus recomendaciones, la política de inmigración se convirtió en política de Estado, pero poco se hizo para sumar valor a las exportaciones de bienes primarios. A partir de la década de 1850 estalló en Buenos Aires el auge de la industria lanar con la mayor demanda proveniente de Europa, en especial desde Inglaterra, pero también de Francia y Bélgica. Los grandes propietarios implementaron el sistema de aparcerías y surgió una clase media rural que progresó hasta 1866 en que se produjo la llamada “crisis del lanar”, que tenía como causa un exceso de oferta mundial de lana y la consecuente saturación del mercado. Junto a la disminución de los precios se produjo la quiebra de hacendados que se habían endeudado para sumarse al boom de la producción lanar.¹²⁵

En el interior del país, las elites provinciales expropiaron las tierras de los habitantes primitivos y ocasionaron insurrecciones que se fueron apagando recién hacia 1870. En el

¹²⁵ Sobre la crisis del lanar y sus consecuencias puede verse Panettieri (1965) y Rapoport (1988).

norte, pequeños productores agroindustriales enviaban su producción a la ciudad de Córdoba para ser enviada hacia el puerto de Buenos Aires a través del ferrocarril, que también llegaba a la ciudad de Rosario en la provincia de Santa Fe.

Esta paulatina inserción del ferrocarril fue relevante para bajar los costos del flete y permitir que la producción se reorientara hacia el Atlántico en lugar de buscar una salida al Pacífico a través de la cordillera de los Andes y para suplir las demandas provenientes del corazón del antiguo imperio español en Lima.

El aumento de la población en las ciudades trasladó de las zonas rurales a los grandes centros urbanos el poder político de los caudillos provinciales que sirvieron a la causa de la revolución. Con el fortalecimiento de Buenos Aires, las provincias dejaron de lado sus vínculos comerciales con los países limítrofes y se volvieron más dependientes del Estado Nacional (Ossona, 1988).

El país comenzó a perfilarse dentro de la naciente globalización como proveedor de materias primas en un modelo ricardiano de división internacional del trabajo haciendo uso de sus ventajas comparativas, en particular climáticas y territoriales, para la producción de bienes agrícolas (Ferrer, 1996).

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, Gran Bretaña crecía a un ritmo vigoroso. Como la velocidad de crecimiento era mayor a la de los países vinculados comercialmente con el imperio británico, resultó necesario incentivar la producción en regiones llamadas “espacios abiertos”, donde existían tierras despobladas para elevar la producción de materias primas y poblaciones que serían futuros centros consumidores.

Tras la muerte de Alvear, las guerras civiles en Argentina continuarían su rumbo histórico. La Confederación, con sede en Entre Ríos, resultó de un acuerdo de provincias fuertes que se supeditaban a un gobierno nacional débil. Su debilidad provenía del lado económico ya que habían perdido los ingresos de la principal aduana del territorio.

En 1861 el ejército de Buenos Aires con Bartolomé Mitre a la cabeza venció a la Confederación Argentina en la batalla de Pavón. Sin embargo, Mitre debió hacer frente a rebeliones en todo el país hasta alcanzar la integridad regional.¹²⁶ Con sus bemoles, las luchas civiles continuaron en el país hasta 1880, cuando el General Roca derrotó a la

¹²⁶ Una de las rebeliones más radicales era la del famoso caudillo riojano Vicente Peñaloza.

rebelión encabezada por el gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, quien se oponía a la federalización de la ciudad de Buenos Aires y al reparto de las rentas de la aduana.¹²⁷

Las guerras civiles dificultaban el desarrollo sin vaivenes en la región. Después de Pavón, con la unificación del territorio, el Estado asumió el monopolio de la emisión monetaria, se expropió a la Iglesia la facultad de educar y de registrar a las personas, y se otorgaron privilegios a las elites provinciales para que acepten la supremacía de un Estado Nacional: cargos en la función pública nacional para autoridades provinciales, el control de la aduana de Buenos Aires por parte del Congreso (que tendría un reparto de poder equitativo de las provincias en el Senado) y el usufructo de tierras fiscales en la región pampeana.

En materia de conformación del Estado, el modelo republicano propuesto por Rivadavia, Alvear, Alberdi y sus continuadores terminaría triunfando por sobre los intentos de imponer un monarca extranjero.

Las fábulas suelen ser más entretenidas que la historia, pero también menos ciertas. Tan entretenidas acostumbran ser que ocupan páginas de periódicos y se repiten a lo largo del tiempo, sin que sea luego sencillo dar marcha atrás en creencias que se vuelven populares.

Probablemente nunca la Argentina haya cambiado tanto como en esa primera mitad del siglo XIX, donde comienza el período siendo una colonia española de segundo orden y lo culmina sentando las bases para una república que por muchos años sería de las más prósperas y modernas del continente.

Hemos visto como este cambio fue consecuencia de una serie muy diversa de factores, desde eventos mundiales hasta sucesos íntimos que ocurrieron en la vida de los hombres que lideraron la transformación. En el caso de Carlos de Alvear, la raíz de la motivación personal puede buscarse en episodios que van desde la tragedia de la Mercedes, donde falleció su familia en 1804, hasta el frustrado intento de ascenso en el ejército español en 1809. Hechos que pudieron haber anticipado su desertión y la organización del grupo de rebeldes que viajó al Río de la Plata en 1812 y tomó las riendas de la nueva Nación, al menos hasta 1815 cuando es empujado al exilio.

Los males que se atribuyen a Alvear, como si fueran de su exclusiva culpa y responsabilidad, prosiguieron tras su muerte. En tanto que sus méritos fueron borrados del

¹²⁷ Sobre la formación del Estado argentino puede verse Oszlak (1982), Romero (1999) y Herrero (2007).

relato troncal de la historia nacional, al particular en la versión de manual o texto escolar, y reemplazados por una simple caricatura, al estilo del espantapájaros popperiano.

No fueron suficiente los escritos de Alberdi, Ingenieros, Vicente López, Saldías, Dodero y Ocampo para torcer la balanza hacia un juicio más ecuánime y objetivo sobre el aporte de Alvear en esta etapa convulsionada y trascendente de la historia nacional.

En su artículo “Bicentenario de una traición”, Argañarás (25 de abril de 2015) asegura:

Las estatuas de Alvear y Rivadavia lucen en Buenos Aires y sus nombres abundan en las calles de todo el país. Pero sus intrigas no pudieron impedir la marcha del país hacia la independencia que, ya sin retorno, culminaría un año más tarde, el 9 de julio de 1816, con la declaración del Congreso de Tucumán.

Para el relato político actual resulta conveniente encontrar “traidores” a la patria en el período revolucionario. La lógica, como ocurre en la mayoría de las falacias, es en apariencia sencilla e indiscutible: si ocurrió en el pasado puede también suceder en el presente.

Es lícito preguntarse entonces quiénes son esos traidores, quiénes son los herederos de Alvear y Rivadavia. ¿Quiénes tienen el mismo apellido? ¿Quiénes frecuentan los mismos clubes, tienen la misma clase de patrimonio, amistades? ¿Quiénes profesan la misma religión, o tienen el mismo color de piel, o una misma nacionalidad extranjera? Como vemos, las simplificaciones, al generalizarse, además de resultar “repugnantes”, como las califica Alberdi, terminan por ser peligrosas porque echan combustible al fuego de un raciocinio binario de “nosotros o ellos”, esa idea infantil de buenos muy buenos y malos muy malos, propia de sociedades que buscan héroes extraordinarios que lideren al pueblo y eviten que estos supuestos traidores triunfen a costa de la desdicha de las grandes masas. Así, lejos de ser neutral, la interpretación histórica basada en un recorte antojadizo de los hechos puede dar sustento ideológico a determinados grupos o partidos que a su vez tienen intereses particulares.

Fue Alberdi el primer y más efusivo defensor de Alvear. El mismo Alberdi que se opuso a Mitre en la Guerra del Paraguay, actitud celebrada por los mismos que hoy desprecian a Alvear solo por haber osado enfrentar a San Martín. Este tipo de contradicciones son difíciles de explicar para quienes hacen de la historia argentina un cuento de hadas.

Efectivamente, ¿cómo justificar que Alberdi sea un héroe por oponerse a Mitre, pero un mentiroso a la hora de juzgar a San Martín y Alvear?

Los principales divulgadores de la historia argentina mantuvieron viva la caricatura de Alvear. Pigna (2005, p. 25) sostiene:

Los terratenientes porteños y su principal representante y presidente de la Asamblea, Carlos María de Alvear, aprovechó la oportunidad que le brindaba el alejamiento de San Martín, que se oponía a sus ambiciones centralistas, para crear un poder ejecutivo unipersonal, el Directorio.

En el libro de reciente publicación, y uno de los más vendidos en Argentina en su género, Pigna (2014) vuelve a ridiculizar a Alvear. Lo califica de traidor, lo acusa de revelar los secretos militares a los ingleses, y hasta lo llama “Carlitos de Alvear”, en un diminutivo despectivo (p. 219).

¿Cómo explicar entonces que Alvear, supuesto exponente de la clase terrateniente explotadora, se haya manifestado a favor de incorporar valor agregado a la producción, no solo a partir bienes primarios, sino industriales, y avanzar en una producción que permita un despegue exportador diversificado? ¿Cómo explicar que no defienda el endeudamiento externo a cualquier precio, sino que recomiende seguir el camino iniciado por los Estados Unidos, y que le había dado buenos resultados, donde el crédito para edificar obras públicas se había convertido en un motor del desarrollo? ¿O que se oponga al imperialismo estadounidense y advierta a toda Sudamérica del peligro que corría debido a las ambiciones expansionistas del país del norte? Las contradicciones del relato no cuadran con la idea simple de que Alvear fue tan solo un vendepatria, oligarca y traidor, como algunos escritores procuran que sea recordado. El tiempo y la desmemoria facilitan este tipo de reduccionismo que solo puede ser aliviado a partir de la investigación histórica.

7.2 Reflexiones finales

Los funerales de Alvear, cuando su cuerpo pasó primero por Montevideo antes de llegar a Buenos Aires, fueron dignos de un Jefe de Estado, con palabras llenas de elogios por parte

del General Guido, uno de los más fieles acompañantes de San Martín, y de Valentín Alsina, entre otros. Durante el acontecimiento, el historiador Vicente López destacó: “Nadie como él (por Alvear) ha sido el objeto y el blanco de la injusticia de sus contemporáneos” (Doderó, 1990, p. 85). Este juicio parcial, lejos de suavizarse con el tiempo, se perpetuó y se multiplicó en muchos textos modernos sobre historia argentina.

No es necesario tampoco deshacerse en elogios propios de la ficción. Muchas voces coinciden en que la imprudencia era una de las características de Alvear, que Fernández Lalanne (1989, citado en Doderó, 1990, p. 99) atribuye a la juventud con la que hizo frente a las más altas responsabilidades civiles:

Figura representativa de un movimiento que intentó orientar un rumbo accidentado, fue víctima de la inexperiencia de su edad y de la imprudencia de su temperamento y, no menos, del encono y la inquina de otros hombres igualmente ansiosos de mando y de gloria.

Sin embargo, una cosa es la crítica objetiva del accionar de un hombre basada en hechos concretos, y otra cosa es tomar aisladamente algunos episodios útiles al relato o al prejuicio, y deformar así méritos ciertos (un método que en la actividad política se conoce como “carpetazo”).

Quienes reducen a Alvear a la categoría vilipendiada de traidor no pueden explicar las diferentes contradicciones que presenta este discurso maniqueo de buenos y malos. A lo largo de esta tesis, vimos sobrados ejemplos, como la amistad con Facundo Quiroga, un héroe del revisionismo. O la permanencia por tres años de Juan Martín de Pueyrredón en el cargo de Director Supremo, continuando la supuesta dictadura iniciada por Posadas y Alvear.

Tampoco consideran la estrategia de engaño, que explica Valentín Alsina y es descripta por López (1911), y que aplicaban en esa época políticos y militares, incluyendo a San Martín, como muestra su correspondencia con Tomás Guido. Ni toman en cuenta los textos de autores reconocidos y que difícilmente podrían ser acusados de traidores a la patria (Alberdi, Ingenieros, Vicente López) y que hacen una efusiva defensa de Alvear.

Tampoco recuerdan la victoria en Ituzaingó y la posterior persecución del ejército brasileño que comprueba Ocampo (2003), junto a la posterior rebelión contra Dorrego de las tropas que regresaron de Brasil debido al desacuerdo con su diplomacia (de Dorrego, no de

Rivadavia ni de Alvear), ni que Alvear haya seguido siendo la esperanza unitaria a pesar de estar al servicio de Rosas como su embajador en Estados Unidos.

Los revisionistas destacan las cartas que cruzan San Martín y Rosas y el legado del sable de El Libertador, como expresión de continuidad, dando por sentado que San Martín avalaba con ese gesto la conducta de Rosas. Pero nada dicen sobre el aval de Rosas a Alvear, manteniéndolo quince años como representante en un destino clave, decisión que no solo fue consecuencia de una hábil estrategia política para deshacerse de un potencial adversario, sino que se basó en una valoración personal genuina a uno de los artífices de la independencia, como hemos visto en su carta a Arana desde Río Colorado en 1833.

No solo Alvear es valorado por los héroes del revisionismo, sino que fue odiado por muchos de sus adversarios. Este es el caso de Juan Lavalle, quien manda matar a Dorrego, y aborrece a Alvear, a pesar de ser de su mismo partido. Es por esta simple razón que creemos oportuno derribar el mito que identifica a todos los unitarios por lo mismo. No lo eran, como tampoco eran homogéneos todos los federales.¹²⁸

Además de este silencio sobre hechos que no cuadran en el relato, existe también una vara diferenciada para juzgar a los distintos próceres. Para los admiradores de Rosas como ícono de la defensa nacional y como prócer del nacionalismo, todos sus atropellos están plenamente justificados por un supuesto patriotismo. Así lo describe uno de sus biógrafos:

Rosas, puede afirmarse, es un auténtico gran hombre. Sus hechos sangrientos no disminuyen su grandeza, como no disminuyen la de Napoleón o la de Felipe II, ni siquiera la de Robespierre, los hechos sangrientos que estos grandes hombres cometieron. Guillermo Enrique Hudson opina lo mismo. Cree que ciertos hechos de sangre no afectan mucho la cuestión de Rosas como gobernante, ni disminuyen o rebajan el lugar que debe ocupar en la historia. (Gálvez, 1949, p. 300)

Hasta se justifica el asesinato de la joven Camila O`Gormann y del cura Ladislao Gutiérrez por el solo hecho de estar enamorados: “¿Se ha excedido en el castigo? Condenemos su error, pero reconozcamos la santidad de sus móviles”, por tratarse de un “gobernante

¹²⁸ Una perspectiva menos sesgada que incluye matices sobre el pensamiento de unitarios y federales puede verse en Segreti (1991), Tedeschi (2010) y Ternavasio (2010).

moralizador” (p. 479). Ciertamente, los mismos parámetros no se utilizan para juzgar a Alvear.

Otro patrón que se repite, y se repitió en la Argentina de la última década, es la identificación del opositor político con el enemigo extranjero. Después de todo, si existe un “nosotros” que representa la patria, el “otro” no es más que la no-patria, o el extranjero. Así es como Gálvez (1949) acusa a Juan Bautista Alberdi de “que en el año 1838 fue uno de los cómplices de los franceses”, como si el oponerse a Rosas invalidara cualquier otro hecho meritorio del que fuera protagonista o cualquier texto memorable que haya escrito.

Por supuesto que Alvear tuvo contradicciones propias del momento histórico que le tocó vivir y de un país en ebullición. Contradicciones humanas y políticas que también tuvieron otros próceres argentinos. Pero la visión maniquea de la historia, que pretende identificar bien y mal absolutos, colocó a Alvear del lado de los traidores a la patria e hizo que sus méritos fueran olvidados y que se lo recordara apenas como un vil traidor.

Es esta visión la que nos dice que el pueblo fue saqueado por la elite dominante en convivencia con la extranjera, que no poseemos algo que por derecho es propio porque otro se lo ha robado, y que existen héroes populares que, como Robin Hood, llegan para quitarle a los ricos lo que en realidad pertenece al pueblo. Son estos los verdaderos héroes, los padres que brindan a sus hijos lo que se merecen por ser argentinos, llámense San Martín, Perón o Kirchner. Este relato falaz o historia *esnob*, que necesita antecedentes históricos para constituirse, no hace más que generar divisiones sociales.

Alberdi (1897) fue el primero en echar por tierra esta visión paternalista, tan arraigada en el mitrismo:

La vida de San Martín prueba dos cosas: que la revolución, más grande y elevada que él, no es obra suya, sino de causas de un orden superior que merecen señalarse al culto y al respeto de la juventud en la gestión de su vida política; y que la admiración y la imitación de San Martín no es el medio de elevar a las generaciones de la República Argentina a la inteligencia y aptitud de sus altos destinos de civilización y libertad americana. (t. IV, p. 217)

Tampoco creemos que sea necesario elevar a Alvear a ningún pedestal. Pero sí consideramos fundamental evaluar su obra cívica y militar en sus diferentes matices. Esperamos con este texto haber contribuido en esa dirección.

Para cerrar esta tesis, nada mejor que las palabras del primer y más duro crítico de Alvear, Bartolomé Mitre. En ocasión de celebrarse el primer centenario del nacimiento de Alvear, Mitre fue invitado a realizar un discurso y reconoció que había criticado de forma muy severa a Alvear. Ese día sostuvo que los pueblos deben juzgar a sus antepasados ilustres como los hijos recuerdan a sus padres, con amor, con veneración, y con gratitud, recordando sobre todo los beneficios que les deben, y pensar que los errores pasados fueron debido, más que a los hombres, a los tiempos difíciles que atravesaron (Doderó, 1990, p. 364). Durante ese homenaje, Mitre sostuvo:

La Nación Argentina puede hoy, con plena conciencia de su ser, batir su bandera laureada a los cuatro vientos del horizonte. El general Alvear la sostuvo en el curso de la revolución de 1810, que le dio su existencia política; la enarboló en 1813, en la tribuna de la inmortal Asamblea de las Provincias Unidas, al proclamar sus principios democráticos; la clavó en 1814 en las murallas de Montevideo, asegurando la independencia del Río de la Plata, y por último la hizo flamear en Ituzaingó en 1827, al afirmar la victoria final de la República. ¡Honor y gloria en su centenario al general Carlos de Alvear, que batió en triunfo esa bandera en esas memorables épocas de nuestra historia!

Quizás el espíritu de unión ante las diferencias para reconocer lo que no era posible ocultar, y que reinó al menos por unos instantes, durante los homenajes a Alvear, donde sus defensores y detractores inclinaron la cabeza para saludar a uno de los protagonistas de nuestra independencia, pueda también inspirar unión en el presente.

Una sociedad dividida necesita encontrar lazos de hermandad que la una. Y que otra cosa más importante para unirnos tenemos en común que nuestra propia historia, que es también la historia de aquellos hombres que, con aciertos y errores, forjaron la patria.

BIBLIOGRAFÍA

Academia Nacional de Historia. (1951). *Historia de la Nación Argentina: tomo 7*. Buenos Aires.

Academia Nacional de Historia. (1973). *Partes de Batalla de las Guerras Civiles (1814-1821): tomo I*. Buenos Aires.

Alberdi, J. B. ([187_?] 1912). *Grandes y Pequeños Hombres del Plata*. París: Casa Editorial Garnier Hermanos.

Alberdi, J. B. (1852). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires.

Alberdi, J. B. (1896). *De la forma de Gobierno en Sud-América*. Buenos Aires: Imprenta Europea.

Alberdi, J. B. (1897). *Escritos Póstumos*. Buenos Aires.

Albrieu, O. E., Bagu, S., Barletta, L., Barreiro, J. P., Becerra, O., Beveraggi Allende, W.... Serrano, B. (1959). *Tres Revoluciones (Los últimos veintiocho años)*. Buenos Aires: Editor Emilio Perrot.

Álvarez, J. (1985). *Las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires: Eudeba.

Alvear y Ward, S. de. (1891). *Historia de Diego de Alvear y Ponce de León*. Madrid: Imprenta de D. Luis Aguado.

Alvear, C. M. de. (1813). *Elementos de Táctica Terrestre o Evoluciones de un Ejército en Campaña*. Buenos Aires. Manuscrito en la colección Alvear del Archivo General de la Nación.

Alvear, C. M. de. (1865). *Observaciones sobre la defensa de la provincia de Buenos Aires. Amenazada de una invasión española al mando del teniente General D. Pablo Morillo*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.

Alvear, C. M. de. (1986). *El General Alvear a propósito de las memorias del general Iriarte*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Amaral, S. (1984). "El empréstito de Londres de 1824", *Desarrollo Económico* 23:92, pp. 567-592.

Araujo Macedo, E. A. (1904). A Campanha de 1827. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo*, IX.

Archivo del Libertador. Ministerio del Poder Popular para la Cultura, Gobierno Bolivariano de Venezuela. Recuperado de: www.archivodellibertador.gob.ve.

Archivo General de la Nación Argentina (AGN). Colección Alvear, Sala 7, Buenos Aires.

Archivo General de la Nación de la República Oriental del Uruguay. (1935). *Archivo del General Juan A. Lavalleja*. Montevideo: Imp. El Siglo Ilustrado.

Archivo General del Ejército. Legajo Personal del brigadier General don Carlos María de Alvear, Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. “Dr. Ricardo Levene”. La Plata.

Archivo Militar de Segovia. Foja de Servicios de Carlos de Alvear, Segovia, España.

Argañarás, P. B. (25 de abril de 2015). Bicentenario de una traición. *La Voz del Interior*. Recuperado de <http://www.lavoz.com.ar/opinion/bicentenario-de-una-traicion>.

Arreguine, V. (1914). *Estudios Históricos. Tiempos Heroicos y Guerra de la Cisplatina*. Montevideo: Imprenta O. Bertani.

Astesano, E. (1979). *Juan Bautista de América. El Rey Inca de Belgrano*. Buenos Aires: Ediciones Castañeda.

Azcuy Ameguíno, E. (1988). “Economía y Sociedad Colonial”, en *Economía e Historia*, ed. Mario Rapoport, Buenos Aires: Tesis.

Baldrich, A. J. (1908). *La Guerra con el Imperio de Brasil*. Buenos Aires.

Barba, F. (1997). *Frontera ganadera y guerra con el indio. La frontera y la ocupación ganadera en Buenos Aires entre los siglos XVIII y XIX*. La Plata: Editorial de la Universidad

Barros Arana, D. (2002). *Historia General de Chile*. Tomo VIII. Santiago: Rafael Jover.

Barroso, G. (1930). *A Guerra do Vidéu. Contos e Episódios da Campanha da Cisplatina 1825 a 1828*. Río de Janeiro: Getúlio M. Costa.

- Becú, T. y Torre Revello, J. (1941). *La Colección de documentos de Pedro de Angelis y el Diario de Diego de Alvear*. Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser. En el Instituto de Investigaciones Históricas, LXXV.
- Best, F. (1961). *Historia de las Guerras Argentinas*. Buenos Aires: Editorial Peuser.
- Beverina, J. (1973). *El general José María Paz. Sus campañas y su doctrina militar*. Buenos Aires: Editorial Rioplatense.
- Beverina, J. E. (1927). *Exposición del General Alvear comentada*. Buenos Aires. Biblioteca del Oficial.
- Biblioteca Nacional. (1999). *El General José de San Martín en Bélgica. Un destino, una época*. Ponencias y comentarios, Coloquio Internacional, 12 y 13 de junio de 1998. Buenos Aires.
- Brandsen, F. (1910). *Diario de Campaña*. En F. Santa Coloma Brandsen, *Escritos del Coronel Don Federico de Brandsen*. Buenos Aires: Cia. Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Burgin, M. (1975). *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Burnet Merlin, A. (1974). *Cuando Rosas quiso ser inglés*. Buenos Aires: Líbera.
- Busaniche, J. (1961). *Estanislao López y el federalismo del litoral*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Carvelari, I (2007). *La Argentina. Geografía humana y económica*. Buenos Aires: Grupo Guía.
- Celesia, E. (1954). *Rosas. Aportes para su Historia*. Buenos Aires: Ediciones Peuser..
- Centeno, F. (1929). *Virutas históricas (1810-1928)*. Buenos Aires: J. Menéndez.
- Comisión del Segundo Centenario del General Carlos María de Alvear*. (1989). Buenos Aires: Emecé Editores.
- Comogli, P. (2013). *Asamblea del año XIII. Historia del primer congreso argentino*. Buenos Aires: Aguilar.

- Coni, E. (1927). *La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia*. Buenos Aires: La Facultad.
- Corbière, E. (1998). *La Masonería. Política y sociedades secretas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Corbière, E. (2001). *La Masonería II. Tradición y revolución*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Correa Luna, C. (1926). *Alvear y la Diplomacia de 1824-1825*. Buenos Aires: M. Gleizer Editor.
- Cortés Conde, R. (2003). *Historia económica mundial, desde el Medioevo hasta los tiempos contemporáneos*. Buenos Aires: Ariel.
- Curia, W. (20 de marzo de 2015). Michael Goebel. "El ciclo K muestra que el nacionalismo puede hibernar y reaparecer". *La Nación*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1779462-michael-goebel-el-ciclo-k-muestra-que-el-nacionalismo-puede-hibernar-y-reaparecer>
- Chiaramonte, J. (1997). *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino.
- Chumbita, H. (2008). El origen mestizo de San Martín. *Todo es Historia*, 493, 16-22.
- Davis, T. B. (1955). *Carlos de Alvear. Man of Revolution*. Durham NC: Duke University Press.
- De Angelis, P. (1837), *Actas Capitulares de la Revolución de Mayo*, Imprenta del Estado, Buenos Aires.
- De Gandía, E. (1952). *La revisión de la historia argentina*. Buenos Aires: A. Zamora.
- De Marco, M. Á. (3 de agosto de 2003). Luces y sombras de un general. *La Nación: Suplemento Cultura*.
- Delgado Ribas, J. M. (1981). *La integración de Hispanoamérica en el mercado mundial (1797-1814)*. Boletín americanista, N°. 31, 1981, pp. 41-52
- Delgado Ribas, J. M. (2006). *La desintegración del imperio español. Un caso de descolonización frustrada (1797-1837)*. Illes i Imperis, N°8 (primavera 2006), pp. 5-44.
- Di Meglio, G (2001). "Un nuevo actor para un nuevo escenario. La participación política de la plebe urbana de Buenos Aires en la década de la Revolución (1810-1820)".

En Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Tercera serie, número 24.

Di Meglio, G. (2012). *Historia de las clases populares en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Díaz Alejandro, C. (1984). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.

Dodero, A. (1990). *Homenaje al General Carlos María de Alvear en el Segundo Centenario de su Nacimiento*. Buenos Aires: Alberto Dodero.

Domínguez, M. P. (2014). *Las dos vidas del capitán*. Madrid: Grijalbo.

España, J. (1987). *La ley de aduanas de Rosas y el desarrollo económico*, Kairós N° 1. Buenos Aires.

Favaloro, R. (2009). *Conoce usted a San Martín*. Buenos Aires: Debolsillo.

Fernández Díaz, J. (2008). *La Logia de Cádiz*. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Fernández, J. y Rondina, J. C. (2006). *Historia Argentina: 1810-1930*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

Ferrer, A. (1996). *Historia de la globalización, orígenes del orden económico mundial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Forbes, J. M. (1956). *Once años en Buenos Aires, 1820-1831. Las crónicas diplomáticas de John Murray Forbes*. Buenos Aires: Emecé.

Franklin, R. y Garavaglia, J.C. (2009). *La Argentina Colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Fregeiro, C. (1915). *Lecciones de Historia Argentina*. Buenos Aires: Mendelky e hijos.

Galasso, N. (2000). *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*. Buenos Aires: Ed. Colihue.

Galasso, N. (2004). *De la Historia Oficial al Revisionismo Rosista. Corrientes historiográficas en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Cultural Enrique S. Discépolo.

Gálvez, M. (1949). *Vida de Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Claridad.

- Gallardo, G. (1984). *Joel Roberts Poinsett, agente norteamericano, 1810-1814*. Buenos Aires: Emece Editores.
- Gallo, K. (2004). *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Garavaglia, J.C. (2003). *Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860*. París: Anuario IEHS 18.
- García Enciso, I. (1990). Alvear en Ituzaingó. *Todo es Historia*, 272.
- García Hamilton, J. (2000). *Don José. La Vida de San Martín*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Giberti, H. (1986). *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Goebel, M. (2014). *La Argentina Partida*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Goldman, N. (1998). “Crisis imperial, Revolución y guerra” en Noemí Goldman (dir.) *Revolución, República y Confederación (1806-1852)*. Buenos Aires: Sudamericana, Colección Nueva Historia Argentina (Tomo III).
- Goldman, N. (2010). *El pensamiento de los hombres de Mayo*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Goldman, N. y Salvatore, R. (1998). *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gómez Ruiz, M. y Alonso Juanola, V. (2000). *El Ejército de los Borbones* (5 tomos). Madrid: Servicio Histórico Militar y Museo del Ejército.
- Grosso, F. (2008). El origen español de San Martín. *Todo es Historia*, 493, 6-12.
- Groussac, P. (1900). *Noticia biográfica de don Diego de Alvear*. Buenos Aires: Anales de la Biblioteca Nacional, Tomo 1.
- Guerra, F. (1997). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guzmán, C. A. (1993). *San Martín 1824-1850*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Halperin Donghi, T. (1969). *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid: Editorial Alianza.

- Halperín Donghi, T. (1972), “La otra revolución: Artigas y el litoral”, en *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina Criolla*, Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 279-315.
- Hernández y Dávalos J. E. (1882). *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821* (tomo 6, pp. 818-821). México: José María Sandoval Impresos.
- Herrero, F. (2007). *Los unitarios convertidos en federales y la organización de la nación*. Buenos Aires, hacia 1830, en Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani [online], N° 30, pp. 35-71.
- Hora, R. (2010), *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ibarguren, F. (1956), *Así fue mayo (1810-1814)*, Buenos Aires: Ediciones Teoría.
- Ibarguren, F. (1961), *Mayo en Ascuas*, Buenos Aires: Ediciones Teoría.
- Ingenieros, J. (1918). *Evolución de las Ideas Argentinas*. Buenos Aires: Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y cía.
- Instituto Nacional Sanmartiniano (INSM). (1953). *Documentos para la historia del libertador general San Martín*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano.
- Iriarte, T. (1863). *Biografía del Brigadier General D. José Miguel Carrera*. Buenos Aires. Imprenta de Mayo.
- Iriarte, T. (1951). *Memorias*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.
- Lafforgue, J. (1999). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Extra Alfaguara.
- Lanata, J. (2008). *Argentinos. 500 años entre el cielo y el infierno*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lappas, A. (2000). *La masonería argentina a través de sus hombres* (3.ª ed.). Buenos Aires: Sucesores de Alcibíades Lappas.
- Lazcano, M. (1927). *Las sociedades secretas, políticas y masónicas en Buenos Aires*. Buenos Aires: El Ateneo.

- Levene, R. (1928). *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Río de la Plata*. La Plata: Biblioteca de Humanidades.
- Levene, R. (1962). *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires: Librería El Ateneo, Buenos Aires.
- Lira Urguieta, P. (1983). *José Miguel Carrera*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- López, V. F. (1911). *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires: Librería La Facultad, de Juan Roldán.
- Losada, L. (2016). *Marcelo T. de Alvear, el enigma radical de la historia argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Luna, F. (1968). Los Tres Renuncios del General Alvear. *Todo es Historia*, 15, 22-35. Escrito bajo el seudónimo de Felipe Cárdenas.
- Lynch, J. (1984). Juan Manuel de Rosas. Buenos Aires: EMECE.
- Lynch, J. (2009). *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Buenos Aires: Crítica.
- Mansilla, L. (1945). *Memorias Inéditas*. Buenos Aires.
- Mansilla, L. V. (1889). *Entre Nos: Causeries del jueves*. Buenos Aires: Juan A. Alsina
- Mitre, B. (1887a). *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (tomo II). Buenos Aires: Felix Lajouane.
- Mitre, B. (1887b). *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.
- Mitre, B. (1942). *Comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de Historia Argentina según nuevos documentos*. Buenos Aires: Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación.
- Museo Mitre (1913). *Contribución documental para la historia del Río de la Plata*. Tomo III. Buenos Aires.
- O'Donnell, P. (2012). *Caudillos federales. El Grito de interior*. Buenos Aires: Aguilar.
- O'Donnell, P. (10 de agosto de 2000). Un San Martín poco conocido. *La Nación*.
- O'Leary, D. F. (1981). *Cartas del Libertador. Memorias del general O'Leary*. Reproducción Facsimilar. Caracas: Ministerio de Defensa.

- Ocampo, E. (2003). *Alvear en la Guerra con el Imperio de Brasil*. Buenos Aires: Claridad.
- Ocampo, E. (2004). Alvear ¿traidor?. *Todo es Historia*, 443, 62-76.
- Ocampo, E. (2007). *La última campaña del Emperador*, Buenos Aires: Claridad.
- Ocampo, E. (2009). *De la doctrina Monroe al Destino Manifiesto. Alvear en Estados Unidos, 1835-1852*. Buenos Aires: Claridad.
- Ocampo, E. (2016). *La Independencia Argentina. De la Fábula a la Historia*. Buenos Aires: Claridad.
- Ocampo, E. (31 de enero de 2013). A 200 años de la Asamblea de 1813 [entrada en el blog *Entre la fábula y la Historia*]. Recuperado de www.entrelafabulaylahistoria.tumblr.com.
- Ocampo, E. (9 de enero de 2013). Cuando Rosas quiso pagar la deuda externa con las Malvinas. *La Nación*.
- Ortega y Gasset, J. (1983). El hombre a la defensiva. *Obras completas*. Madrid: Alianza.
- Ossona, J. (1988). Evolución de las Economías Regionales en el Siglo XIX. En M. Rapoport (Ed.), *Economía e Historia* (pp. 15-34). Buenos Aires: Tesis.
- Oszlak, O. (1982). *La formación del Estado Argentino*, Buenos Aires: Ed. De Belgrano.
- Panettieri, J. (1965). *La crisis ganadera de 1866*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Pasquali, P. (1998). *Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Pasquali, P. (1999). *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Pasquali, P. (2000). *San Martín, Confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Paz, J. M. (1892). *Memorias Póstumas*. Buenos Aires: Almanueva.
- Pérez Amuchástegui, A. J. (1968). *Crónica Argentina*. Buenos Aires: Editorial Codex.

- Pérez Amuchástegui, A. J. (1976). *San Martín y el Alto Perú, 1814*. Tucumán: Ediciones Banco Comercial del Norte.
- Piccirilli, R. (1943). *Rivadavia y su tiempo*. Buenos Aires: Peuser.
- Piccirilli, R. (1957). *San Martín y la política de los pueblos*. Buenos Aires: Ediciones Gure.
- Pigna, F. (2004). *Mitos de la Historia Argentina: Vol. 1. De los pueblos originarios y la Conquista de América a la Independencia*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Pigna, F. (2005). *Mitos de la Historia Argentina: Vol. 2. De San Martín a "el granero del mundo"*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Pigna, F. (2014). *La voz del gran jefe*. Buenos Aires: Planeta.
- Pigna, F. (2014). *La voz del gran juez: Vida y pensamiento de José de San Martín*. Buenos Aires: Planeta.
- Ramos Mejía, F. (1915). *El federalismo argentino*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Rapoport, M. (1988). *Economía e historia. Contribuciones a la historia económica argentina*. Buenos Aires: Tesis.
- Rapoport, M. y M. Seoane (2007). *Buenos Aires. Historia de una Ciudad*, Editorial Planeta, Buenos Aires.
- Rees Jones, R. (2008). *Bernardino Rivadavia y su negocio minero*. Buenos Aires: Librería histórica.
- Rela, W. (2006). *Historia Política Del Río De La Plata "El Proyecto Carlota" 1808-1809*. Universidad de Montevideo.
- Restelli, E. (1927). *La gestión diplomática del general Alvear en el Alto Perú*. Buenos Aires: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Reyes Abadie, W. (1986). *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Reyno Gutiérrez, M. (1973). *Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época* (p. 43). Santiago: Quimantú.
- Rock, D. (1988). *Argentina: de la conquista a Alfonsín (1516-1987)*. Madrid: Alianza.

- Rodríguez, G. F. (1909). *Historia de Alvear* (2 tomos). Buenos Aires: Cía. Sudamericana de Billetes de Banco.
- Rodríguez, G. F. (1921). *Contribución Histórica y Documental* (tomos I-III). Buenos Aires: Talleres “Casa Jacobo Peuser”.
- Romero, J.L. (1999). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosa, J. (2012). *Rivadavia y el imperialismo financiero*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Rosa, J. M. (1951). *La misión García ante Lord Strangford*. Buenos Aires: Instituto Juan Manuel de Rosas.
- Rosa, J. M. (1965). *Historia Argentina: Vol. 4. Unitarios y federales (1826-1841)*. Buenos Aires: Juan C. Granda.
- Rottjer, E. (1926). El plan de campaña del Gral. Alvear en la guerra del Brasil. *Revista Militar*, 305.
- Rottjer, E. (1983). *La masonería en la Argentina y el mundo*. Buenos Aires: Nuevo Orden.
- Saldías, A. (1911). *Historia de la Confederación Argentina*. Buenos Aires: Librería La Facultad.
- Saldías, A. (1919). *La Evolución Republicana durante la Revolución Argentina*. Buenos Aires: Arnoldo Moen y Hermano.
- Sarmiento, D. (1945): “Introducción y Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra”, en *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Santiago: Imprenta del Progreso.
- Scalabrini Ortiz, R. (1957). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Segreti, C. (1981). *La economía del interior en la primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Segreti, C. (1991). *El unitarismo argentino*. Buenos Aires: A-Z Editora.
- Sejean, J. B. (1997). *San Martín y la tercera invasión inglesa*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Senado de la Nación Argentina. (1963). *Biblioteca de Mayo, Colección de obras y documentos para la Historia Argentina*. Edición Especial. Buenos Aires.
- Socolow, S. (1991). *Los mercaderes de Buenos Aires virreinal: familia y comercio*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Stillé, C. (1888). *The Life and Services of Joel R. Poinsett*. Philadelphia.
- Suárez Fernández, L. (1992). *Historia general de España y América*, Volumen 13. Madrid: Ediciones Rialp.
- Tedeschi, S. (2010). “Caudillo e instituciones en el Río de la Plata. El caso de Santa Fe entre 1819 y 1838”, en www.fee.tche.br/sitefee/download/jornadas/1/s2a10.pdf.
- Télam (2016). “San Martín, Belgrano y Güemes, versus Rivadavia y Carlos María de Alvear”. 30 de junio de 2016. Disponible en <http://www.telam.com.ar/notas/201606/153343-bicentenario-independencia-pigna-san-martin-belgrano-guemes-rivadavia-carlos-maria-de-alvear.html>. Consultado el 20 de julio de 2016.
- Ternavasio, M. (2010). *El pensamiento de los federales*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Terragno, R. (2009). *Diario íntimo de San Martín*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Uzal, H. (1974). *El fusilado de Caseros. La gloria trágica de Martiniano Chilavert*. Buenos Aires: Ediciones La Bastilla.
- Uzal, H. (1975). *Los enemigos de San Martín*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Valdeon, J. Perez J. y Santos J. (2006), *Historia de España*, Madrid: Espasa Libros.
- Vieira de Castro, F. (1998). O naufrágio da fragata espanhola Nossa Senhora de las Mercedes, afundada pelos ingleses ao largo do Cabo de Sta. Maria, em 1804. *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 1(2), 219-230.
- Wojciechowski, K. (1845). *Pamiętniki moje w Hiszpanii*, Warszawa. Citado también por Ocampo (2003).